

BREVE HISTORIA de...

SATANÁS

DE LOS PERSAS AL HEAVY METAL

Gabriel Andrade



Sectas satánicas, cacería de brujas, incubos, satanismo filosófico, aquelarres, profecías y exorcismos. Las leyendas y mitos de Satanás, Lucifer, Belzebú... Una apasionante historia cultural del príncipe de las tinieblas y su huella en el arte, literatura, música, movimientos ocultistas, crímenes y conspiraciones

BREVE HISTORIA DE SATANÁS

BREVE HISTORIA DE SATANÁS

Gabriel Andrade



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: *Breve historia de Satanás*
Autor: © Gabriel Andrade

Copyright de la presente edición: © 2014 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez
Revisión y Adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez
Conversión a e-book: Paula García Arizcun
Diseño y realización de cubierta: Onoff Imagen y comunicación
Imagen de portada: *Satana davanti al Signore*, GIAQUINTO, Corrado 1703-1765, Museos Vaticanos, Roma, Italia.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición impresa: 978-84-9967-641-8
ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-642-5
ISBN edición digital: 978-84-9967-643-2
Fecha de edición: Octubre 2014

Depósito legal: M-24446-2014

*A mis padres,
siempre escépticos del diablo...*

Mi convicción es que resulta
profundamente satánico creer en el diablo.

Gerald Messadié

Índice

Introducción. Un personaje con una historia

Capítulo 1. Los precursores en el mundo antiguo

- Precursores mesopotámicos

- Precursores cananeos

- Precursores egipcios

- Precursores griegos

- Precursores zoroastrianos

Capítulo 2. El antiguo Israel

- Yahvé hace el bien y el mal

- Etimología de Satanás

- Satanás en el libro de Job

- Satanás en los textos más tardíos de la Biblia hebrea

Capítulo 3. El judaísmo apocalíptico

- Orígenes y naturaleza de la literatura apocalíptica

- Satanás en el Libro de los vigilantes

- Satanás en otros textos del Período Intertestamentario

Capítulo 4. El Nuevo Testamento

- Satanás vs. Cristo en los evangelios

- La batalla final: Satanás en el libro del Apocalipsis

Capítulo 5. Los inicios del cristianismo

- Satanás y los gnósticos

- Ortodoxos y herejes se acusan mutuamente

- La caída de los ángeles

- Satanás es burlado

- Satanás y el ascetismo

Capítulo 6. La Edad Media

- Surgimiento de la imagen pictórica de Satanás
- Leyendas medievales populares
- El uso político de Satanás en la Edad Media
- Satanás y los templarios
- La cruzada contra los albigenses
- Gilles de Rais, satanista
- Satanás en la *Divina comedia*
- Satanás en el islam

Capítulo 7. Las brujas

- Sabbats: reuniones satánicas
- Las fantasías de Margaret Murray
- Las cacerías de brujas
- Satanás y las brujas de Salem
- La Voisin
- Los diablos de Loudun

Capítulo 8. El Renacimiento, la Reforma, la Ilustración y el Romanticismo

- Satanás en la pintura renacentista
- Satanás y la Reforma protestante
- Los pactos demoniacos
- Milton: un antes y un después en la historia cultural de Satanás
- La Ilustración y Satanás
- Satanás en el Romanticismo
- Lord Byron y Goethe
- Los románticos franceses y Satanás

Capítulo 9. La conexión con el ocultismo

- Magia y satanismo
- Eliphas Lévi y Bafomet
- Aleister Crowley: el hombre más perverso del mundo
- El satanismo laveyano

Capítulo 10. Los crímenes satánicos

- Crímenes satánicos en el siglo XIX
- Huysmans y el retrato novelístico del satanismo

Los masones y la broma de Taxil
Crímenes aislados
Supuestos abusos rituales satánicos
Heavy metal y satanismo

Bibliografía

Introducción

Un personaje con una historia

Satanás tiene una singular cualidad en nuestro tiempo: es probablemente uno de los personajes más flexibles de cuantos existen en el folclore contemporáneo. Hay varias versiones de Superman, Asterix, Batman, el hombre del saco o los vampiros; pero al menos, todas ellas mantienen cierta unidad respecto al personaje que retratan. No así Satanás. Hay representaciones terroríficas del diablo, y representaciones sumamente simpáticas y divertidas.

Asistamos un domingo por la mañana a una congregación de pentecostales y apreciaremos que esta gente vive aterrorizada por la amenaza del Maligno. Ese mismo día, vayamos al cine y veremos una enorme cantidad de películas en las que se retratan espeluznantes posesiones demoniacas. Pero no necesitamos ir demasiado lejos para apreciar diablos y diabluras simpáticas. Comeremos jamón endiablado, con un tierno diablillo ofreciéndonos el producto, y oiremos canciones populares que hacen referencia al cómico demonio. Hay, en efecto, una muy dispar representación del diablo: desde el monstruoso archienemigo de Dios, hasta la simpática figurilla de cuernos rojos y cola que invita a vivir una vida más relajada y placentera.

El diablo ha venido a convertirse en algo así como un test de Roschard en el siglo XXI. Esta prueba, de cuestionada validez entre algunos escépticos, consiste en mostrar una serie de imágenes a los sujetos. Estos ofrecen alguna interpretación respecto a lo que ahí aprecian y, a partir de esta interpretación, los psicólogos pretenden elaborar alguna inferencia sobre la personalidad y la estabilidad mental de la persona en cuestión.

Pues bien, Satanás es una prueba de Roschard en pleno siglo XXI, en la medida en que quienes se ríen de él, proyectan un tipo de mentalidad y quienes le temen, otro. Uno de los más elocuentes testimonios de esta realidad lo encontraremos, sorprendentemente, en la serie televisiva norteamericana *Jackass*.

Esta serie consiste en un grupo de osados actores que deliberadamente hace estupideces en busca de la reacción de las personas que las observan en vivo. En un episodio de la serie, una de esas estupideces consistió en que un actor se colocó un disfraz de diablo (un traje hecho de licra, color rojo chillón, con cuernos, tridente y cola). El actor caminaba por una ciudad californiana con la consigna «Keep God out of California!» (‘Mantengan a Dios fuera de California’, en inglés) y vociferaba un argumento según el cual, él (Satanás) en realidad era una buena persona y Dios lo había difamado. De hecho, gritaba el actor: «Todo lo que se dice en la Biblia sobre mí es falso».

La mayoría de las personas que se encontraban con este bufón se reía. Pero, dramáticamente, un transeúnte se sintió muy ofendido, e inesperadamente destrozó la consigna, y empezó a golpear al actor disfrazado de diablo. Pues bien, no es muy difícil inferir que esta persona es un firme creyente en alguna de las religiones monoteístas (probablemente cristiano) y que para él, Satanás no es ningún chiste.

Hoy, quienes tiemblan al siquiera pensar en la presencia de Satanás parecen tener una visión

bastante nítida de su naturaleza: el diablo es una persona que, en un inicio, fue el más hermoso de los ángeles creados por Dios, pero se rebeló. Como consecuencia fue expulsado del cielo y, desde entonces, reside en el infierno. Desde ahí, actúa como adversario acérrimo de Dios y planifica la tentación de los hombres para promover entre ellos el pecado y el alejamiento de Dios. De vez en cuando, inflige males a la humanidad mediante catástrofes naturales. Tiene bajo su comando a una legión de demonios que le obedecen y, en ocasiones, entran en los cuerpos de víctimas poseídas.

Así pues, en este libro, elaboraré un breve recorrido por la evolución histórica del Maligno a lo largo de los últimos veinticinco siglos. En muchas culturas ha habido demonios de todo tipo, a saber, figuras que, según se cree, causan el mal. Pero, para elaborar una genealogía del diablo, debemos concentrarnos en aquellas figuras demoniacas procedentes de culturas que seguramente influyeron sobre la cultura que inventó propiamente a Satanás, a saber, el Antiguo Israel. Las civilizaciones de Mesopotamia, Egipto, Persia y Grecia concibieron distintos tipos de monstruos y demonios que, a la larga, han sido incorporados al concepto contemporáneo del diablo. De estas figuras demoniacas y monstruosas me ocuparé en el primer capítulo.

Si bien la figura de Satanás se ha nutrido de los elementos procedentes de estas figuras demoniacas, así como de algunos dioses malignos en distintos sistemas mitológicos, el diablo es fundamentalmente una invención del Antiguo Israel. Con todo, sorprenderá saber que el Satanás concebido por los antiguos israelitas no era propiamente el archienemigo de Dios, sino un subordinado con una función encomendada por el mismo Dios. De hecho, casi no hay nada en la Biblia hebrea (aquello que los cristianos llaman el Antiguo Testamento) que haga pensar que Satanás es el enemigo de Dios que gobierna el infierno. Muy probablemente, la concepción de Satanás como personificación absoluta del mal fue obra original de los persas. Cuando los judíos establecieron contacto con los persas durante el siglo VI antes de nuestra era, adoptaron el concepto del mal absoluto personificado, y lo asimilaron a la figura que llamaban «Satanás». De este proceso histórico me ocuparé en el capítulo 2.

El capítulo 3 será una reseña sobre cómo la idea del diablo se modificó y expandió considerablemente entre los judíos, durante la época en que empezó a prosperar la visión apocalíptica del mundo. Como consecuencia de las violentas guerras acaecidas entre los judíos y los gobernantes seléucidas, en el siglo II antes de nuestra era, surgió un tipo de literatura que alentaba la intervención divina de forma abrupta y tremenda, y dirigía su atención a la presencia de fuerzas malignas en el mundo. En esta literatura, el diablo adquirió muchas de las características que hoy se le atribuyen.

El cristianismo fue heredero de esta visión apocalíptica del mundo y, así, le concedió aún más importancia a la figura del diablo. En el capítulo 4 me ocuparé de la abultada presencia de Satanás en el Nuevo Testamento (al menos en comparación con el Antiguo Testamento). Los autores de los primeros cinco siglos del cristianismo no escatimaron en sus preocupaciones respecto a Satanás y empezaron a conceder al demonio un lugar central que ocuparía hasta fechas muy recientes entre los cristianos. Más aún, hasta aproximadamente el siglo V, el diablo era aún meramente un concepto abstracto. Pero, a partir de esa época, el diablo empezó a ser representado pictóricamente y ya no era meramente una preocupación de teólogos. Ahora, mediante el arte, el diablo ocupaba un lugar mucho más prominente en la imaginación del pueblo llano. De esto me ocuparé en el capítulo 5.

En el capítulo 6, exploraré el desarrollo de la figura del diablo en la Edad Media en Europa. Fue durante este período cuando, por así decirlo, empezó la edad dorada del diablo. Probablemente

la Edad Media es la etapa cumbre de las mortificaciones y preocupaciones religiosas respecto al diablo, y así, Satanás encuentra una firme presencia en las obras de teología, el arte, el folclore e, incluso, la política. El diablo también tuvo acogida en el islam. Hasta fechas relativamente recientes, los historiadores de la religión dedicaban poca atención a la participación del islam en la conformación de la figura del diablo. Pero, hoy, el influjo musulmán respecto a la mitología satánica es cada vez más influyente. Pues, en buena medida, la preocupación por el diablo yace tras la violencia que en los últimos años se ha desarrollado entre el islam y Occidente. No en vano, los *yihadistas* contemporáneos consideran a Estados Unidos y Occidente en general, el «Gran Satán». Así pues, de la concepción del diablo en el islam también me ocuparé en el capítulo 6.

La historiografía convencional postula que la Edad Media llegó a su fin a partir del siglo XVI. El Renacimiento, la Reforma Protestante, la consolidación de los Estados-nación, y la formulación del método científico, promovió el fin de la visión medieval del mundo. Pero, irónicamente, la preocupación por el diablo no menguó; más bien al contrario, quizás como nunca antes, se desarrolló un temor por el príncipe de las tinieblas. Eso propició el auge de la imaginación y paranoia respecto a una conspiración de brujas en alianza con Satanás. Y allí donde la Edad Media no tenía demasiadas preocupaciones por las brujas, a partir del siglo XVI, empezó una oleada de persecuciones a brujas que resultó en uno de los episodios más vergonzosos de la historia europea. Fue, además, la época en la que más proliferaron posesiones demoniacas y exorcismos, los cuales, por supuesto, persisten hasta nuestros días. De esto me ocuparé en el capítulo 7.

No obstante, junto a la histeria colectiva propiciada por la cacería de brujas, se sembraron en Europa las semillas del pensamiento racional y crítico. Y, así como hubo inquisidores que creían en las fantasías de mujeres volando sobre escobas, hubo también personajes (entre ellos, incluso algunos inquisidores) que con mucha vehemencia denunciaban estas creencias como absurdas y ridículas. A partir del siglo XVIII, en un creciente sector de la población europea y americana, el diablo ya dejaría de ser objeto de temor, y pasaría a ser objeto de burla. La burla, por supuesto, llevaba implícita la idea de que el diablo es sencillamente producto de la imaginación humana. Con todo, hubo también una corriente de autores que ya no temían al diablo, pero tampoco se burlaban de él. Antes bien, surgieron poetas y artistas que empezaron a enaltecer al diablo como un héroe no comprendido. Esto dio pie al movimiento romántico. De esto, y del diablo en el Renacimiento, la Reforma protestante y la Ilustración, me ocuparé en el capítulo 8.

La tendencia a simpatizar con Satanás prosperó aún más a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Pero, ya no sólo se simpatizaba con el diablo debido al carisma de su carácter, sino que también se simpatizaba con la práctica de la magia por parte de las brujas. La tendencia a reivindicar al diablo, bien sea como héroe trágico, o como amo y señor de lo oculto, eventualmente condujo a Satanás a convertirse para muchos en un símbolo de la contracultura y del antisistema. Así pues, hacia mediados del siglo XX (una época de intensa crisis cultural, sobre todo en Estados Unidos), surgió la adhesión de lo satánico como movimiento filosófico. Antaño, el supuesto culto a Satanás era clandestino. Pero, desde mediados del siglo XX, han surgido varios cultos que a todas luces rinden pleitesía a Satanás, más como símbolo contracultural, que como una persona con existencia real. Del satanismo contemporáneo y del ocultismo, me ocuparé en el capítulo 9.

El auge del satanismo filosófico, no obstante, no impidió que, en las últimas dos décadas, se haya desatado una nueva histeria colectiva en torno a los satanistas. En el siglo XVI se acusaba a las brujas de cosas abominables, como besar el ano de la cabra. En la última década del siglo XX, ya no

se hacían estas acusaciones, pero sí se formó una inmensa paranoia respecto a una supuesta conspiración mundial de satanistas que raptan niños para sacrificarlos como ofrenda a Satanás. De esto me ocuparé en el capítulo 10.

No creo en la existencia del diablo como personal real. El elaborar una genealogía respecto a los orígenes y evolución de las creencias sobre el diablo no implica refutar su existencia, pero sí al menos sirve como punto de partida para hacer sospechosa la existencia de una entidad que, durante al menos veinticinco siglos, ha estado sujeta a las transformaciones procedentes de la imaginación humana.

Pero, aunado a eso, creo que en filosofía, la postura materialista es la más satisfactoria de todas, y bajo esta postura, no existen en el mundo entidades inmateriales, sea Dios o el diablo, ángeles o demonios. El materialismo, por supuesto, enfrenta un problema: como todas las posturas metafísicas es indemostrable y, en función de eso, no tengo muchos recursos para persuadir al lector de que asuma una metafísica materialista. Pero, en mi caso, es la postura que más se ajusta a mis intuiciones y, espero que, después de elaborar un recorrido por la historia de la idea de Satanás, el lector sienta que la existencia del diablo es contraintuitiva.

Aquel argumento, repetido por muchos personajes reales y ficticios, según el cual, el mayor truco del diablo ha sido convencernos de que él no existe, es colorido pero filosóficamente pobre. En términos de la filosofía analítica contemporánea, se trata de una hipótesis *ad hoc*. Todos los argumentos que se esbocen en contra de la existencia del diablo serán asumidos como evidencia a favor de su existencia, pues según esta hipótesis, las pruebas de inexistencia del diablo son en realidad trucos que el Maligno emplea para confundir y, en este sentido, sirven en sí mismas como pruebas de que Satanás es real. No es necesario tomar un curso de razonamiento crítico para darse cuenta de que este tipo de argumento es deficiente.

Con todo, sí creo que el mal absoluto existe, al menos como concepto, y que la diferencia entre lo bueno y lo malo no es meramente subjetiva, ni tampoco relativa a un determinado contexto. De hecho, el creer que no hay nada bueno o malo, sino meras convenciones de la época y el contexto, ha servido como plataforma para la promoción del relativismo moral, una doctrina que preocupantemente cada vez tiene más auge entre los intelectuales de nuestra época. Pero, así como los religiosos de otra época argumentaban que el mayor truco de Satanás ha sido hacerle creer a la gente que él no existe, soy de la opinión de que uno de los grandes males de nuestra época contemporánea es hacer creer que el mal no existe. Si prescindimos de la idea del mal, si no hay una distinción objetiva entre lo bueno y lo malo, todo vale. Bajo este principio, no sólo valdrían los sacrificios humanos de los aztecas o los crímenes de la conquista española, sino también el genocidio perpetrado por Hitler o las torturas de Guantánamo.

Pero, aceptar la existencia del mal absoluto como principio no es lo mismo que aceptar la existencia del diablo. Satanás es una persona y bajo el entendimiento religioso tradicional, existe en autonomía de los seres humanos. Un materialista no acepta que existan personas incorpóreas; más aún, la distinción entre lo bueno y lo malo depende al menos de la existencia de los seres humanos. Así, una persona no religiosa puede aceptar que el mal absoluto existe, pero no como algo separado de los hombres.

Podemos asumir, como suelen hacer algunos teólogos más sofisticados, que Satanás es apenas una metáfora para el mal. Bajo este principio, ya el diablo no sería propiamente una persona con existencia objetiva, sino un recurso del lenguaje; una personificación, metáfora o prosopopeya. Si

entendemos «diablo», como aquellas tendencias por las que cada uno de nosotros tiene que cometer actos perjudiciales para los demás, entonces en ese caso, sería insensato (e incluso peligroso) negar la existencia de Satanás. Pero, por motivos que expondré en el epílogo, frente a la figura del diablo, es recomendable la claridad semántica y en este caso conviene prescindir del lenguaje poético figurado.

No tengo muchas simpatías por el pragmatismo. Algunos filósofos eminentes, como William James, eran de la opinión de que si una creencia sirve para algún propósito provechoso, entonces podemos asumirla como verdadera. No me convence esta postura (opino que la distinción entre lo verdadero y lo falso es independiente de nuestra conveniencia). Pero, aun en el caso de que la asumiera, creo que incluso el pragmatismo debería guiarnos a negar la existencia del diablo.

Quizás, en algunas épocas, la idea del diablo ha servido a un propósito, en la medida en que las llamas del infierno y el tenebroso aspecto del Maligno han servido para disuadir a potenciales criminales. Pero, creo que el daño que la idea del diablo ha generado excede sus beneficios. Hoy, fanáticos religiosos y militares satanizan a sus enemigos, y es precisamente la distorsión de los demás como agentes del diablo, o peor aún, como Satanás mismo, lo que en buena medida mueve las masas hacia las atrocidades. Los *yihadistas* llaman el «Gran Satán» a Estados Unidos, y los fundamentalistas evangélicos norteamericanos llaman al islam una «religión diabólica». Con esos términos, es mucho más sencillo convocar a militantes a una santa cruzada. La creencia en la existencia del diablo, me parece, propicia que la gente haga diabluras.

Hoy, el único propósito loable que encuentro en la idea del diablo está en el entretenimiento. Desde tiempo inmemorial, los seres humanos hemos disfrutado el cosquilleo en la panza generado por una narrativa que se inspira en el terror. Hollywood conoce muy bien esto y estimo que los únicos lugares donde Satanás es rescatable son los estudios cinematográficos, las galerías de museos y las librerías. Después de mortificarnos por dos horas observando exorcismos, violaciones demoniacas y combates escatológicos en las salas de entretenimiento, es prudente regresar a nuestra vida cotidiana y dejar de sentir preocupación por Satanás, aunque no dejaré de trataré de demostrar en este libro, esta figura ha ejercido sobre la civilización occidental durante los últimos veinticinco siglos.

Los precursores en el mundo antiguo

PRECURSORES MESOPOTÁMICOS

El diablo es fundamentalmente una invención judía, que luego fue desarrollada por la civilización cristiana. Si bien el pueblo de Israel merece distinción por su singularidad en muchas ideas religiosas (entre ellas, por supuesto, el mismísimo Satanás), los judíos fueron apenas uno entre muchos pueblos que se alojaron en la cuenca del Mediterráneo. Y, en este sentido, muchas de las ideas religiosas aparentemente singulares desarrolladas por los judíos, cuentan con una notable influencia por parte de sus vecinos. Israel siempre mantuvo la preocupación casi obsesiva de rechazar lo extranjero y mantener su singularidad (en buena medida esta sutil xenofobia permitió que los judíos mantuvieran su identidad cultural después de tres mil años, a diferencia de los sumerios, acadios, babilonios, persas y otros pueblos circunvecinos), pero con todo, no pudo evitar la incorporación de ideas religiosas foráneas.

Satanás es una de esas ideas foráneas. No existía entre los pueblos vecinos de Israel una figura que nítidamente podamos asimilar al diablo, pero sí hubo varios candidatos que ofrecieron algunas características que, eventualmente, se verían reflejadas en la concepción del diablo y, hasta el día de hoy, mantienen cierta vigencia en la representación popular de Satanás.

La primera gran influencia religiosa a considerar procede de las distintas civilizaciones mesopotámicas. Los estudiosos de las mitologías en distintas culturas han recogido algunos temas que se repiten a lo largo y ancho de las narrativas procedentes de diversas regiones del mundo.

Uno de esos temas es el combate entre un monstruo que representa el caos y un dios que representa el orden. Buena parte de los mitos persiguen un objetivo cosmogónico; a saber, pretenden explicar cuál fue el origen del mundo. Y, tradicionalmente, el modo de hacerlo consiste en señalar que el mundo fue creado como resultado de ese combate. El tema del combate entre el héroe y el monstruo tiene muchas versiones, pero probablemente la más antigua se remonte al documento que hoy llamamos el *Enûma Elish*.

Este documento es un poema que consta de unas tabletas de arcilla, las cuales probablemente se remontan al siglo XVI antes de nuestra era, en los días de la civilización babilónica antigua, aunque probablemente este mito tenía una versión oral mucho más antigua. El *Enûma Elish* evoca las hazañas de varios dioses del panteón de los mesopotámicos, y el punto cumbre de su narrativa es la creación del mundo.

Así pues, el poema en cuestión presenta a la figura de Tiamat. Esta es un típico monstruo caótico de aspecto repugnante. Resulta curioso que, por lo general, los monstruos de la mitología sean figuras masculinas, pero Tiamat es una figura femenina. Los babilonios imaginaban a Tiamat como un dragón, o una serpiente marina, y desde entonces, empezaría una continua asociación entre las serpientes y lo monstruoso, la cual, por supuesto, persiste hasta nuestros días en la asociación entre la serpiente y lo demoníaco.

Tiamat también es la representación de las aguas marinas y se casó con Apsu, el dios de las aguas dulces. De esta unión nacieron dos dioses gemelos: Lahmu y Lahamu. A su vez, estos gemelos engendraron otros dioses, entre ellos, Anshar y Kishar, y estos engendraron a Anu y Ea. Cada uno de estos dioses representa elementos de la naturaleza y, según se narra, ocasionaron agitación. La pareja primordial, Tiamat y Apsu, quedaron molestos con el alboroto generado por los nuevos dioses, y

bajo la exhortación de Mummu, la diosa de la niebla, planificaron destruir a sus descendientes.

Ea se enteró de los planes de Tiamat y Apsu y, como respuesta, atacó a Apsu y lo mató. Tiamat, en furia, se propuso contraatacar. Así, Tiamat se casó con Kingu, y engendró a una nueva progenie de monstruos y dragones que le prestarían servicio en su campaña en contra de su otra prole. Un hijo de Ea, Marduk, se preparó para enfrentar a Tiamat. Finalmente, se dio el combate. Tiamat trató de tragarse a Marduk, pero este disparó una flecha al estómago de Tiamat y luego la ejecutó. Dividió el cuerpo de Tiamat en dos: con una mitad hizo los cielos, con la otra mitad la tierra. De las lágrimas de sus hijos surgieron los ríos Éufrates y Tigris. Marduk también ejecutó a Kingu, y de su sangre fueron creados los seres humanos.

Tiamat es una de las primeras representaciones de lo monstruoso. Su aspecto es repugnante y personifica el caos. Es un claro antecedente de la figura de Satanás como representación del mal absoluto. Desde la perspectiva de quienes narran estos mitos, no hay nada rescatable en estos personajes y, eventualmente, son vencidos por un dios quien, gracias a su hazaña, logra crear el mundo a partir de los restos del monstruo primordial.

Cuando, hacia el siglo VI antes de nuestra era, los judíos redactaron su versión sobre los inicios del mundo, obviamente tuvieron presente la tradición del *Enûma Elish*. Y, en efecto, los historiadores advierten varios elementos que permiten suponer una influencia babilónica en la narrativa del Génesis sobre la creación. En el *Enûma Elish*, pasan seis generaciones de dioses antes de que finalmente se proceda a la creación, en el Génesis, pasan seis días antes de completarse la creación.

Pero, más allá de estas semejanzas, también los historiadores suelen hacer énfasis en una diferencia fundamental: en el relato del Génesis, el mundo no es creado mediante una acción violenta por parte de Dios, sino *ex nihilo*, de la nada. Así, en el Génesis no hay propiamente un monstruo primordial, como sí lo hay en el *Enûma Elish*. Y, en este aspecto, es mayor el aporte de los babilonios que de los propios judíos respecto a la configuración de Satanás como figura.

A la par del *Enûma Elish*, los mesopotámicos nos dejaron otra pieza de literatura religiosa que ha tenido notable influencia en Occidente y que, hasta cierto punto, ha servido como antecedente para la figura de Satanás: *La epopeya de Gilgamesh*. Este poema es posiblemente la primera pieza de literatura escrita en la historia, y consta de una serie de tabletas de arcillas, probablemente compuestas hacia el siglo XX antes de nuestra era.

La historia narra las hazañas de Gilgamesh, un legendario rey de la ciudad de Uruk. Gilgamesh cultiva una amistad con Enkidu, y juntos tienen algunas aventuras. La diosa Ishtar se enamora de Gilgamesh y le propone matrimonio, pero el héroe la rechaza. Enfurecida, Ishtar envía a Gugalanna, un toro del cielo, a castigar a la ciudad de Uruk. Gilgamesh y Enkidu logran matar al toro, pero como represalia, los dioses deciden castigar a Enkidu y este muere enfermo. A partir de entonces, Gilgamesh adquiere consciencia de su propia mortalidad, y emprende un viaje en busca de la inmortalidad. Luego de varias hazañas, casi la consigue pero, al final, falla en su misión.

Se narra en el poema que Gilgamesh y Enkidu se enfrentaron y mataron a Humbaba, un gigante guardián de un bosque tenebroso. Pues bien, este Humwawa tiene una notable presencia en el folclore mesopotámico, y en él residen algunas características que más tarde serán asimiladas a Satanás. Humwawa es quizás la figura más monstruosa concebida por los mesopotámicos, y su presencia espanta a quienes la contemplan. Como Satanás posteriormente, Humwawa es el guardián de un sitio tenebroso y respira fuego. Y, además, tiene cara de león (un animal que, siglos más tarde, será asociado a lo demoníaco) y atributos de otros animales. En efecto, siglos más tarde, Satanás

sería habitualmente representado como un híbrido compuesto de partes de distintos animales.

De hecho, como Humwawa, pululan en el folclore mesopotámico seres monstruosos que generan infortunios. Asag, por ejemplo, es tan horripilante que su mera presencia hace que los peces hiervan. Asimismo, Asag es el responsable de las fiebres en los hombres. Otro ser maligno es Lamashtu, un monstruo femenino que acosa a las mujeres parturientas y rapta a los niños mientras son amamantados. En ocasiones los mesopotámicos invocaban a Pazuzu para protegerse frente a Lamashtu, pero Pazuzu es también un ser maligno que trae sequías y hambrunas.



Lilit, un demonio femenino de origen mesopotámico, asociada a la serpiente. Collier, John. Lilith. The Atkinson Art Gallery, Reino Unido.

Quizás la más importante de todas estas figuras mesopotámicas malignas sea Lilit, un monstruo femenino. Tal como la concibieron los mesopotámicos, Lilit está asociada a la serpiente y genera estragos a los hombres. Lilit es especialmente relevante en la genealogía del concepto de Satanás, pues algunos autores bíblicos la asimilaron e incluyeron referencia a ella en algunos pasajes de las escrituras judías. Y, más adelante, el folclore judío se extenderá aún más en leyendas sobre Lilit, asimilándola como la primera esposa de Adán.

PRECURSORES CANANEOS

Así como la religión de Israel estuvo bajo la sombra de las influencias mesopotámicas, también fue inevitable que recibiera cierta influencia religiosa de sus vecinos cananeos. La religión cananea era, como tantas otras en el Mediterráneo, politeísta. El panteón cananeo estaba conformado por distintos dioses, pero el principal de ellos era El. Este dios era padre de muchos otros dioses, entre ellos destacan Baal y Mot.

La aparición del monoteísmo hizo que entre los mismos israelitas surgiera una furibunda oposición especialmente dirigida al culto de Baal. Y, esto es relevante en nuestra genealogía de Satanás. Pues los judíos inauguraron una tendencia que se ha repetido a lo largo de la expansión del monoteísmo por el mundo entero. Los dioses de las religiones que anteceden a la llegada del judaísmo, cristianismo e islam en muchos contextos, han sido frecuentemente satanizados. Y así, desde la perspectiva de los monoteístas, los dioses adorados por los politeístas en realidad son demonios.

Pues bien, Baal es probablemente la deidad que más ha sido satanizada, hasta el punto de que varios demonios en la imaginación judía y cristiana recapitulan su nombre. Peter Binsfield, un demonólogo del siglo XVI, consideró a Baal uno de los siete príncipes del infierno. El demonio de la pereza en la demonología renacentista, Belfegor, tiene obvias resonancias etimológicas con el dios Baal. Belial, posiblemente un demonio mencionado por el apóstol Pablo en Segunda epístola a los Corintios, seguramente es, también, un remanente de la satanización de Baal, y, en siglos sucesivos, se convertiría en un demonio recurrente en la imaginación judía y cristiana. Quizás el más célebre de todos estos demonios inspirados en Baal sea Belzebú, el cual tiene mención en los evangelios de Mateo, Marcos y Lucas, y ha excitado la imaginación de muchos demonólogos cristianos.

Irónicamente, en su representación original cananea, hay poco en Baal que permita asociarlo a Satanás o los demonios. La palabra «Baal» eventualmente vino a convertirse en un título (‘señor’) que fue aplicado a varias divinidades. Mucho más afín a Satanás es Mot, otro de los hijos de Él. Mot es otro de los típicos dioses mediterráneos del inframundo y la muerte. Muchas fuentes lo describen como lúgubre, frío y sombrío. En una variante del mito de combate, Mot y Baal se enfrentan en una batalla. Mot mata a Baal, pero luego la hermana de Baal, Anat, jura vengarlo y mata a Mot. No obstante, tanto Baal como Mot resucitan y vuelven a luchar en un conflicto eterno.

Hay también otro dios cananeo que pudo haber servido como inspiración a la figura de Satanás: Habayu. Este dios también está asociado al inframundo, y lleva cuernos. La identificación del Maligno con los cuernos es muy posterior, pero no debemos descartar una posible influencia cananea. Además, Habayu realiza un conjunto de acciones repugnantes que recuerdan al diablo: en rebeldía, sumerge a El en orina y excremento.

Por último, vale mencionar un dios cananeo que, como Baal, ha sido recurrentemente satanizado por el judaísmo y el cristianismo, hasta el punto de ser considerado un demonio propiamente. Se trata del dios Moloch. Originalmente, Moloch era el dios del fuego, y lo mismo que Habuya, era un dios cornudo. Desde muy temprano, los israelitas sintieron animadversión hacia él, pues según el relato de I Reyes 11, Salomón le dedicó culto (en realidad, el texto en cuestión hace mención de Milcom, pero los historiadores están bastante seguros de que se trata de la misma divinidad).

Moloch resultó especialmente repugnante a los israelitas porque, supuestamente, en su honor se hacían sacrificios de niños. Es de sospechar que varios israelitas participaron en estos rituales, pues en varios rincones de la Biblia hebrea, se lanzan advertencias en contra del culto a Moloch y el sacrificio de niños (Lv 18:21; 20:2-5; 2 Rey 23: 10; Jr 32: 35). Resultó inevitable, pues, que una vez que lo demoníaco se apoderara de la imaginación judía y cristiana en los siglos posteriores, Moloch, con sus repugnantes exigencias sacrificiales, fuese satanizado y considerado un demonio en sí mismo. Lo mismo que Baal y sus demonios afines (Belial, Belzebú, etc.), Moloch es uno de los demonios que toman el nombre de antiguas divinidades cananeas.

Más aún, el nombre del lugar donde supuestamente se realizaban los sacrificios infantiles a Moloch, eventualmente vino a servir como nombre para referirse a un concepto afín al infierno en los inicios del cristianismo. Según la tradición, el valle de Hinnom era el sitio donde se realizaban estas prácticas abominables. Pues bien, en tiempos del Nuevo Testamento, «Gehena» era la palabra usada para referirse al lugar de eterno sufrimiento al cual estaban destinados los pecadores (un claro antecedente del infierno, según la concepción contemporánea). Y, *Gehena* es una variante de *Guehinnom*, el valle de Hinnom. Así pues, el concepto del «infierno», la morada del diablo, en parte se inspiró en el lugar donde se realizaban los sacrificios a Moloch.



Moloch era un dios cananeo en cuyo honor se ofrecían sacrificios humanos infantiles. Ilustración de Charles Foster

Moloch y los sacrificios realizados en el valle de Hinnom pudieron servir como inspiración a la idea del diablo y el infierno, pero no había en la religión cananea algo que nítidamente podamos considerar un anticipo de la idea cristiana del infierno. De hecho, lo mismo que los mesopotámicos,

pero a diferencia de los egipcios, los cananeos tenían un concepto de la ultratumba pobremente desarrollado. A lo sumo, concebían la existencia de un inframundo al cual iban a morar los muertos, pero no había algo remotamente parecido a un Juicio final, mediante el cual se abandonara a los pecadores a ser terriblemente castigados por los demonios.

PRECURSORES EGIPCIOS

Las ideas religiosas egipcias también ejercieron alguna influencia en la conformación de la figura de Satanás. En particular, el mito egipcio de Osiris ha tenido mucha influencia. Osiris es el dios del inframundo, quien recibe a los muertos para someterlos a un juicio, y manifiesta gran misericordia. La creencia generalizada era que las personas virtuosas se encontrarían con Osiris en la ultratumba.

Si bien Osiris es el dios del inframundo y su mito ha podido tener alguna influencia sobre la formación de la idea de Satanás, la figura en la religión egipcia que realmente tiene más paralelismos con el diablo es Set, el cual desempeña un papel protagónico en el mito de Osiris. Según narra el mito, Osiris logró convertirse en el dios de la prosperidad, la fertilidad y la vida eterna, e Isis, su hermana y esposa, era la protectora de los muertos. Según parece, Set, hermano de Osiris, creció en envidia y se propuso un plan para matarlo. Su plan fue el siguiente: preparó un sarcófago y organizó una fiesta. Exhortó a los invitados a que se midieran en el sarcófago, pero ninguno cupo acordemente. Sólo Osiris cupo en el sarcófago; en realidad, Set lo había planificado todo desde un inicio, para asegurarse de que ese sarcófago correspondiera a Osiris. Cuando Osiris entró en el sarcófago, Set y sus colaboradores, lo encerraron y lanzaron el sarcófago al Nilo. El sarcófago vino a aparecer en la ciudad de Biblos y ahí se convirtió en un árbol. Isis rescató el cuerpo de Osiris y lo trajo de vuelta a Egipto, se sentó sobre el cadáver, y de esa unión necrofílica nació Horus. No obstante, Set encontró el cadáver, lo descuartizó en catorce pedazos, y dispersó sus partes por todo Egipto. Isis fue buscando cada uno de los pedazos del cuerpo de Osiris y construyó un santuario en cada una de esas localidades. Horus buscó vengar la muerte de su padre, y se propuso destruir a Set, y así protagonizaron muchas batallas.

Más allá del contenido político del mito de Osiris, Horus y Set (Horus era el dios del reino del sur, Set era el dios del reino del norte, y su conflicto en buena medida representa el conflicto de los dos reinos de Egipto), en la mitología egipcia se repite el tema del enfrentamiento cósmico entre el héroe y la figura que representa el caos. Set es un firme candidato como inspiración de la figura de Satanás. El asesinato de su hermano viene motivado por la envidia y, como veremos en el capítulo 3, algunas versiones judías sobre la caída de Satanás hacen especial énfasis en la envidia que Satanás siente por Dios.

Set es, de hecho, la representación de la destrucción, el caos y la muerte en la antigua religión egipcia. Según los mitos, en su conflicto con Horus, Set quedó relegado al desierto. Probablemente debido a la inclemencia de su clima, el desierto en las religiones mediterráneas no tardó en estar asociado a las figuras malignas, de manera tal que resultó casi natural que Set fuese asociado con el desierto. De hecho, como veremos, el encuentro de Jesús con Satanás, narrado en los evangelios, ocurre en el desierto. Y, la posterior tradición cristiana no tardó en postular que el desierto está poblado por demonios dispuestos a acechar a los ascetas, como en el caso de san Antonio.

PRECURSORES GRIEGOS

En la religión y la mitología griega hay también antecedentes de la figura de Satanás. Como en los otros pueblos mediterráneos, los griegos también concibieron mitos de combate, en los cuales una figura monstruosa es ejecutada. Hay muchos de estos monstruos en la mitología griega; basta mencionar algunos. La Esfinge, por ejemplo, tenía cabeza humana, cuerpo de león y alas; era un monstruo repugnante que se tragaba a quienes no lograban descifrar sus acertijos. El Minotauro tenía cabeza de toro y cuerpo humano, anualmente se comía a siete hombres y siete mujeres que los ciudadanos de Atenas debían enviar al laberinto donde este monstruo residía. Las gorgonas tenían alas de oro y su cabello compuesto de serpiente, lo cual hacía de ellas unos seres sumamente espantosos; la más horrorosa de ellas (y probablemente la más conocida) era Medusa. Las harpías, al menos en la interpretación tardía, eran pájaros con cabeza de mujer que aterrorizaban con su fealdad.



Pan, dios griego, de quien se tomaron muchos elementos pictóricos en la posterior representación de Satanás.
Óleo de Francois Boucher. Colección privada

Hay otros monstruos que no son propiamente híbridos, pero su carácter espantoso pudo haber servido de inspiración a la repugnancia por Satanás. Polifemo era un cíclope, un monstruo con un solo ojo, y se alimentaba de seres humanos. Hidra era un monstruo de siete cabezas con forma de serpiente que aterrorizaba a quienes navegaban el lago donde habitaba. El león de Nemea era otro monstruo que azotaba a aquellos con quienes se topaba.

En casi todos estos casos, estos monstruos son vencidos por algún héroe de la mitología. En algunas versiones del mito, Edipo mata a la Esfinge. Teseo mata al Minotauro; Perseo mata a Medusa, Odiseo deja ciego a Polifemo; Heracles mata tanto a Hidra como al león de Nemea. Y así, la mitología griega recapitula el tema del combate que tanto se repite en las tradiciones del Mediterráneo. Si bien no hay en la mitología griega un combate cósmico entre las fuerzas del bien y las fuerzas del mal, varios de estos mitos de combate sí sirven como antecesores de las posteriores imágenes cristianas sobre combates entre ángeles y demonios y, al final, entre Dios y el diablo.

Pero, de todos los dioses griegos, Pan fue aquel que la imaginación cristiana asimiló para incorporar muchos elementos que hoy asociamos con Satanás. Pan es una deidad silvestre, dios de los pastores, la caza y la música rústica. Tiene rostro y torso humano, pero patas de chivo, cuernos y barba similar a la de ese animal. Tiene, además, una barbilla puntiaguda, de nuevo, similar al ganado caprino. Además, Pan toca una flauta y su sonido genera espanto: a su música se atribuye la huida temerosa de los titanes en su batalla contra los dioses del Olimpo. De ahí procede nuestra palabra «pánico». Los mitos en torno a Pan son muy variados y no hay una imagen absolutamente clara de él. Pero, tradicionalmente, se asume que es hijo de alguno de estos dioses: Hermes, Dionisio o Zeus; y su madre pudo ser Dríope, una ninfa o, incluso, Penélope, la esposa de Odiseo.

Pan es quizás el más repugnante de los dioses griegos, y tiene un insaciable apetito sexual. Siempre está al acecho de las ninfas, pero estas continuamente lo rechazan por su fealdad. Pan estuvo asociado a los sátiros. Estos personajes también tocaban la flauta y se caracterizaban por ser peligrosos pero cobardes y, lo mismo que Pan, acechaban a las ninfas. De hecho, los sátiros y Pan comparten su indecoro sexual, hasta el punto de que habitualmente se los concebía como personajes que siempre tenían el pene erecto. Cuando los romanos reinterpretaron la mitología griega, asimilaron los sátiros a los faunos y Pan al dios Fauno. Y, allí donde en la mitología griega los sátiros eran personajes indecorosos, pero no propiamente feos, en la mitología romana los faunos sí adquieren un aspecto desagradable.

De hecho, los faunos servirán como base para el desarrollo de los incubos en la Edad Media: demonios sexuales al servicio de Satanás que violan a las mujeres en la noche, mientras duermen, y les plantan la semilla del diablo. Como Pan y los faunos, son figuras repugnantes y maniacos sexuales. La hipersexualidad de este dios lo hizo un óptimo candidato a convertirse en la personificación del mal absoluto en una civilización cristiana que desarrollaba una moral sexual mucho más rigurosa que en el mundo clásico.

La asociación entre Pan y Satanás en el cristianismo tardó algunos siglos en aparecer. Pero, tenemos algunas pistas de que desde tiempos muy tempranos, los padres de la Iglesia vieron en Pan algunos rasgos que luego atribuirían al Maligno. Pues, así como la teología cristiana ha desarrollado el tema del combate entre Cristo y Satanás, y la eventual derrota del segundo; así también algunos teólogos postularon que Cristo derrotaba a Pan.

Un historiador griego del siglo I, Plutarco, dejó una crónica según la cual, un marinero oyó una voz divina que le anunciaba que el dios Pan había muerto. Esto es significativo, pues bajo las

premisas de la mitología griega, los dioses son inmortales, y en ese sentido, Pan habría sido el único dios en morir. Eusebio de Cesárea, autor cristiano del siglo IV, imaginó que Pan habría muerto, o bien el día del nacimiento de Jesús, o bien el día de su resurrección: con esto, pretendía postular alegóricamente que el nacimiento de la religión cristiana hacía morir a los dioses del paganismo.

Hoy, este dios silvestre ha dejado su legado en la representación de Satanás: basta observar la arquetí-

pica representación pictórica del diablo en nuestra cultura, para contemplar una figura casi idéntica a Pan: cuernos, patas de cabra, barba de chivo y barbilla puntiaguda. Sólo el tridente llevado por Satanás es ajeno a Pan y, seguramente, este tridente procede de Poseidón, el dios griego de los mares. La frecuente observación hecha por los historiadores, según la cual los dioses de una generación pasada se convierten en los demonios de la generación actual, se encuentra nítidamente en Pan y su demonización.

PRECURSORES ZOROASTRIANOS

Si bien en el arte pictórico y la representación popular del diablo en nuestra civilización, la imagen del diablo depende mucho más de la mitología griega, fue la religión zoroastriana de origen persa, la que más contribuyó al diablo como concepto, a saber, la personificación del mal absoluto. En el siglo VI antes de nuestra era, los babilonios expulsaron a los judíos, y es muy probable que estuvieran en contacto con ideas persas y las incorporaran a su religión. El diablo es una de estas ideas.

La antigua religión iraní era fundamentalmente politeísta. Los antiguos persas rendían culto a los *ahura* y *daevas*, dioses del antiguo panteón. Zaratustra promovió la reforma de esta antigua religión. Poco conocemos sobre este personaje no ficticio, y los historiadores no nos ofrecen fechas firmes de su existencia, pero pudo haber existido entre el siglo XVII y el VI antes de nuestra era. Frente al tradicional politeísmo iraní, Zaratustra sentó las bases para un sistema religioso que prescindía de los antiguos dioses. Su reforma no puede calificarse estrictamente como monoteísta, pues no postuló propiamente la existencia de un dios, sino de dos. Y, a diferencia de los sistemas politeístas de los pueblos vecinos, Zaratustra hizo una división moral entre sus dioses: un dios es absolutamente bueno, y el otro dios es absolutamente malo.

Estos dioses son autónomos entre sí: ninguno fue creado por el otro. Ahura Mazda es el dios bueno y está asociado a la luz. Una práctica entre los seguidores de la religión de Zaratustra que ha resultado frecuentemente llamativa a sus observadores es el uso ritual del fuego: su evidente simbolismo lumínico pretende propiciar un encuentro con el dios bueno, el dios de la claridad. El dios malo es Ahrimán, también conocido como Angra Mainyu, asociado a la oscuridad. Según los mitos zoroastrianos, Ahrimán y Ahura Mazda eran hermanos gemelos. Pero, en tanto el uno representa el bien y la luz, y el otro representa el mal y la oscuridad, están enfrentados en un conflicto cósmico. Ahura Mazda fue el creador de *asha*, la verdad y el orden, mientras que Ahrimán fue el creador de *druj*, la falsedad y el caos.

No es difícil apreciar en Ahrimán el más claro antecesor no judío del diablo: concentra el mal absoluto, es el principio de la oscuridad y la falsedad, y protagoniza un conflicto cósmico frente a su contraparte, la representación del bien absoluto. Atrás quedan los dioses antropomórficos y moralmente ambivalentes de los sistemas politeístas. Estos dos dioses son muy distintos de los seres humanos: el uno es absolutamente bueno, el otro es absolutamente malo.

Con todo, hay una importante diferencia entre Satanás y Ahrimán. Las religiones monoteístas enseñan que Satanás es una creación de Dios. La religión de Zaratustra enseña que Ahrimán es un dios no creado y autónomo de Ahura Mazda. No obstante, los zoroastrianos y los seguidores del judaísmo, el cristianismo y el islam coinciden en que, eventualmente, este personaje absolutamente malo será vencido en un escenario apocalíptico.

Zaratustra repitió una tendencia habitual en la historia cultural del diablo: convertir a los dioses de las épocas pasadas en los demonios de la época actual. Previo a la reforma de Zaratustra, los dioses de la religión iraní eran los *daevas*. Pero, desde al auge del zoroastrianismo, los *daevas* se convirtieron en dioses demoniacos bajo el mando de Ahrimán. Así, la tradición zoroastriana fue la primera en concebir dos grandes ejércitos cósmicos en continua batalla: Ahura Mazda, al mando de los *amesha spentas*, seres relativamente asimilables a los ángeles en el contexto judío, cristiano y

musulmán; y Ahrimán, al mando de los *daevas*.

De esa manera, a los persas se remonta la visión dicotómica del mundo que parte de un principio del bien absoluto, enfrentado a un principio del mal absoluto. Desde entonces, Occidente no ha resistido esta manera de entender el mundo (no en vano, a este entendimiento se le llama ‘maniqueo’, derivado del maniqueísmo, una religión que procede de Persia y es de inspiración zoroastriana), y de personificar el mal absoluto en la figura de Satanás.



کردار نیک

مینیاتور

گفتار نیک

پندار نیک

El antiguo Israel

YAHVÉ HACE EL BIEN Y EL MAL

La religión de los antiguos israelitas no fue monoteísta en estricto sentido. La hipótesis por la cual me inclino es que su religión era un derivado de los cultos politeístas que florecían en la región de Canáan. Eventualmente, Yahvé (quizás un dios entre muchos otros en el panteón) acaparó el culto y los otros dioses quedaron desplazados. Según la concepción religiosa adelantada por este incipiente monoteísmo, extensamente referida en el Deuteronomio, Yahvé había forjado una alianza con Israel: si los israelitas daban cumplimiento a la ley otorgada por Dios, Él los colmaría de bendiciones. Pero, si Israel desobedecía los mandatos divinos, Yahvé manifestaría su furia contra su propio pueblo elegido.

Así, definitivamente a partir del exilio babilónico, los israelitas vinieron a interpretar las catástrofes sufridas como el castigo colectivo enviado por Dios. Pues, Yahvé es el amo y señor de todo el universo y los dioses de las otras naciones ya ni siquiera existen, salvo quizás como demonios. Las adversidades enfrentadas por Israel no son evidencia de la debilidad de Yahvé, sino más bien evidencia de los pecados que Yahvé castiga.

En este sentido, la maduración del monoteísmo entre los israelitas perfiló a un Dios que está al control de todo cuanto ocurre en el universo. Y, su control se extiende incluso a los infortunios y sufrimientos. El Deuteronomio es enfático en la presentación de la relación contractual entre Yahvé e Israel: si los israelitas se acogen a la ley dada a Moisés, serán bendecidos; de lo contrario, recibirán toda suerte de sufrimientos.

Pues bien, esta concepción adelantada nítidamente en el Deuteronomio influyó a la mayor parte de los autores de la Biblia hebrea. Los libros de Josué, Jueces, I y II Samuel y I y II Reyes elaboran una historia de los reyes de Israel desde la perspectiva de esta teología: aquellos reyes que tuvieron buena fortuna dieron cumplimiento a la ley, mientras que aquellos reyes que se desviaron de los mandatos divinos recibieron castigos. Y, así, cuando los babilonios invadieron Jerusalén y desterraron a su población, los judíos interpretaron que aquello era un castigo que el mismo Yahvé había enviado por los pecados de Israel.

De esa manera, a lo largo de la Biblia hebrea se retrata a un Dios retribucionista que premia al pecador y castiga al justo. Bajo esta concepción, a diferencia de las ideas religiosas persas, los males del mundo proceden del mismo Dios que envía bendiciones. Y, en este sentido, la concepción del Dios retribucionista hace innecesaria a la figura del diablo: es el mismo Dios quien aflige a los seres humanos. Pero, lo hace como recurso de su propia justicia. Dios mismo envía terremotos, enfermedades, guerras y pestilencias, pero con un criterio de justicia: colma de bendiciones al virtuoso y castiga al pecador.

Así pues, la maduración del monoteísmo israelita vino a un precio: puesto que ya no se admite la existencia de otros dioses y se postula existencia de un solo Dios que gobierna todo el universo, entonces inclusive el mismo mal procede de Dios. De hecho, así se hace explícito en Isaías 45: 6-7, un texto escrito durante el destierro babilónico, la época cuando el monoteísmo judío ya adquiriría sus rasgos definitorios. Reza así el pasaje: «Yo soy Yahvé, no hay ningún otro. Yo modelo la luz y creo la tiniebla, yo hago la dicha y creo la desgracia, yo soy Yahvé, el que hace todo esto».

Bajo esta teología, no hay espacio para la repartición de funciones. Dios lo hace todo, tanto las

cosas buenas, como las cosas malas. Pero, para salvaguardar a Dios, casi todos los autores de la Biblia hebrea nos aseguran que, cuando Dios envía el mal, lo hace como un justo castigo a los pecadores. Bajo este esquema, no hay espacio para la existencia del diablo, pues todo aquello que el diablo podría hacer, ya Dios lo hace.

Con todo, la idea de un Dios que envía catástrofes debió empezar a resultar incómoda a algunos autores bíblicos. Y, así, lentamente se empezó a concebir la idea de un agente que, por así decirlo, hace las labores sucias que Dios preferiría no hacer directamente. Este agente es, por supuesto, Satanás. Y, es bajo esta modalidad como Satanás, con ese nombre propiamente, aparece por primera vez en la historia cultural de Occidente. No es aún el archienemigo de Dios, a la manera en que posteriormente fue concebido, especialmente por cristianos y musulmanes. Es, más bien, un subordinado del mismo Dios que se encarga de enviar sufrimientos, pero siempre bajo la autorización divina.

ETIMOLOGÍA DE SATANÁS

En los textos más antiguos de la Biblia hebrea, la palabra «satán» aparece como un nombre común. El hebreo, como otras lenguas semíticas, consta de raíces de consonantes. La raíz conformada por las consonantes *s-t-n* denota un verbo que frecuentemente es traducido como ‘obstaculizar’ u ‘oponer’. Así, esta palabra se emplea para referirse a algunos personajes que se oponen u obstaculizan el paso a otros, o se convierten en adversarios.

Hay una curiosa historia en Números, en la cual «satán» se emplea para hacer referencia a un agente sobrenatural enviado por el mismo Dios. Se narra que Balaán, un adivino ajeno al pueblo de Israel, fue consultado por Balac, rey de Moab, para que maldijera a Israel. Dios se le apareció a Balaán para ordenarle que no fuese a encontrarse con Balac. Con todo, Balaán insistió en ir y tomó el camino montado sobre su burra para encontrarse con los jefes de Moab, pero Yahvé envió a un ángel para que obstaculizase el paso de Balaán. Este no logra ver al ángel enviado por Dios, pero la burra sí lo vio y se apartó del camino. Balaán pegó a la burra para hacerla regresar al camino. El ángel se volvió a interponer, y esta vez la burra se arrimó a una pared. Balaán la pegó de nuevo. Una vez más el ángel se interpuso en el camino, y la burra se tiró al suelo, haciendo caer a Balaán. Este pegó otra vez a la burra, esta vez con un palo.



Números narra que la burra habló a Balaán quejándose, y le preguntó si ese comportamiento era habitual. Balaán respondió que no y, en ese momento, vio al ángel enviado por Dios para obstaculizar el paso. El ángel dijo a Balaán: «¿Por qué has pegado a tu burra con esta ya tres veces? He sido yo el que ha salido a cerrarte el paso, porque este es para mí un camino torcido» (Nm 22:32).

Para nuestro propósito, esta historia nos interesa, pues el texto original hebreo emplea la palabra «satán». Pero, contrario a la expectativa contemporánea, el satán de esta historia es el mismo ángel enviado por Dios. El satán referido ahí es un ángel que cumple la voluntad divina. Y, es llamado satán en la medida en que sirve como obstáculo al camino de Balaán, obedeciendo la orden de Dios.

En los Salmos hay un uso de la palabra «satán» que, si bien mantiene el significado original esbozado en los pasajes que he citado más arriba, lo acerca mucho más al entendimiento más tardío de esta palabra y del cual nosotros estamos mucho más cerca. Los Salmos constan de expresiones poéticas en los que el autor, por lo general, pide a gritos el auxilio de Dios ante la desesperación. Los primeros versos del salmo 109 son bastante emotivos:

¡Oh Dios de mi alabanza, no calles!
Bocas de impíos y traidores
Estarán abiertas contra mí
Suscita a un malvado contra él,
que un fiscal se ponga a su diestra;
que en el juicio resulte culpable,
su oración considerada pecado.

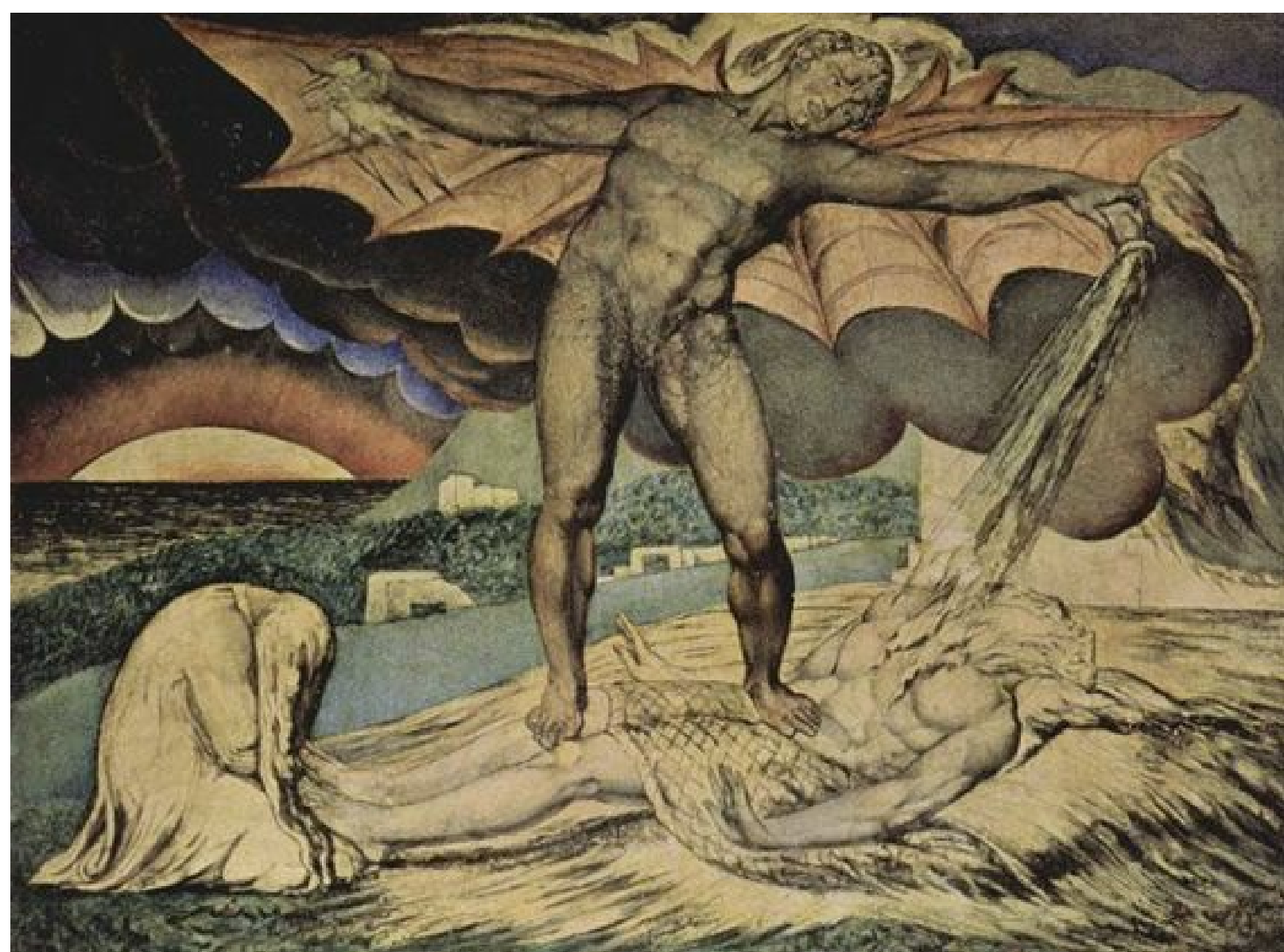
Salmo 109: 1-7^[1]

Las traducciones modernas emplean la palabra «fiscal» o «acusador». Pero, una vez más, el texto original hebreo emplea la palabra «satán». No obstante, el satán de este pasaje no es ya el obstáculo que he citado anteriormente. Es más bien un fiscal, un agente que tiene la labor de lanzar acusaciones en un tribunal. Es por ello que el salmista pide a Dios un malvado en contra de los impíos y traidores, a saber, alguna persona que en un tribunal acuse a los opresores, de forma tal que el juez proceda a castigarlos.

Así, la palabra «satán» se concibe en este pasaje como aquel que acusa y que puede infligir un mal, pero no autónomamente de Dios. Antes bien, este satán es una suerte de funcionario público con una labor que cumplir (quizás desagradable, pero necesaria) en un proceso judicial. De esa manera, satán sigue siendo un obstáculo, pero es ahora además un acusador burocrático. Ya no es meramente un adversario en cualquier ámbito, sino un adversario jurídico que se encarga de afrontar a los acusados.

SATANÁS EN EL LIBRO DE JOB

Es bajo este entendimiento de satán tal como aparece en la primera mención de Satanás como personaje en la Biblia, en el libro de Job. La historia de este libro es harto conocida: se narra en Job que Dios tiene una discusión con Satanás. Dios señala a Satanás lo justo que es Job, pero Satanás sugiere a Dios que Job es justo sólo porque está colmado de bendiciones. Si Job fuese despojado de sus riquezas, familiares y salud, seguramente maldeciría a Dios. Así, Satanás sugiere afligir a Job para ponerlo a prueba y Dios ofrece su permiso para que Satanás así lo haga. Job pierde sus riquezas, familiares y su propia salud. Desamparado, Job es visitado por tres supuestos amigos (luego aparece un cuarto): Elifaz, Bildad y Sofar (y Elijú).



En el libro de Job, Satanás se desempeña como fiscal acusador en la corte divina e inflige castigos sólo bajo órdenes divinas. Obra en témpera, de William Blake.

Estos amigos tratan de convencer a Job de que, puesto que Dios premia al justo y castiga al pecador, su sufrimiento debe ser evidencia de algún pecado. Job enfáticamente rechaza las ideas de sus amigos y lanza airadas protestas en contra de la injusticia de su sufrimiento; a pesar de que nunca

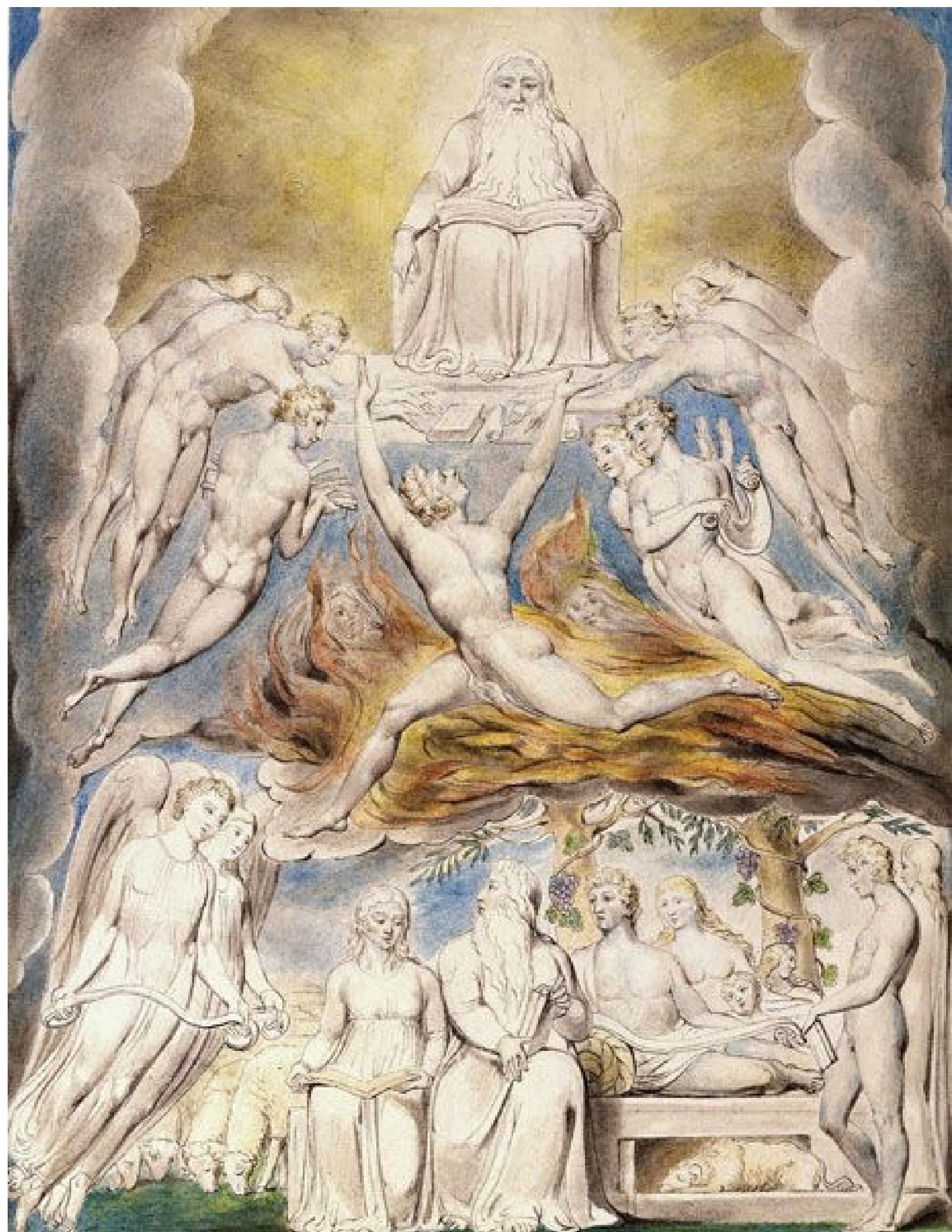
arremete contra Dios, sí exige una respuesta que explique su aflicción. Después de una larga discusión en forma de diálogo entre Job y sus amigos, Dios aparece en medio de una tempestad, y evocando imágenes grandiosas de su creación, intimida a Job, haciéndole reconocer que su sufrimiento es minúsculo comparado con las grandezas del mundo. Después de la exhibición del poderío de Dios, Job se rinde y desiste de sus protestas. Al final, Dios restituye las riquezas y la salud de Job y lo bendice con una nueva familia.

El libro de Job es, con justa razón, uno de los más populares de la Biblia, pero también uno de los más enigmáticos. Podemos estar bastante seguros de que el texto en cuestión pretende ser una crítica a la antigua teología del Deuteronomio, según la cual Dios castiga al pecador en la tierra y, por ello, el sufrimiento es evidencia de pecado. Los amigos de Job continuamente tratan de argumentar de esa forma, pero Job airadamente rechaza ese argumento, y al final, en la aparición de Dios, este les reprocha a los amigos de Job «no habéis hablado bien de mí [de Dios] como mi siervo Job» (Job 42: 7); en otras palabras, les reprocha que hayan presentado a un Dios retribucionista. El libro de Job rechaza que el sufrimiento sea un castigo divino, pero no ofrece una explicación satisfactoria de por qué los justos sufren. Al final, les atemoriza con sus imágenes y evoca el misterio; esto es algo que los hombres sencillamente nunca podrán entender, porque los designios de Dios son incomprensibles.

Ahora bien, las primeras escenas del libro de Job resultan especialmente pertinentes en la reconstrucción de la historia cultural de Satanás. El uso de la palabra «satán» no es ya una designación común, sino un personaje propio. De hecho, en el texto hebreo, la palabra empleada no es «satán», sino *ha-satán*. *Ha* es el artículo definido en hebreo y, de ese modo, *ha-satán* es ‘el adversario’. No se trata de una persona que circunstancialmente actúa como obstáculo o adversario, sino de alguien a quien se le ha encomendado esa labor y la cumple constantemente.

El primer capítulo de Job presenta una corte celestial. Está Dios en su trono, y ante Él se presentan los llamados hijos de Dios y Satanás. A diferencia de los pasajes que he citado anteriormente, las traducciones modernas sí emplean la palabra «Satanás» en el libro de Job. Pero, vale mantener presente que este Satanás sigue siendo un acusador y está muy lejos de ser el príncipe de las tinieblas y archienemigo del Dios de la tradición posterior.

En el libro de Job, Satanás no es aún un nombre propio en pleno sentido. Es el título conferido a la persona que ejerce como fiscal acusador en la corte celestial. En casi todas las cortes jurídicas, hay tres grandes partidos: el acusador, el defensor, y el juez. El acusador se encarga de promover alegatos en contra de los procesados, el defensor se encarga de intentar rebatirlos, y el juez decide al final. Pues bien, en la corte presentada en las primeras escenas de Job no hay propiamente un defensor. Pero sí hay un acusador: Satanás.



En rigor, el ser acusador no es intrínsecamente inmoral. Nadie estará dispuesto a admitir que los fiscales son inmorales por el mero hecho de acusar; antes bien, en consecución de la rectitud procesal, esa es la labor que deben cumplir. Pues bien, de esa forma es como debemos evaluar al Satanás que aparece en Job: es sencillamente un funcionario de la corte celestial que tiene una función que desempeñar. Ciertamente las personas a quienes él acusa no les resultará grata su labor, pero con eso hace un aporte no desdeñable a la administración de la justicia.

Así pues, en cumplimiento de su labor como acusador, Satanás sostiene que Job es justo, pero sólo porque está colmado de bendiciones. Pero, si fuese despojado de esas bendiciones, sugiere Satanás, seguramente maldecirá a Dios (Job 1: 11). Dios es el juez en esta corte y, al final, se tomarán las decisiones que Él promulgue. Como suelen hacer los jueces, Dios escucha sugerencia y, en este caso, escucha la sugerencia de Satanás. Así, permite Dios que Satanás actúe y despoje a Job de sus riquezas, familiares y su propia salud.

Pero, vale destacar que esto no es un duelo entre Satanás y Dios. Si bien Satanás es quien se encarga de afligir a Job (y, en este sentido, empieza a perfilarse una asociación más nítida entre Satanás y el mal), siempre lo hace bajo las órdenes divinas. Cada vez que le ocurre una desgracia a Job, Dios previamente la ha autorizado, a pesar de que el ejecutor directo es Satanás. Así, en el libro de Job, Satanás nunca actúa en autonomía de Dios, y nunca es el propio adversario de Dios. Es un adversario de las personas a quienes él acusa, pero esa es la labor que el mismo Dios, en tanto juez, le ha encomendado. Así, si bien Satanás, por así decirlo, es quien hace el trabajo sucio, en Job, Dios sigue siendo aquel que, como postulaba el pasaje de Isaías, modela la luz y la tiniebla, hace la dicha y la desgracia.

Quizás el Satanás de Job sea despreciable por aparentemente regocijarse con su labor desagradable. Pero, es el mismo tipo de regocijo que puede sentir un carcelero al recluir a los prisioneros: alguien debe cumplir esta labor. Hay, es verdad, fiscales abusivos y probablemente debamos calificar como tal al Satanás de Job. Pero, no perdamos de vista que es un fiscal que cumple una labor en la misma corte celestial encomendada por el mismo Dios; no es aún el archienemigo que actúa en autonomía de Dios, como sí aparece en otros textos bíblicos más tardíos.

La idea que frecuentemente asociamos con el diablo es mucho más cercana al dualismo persa que al libro de Job. Si bien el nombre que empleamos hoy para referirnos a la personificación del mal absoluto en oposición a Dios es Satanás, nuestra idea contemporánea del diablo tiene mucho más en común con el Ahrimán persa que con el Satanás del libro de Job.

De hecho, resulta curioso cómo Dios y Satanás conversan. Esto habría sido inconcebible en el dualismo persa y en las tradiciones posteriores, en las cuales Dios y Satanás ya están enfrentados. Si bien el libro de Job probablemente se escribió después del exilio babilónico, su autor aún no revela la influencia persa. No hay un combate cósmico entre Dios y Satanás en Job; apenas hay una disputa legal que, incluso, pareciera hacerse en términos amigables, como muchas veces lo hacen abogados enfrentados en litigios que debaten dentro de la sala judicial y, al salir, toman juntos un trago.

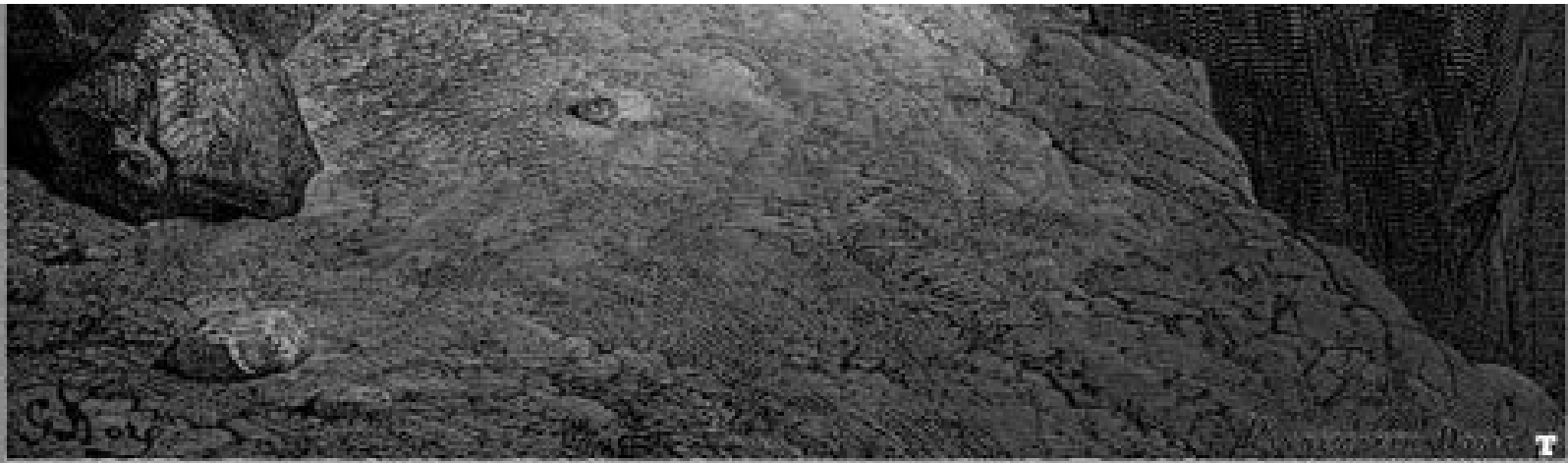
A lo largo de la mayor parte de la Biblia hebrea, se tiene la noción de que Dios es justo y retribuye acá mismo, en la Tierra. Por ello, la noción de un Juicio final está mayormente ausente entre los autores de la Biblia hebrea. No obstante, esta teología fue eventualmente criticada por algunos autores bíblicos. Job es enfáticamente una crítica de esta teología, pues presenta un hombre que es

justo a todas luces, pero aún así sufre. Eclesiastés es otro de los libros de la Biblia hebrea que levanta esta crítica. En la medida en que se denuncian los sufrimientos de los justos y el goce de los pecadores, eventualmente surgió el reto respecto a cómo Dios puede permitir que las cosas malas le sucedan a la gente buena.

El libro de Job no ofrece una respuesta satisfactoria: al final, se trata de un misterio que no logramos comprender. Pero, el posterior encuentro con las ideas religiosas persas permitió formular nuevas respuestas a este tremendo problema. El dualismo persa sirvió para que los judíos justificaran parcialmente a Dios frente al sufrimiento en el mundo: los males no proceden propiamente de Dios, sino de su archirrival. Los persas lo llamaban Ahrimán; en sus escrituras, los judíos no tenían una figura parecida. Pero, al buscar algún personaje remotamente parecido, encontraron a Satanás, el obstáculo, el acusador. Y, así, en las interpretaciones posteriores, el Satanás del libro de Job, quien originalmente era un funcionario del mismo Dios, pasó a convertirse en su rival, pues con eso, Dios quedaba parcialmente excusado del mal en el mundo.

Gradualmente, entonces, a medida que los judíos estaban en mayor contacto con las ideas religiosas persas, el personaje de Satanás se fue volviendo más afín a Ahrimán. Y, si bien en algunos textos sigue desempeñando su función de acusador en la corte celestial, cada vez se vuelve más agresivo y despreciable. Incluso, el Satanás de Job no es aún reprochado, pues sólo cumple la voluntad divina. De hecho, los gritos de protesta procedentes de Job van dirigidos hacia Dios, no hacia el diablo.





En el Antiguo Testamento, Satanás rara vez aparece como enemigo de Dios. Ilustración de *El paraíso perdido* de Milton. Gustave Doré.

SATANÁS EN LOS TEXTOS MÁS TARDÍOS DE LA BIBLIA HEBREA

El libro de Zacarías, por otra parte, perfila a un Satanás que, lo mismo que en Job, actúa como acusador en la corte celestial. Pero, a diferencia del retrato en el libro de Job, el Satanás de Zacarías es ya inescrupuloso, y es reprochado explícitamente por el mismo Dios. Zacarías, lo mismo que Job, probablemente fue escrito después del exilio babilónico, pero en su retrato del diablo tiene una mayor influencia persa.

Zacarías consta fundamentalmente de una serie de visiones del profeta epónimo, las cuales exaltan el regreso de los judíos a la tierra de sus ancestros, tras el exilio babilónico. Una de esas visiones es sobre el sumo sacerdote Josué, sobre quien el autor de Zacarías reposa sus esperanzas como guía de Israel en un futuro. Pero, presumiblemente, antes de consumir la investidura de Josué, debe realizarse un procedimiento jurídico que consiste en la revisión de su integridad y en este procedimiento hay, como cabe suponer, un fiscal acusador. Ese fiscal es, por supuesto, Satanás.

Cabe sospechar que las acusaciones de Satanás son excesivas y Dios interviene para reprocharle: «Pero el Señor le dijo a Satanás: "Yo soy el Señor, y te reprendo a ti, Satanás. Yo he escogido a Jerusalén, y a este hombre lo he rescatado del fuego como a un tizón. Por eso yo, el Señor, te reprendo"» (Za 3: 2). Con esto, Satanás sigue siendo el acusador en la corte celestial y todavía no es el archienemigo de Dios, principio absoluto del mal. Pero, ya tampoco es el colaborador en la corte celestial que, por así decirlo, hace el trabajo sucio que Dios no quiere hacer. Ahora es un fiscal acusador que se ha excedido en sus funciones, y Dios lo reprocha por sus abusos. Si bien sigue formando parte de la corte celestial, Satanás ya empieza a perfilarse como un adversario que actúa en autonomía de Dios.

Vale resaltar que en ninguno de estos casos, Satanás es la figura que interviene en el mundo para alejar a los hombres de Dios e inclinarlos hacia el pecado. Pero, para el momento en que se compusieron los libros de Crónicas, Satanás ya no era concebido como un simple adversario en la corte jurídica en la cual Dios es juez, sino como un agente que ya se ha perfilado como rival de Dios e, inclusive, interviene en el mundo para inducir a los hombres al pecado.

Estos libros fueron escritos probablemente hacia el siglo IV antes de nuestra era, y fundamentalmente repiten las mismas narrativas contenidas en los libros de Samuel y Reyes, pero con algunas diferencias de interpretación. Los libros de Samuel y Reyes se escribieron desde la interpretación teológica del Deuteronomio, según la cual, las desgracias de Israel son castigos del propio Dios. Los libros de Crónicas no hacen tanto énfasis en esta teología y más bien se inclinan a presentar la historia en torno a la gloria y grandeza del rey David.

Pues bien, se narra en II Samuel 24, que Dios estaba furioso en contra del pueblo de Israel. Para manifestar su furia, Dios indujo a David a realizar un censo. Según la antigua ley extendida a Moisés, Dios habría prohibido los censos (Ex 30: 12). Hoy los censos pueden resultarnos una actividad perfectamente racional, pero los antiguos desconfiaban mucho de ello, pues estaba asociado a la explotación y el cobro excesivo de impuestos. De ese modo, según la narrativa de II Samuel 24, el mismo Dios incita a David a realizar un censo (II S 24: 1), para que de ese modo tenga una justificación para castigar severamente a Israel. Así pues, como consecuencia del pecado del censo,

Dios envía una peste.

Es difícil no quedar perplejo ante semejante historia. Dios mismo induce a David a cometer un pecado para así tener justificación para enviar un terrible castigo. ¿Es este un buen Dios, que induce al pecado para regocijarse con el castigo? El autor de Crónicas seguramente apreció esta dificultad al leer el texto de II Samuel. Pero, para hacerle frente a este problema, narró la historia de forma tal que, en su versión, no es ya Dios, sino Satanás, quien incita a David a realizar el censo: «Pero Satanás se puso en contra de Israel e indujo a David a levantar un censo en Israel» (I Cr 21: 1). Es posible, también, que el autor de I Crónicas modificase la historia a fin de excusar el pecado de David (quien sirve como marco de referencia constantemente), y alegar que procedió realmente de la tentación inducida por el diablo.

Estos pasajes revelan el modo en que la idea de Satanás ha evolucionado. En tiempos del autor de II Samuel, Satanás no es concebido como una figura maligna propiamente; a lo sumo, sería un fiscal acusador en la corte divina. En tiempos del autor de I Crónicas, ya después del regreso del exilio, y bajo la influencia de las ideas religiosas persas, Satanás ya es un adversario de Dios que incita a los hombres a cometer pecados. Y, bajo esta nueva interpretación, ya no hay espacio para aquella teología manifestada en Isaías 45, según la cual, Dios es el origen tanto de las cosas buenas como de las cosas malas. Desde la influencia persa, será Satanás, y no Dios, el origen de las cosas malas.



A lo largo de la mayor parte del Antiguo Testamento, Satanás es sencillamente un subordinado de Dios. Satanás ante el Señor. Óleo de Corrado Giaquinto.

[1] Todas las citas bíblicas se han tomado de la Biblia de Jerusalén. UBIETA LÓPEZ, José Ángel (tr.). *Biblia de Jerusalén*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2004.

El judaísmo apocalíptico

ORÍGENES Y NATURALEZA DE LA LITERATURA APOCALÍPTICA

Probablemente las condiciones políticas influyeron para que los judíos se impregnaran de las ideas persas y el Satanás concebido por los autores de la Biblia hebrea dejase de ser un mero fiscal acusador y se convirtiese en una figura mucho más parecida al Ahrimán de la reforma zoroastriana. Con todo, en el 331 antes de nuestra era, el imperio persa sucumbió frente a un nuevo poder imperial mediterráneo: el imperio helénico, con Alejandro Magno a la cabeza. A la muerte de Alejandro Magno en el 323 antes de nuestra era, el imperio helénico se dividió en tres partes entre sus generales sucesores.

En un inicio, la provincia de Judea estuvo bajo el dominio de la dinastía ptolemaica (fundada por Ptolomeo, un general sucesor de Alejandro). Pero, a partir del 198 antes de nuestra era, el reino seléucida (fundado por Seleuco) tomó control de Judea. El rey seléucida, Antíoco IV, llevó al paroxismo la helenización en detrimento de las costumbres judías, cuando a partir del 168 antes de nuestra era, irrumpió en el Templo de Jerusalén y lo consagró a Zeus, prohibió las costumbres religiosas judías fundamentales (en especial la circuncisión y la observación del *Shabat*), aterrorizó a la población, y obligó a la población a rendir sacrificios a los dioses griegos.

En vista de esta irrupción helenista, especialmente sobre sus costumbres religiosas, surgió un fervor nacionalista judío. Esto condujo a una sublevación en el mismo 168 antes de nuestra era, la cual vino a ser llamada la Rebelión Macabea. La rebelión tuvo éxitos: se obtuvo el control de Jerusalén, expulsaron a los gobernantes seléucidas y consagraron nuevamente el templo, restaurando las antiguas costumbres judías en detrimento de las griegas.

Toda esta agitación política hizo aparecer un nuevo tipo de literatura religiosa entre los judíos: los textos apocalípticos, correspondientes al lapso que los historiadores llaman el Período Intertestamentario, pues proliferaron entre la redacción del Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento. Tradicionalmente, la concepción entre los judíos era que el sufrimiento colectivo del pueblo de Israel había sido un castigo enviado por el propio Dios. De hecho, fue así como se interpretó el destierro babilónico. Pero, a partir del período helénico, los judíos tenían dificultad en entender cómo se podía justificar su sufrimiento como pueblo, si precisamente habían demostrado un estricto apego a los dictámenes religiosos. Pues bien, apareció así un nuevo conjunto de ideas religiosas que intentaban explicar el sufrimiento colectivo: el mundo estaría controlado por fuerzas malignas que ocasionan sufrimientos e injusticias, pero Dios muy pronto intervendría abruptamente, en medio de caos y catástrofes, para poner fin al dominio de estas fuerzas malignas, y establecer así un reino de paz y prosperidad.

En la visión apocalíptica del mundo hay fuertes resonancias del dualismo persa. Las fuerzas del bien se enfrentan a las fuerzas del mal en un combate que puede manifestarse como un conflicto militar concreto, pero que en realidad es una batalla cósmica de gran escala. Y así, si bien no todos los textos apocalípticos hacen mención explícita del diablo, a partir de la literatura apocalíptica se empieza a configurar a un Satanás que ya no es un fiscal en la corte divina, sino que es el comandante de las fuerzas malignas que se opone a Dios en batalla cósmica.

Cabe sospechar que las circunstancias políticas alimentaron esta partición del mundo entre

aquellos que están al servicio de Dios y las fuerzas del bien, y aquellos que están al servicio de Satanás y las fuerzas del mal. La Rebelión Macabea no contó con todo el apoyo de los judíos. De hecho, hubo un contingente considerable de judíos (pero, seguramente no fueron la mayoría) que tenía simpatías por los gobernantes seléucidas, pues veían en ellos la oportunidad para asimilar la cultura helénica e incorporarse a la floreciente vida cultural y económica de los griegos. Quienes incitaban a la rebelión, no obstante, naturalmente veían en estos judíos helenizados a unos traidores. Así, la Rebelión Macabea no fue sólo un conflicto entre los invasores griegos y los guerrilleros judíos, sino también entre los judíos simpatizantes de la cultura griega, y los judíos tradicionalistas que querían rechazar toda influencia extranjera.



En la literatura apocalíptica, a perfilar la oposición cósmica entre Dios y Satanás. Ilustración de Pieter Mortier.

Todo esto condujo a un terrible sectarismo en el seno del pueblo judío. Y, este sectarismo que eventualmente produjo una guerra fratricida, propició que, a los ojos de quienes componían los textos apocalípticos, el partido opuesto fuese asimilado a las fuerzas del mal. Empezó así la satanización de los enemigos. Hasta el momento de la Rebelión Macabea, el diablo era una figura cósmica. Pero, el auge de la literatura apocalíptica hizo que el diablo ya no fuese meramente el rival de Dios, sino que también, contara con aliados muy específicos en la tierra. Y, de ese modo, resultó muy común que en las disputas, los enemigos fuesen considerados representantes de Satanás, mientras que los aliados fuesen considerados representantes de Dios y las fuerzas del bien. El enfrentamiento político y militar apenas sería parte de un conflicto cósmico a mayor escala.

El enfrentamiento entre Dios y el diablo no puede ser pálido. Al contrario, la batalla cósmica

será brutal, pero al final, prevalecerá el bien. Y, de esa manera, la representación de estas batallas acude a imágenes sobrecogedoras y aterradoras, hasta el punto de que muchos críticos literarios asumen que los textos apocalípticos son la semilla del género de horror en la ficción. En las imágenes apocalípticas aparecen monstruos terroríficos y bestias con un simbolismo sumamente extraño, hasta el punto de generar perturbación. De ese modo, las características del diablo como archirrival de Dios empiezan a aparecer con muchísima más nitidez a partir del siglo II antes de nuestra era, y los rasgos que Occidente tradicionalmente ha asociado con Satanás, se remontan a este período.

SATANÁS EN EL LIBRO DE LOS VIGILANTES

Uno de los primeros textos apocalípticos en aparecer fue el libro de Daniel, incluido en el canon de la Biblia hebrea. Daniel narra la historia del profeta epónimo, supuestamente durante el exilio babilónico. Pero, los historiadores están de acuerdo en que el texto fue escrito durante la época de la Rebelión Macabea.

No hay mención de Satanás en Daniel, pero su capítulo 7 tiene plenitud de imágenes apocalípticas que, con seguridad, contribuyeron al desarrollo de la figura del diablo. Se narra en ese capítulo que Daniel tuvo en un sueño unas visiones. En estas visiones, cuatro bestias salen del mar: la primera es un león con alas de águila; la segunda es un oso con costillas entre los dientes; la tercera es un leopardo con cuatro alas en su dorso y cuatro cabezas; la cuarta tiene dientes de hierro que todo lo tritura y tiene diez cuernos.

El libro de Daniel hace mención también a unos «vigilantes» (Dn 4: 14) que, según parece, son ángeles al servicio de Dios. Pero, contemporáneo del libro de Daniel es el libro de los Vigilantes, en el cual se narra la historia que postula que estos vigilantes en realidad son ángeles caídos que se convirtieron en demonios. El libro de los Vigilantes fue incorporado como una sección de una colección de escritos que eventualmente vino a llamarse el libro I de Enoc. Este libro fue seguramente organizado en su forma actual hacia el siglo I de nuestra era, pero consta de secciones procedentes de siglos anteriores.

El libro de los Vigilantes reinterpreta una historia bizarra que se encuentra en Génesis 6: 1-4. Según esta historia, los «hijos de Dios» bajaron del cielo y se aparearon con las mujeres de la tierra. Como producto de esta unión (a pesar de que el texto no lo deja absolutamente claro), nacieron los *nefilim*, quizás una raza de gigantes. Más adelante el texto de Génesis deja entrever que cuando Dios envió el diluvio universal, los *nefilim* desaparecieron, interpretación que, como veremos más adelante, el libro de *Jubileos* sí hace explícita.



El Libro de los vigilantes narra que Dios encomendó a una legión de ángeles la misión de vigilar el universo (de ahí viene el nombre de «vigilantes», aunque a veces también se les llama *grigori*). Uno de esos ángeles, Semyaza, reunió a un grupo de doscientos ángeles (con él incluido) y los incitó a bajar a la tierra para aparearse con las mujeres. Uno de los colaboradores de Semyaza era Azazel (el mismo nombre con el cual, los israelitas designaban al demonio al cual se entregaba el chivo expiatorio en un ritual descrito en el Levítico). Azazel enseñó a los hombres los secretos de la metalurgia (y así los hombres aprendieron a hacer armas), y enseñó a las mujeres los secretos de los cosméticos, alimentando en ellas la vanidad. También les enseñaron las artes prohibidas de la magia. Estos ángeles se vieron invadidos por la lujuria y así se convirtieron en demonios. Y, como resultado de su caída y la enseñanza del arte de la metalurgia y cosmetología a los hombres y mujeres, la humanidad se ha visto envuelta en guerras y vanidades.

Ante el desorden causado por los vigilantes, Dios decidió enviar a algunos ángeles que también eran vigilantes, pero que no siguieron a Semyaza. La misión de estos ángeles era frenar el caos generado por los vigilantes caídos. Rafael bajó para atar a Azazel. Gabriel bajó para sembrar confusión y destruir a los descendientes de los ángeles caídos. Y Miguel, fue enviado para atar al propio Semyaza y arrojarlo al abismo.

Si bien el libro de los Vigilantes no emplea el nombre de Satanás, es fácil identificarlo con Semyaza. Y, así, comienza el recurrente tema, nunca presente de forma explícita en la Biblia, pero conocido por la tradición judía, cristiana e islámica, según el cual, originalmente, el diablo era un ángel que incitó a la desobediencia y, como consecuencia, fue apartado de Dios. Es interesante que, a diferencia de otras versiones posteriores de este mito, el principal motivo por el cual los ángeles caen, sea su lujuria. Así, el libro de los Vigilantes da continuidad al tema según el cual el diablo y los demonios tienen un malsano apetito sexual que genera desgracias.

SATANÁS EN OTROS TEXTOS DEL PERÍODO INTERTESTAMENTARIO

La historia de los vigilantes caídos también aparece en otro texto de aquella época, el libro de Jubileos. Lo mismo que el libro I de Enoc, Jubileos no forma parte del canon de la Biblia, salvo en la Iglesia de Etiopía. Pero, en la versión de Jubileos, los vigilantes no bajan a la tierra para aparearse con las mujeres, sino para enseñarles las virtudes de los ángeles. Con todo, se ven consumidos por la lujuria, y se aparean con las mujeres.

El libro de Jubileos pretende ser una recapitulación de las narrativas del Génesis. Pero, en vista de que fue escrito en pleno apogeo de la literatura apocalíptica, varias de estas narrativas son presentadas bajo la óptica de los temas típicos de esta literatura. Y, en este sentido, la figura del diablo (al cual Jubileos hace referencia con varios nombres), aparece recurrentemente.

Así, por ejemplo, se narra que no fue Dios, sino Mastema, quien incitó a Abraham a sacrificar a su propio hijo, Isaac. «Mastema» es, lo mismo que «satán», una palabra hebrea que, originalmente en la Biblia hebrea no hacía referencia a un personaje en particular, sino a alguna situación de oposición u hostilidad. Así, por ejemplo, aparece en Oseas 9: 7: «por la magnitud de tu culpa, por tu enorme hostilidad [*mastema*]». Pero, del mismo modo en que Satán se convirtió en un nombre propio, Mastema es ya un personaje en Jubileos. Es posible que el autor de este texto tuviera en mente que Mastema y Satanás son la misma persona.

Jubileos también narra que Mastema buscó matar a Moisés porque este no estaba circuncidado, a pesar de que, en la versión bíblica contenida en Éxodo 4: 24, es Dios mismo quien busca matar a Moisés. Y, según el relato de Jubileos, Mastema y los demonios no fueron atados por los otros ángeles (como sí ocurre en la versión del libro I de Enoc), sino que después del diluvio, si bien los hijos de los vigilantes murieron, Mastema pidió a Dios que conservara a una décima parte de los ángeles caídos, a fin de que estos pudieran desempeñar su función como tentadores de los hombres. Es destacable que, si bien en Jubileos, como en los otros textos de la literatura apocalíptica, ya Satanás se perfila como rival de Dios, aún en ocasiones se conserva su subordinación al mandato del mismo Dios. Con todo, hubo otros textos ligeramente más tardíos, en los que se presenta a un Satanás enteramente enfrentado a Dios: en el Testamento de Job, del siglo I antes de nuestra era, se retrata a un Satanás que, si bien sigue siendo un fiscal, es mucho más maligno que en la versión tradicional de la historia, incluida en la Biblia hebrea.

Jubileos también llama al diablo por otros nombres. Menciona a Satanás al menos cuatro veces, y en otras ocasiones hace referencia a Beliar, un nombre que luego sería asimilado por otros autores de textos apocalípticos y, más recientemente, por autores cristianos, para designar uno de los demonios al servicio de Satanás.

Si bien los libros I de Enoc y Jubileos ofrecieron un abreboca respecto a los orígenes de Satanás como ángel caído, no desarrollaron mucho los detalles de esta historia. De hecho, en toda la Biblia hebrea no hay mención de esta historia, y en el Nuevo Testamento, apenas hay una mención oscura de esta historia (Lc 10: 18), sobre la cual ni siquiera podemos estar seguros si en realidad hace referencia a Satanás como ángel caído.



En la versión del libro de Jubileos, no es Dios, sino el demonio Mastema, quien incita a Abraham a sacrificar a Isaac. Abraham lleva a Isaac al sacrificio. Domenichino. Museo de Arte Kimbell, Estados Unidos.

No obstante, algunos textos judíos de siglos posteriores incluyeron historias sobre cómo Satanás fue originalmente un ángel, pero luego se rebeló contra Dios y cayó junto a otros ángeles rebeldes. La vida de Adán y Eva, posiblemente del siglo III de nuestra era, cuenta que Satanás rehusó arrodillarse frente a Adán luego de que este fuera creado, y como consecuencia, fue expulsado del paraíso.

Otro texto del siglo I de nuestra era que tiene una historia sobre la caída de Satanás, es aquel que ha venido a llamarse II de Enoc. Este libro es autónomo del I de Enoc, pero se le llama así porque, lo mismo que el otro, atribuye su autoría al patriarca antediluviano. Se narra ahí que Satanael (de nuevo, posiblemente sea la misma persona que Satanás) organizó una rebelión en contra de Dios, y para ello reclutó a un contingente de ángeles. En La vida de Adán y Eva, el pecado del diablo es la soberbia (pues rehúsa a arrodillarse ante el hombre). En el II de Enoc, el pecado de Satanael es la envidia, y por eso se rebelan contra Dios. Satanael y los ángeles rebeldes fracasaron en su intento, luego de una terrible guerra en el cielo y, como consecuencia, fueron expulsados.

La aparición de demonios es recurrente en otros textos judíos apocalípticos de aquella época. En el *Apocalipsis de Abraham* (escrito alrededor del siglo I de nuestra era), por ejemplo, el ángel caído Azazel acosa a Abraham, y se forma así una batalla entre Azazel y Yahoel, un ángel enviado para proteger a Abraham. La fascinación con el diablo y los demonios también se manifestó en otros

textos judíos de ese período, a pesar de que no trataban temas estrictamente apocalípticos. El libro de Tobías (no fue aceptado en el canon de la Biblia hebrea, pero sí es aceptado como canónico por los cristianos, a excepción de los protestantes), compuesto hacia el siglo II antes de nuestra era, hace de un demonio uno de los protagonistas de la historia.



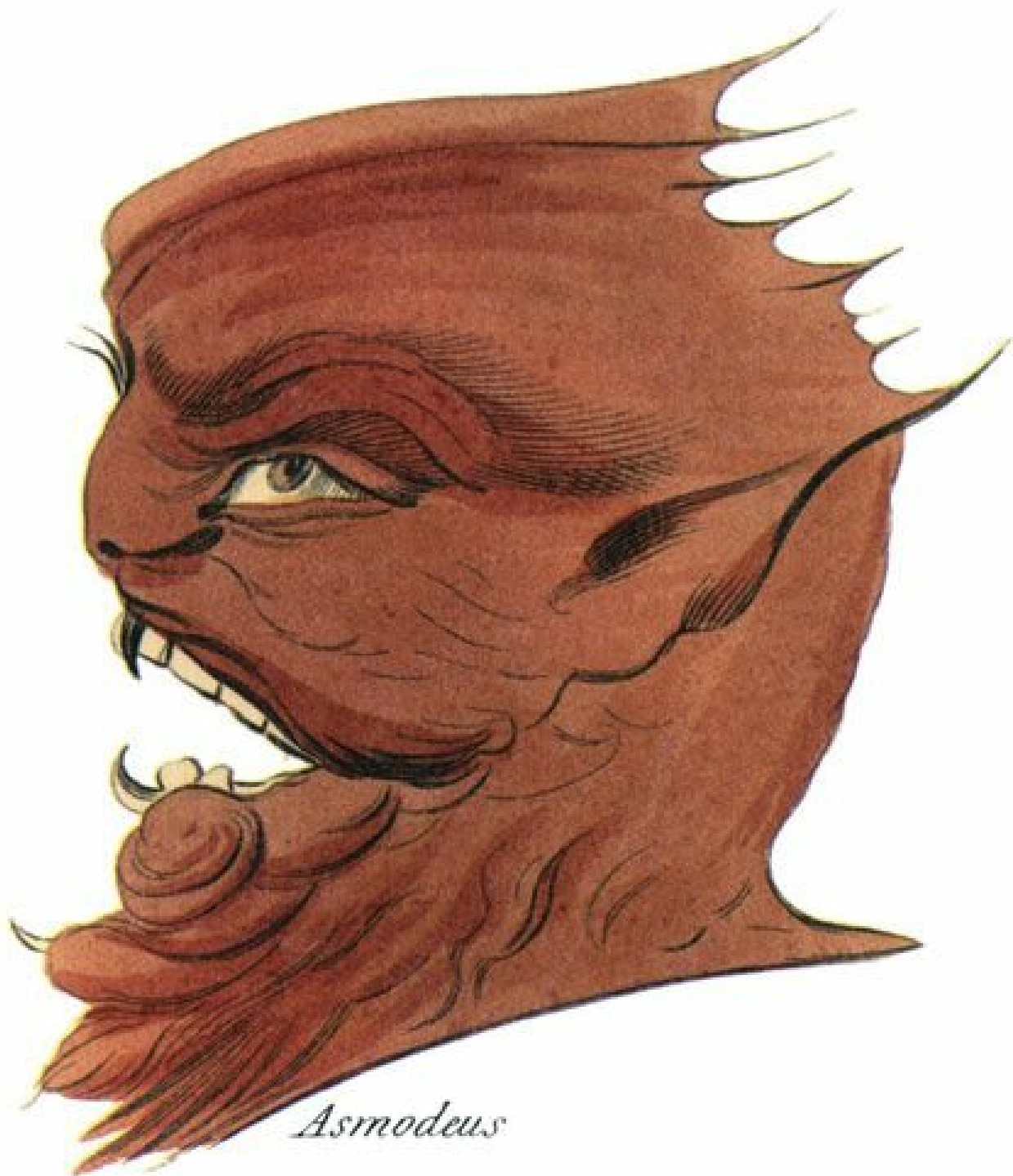


Según la historia contada en La vida de Adán y Eva, Satanás se rebeló por envidia a Dios, y así, cayó junto a otros ángeles rebeldes. Ilustración de *El paraíso perdido*, de Milton, perteneciente a Gustave Doré.

Se narra en ese libro que el demonio Asmodeo había acechado a los novios de Sara, una joven afligida. Sara había intentado casarse siete veces pero, cada vez, el demonio Asmodeo mataba a los novios el día de la boda y, así, nunca podía consumarse el matrimonio. Sara se dispone a casarse con Tobías, el héroe de la historia. Pero, para proteger a Tobías del acecho de Asmodeo, Dios envía al ángel Rafael. Con la ayuda del ángel, Asmodeo es exiliado a Egipto, y ahí permanece amarrado. A partir de esta historia, siglos más tardes los poetas, artistas y demonólogos cristianos harán referencia a Asmodeo como el demonio de la lujuria. Y, puesto que este pecado siempre tiene un gran atractivo en la imaginación de las audiencias, Asmodeo ha sido uno de los demonios más pintorescos.

La literatura apocalíptica continuó aún después de la Rebelión Macabea. Pues, si bien esta fue exitosa, la dinastía de monarcas judíos que se restableció en el poder apenas duró un siglo, y hacia mediados del siglo I antes de nuestra era, Roma, el nuevo poder imperial, impuso su dominio sobre los judíos en Judea. Así, una vez más, los judíos vivieron bajo la sombra de la dominación extranjera. Y, en ese sentido, las expectativas apocalípticas nunca se disiparon; antes bien, crecieron aún más. Se reafirmaba la idea de que las fuerzas del mal controlaban el mundo, y eso explicaba el sufrimiento y la injusticia. Cada vez más se cultivaba la esperanza de que, más temprano que tarde, Dios interviniera en medio de grandes catástrofes para enfrentarse definitivamente a las fuerzas del mal, vindicar a los oprimidos y apabullar con terribles castigos a los opresores.

Quizás el grupo judío con la mayor inclinación apocalíptica en tiempos de los romanos fueron los esenios. Insatisfechos con el estado de las cosas en la Palestina del siglo I, y muy especialmente, con la corrupción de las autoridades religiosas en Jerusalén y la colaboración con los invasores romanos, los esenios se conformaron como una secta que decidió retirarse a comunidades ascéticas en el desierto, conformadas exclusivamente por hombres.



El demonio Asmodeo aparece notoriamente en el libro de Tobías. Ilustración del libro *The Magus*, de Francis Barrett.

Ahí, en medio de ayunos, los esenios aguardaban la inminente intervención apocalíptica. Y, bajo este esquema, se amparaban en la típica confrontación cósmica entre Dios y el diablo. Los historiadores conocían muy poco sobre los esenios hasta 1947, cuando en las cuevas de Qumrán, se descubrieron un conjunto de documentos que vinieron a llamarse los Manuscritos del Mar Muerto. Es muy probable que estos documentos procedieran de las comunidades de esenios y, a partir de ellos, podemos abstraer cuáles eran algunas de las creencias de esta secta.

Probablemente mucho más que cualquier otro grupo judío de aquella época, los esenios tenían grandes preocupaciones por Satanás. Para los esenios, Satanás no es ya el fiscal de la corte divina; antes bien, es mucho más cercano al retrato persa, a saber, el rival de Dios y el comandante de las fuerzas del mal. Para los esenios, la ocupación romana era la mejor evidencia de la presencia de

Satanás en el mundo. Y, si bien no hacían un llamado a la resistencia armada, sí sentían el deber de resistir los placeres del mundo (introducidos por el mismo diablo), como parte del esfuerzo para enfrentar a las fuerzas del mal.

Las ideas religiosas de los esenios tuvieron una acusada influencia persa. El dualismo de la reforma zoroastriana encontró una nítida expresión en los documentos esenios. El título de uno de los textos más famosos de la colección que procede del Mar Muerto, La guerra de los hijos de la luz contra los hijos de la oscuridad, es suficientemente sugerente del tipo de mentalidad dualista que caracterizaba a esta secta. En ese texto, se presenta el conflicto cósmico entre los representantes del bien (del cual los esenios se consideran parte) y los representantes del mal (presumiblemente, todos aquellos que no estuvieran de acuerdo con ellos). Satanás es, en efecto, el padre de los hijos de la oscuridad. De nuevo, esta rígida mentalidad dualista, en la cual los otros son absolutamente malos, y nosotros somos absolutamente buenos, y no hay matices ni intermedios, sirvió como instrumento para satanizar a los adversarios de toda índole.

Otros textos judíos de la época, ninguno de los cuales fue aceptado en el canon de la Biblia hebrea, también hacen frecuente mención del diablo y los demonios. El Testamento de los Doce Patriarcas (un texto compilado en el siglo I de nuestra era, pero que consta de manuscritos más antiguos), La vida de los profetas y La ascensión de Isaías (textos probablemente escritos hacia el siglo I de nuestra era) hacen mención de Beliar, un demonio sobre el cual la posterior demonología cristiana hará muchos retratos. Estos textos narran historias conocidas de los libros antiguos de la Biblia hebrea, pero los reinterpretan a la luz de nuevos conceptos religiosos, en los cuales los demonios tienen amplia participación.

Otro texto judío procedente del siglo I de nuestra era, el Testamento de Salomón, está dedicado casi exclusivamente a contar historias sobre demonios. Se narra ahí que el rey Salomón tuvo dificultades para construir el templo, debido al acecho de un demonio. Pero, Dios concedió a Salomón un anillo para ejercer control sobre los demonios y, así, el rey pudo dominarlos y emplearlos en la construcción del templo. El texto en cuestión es interesante, entre otras cosas, porque es uno de los primeros en intentar una clasificación casi enciclopédica de los distintos demonios y, por así decirlo, es el primer texto de demonología en Occidente.

El Nuevo Testamento

SATANÁS VS. CRISTO EN LOS EVANGELIOS

En el Nuevo Testamento, Satanás ya no es el fiscal acusador en la corte divina, a la manera del libro de Job. Antes bien, tiene el perfil que le dieron los textos apocalípticos judíos en los dos siglos que precedieron a la aparición del cristianismo. Satanás sería ahora la representación del mal absoluto al mando de legiones demoniacas, que será derrotado en una batalla cósmica una vez que Dios intervenga para vencer a los opresores y salvar a los oprimidos.

En los evangelios, Satanás trata de tentar a Jesús para apartarlo de su misión y envía demonios para atormentar a algunas personas. Los autores del cuerpo epistolar del Nuevo Testamento hacen referencia a él como una amenaza siempre latente. Y, finalmente, en el Apocalipsis, texto emblemático de la literatura apocalíptica (de este texto procede el calificativo de «apocalíptico»), Satanás escenifica una batalla espectacular frente a Dios al final de los tiempos, en la cual, es derrotado de una vez por todas.

No es meramente casual que el debut del diablo en el Nuevo Testamento coincide casi con el debut de Jesús en su vida ministerial, según los evangelios sinópticos (a saber, los evangelios de Mateo, Marcos y Lucas, así llamados porque forman una sinopsis en tanto tienen muchas coincidencias). Desde el principio, estos evangelios dejan claro que la cosmovisión que los guía es la misma visión dualista de los zoroastrianos y los textos judíos apocalípticos: hay un enfrentamiento entre las fuerzas del bien y las fuerzas del mal, y Jesús ha venido al mundo a enfrentarse al diablo.

Narran estos evangelios (Mt 4: 1-11; Mc 1: 12-13; Lc 4: 1-13) que, después de su bautizo por Juan en el río Jordán, Jesús se retiró al desierto a ayunar durante cuarenta días. La historia de la tentación de Jesús ya no presenta a un diablo que hace el trabajo sucio de Dios, sino más bien un incómodo personaje que busca hacer tropezar a Jesús ofreciéndole placeres. De hecho, Mateo 4: 3 le atribuye el título de «tentador». En la versión de Mateo y Lucas, el diablo sugiere a Jesús que convierta las piedras en panes y que se tire desde el Templo de Jerusalén para que lo rescaten los ángeles. También le ofrece todos los reinos del mundo, si Jesús está dispuesto a adorarlo. Pero, en cada ocasión, Jesús rechaza las ofertas.

Aparece acá por primera vez el tema del pacto con el diablo, el cual será desarrollado por las leyendas renacentistas en torno a Fausto. Y, también aparece una primera alusión a Satanás como príncipe de los reinos terrenales, a saber, como el «príncipe de este mundo», un título con el que es referido en otros lugares del Nuevo Testamento (Jn 12: 31; 14: 30; 16:11). Hay otros títulos parecidos en otros rincones del Nuevo Testamento: el «príncipe del imperio del aire» (Ef 2: 2), el «dios de este mundo» (II Cor 4: 4) Estos títulos reflejan la típica visión apocalíptica: el mundo en estos momentos está controlado por Satanás y las fuerzas del mal. Pero, pronto, habrá una violenta irrupción divina y el reinado del mal llegará a su fin.

Es reseñable que las tentaciones no aparecen en el evangelio de Juan. En ese evangelio, se da por sentado desde el inicio que Jesús es Dios hecho hombre. En cambio, en los otros evangelios, pareciera existir la necesidad de que Jesús debe probar quién es él (valga advertir que es dudoso que los autores de estos evangelios asumieran que Jesús era divino^[2]) y, para ello, se enfrenta con el diablo y los demonios.

Así, en los evangelios sinópticos, el combate entre Jesús y el diablo no se limita a las

tentaciones en el desierto. También Jesús, en su ministerio itinerante, se encuentra con personas poseídas y realiza exorcismos para expulsar a los demonios. Así, por ejemplo, exorciza a un endemoniado en Cafarnaúm: el demonio que habita en el cuerpo de este hombre sale y la gente se asombra (Mc 1: 21-28; Lc 4: 31-37).

Hay otra ocasión, más memorable, en la cual Jesús exorciza a la hija de una mujer no judía. Según el relato de Mateo 15: 21-28 (con paralelo en Mc 7: 24-30), esta mujer se le acerca desesperada, pero Jesús la ignora porque no es judía. La mujer aún así le suplica, explicando que aún los no judíos quieren recibir a Jesús, y este, en admiración por la fe de la mujer, hace que el demonio abandone el cuerpo de la niña.



En los evangelios sinópticos, Jesús es tentado por el diablo en el desierto. Grabado de Jan Lukyen, incorporado a la Biblia Bowyer.

Según lo presentan los evangelios, en el combate apocalíptico entre las fuerzas del bien y el mal, la fe es un arma fundamental. Mediante la fe, los exorcismos pueden realizarse. Así, se narra en Mateo 17: 14-21; Marcos 9: 14-29 y Lucas 9: 37-43, que una multitud presentó un muchacho endemoniado a Jesús. Las descripciones del muchacho hacen pensar que se trata de un típico caso de epilepsia: convulsiones y espuma en la boca. Jesús se queja de la incredulidad de la multitud, pero pregunta al padre del muchacho si cree. Este responde que sí y Jesús expulsa al demonio, no antes de que el muchacho se revuelque por el piso y dé la impresión de estar muerto. Asombrados, los

discípulos preguntan a Jesús por qué ellos no pudieron exorcizarlo, y Jesús les responde que para exorcizar es necesaria la oración.

También Jesús exorciza a multitudes de endemoniados (Mt 8: 16-17; Mc 1: 32-34; Lc 4: 40-41). Un mudo que no podía hablar debido al acoso de un demonio, es exorcizado por Jesús, y gracias a esto, empieza a hablar (Mt 9: 32-34). Una mujer que llevaba dieciocho años encorvada por Satanás, es curada por Jesús un sábado, lo cual genera una disputa con los judíos (Lc 14: 1-6). Y, por supuesto, hay noticia de que Jesús curó a María Magdalena, quien tenía en ella siete demonios (Mc 16: 9; Lc 8: 2). De hecho, parece que Jesús sentía un especial orgullo en sus exorcismos, pues así se proclama en un mensaje que quería que llegase a oídos de Herodes (Lc 13: 32).

Hay un relato muy extraño en Mateo 8: 28-34; Marcos 5: 1-20, y Lucas 8: 26-39 donde se narra ahí que Jesús se acercó a la localidad no judía de Gerasa y se encontró ahí a un endemoniado (en la versión de Marcos y Lucas son dos). Cuando Jesús increpa a los demonios, estos responden que son legión, a saber, que son numerosos. Los demonios reconocen a Jesús a la distancia, pues a medida que se acercaba, hacían que el poseído se arrastrara por el piso violentamente. De hecho, el endemoniado grita de desesperación, pero Jesús, con firmeza, les ordena salir de ese cuerpo. Los demonios salen y entran en una manada de cerdos. Estos, ahora endemoniados, se lanzan por un barranco. Con eso, el endemoniado queda curado. Pero, la gente de la comarca, asustada por semejante prodigio, pide a Jesús que se vaya.

Los apóstoles de Jesús también exorcizaban. De hecho, Jesús les encomienda esa misión (Mt 10: 8; Mc 3: 15, 16: 17). En los evangelios hay relatos sobre sus exorcismos (Mt 10: 1; Mc 6: 13; Lc 9: 1), pero son más prominentes en Hechos de los Apóstoles, el libro dedicado a narrar las hazañas de los discípulos en los años inmediatamente posteriores a la muerte de Jesús. En Hechos 5: 12-16 y 8: 7, se narra cómo los apóstoles exorcizaban a muchos endemoniados, como señal de su poder. El apóstol Pablo exorciza a una mujer que, aparentemente, tenía dones adivinatorios debido a su condición de poseída (Hch 16: 18), e incluso, sus ropas sirven para expulsar demonios (Hch 19: 12).

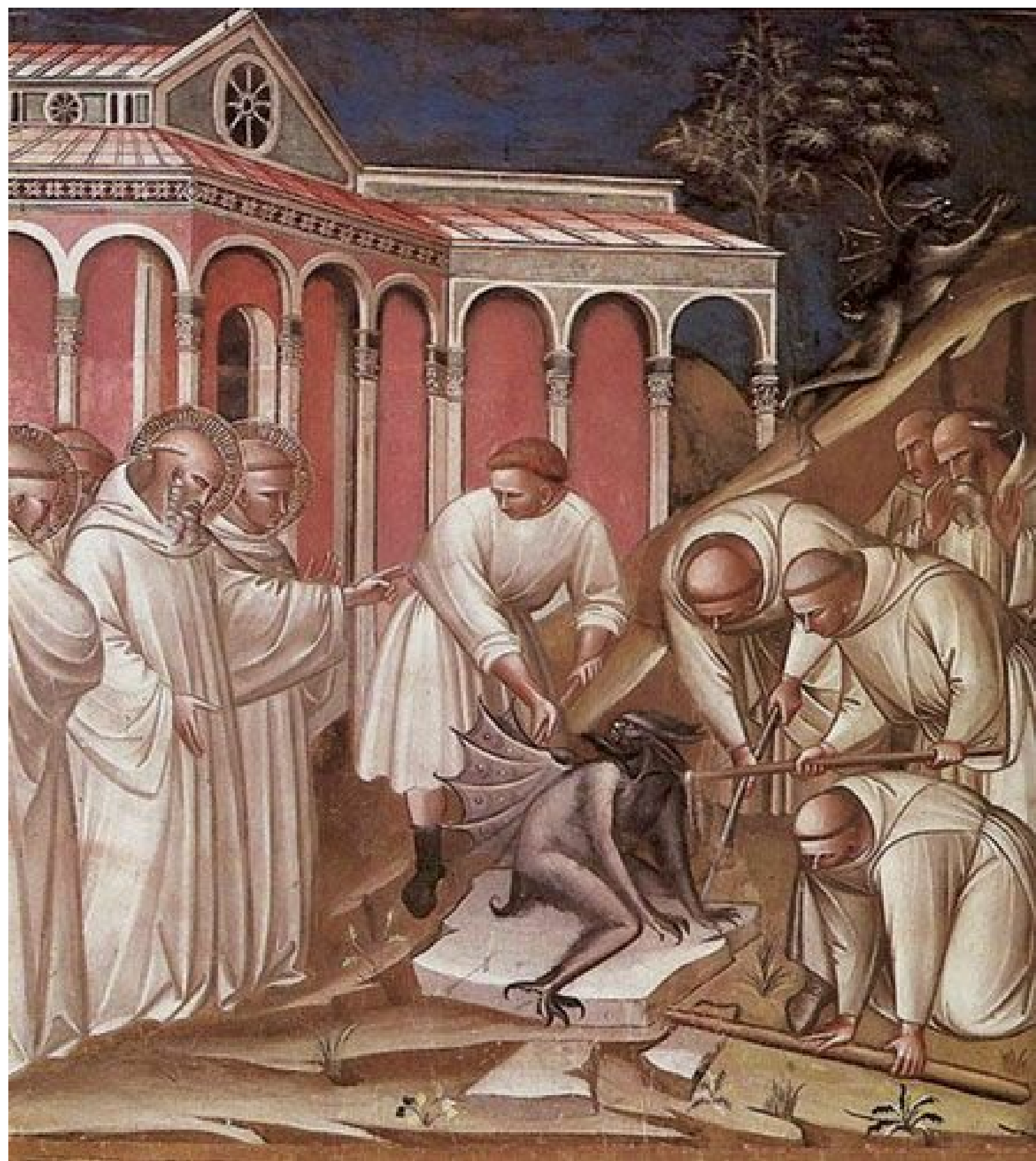
La posesión demoniaca es un fenómeno intrigante. Desde la óptica racionalista desde la cual escribo, por supuesto, es inaceptable que, efectivamente, los demonios existan. Pero, entonces, es necesario buscar explicaciones alternativas para explicar estos fenómenos. Por ahora, basta mencionar que muy probablemente los casos de posesión demoniaca suelen ser confundidos con síntomas de epilepsia, histeria, el síndrome de Tourette y formas de sugestión.

A diferencia de los mitos que he explorado en los capítulos anteriores, las narrativas sobre exorcismos en el Nuevo Testamento tienen un halo de plausibilidad. Por ello, es necesario buscar alguna forma de explicación. Algunos historiadores racionalistas consideran que estos casos no tienen ninguna base sobre la realidad, sino que se trata de mera propaganda religiosa. Otros historiadores y cristianos liberales alegan que los cuentos sobre exorcismos son algo así como metáforas para enunciar que Jesús, con su mensaje ético, vence al pecado, representado en los demonios que poseen a sus víctimas. Estas hipótesis no me parecen muy viables: las narrativas sobre posesiones demoniacas no parecen ser meras metáforas o motivos de propaganda religiosa, pues cuentan con cierto detalle casos que la psiquiatría ha documentado bastante bien. Al contrario, parecen tener una base en la realidad, pero los autores del Nuevo Testamento interpretan como posesión demoniaca algo que un psiquiatra interpretaría como manifestaciones de distintos desórdenes mentales.

Por otra parte, las narrativas sobre las tentaciones en el desierto sí parecen ser meramente

legendarias. Es posible que, en un inicio, Jesús formase parte de algún movimiento ascético y que se retirase al desierto a ayunar. Pero, por supuesto, los encuentros de Jesús con Satanás en el desierto tienen tal ropaje mitológico que, claramente podemos prescindir de su historicidad.

El talento para los exorcismos sin duda se convirtió en motivo de fama para Jesús. En una sociedad imbuida en una visión apocalíptica del mundo, un predicador que logra expulsar demonios atrae a grandes multitudes. Pero, naturalmente, también trae oposición. Pues, resulta fácil sospechar que una persona que con gran facilidad ejerce autoridad sobre los demonios, ¡es en sí misma demoniaca! Bajo esta interpretación, los demonios obedecerían a Jesús, porque él es uno de ellos.



Los exorcismos son frecuentes en los evangelios sinópticos. *Exorcismo de San Benedicto*. Pintura de Spinello Aretino.

Según parece, así lo interpretaban los fariseos en sus disputas con Jesús. Estos opinaban que Jesús estaba poseído por Belzebú. Este era el nombre de un demonio asumido por los judíos, que probablemente se remonte a uno de los dioses cananeos. Según los fariseos, Jesús «por el príncipe

de los demonios expulsa a los demonios» (Mt 12: 24). En vista de eso, Jesús enuncia una célebre respuesta: «¿Cómo puede Satanás expulsar a Satanás? Si un reino está dividido contra sí mismo, ese reino no puede subsistir. Si una casa está dividida contra sí misma, esa casa no podrá subsistir. Y si Satanás se ha alzado contra sí mismo y está dividido, no puede subsistir, pues ha llegado a su fin» (Mt 12: 26).

En los evangelios, es frecuente que la palabrería de Jesús sea sumamente oscura, de forma tal que nunca podemos estar absolutamente seguros de qué quiere decir. Pero, en este caso en particular, su mensaje parece ser el siguiente: Jesús viene a derrotar a las fuerzas demoniacas, y estas harán un intento por resistir, pero fracasarán. Jesús no puede ser demoniaco en sí mismo, pues eso sería una estrategia ineficaz para el propio Satanás. La confrontación se da entre las fuerzas del bien, con Jesús al mando; y las fuerzas del mal, con Satanás al mando.

La representación que se hace de Jesús en los evangelios, es la de un predicador vehemente que, en concordancia con la visión apocalíptica (a su vez heredera del dualismo persa), no acepta medias tintas: «el que no está conmigo, está contra mí» (Mt 12: 30). Los reproches y maldiciones en contra de los fariseos son severos. A tal punto llega la severidad de los reproches, que en el evangelio de Juan, Jesús lanza duras palabras, ya no sólo contra los fariseos, sino contra todos aquellos judíos que se le oponen: «vosotros sois de vuestro padre el diablo, y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. este era homicida desde el principio, y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él; cuando dice la mentira, dice lo que sale de dentro, porque es mentiroso y padre de la mentira» (Jn 8: 44).

Claro está, no todo es paz y amor en la prédica de Jesús. Sus palabras son más bien típicas de aquellos predicadores intolerantes que recurren a la imagen del diablo para degradar a sus opositores. Y, por supuesto, en esos dimes y diretes, los opositores de Jesús también le reprochan ser socio del diablo. Además de la acusación de que Jesús expulsa a demonios con el poder de Belzebú, sus antagonistas en reiteradas ocasiones lo acusan de estar poseído (Jn 7: 20; 8: 48; 8: 52; 10: 20). Es de sospechar que, en aquella época, esta era la acusación más común entre enemigos, de forma similar al modo en el que, a partir del siglo xv, la acusación más común entre los europeos era el ser bruja. De hecho, según parece, el mismo Juan, el Bautista era acusado de estar poseído por demonios (Lc 7: 33).

Satanás es el adversario apocalíptico de Jesús en los evangelios. Pero, por encima de los fariseos, Caifás o los otros miembros del Sanedrín, el gran villano terrenal de los evangelios es Judas Iscariote. Los historiadores seculares nunca tendrán claro qué motivó en realidad a Judas a entregar a su maestro, pero el relato de los evangelios asume que fue su avaricia, y nunca es visto con buenos ojos (un evangelio no canónico del siglo II de nuestra era, el *Evangelio de Judas*, lo presenta con mayor simpatía). Pues bien, resultó natural que los evangelios satanizaran a Judas. Así, justo antes de que Judas se disponga a negociar la entrega de Jesús, se dice que «Satanás entró en Judas» (Lc 22: 3, y paralelo en Jn 13: 2; 13: 27). Igualmente, Jesús lo reconoce como un diablo (Jn 6: 70).



En el Evangelio de Juan, Jesús acusa a los judíos de ser hijos del diablo. Grabado de Jan Lukyén.

El enfrentamiento apocalíptico con las fuerzas del mal no sólo se manifiesta en los exorcismos de Jesús. También, su prédica está imbuida de tonalidades apocalípticas y, en este sentido, Satanás aparece en los discursos de Jesús como un adversario que, por ahora, tiene el control del mundo, pero muy pronto será derrotado. Así, por ejemplo, Jesús anuncia: «Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo» (Lc 10: 18). Se ha especulado que, quizás, esto sea alguna referencia a la historia sobre la rebelión celestial que, como recordaremos, es narrada en el libro II de Enoc. Por mi parte, veo más plausible que se trate más bien de una referencia apocalíptica sobre la actual caída de Satanás, a partir de su derrota, gracias a la misión de Jesús.

La faceta exorcista de Jesús es rara vez explorada por los cristianos contemporáneos, pues en una época de racionalidad científica, genera vergüenza. Pero, no debemos dejar de lado que fue un aspecto central en la vida ministerial de Jesús, y algo por lo cual ganó mucha fama. Del mismo modo, Satanás ocupa un lugar importante en la prédica apocalíptica de Jesús. Y, si bien no elabora un retrato nítido del diablo en sus discursos, e incluso, no siempre se refiere al diablo de la misma manera, sí persiste la imagen de Satanás, ya no como adversario en la corte celestial, sino como enemigo que busca hacer tropezar y actúa en autonomía de Dios, pues incluso se le enfrenta.

Así, por ejemplo, Jesús narra la parábola del sembrador (Mt 13:1-9; Mc 4: 1-9; Lc 8: 4-8). Un

hombre sembró semillas. La mayor parte no creció, pues fueron comidas por las aves, cayeron en terreno pedregoso, o fueron tostadas por el sol. Pero, hubo unas que cayeron en terreno fértil y crecieron. El mismo Jesús se encarga de explicar a sus discípulos el significado de la parábola: la siembra es la palabra del mensaje de Jesús. En algunos oyentes, la palabra crecerá; en otros, no crecerá. Y, en la explicación de Jesús, Satanás es como el ave depredadora que viene y se lleva la palabra sembrada (Mc 4: 15; en la versión de Mt 13: 19, se dice que el Maligno hace eso; y en la versión de Lc 8: 12, es el diablo).

Es posible que la oración que Jesús enseñó a sus discípulos, el padrenuestro, tenga un contenido apocalíptico que hoy es disimulado en la liturgia cristiana. Parte de la oración es «líbranos del mal» (Mt 6: 13). Pero, una traducción más fiel al texto original es «líbranos del Maligno». Ese maligno es, por supuesto, Satanás. Así, el padrenuestro es una exhortación al poder de Dios en la batalla apocalíptica frente a un agente muy específico, el diablo, y no meramente la invocación de una protección frente a un concepto abstracto del mal.

En la prédica de Jesús en los evangelios, Satanás también aparece como una suerte de saboteador que se empeña en colocar obstáculos al cumplimiento de la misión de Jesús. Así, por ejemplo, Jesús anuncia a sus discípulos que habría de ir a Jerusalén, para morir y resucitar al tercer día (evidentemente, esto no es histórico, pues es sumamente improbable que Jesús tuviera la expectativa de morir y resucitar al tercer día). Pedro se acerca a Jesús y le dice que esas cosas no podrán ocurrirle, a lo que Jesús responde: «¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Escándalo eres para mí, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres!» (Mt 16: 23; paralelo en Mc 8: 33).

Con bastante seguridad, el sentido de este texto no es presentar a Pedro como poseído por un demonio, sino a alguien que obstaculiza (vale recordar que ese es el sentido original de la palabra «Satanás») que se interpone a la misión de Jesús. De la misma manera, Jesús hace una advertencia a Pedro respecto a las intenciones del diablo: «¡Simón, Simón! Mira que Satanás ha solicitado el poder cribaros como trigo; pero yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca» (Lc 22: 31-32).

LA BATALLA FINAL:

SATANÁS EN EL LIBRO DE APOCALIPSIS

Los seguidores de Jesús conservaron su visión apocalíptica, a pesar de que, pasada una o dos generaciones, en vista de que el fin del mundo no llegaba, empezaron a mitigar un poco el tono apocalíptico de su prédica y sus escritos, pero la visión apocalíptica del mundo no ha desaparecido por completo del cristianismo y, en función de eso, Satanás sigue ocupando un puesto importante en el cuerpo doctrinal de esta religión.

El libro Hechos de los Apóstoles narra las hazañas de los apóstoles en las décadas sucesivas a la muerte de Jesús y, como cabría esperar, ahí también aparecen algunas referencias a Satanás, los demonios y el infierno. Lo mismo que su maestro, los discípulos también realizaban exorcismos. No falta tampoco la demonización de los adversarios: en Hechos 13: 10, Pablo llama «hijo del diablo» a Barjesús, un mago judío que pretendía que el procónsul romano Sergio Paulo no recibiera a los predicadores cristianos.

Del mismo modo en que Judas es el gran villano terrenal en los evangelios, Ananías es uno de los villanos terrenales en Hechos de los Apóstoles. Lo mismo que Judas, este miembro de la comunidad cristiana robaba el dinero de la comunidad. Y, así como en los evangelios, Judas es asociado con Satanás, en Hechos de los Apóstoles, Pedro asume que en Ananías entró Satanás para conducirlo a cometer el robo (Hch 5: 3).

En los discursos de los apóstoles en Hechos de los Apóstoles, así como en las cartas atribuidas a Pablo y las cartas católicas del Nuevo Testamento, se repiten los temas apocalípticos de la lucha entre las fuerzas del bien y las fuerzas del mal. Y, de nuevo, si bien Satanás no aparece con la misma prominencia con que aparece en los evangelios, en Hechos de los Apóstoles y en las epístolas sí hay mención más o menos recurrente del diablo. Así, por ejemplo, se dice que Dios aplastará a Satanás (Rom 16: 20); existe el peligro de que Satanás logre tentarnos y aprovecharse de nosotros (I Cor 7: 5; II Cor 2: 11); el diablo es un obstáculo para realizar viajes (I Tes 2: 18); acecha a la gente (Ef 6: 11); Satanás mortifica con aguijones en el pecho (II Cor 12: 7); las mujeres jóvenes a veces se apartan del camino y van en pos de Satanás (I Tim 5: 15); el diablo captura a la gente con sus lazos (I Tim 3: 7; II Tim 2: 26).

Con todo, el lugar del Nuevo Testamento donde el diablo adquiere su más detallado retrato y su más amplia representación, es la cumbre de la literatura apocalíptica, el último libro del Nuevo Testamento, a saber, el libro del Apocalipsis. El Nuevo Testamento casi no ofrece ninguna descripción física de Satanás. El único lugar en el Nuevo Testamento donde podremos encontrar alguna escueta descripción física de Satanás es en el Apocalipsis. Y, no en vano, el Apocalipsis ha sido la inspiración de numerosos artistas pictóricos occidentales que basan su imaginación en las escuetas descripciones con las que se representa a Satanás en este libro. En el Apocalipsis, Satanás ya está, por así decirlo, en su época más esplendorosa. Ya no es aquel misterioso fiscal acusador que aparece en Job; ya ni siquiera es el tentador de los evangelios. Es, ahora, una bestia monstruosa que se enfrenta a Dios en una batalla de proporciones cósmicas al final de los tiempos.

Probablemente escrito hacia la última década del siglo I de nuestra era, el libro del Apocalipsis recapitula los grandes temas de este género de literatura religiosa. Los textos de la literatura

apocalíptica empezaron a aparecer en el contexto judío, durante la Rebelión Macabea. Y, así, podemos postular que este tipo de literatura era propicia a aparecer en tiempos de crisis, pues en medio de la desesperación, sembraba la esperanza de que Dios, pronto, intervendría para vencer al opresor, y reivindicar a los oprimidos.

Pues bien, el contexto del libro del Apocalipsis fue similar. Los cristianos, ya constituidos como un grupo religioso separado de los judíos, atravesaban una voraz persecución a manos del emperador romano Diomiciano. Es probable que el motivo principal de la persecución fuese la negativa de los cristianos a rendir culto al emperador. Como veremos, las referencias a Roma y los emperadores romanos en Apocalipsis están imbuidas de simbología satánica.

Un tal Juan, refugiado en la isla de Patmos (la tradición cristiana postula que este mismo Juan es el discípulo de Jesús y el autor del evangelio de San Juan, pero es mucho más probable que se trate de tres personas distintas), alegó tener unas visiones, siguiendo el típico patrón literario apocalíptico. Así pues, las puso por escrito, y estas constan en el libro del Apocalipsis.

Juan empieza el texto enviando saludos y mensajes a siete iglesias en Asia. Algunas de estas iglesias reciben palabras elogiosas, especialmente a la luz de la resistencia ofrecida por sus miembros frente a la persecución. Así, por ejemplo, Juan felicita a la iglesia de Esmirna, porque «conozco tu tribulación y tu pobreza, aunque eres rico, y las calumnias de los que se llaman judíos sin serlo, y son en realidad una sinagoga de Satanás» (Ap 2: 9). Y, a los de la iglesia de Filadelfia, les promete: «Yo haré que esos que en la sinagoga de Satanás dicen ser judíos y no lo son, sino que mienten, vayan y se arrodillen ante ti, y reconozcan que yo te he amado» (Ap 3: 9).

No podía faltar, en típico modo apocalíptico, la satanización de los adversarios. Esta vez, como recurrentemente ocurre en los evangelios, los judíos son asociados a Satanás. Para el momento en que Juan escribía el Apocalipsis, los cristianos ya se habían conformado como grupo separado de los judíos. Y Juan, reclama que los seguidores de Jesús son los verdaderos herederos de Israel, mientras que quienes van a la sinagoga, en realidad no son judíos. De hecho, la sinagoga es el lugar de Satanás. Nuevamente, brota la semilla del antisemitismo en el Nuevo Testamento. Y, si bien las persecuciones de judíos a manos de los cristianos durante dos mil años han obedecido a muchas razones muy complejas, una de ellas es la satanización de los judíos en los textos fundacionales del cristianismo.

En el saludo a la iglesia de Pérgamo, aparece otra referencia a Satanás, ya no como asociado de los judíos, sino del poder imperial romano y el culto al emperador: «Sé dónde vives: donde está el trono de Satanás. Eres fiel a mi nombre y no has renegado de mi fe, ni siquiera en los días de Antipas, mi testigo fiel, que fue muerto entre vosotros, ahí donde habita Satanás» (Ap 2: 13). Probablemente Juan asumía que Pérgamo era la sede del culto al emperador romano (no en vano, fue una de las primeras ciudades en las cuales se estableció el culto) y, por eso, la asocia con Satanás.

Luego del saludo a las iglesias, hay una descripción del trono de Dios, con cuatro criaturas llenas de ojos por delante y por detrás. Aparece un rollo con siete sellos, el cual sólo puede ser abierto por el Cordero, a saber, Cristo. El Cordero abre cada uno de los sellos y, cada vez que lo hace, suceden grandes catástrofes sobre la Tierra. Los primeros cuatro sellos nos resultan especialmente relevantes, pues cada uno de esos sellos trae consigo a uno de los cuatro jinetes que trae, respectivamente, conquistas militares, guerras, hambre, pestilencia y la muerte (Ap 6: 1-8). Si bien no tienen una relación explícita con Satanás en el texto, la imaginación cristiana posterior ha tenido alguna inclinación a asociarlos con el diablo. Después de todo, traen grandes calamidades al

mundo.

Luego suenan siete trompetas tocadas por los ángeles y, de nuevo, cada toque de trompeta trae consigo un ciclo de catástrofes. De estas, nos interesa en particular la tercera trompeta. Se narra que «una estrella grande, que parecía un globo de fuego, cayó del cielo sobre la tercera parte de los ríos y de los manantiales de agua. La estrella se llama Ajenjo: la tercera parte de las aguas se convirtió en ajenjo, y mucha gente murió a causa de las aguas que se habían vuelto amargas» (Ap 8: 10-11).

Vale recordar que el texto apocalíptico judío II Enoc cuenta la historia de la rebelión de los ángeles y su caída. Pues bien, existe la posibilidad de que Ajenjo, mucho más que una referencia a una estrella, sea una referencia a Satanás como ángel caído. Veremos en el siguiente capítulo que la posterior tradición cristiana quiso interpretar un texto del libro de Isaías sobre una estrella caída, como una referencia al diablo, bajo el nombre de Lucifer. Con todo, el libro del Apocalipsis es tan enigmático y misterioso, que resulta muy difícil dilucidar qué o quién es exactamente Ajenjo.



Luego de estas visiones, a partir del capítulo 12, hace su entrada propiamente el diablo en el libro del Apocalipsis. Se narra que en el cielo aparece una mujer embarazada y, después da a luz un hijo que gobernará a las naciones. Tradicionalmente, se ha asumido que esta mujer es una referencia a María, la madre de Jesús. Pues bien, esta mujer es acechada por Satanás y, con esto, se da inicio a la gran batalla cósmica entre las fuerzas del bien y las fuerzas del mal. El Apocalipsis describe a Satanás como un gran dragón rojo con siete cabezas y diez cuernos, y «con su cola barre la tercera parte de las estrellas del cielo, precipitándolas sobre la tierra» (Ap 12: 4). De nuevo, tenuemente aparece acá el tema del diablo como ángel caído que se lleva consigo a una legión de ángeles rebeldes.

En concordancia con el género apocalíptico, Juan recurre a las imágenes de bestias monstruosas para representar a las fuerzas del mal. Así, el dragón de siete cabezas acosa a la mujer, pero Dios la resguarda en el desierto. Luego de eso, el Apocalipsis narra la primera gran batalla cósmica: Miguel y sus ángeles combaten contra el dragón y sus ángeles (Ap 12: 7-8). Es de sobra

conocida esta imagen apocalíptica, la cual ha servido como tema recurrente en la escultura y la pintura de inspiración cristiana. Desde entonces, Miguel se ha convertido en el arquetipo del ángel y santo militar, al cual se recurre para ofrecer el aval sagrado a las campañas militares, y la satanización de los enemigos.

En el combate en Apocalipsis, el dragón es derrotado por Miguel. En vista de su derrota, Satanás persigue a la mujer, pero esta logra escapar al desierto. En el Apocalipsis 12: 9 y 20: 2 se menciona explícitamente que este dragón es el diablo, o Satanás. Pero, además de eso, añade que es la «antigua serpiente». Hemos visto que el diablo es un concepto bastante tardío en la Biblia hebrea y, en ese sentido, es muy probable que los autores del Génesis no concibieran la existencia de Satanás. Así pues, en el relato sobre la expulsión de Adán y Eva del Edén, se narra que la serpiente se encargó de tentar a Eva, y la indujo a comer del fruto prohibido. Pero, urge apreciar que, en este relato, el tentador es sólo una serpiente, no es propiamente el diablo y seguramente así lo entendieron los autores del Génesis.

Con todo, el Apocalipsis introduce una nueva interpretación: la serpiente que propició la caída de Adán y Eva es el mismo Satanás. Y, desde entonces, en la tradición cristiana, esta interpretación ha persistido. En realidad, la asociación entre el diablo y la serpiente del Génesis ya está presente en otros textos judíos que no fueron incluidos en la Biblia. Por ejemplo, dice Eva en la Vida de Adán y Eva, que el diablo le habló a través de la boca de la serpiente.

En vista de que la mujer logra escapar al desierto, Satanás se propone hacer la guerra al resto de los hijos de la mujer. Así, el Apocalipsis advierte que, si bien el diablo no pudo derrotar a Cristo, sí está al acecho de los hombres. Y, en este sentido, se repite la imagen de Satanás como acosador de la humanidad.

Luego, aparece una bestia emergida del mar (Ap 13: 1). Esta bestia, lo mismo que el dragón, tiene siete cabezas y diez cuernos (una vez más, una típica imagen apocalíptica), y en las cabezas lleva títulos blasfemos. El dragón derrotado le entrega su poder a esta bestia, y esta insulta a Dios. Si bien el simbolismo de la bestia es sumamente extraño, podemos conjeturar que se trata de una

referencia a Roma: las siete cabezas representan las siete colinas de la ciudad imperial y los diez cuernos representan a los diez emperadores. Vale recordar que el Apocalipsis es en buena medida una exhortación a resistir la persecución romana y, en típico modo apocalíptico, propicia la satanización de los adversarios.

Luego aparece una segunda bestia; esta es terrestre (Ap 13: 11). Tiene dos cuernos de cordero, pero habla como un dragón. Está al servicio de la primera bestia y dispone de su poder. Persuade a la gente de que haga una estatua en honor a la primera bestia; esto es una clara referencia al culto imperial romano. La bestia hace que la gente se coloque una marca sobre la mano y sobre la frente, y sólo aquellos que tengan esa marca podrán comprar y vender. La bestia tiene una cifra, el 666.



Las bestias descritas en el Apocalipsis han sido frecuentemente asimiladas a lo satánico.
La bestia del mar. Autor desconocido.

Estos símbolos, a simple vista, son muy enigmáticos. No han faltado, a lo largo de la historia del cristianismo, intérpretes que han querido identificar a personajes históricos con la bestia apocalíptica, a partir de cálculos arbitrarios en torno a la cifra 666. Y, también buscan señales apocalípticas en eventos contemporáneos; por ejemplo, los tatuajes de sellos son interpretados como la marca de la bestia.

Es muy probable que 666 sea un número escondido para hacer referencia al emperador Nerón. En el alfabeto hebreo, las letras pueden usarse para representar números, y el valor numérico del

título griego Nerón César escrito en letras hebreas suma 666. Es, en efecto, lo más plausible, tomando en consideración que varios de los otros símbolos asociados a la bestia apocalíptica son referencias al poder imperial romano.

A partir de Apocalipsis 17, aparece una figura enigmática que, según parece, también tiene una asociación con Satanás. Se trata de la ramera de Babilonia. Según se la describe, va montada sobre una bestia de color rojo, nuevamente con siete cabezas y diez cuernos, y con títulos blasfemos. Lleva ropas color púrpura y escarlata, joyas y brillantes. Lleva también una copa de oro con contenido repugnante, y está embriagada con la sangre de los mártires cristianos.

Una vez más, en la historia del cristianismo no han faltado esfuerzos por identificar a la ramera de Babilonia con personajes específicos y su imagen ha sido en ocasiones usada para referirse a las brujas que, según la imaginación europea, hacen pactos con el diablo. De nuevo, es mucho más probable que la ramera de Babilonia sea más bien una referencia a Roma. Juan no habría querido arriesgarse a reprochar a Roma directamente y prefería hacer referencia al poder imperial romano, mediante el símbolo de Babilonia, el poder imperial cuya huella quedó profundamente marcada en la imaginación judía, debido al destierro impuesto en el siglo VI antes de nuestra era.

A partir del capítulo 19 del Apocalipsis se narra una nueva gran batalla contra Satanás y sus bestias. Aparece una figura montada sobre un caballo blanco; sus ojos son llamas de fuego y de su boca sale una espada afilada. A pesar de que estas descripciones tienen un aspecto monstruoso, hacen referencia a Cristo, quien convoca a multitudes para enfrentar a las fuerzas malignas.

El ejército de las fuerzas malignas está conformado por la bestia, descrita anteriormente, y una nueva figura misteriosa, un falso profeta (Ap 19: 20). De nuevo, sólo podemos conjeturar quién es este falso profeta. Pero, en vista de que todas estas figuras malignas tienen alguna asociación con el poder imperial romano, es plausible pensar que este falso profeta sea también algún emperador romano. Tanto la bestia como el falso profeta son vencidos y arrojados vivos al lago de fuego que arde con azufre. Luego de la derrota de la bestia y el falso profeta, el Apocalipsis narra un período de mil años de paz y prosperidad (Ap 20: 1-6). Pero, al término de esos mil años, Satanás regresará. Será soltado de su prisión. Satanás logra asociarse con dos nuevas extrañas figuras, Gog y Magog, y lanzan un nuevo ataque. Los nombres de Gog y Magog eran conocidos en la literatura apocalíptica (incluso se remontan al libro de Ezequiel, en la Biblia hebrea), pero no sabemos bien quiénes son en el texto del Apocalipsis. Sólo sabemos que son figuras malignas que están asociadas a Satanás.

Se da así una nueva batalla apocalíptica, esta vez la última y, como cabría esperar, el diablo y sus secuaces son finalmente derrotados y arrojados al lago de fuego y azufre, donde reside la bestia y el falso profeta y adonde irán a parar también los cobardes, impuros, asesinos, renegados, hechiceros e idólatras, en fin, los pecadores (Ap 21: 8).

Así pues, el Apocalipsis se configura como la pieza cumbre de la literatura apocalíptica y lleva al paroxismo el dualismo religioso que seis siglos antes se estaba forjando en la reforma zoroastriana. En el Apocalipsis, el diablo aparece ya como un archienemigo de Dios, que será finalmente vencido, no sin antes emprender una terrible batalla y tratar de conquistar a los hombres son sus tentaciones. Desde entonces, ha quedado la impronta del libro del Apocalipsis sobre la imaginación cristiana en la formación de su concepto de Satanás.

[2] TOBIN, Paul. *The rejection of Pascal's Wager*. Authors on Line, 2009.

Los inicios del cristianismo

SATANÁS Y LOS GNÓSTICOS

Contraria a la imagen que tradicionalmente se nos presenta, el cristianismo en sus primeros tres siglos estuvo bastante fragmentado en diversas sectas. Y, del mismo modo, hubo muchos textos apócrifos que no fueron incluidos en el canon del Nuevo Testamento. Satanás aparece en algunos de estos textos.

Así aparece, por ejemplo, en su tradicional rol como archirrival de Dios en los Hechos de Pedro, un texto del siglo II. Se narran ahí las aventuras de Pedro después de la muerte y resurrección de Jesús. El grueso de este texto narra los pormenores de una confrontación entre Pedro y Simón el Mago. Este personaje es mencionado en el Nuevo Testamento, en Hechos 8: 9-24: ahí, se narra que Simón realizaba prodigios con su magia. Pero, al ver que los discípulos de Jesús recibían el Espíritu Santo, Simón les ofreció dinero para que él también recibiera el Espíritu Santo.

Desde entonces, ha quedado en la imaginación cristiana un firme desprecio por Simón el Mago, por partida doble. Por una parte, es despreciado por su vocación mercantilista de pretender comprar los dones carismáticos ofrecidos por el Espíritu Santo. Pero, además, es despreciado por su invocación de la magia amparada en fuerzas ocultas para realizar prodigios. El cristianismo nunca ha sido firmemente escéptico de la magia: Simón no es despreciado por ser un mero charlatán, sino por invocar fuerzas demoniacas y de hecho, siempre ha estado asociado a las brujas.

Los Hechos de Pedro recogen esta antipatía por Simón. En ese texto, la confrontación entre Pedro y Simón es en realidad una confrontación entre Dios y Satanás. La confrontación se representa como una suerte de torneo de prodigios. Pedro trabaja con el poder divino, Simón con el poder diabólico. Como muestra de sus prodigios, Simón vuela. Pero, Pedro, más fuerte, emplea el poder de Dios y lo tumba desde lo alto. Luego, una muchedumbre apedrea a Simón y este muere.

No existía durante los primeros tres siglos de cristianismo un cuerpo doctrinal que pudiera identificarse como ortodoxo propiamente. Al contrario, existían plenitud de sectas con doctrinas divergentes. Los ebionitas, por ejemplo, trataban de mantener el cristianismo dentro de la tradición judía, y así, rechazaban la extensión del cristianismo a los no judíos, tal como la había promovido Pablo. Los marcionitas, en cambio, estaban en el otro extremo: en su opinión, el cristianismo debería romper totalmente con sus raíces judías. Otro grupo, los montanistas, hacían especial énfasis en la continuidad de la profecía y el don de los milagros, así como la recepción del Espíritu Santo.



En el texto apócrifo Hechos de Pedro,
Simón Mago es vencido por Pedro y muere.
La muerte de Simón Mago. Autor desconocido.

Los autores cristianos que hoy consideramos ortodoxos escribieron tratados de polémica contra todos estos grupos. Pero, probablemente, el grupo que más oposición generaba entre los autores que

eventualmente vinieron a dictar la ortodoxia, fueron los gnósticos, aquellos que, se suponía, se habrían inspirado en Simón el Mago.

No hubo un movimiento monolítico que podamos llamar gnosticismo. Esto es más bien un término que empleamos para arrojar a un conjunto de sectas que, si bien fueron muy diversas entre sí, conservaban alguna unidad respecto a sus creencias. Hasta fechas relativamente recientes, era muy poco lo que podríamos conocer sobre ellos, pues casi todos sus documentos estaban perdidos. Nuestra mayor fuente sobre el gnosticismo eran los autores cristianos hoy considerados ortodoxos, quienes escribían tratados en su contra. No obstante, en 1945, se descubrieron en la localidad de Nag Hammadi (Egipto), un conjunto de documentos procedentes de grupos gnósticos, los cuales nos permiten hacer una reconstrucción mucho más precisa sobre la naturaleza de estos grupos religiosos.

Los gnósticos se impregnaron de la filosofía griega inspirada en Platón. Los platónicos enseñaban, de forma más o menos parecida a los zoroastrianos, una visión dualista del mundo. Pero, para los platónicos, el mundo no está propiamente dividido entre las fuerzas del bien y las fuerzas del mal, sino entre el espíritu y la materia. Los gnósticos asumían que el espíritu era bueno y que la materia era mala, y que era necesario escapar del mundo material, mediante la renuncia a las actividades mundanas.

En cierto sentido, los gnósticos sintetizaron el dualismo zoroastriano con el dualismo platónico. Pues, formularon mitos en los que se narraba que, originalmente, hubo un Dios, del cual surgían emanaciones. Una de esas emanaciones fue el creador del espíritu que es un dios bueno, mientras que hubo otra emanación, el creador de la materia, una figura maligna. Al creador de la materia lo llamaban el demiurgo, el mismo título que Platón empleaba en algunos de sus diálogos para referirse a la figura que había creado el mundo. Este demiurgo, opinaban los gnósticos, era malvado. El dios bueno, por su parte, había creado el espíritu y transmitía enseñanzas secretas a la humanidad sobre cómo escapar de la prisión de la materia, fundamentalmente mediante la renuncia al mundo.

De hecho, en algunas interpretaciones de los gnósticos (especialmente aquella adelantada por los marcionitas, una secta del siglo II), el demiurgo era Yahvé, el Dios del Antiguo Testamento, creador de la materia y de todos los males del mundo. Este Dios era justo y vengativo, pero en virtud de ello, castigador y violento. En cambio, el Dios del Nuevo Testamento es amoroso y, por ello, es el verdadero Dios, quien encarnó en Cristo (según la interpretación gnóstica más común, en realidad Cristo no asumió un cuerpo material, sino meramente espiritual) para enseñar a los hombres el camino para escapar al mundo creado por el demiurgo, y así alcanzar el pleroma, a saber, la realidad espiritual. Estas enseñanzas conforman la *gnosis* (la palabra griega para ‘conocimiento’), y de ahí, procede la palabra «gnóstico» para hacer referencia a estos grupos. En especial, el gnosticismo recomendaba a sus feligreses el conocimiento de sí mismos, pues de ese modo, podrían escapar al mal inherente del mundo material.

Incluso, hubo una secta gnóstica en el siglo II, los ofitas, quienes tenían reverencia por la serpiente de Génesis. Sería un error creer que los ofitas son los antecesores del satanismo y el culto al diablo. Vale recordar que la asociación entre el diablo y la serpiente del Génesis es bastante tardía en la historia del cristianismo. Y, en ese sentido, probablemente los ofitas tenían reverencia por la serpiente, pero no por Satanás. Pues, la serpiente indujo a Adán y Eva a desobedecer a Yahvé, el creador de la materia. Así pues, desobedecer al Dios maligno habría sido un acto heroico, y así lo reconocieron los ofitas. Además, en la medida en que la serpiente inducía a comer del fruto del árbol del conocimiento, los gnósticos la apreciaban como una heroína, precisamente porque, en su sistema

doctrinal, la búsqueda del conocimiento secreto ocupaba un lugar fundamental.

Asimismo, otra secta gnóstica del siglo II, los cainitas, tuvieron reverencia por Caín, una figura ocasionalmente asociada con Satanás. El razonamiento era parecido al de los ofitas: Caín osó violar las leyes impuestas por el Dios malo del Antiguo Testamento, y en virtud de ello, merecía reconocimiento.

En el sistema religioso de los gnósticos, no figura propiamente el diablo. Pero, sí hay una figura maligna, a saber, el mismo demiurgo. De forma tal que, en la mayoría de las interpretaciones adelantadas por los gnósticos, aquello que los cristianos convencionales llamaban Satanás, los gnósticos lo llamaban Yahvé. Pues, del mismo modo en que, bajo la visión apocalíptica, Satanás gobierna las fuerzas del mal, bajo la visión gnóstica, Yahvé es el creador de la materia y esta es intrínsecamente mala; por ende, Yahvé es el creador de las cosas malas.

Es curioso que los textos gnósticos no empleen propiamente el nombre Satanás. Pero, con todo, sí emplearon otros nombres para hacer referencia al demiurgo, y estos nombres pueden ser asimilados a la figura del diablo. Por ejemplo, un texto gnóstico del siglo II, conocido como el Evangelio apócrifo de Juan, hace mención de Yaldabaoth, aparentemente un nombre para referirse al demiurgo: según la descripción del texto, Yaldabaoth es el dios creador de la materia, que erróneamente cree que es el único que existe. En la mitología gnóstica, Yaldabaoth habría sido un hijo monstruoso de Sofía, quien lo apartó y, como consecuencia, este creó el mundo material.

Otro nombre que los gnósticos empleaban para referirse al demiurgo es Samael, tradicionalmente representado como una serpiente con cabeza de león. El folclore judío y cristiano de épocas posteriores hizo de Samael uno de los guardianes de Satanás y, en siglos más recientes, ha sido invocado para realizar embrujos, pues se considera que está al mando de las fuerzas demoniacas ocultas.

ORTODOXOS Y HEREJES SE ACUSAN MUTUAMENTE

El gnosticismo fue una corriente religiosa aparecida fundamentalmente en la cuenca mediterránea. Pero, a la par que el cristianismo se expandía por el imperio romano, apareció en Persia una forma de religión que, si bien resonaba con muchas doctrinas gnósticas, se convirtió en un movimiento religioso aparte. Se trata del maniqueísmo. Allí donde los gnósticos recogieron alguna influencia zoroastriana, pero la ajustaron al dualismo platónico que separa al espíritu de la materia, los maniqueístas asumieron con mayor vehemencia el legado zoroastriano, para dar forma a una nueva religión dualista.

El fundador de esta religión fue un tal Mani, en el siglo III. Mani era residente del Imperio sasánida, aquel que gobernaba Persia en aquella época. Mani alegó recibir unas revelaciones por parte de un ángel (Mani lo asumía como su hermano gemelo) y empezó a predicar una nueva religión. Según Mani, hubo tres grandes reformadores religiosos que le antecedieron: Zaratustra, Buda y Jesús. Pero, el mensaje que ellos enseñaron era aún imperfecto, pues no estaba suficientemente dirigido a una audiencia universal; además, el mensaje de estos precursores había sido corrompido. Mani se proponía ahora dirigir ese mensaje a la humanidad entera.

El mensaje de Mani era fundamentalmente una reactualización del dualismo zoroastriano, a pesar de que el mismo Mani sufrió persecución a manos de las autoridades zoroastrianas y fue ejecutado. Según la doctrina de Mani, hay un conflicto entre las fuerzas del bien y las fuerzas del mal. El dios bueno es el creador del espíritu, el dios malo es el creador de la materia. Este dios malo, de nuevo, es asimilable a la figura de Satanás, a pesar de que, lo mismo que en los sistemas religiosos gnósticos, no hay propiamente mención del diablo. Y, según la enseñanza de Mani, el modo de liberarse de la prisión a la que ha sometido el dios malo a los hombres, consiste en renunciar la vida mundana, escapar a la materia y encontrar una vida llena de espíritu.

El maniqueísmo alcanzó gran difusión desde Roma hasta China y, en sus primeros siglos de existencia, pudo competir con el cristianismo (a pesar de que no existía aún un cristianismo propiamente unificado) en términos demográficos. Los autores cristianos hoy considerados representantes de la ortodoxia, tuvieron gran antipatía por el maniqueísmo. En especial Agustín de Hipona, que en el siglo V, mantuvo fuertes disputas con adversarios maniqueos, en buena medida porque él mismo había sido maniqueo antes de convertirse en cristiano.

San Agustín es uno de los autores cristianos más influyentes. Pero no deja de ser irónico que, a pesar de toda su voraz oposición al maniqueísmo, su pasado maniqueísta se infiltrara en su cristianismo y, por su mediación, el maniqueísmo ejerciera alguna influencia sobre la doctrina cristiana. La recurrente satanización de la sexualidad, en la historia del cristianismo, pudo haber obedecido a los remanentes maniqueístas de postular a la actividad sexual como obra del dios malo creador de la materia.

El maniqueísmo desapareció como religión en los siglos sucesivos, muchas veces no sin violencia. Pero, esporádicamente, en la Edad Media aparecieron algunas sectas cristianas con enseñanzas dualistas similares. La más célebre de estas sectas, los cátaros, tuvieron un final trágico en el siglo XIII en Francia. Con todo, la palabra «maniqueísmo» ha quedado para describir la tendencia de muchas personas sectarias que satanizan a los adversarios y tienen una rígida visión del

mundo, bajo la cual, los que no los apoyan incondicionalmente, son sus más acérrimos enemigos.

Presumiblemente, con esa rígida mentalidad dualista, Mani y sus seguidores asumían que sus adversarios eran partícipes de las fuerzas del mal. Pero, irónicamente, los adversarios cristianos de Mani fueron tan maniqueos como él y no tardaron en satanizar a los seguidores de Mani, y a todos aquellos que, eventualmente, vinieron a ser llamados herejes.

Probablemente el autor cristiano más vehemente en su satanización de los herejes, en particular de los gnósticos, fue Ireneo de Lyon, en el siglo II. Su voluminosa obra, *Contra las herejías*, es un tratado sistemático dirigido contra varios grupos de personas que se hacen llamar cristianas pero que, según su parecer, enseñan doctrinas falsas. San Ireneo dirige especialmente sus ataques a Valentín, uno de los maestros gnósticos más conocidos. Naturalmente, san Ireneo asocia a Valentín y otros herejes con Satanás, y a lo largo de la obra no tiene reparos en llamarlos «ángeles del diablo» (IV, 41, 2).



En el siglo II, Ireneo de Lyon era muy dado a satanizar a sus adversarios en disputas doctrinales. Escultura de København Frederikskirken

Básicamente, la disputa de san Ireneo y otros cristianos contra los gnósticos consistía en una valoración del mundo. Para los gnósticos, las fuerzas del bien están enfrentadas a las fuerzas del mal casi en igualdad de condiciones, y este mundo, creado por el dios malo, es un lugar lleno de sufrimientos. Aquellos autores cristianos cuyas doctrinas vinieron a ser consideradas ortodoxas, en cambio, postulaban que, si bien hay sufrimiento en el mundo, esta ha sido creada por Dios. Y, si bien hay una confrontación entre el bien y el mal, Satanás no tiene el suficiente poder como para poner en peligro la hegemonía de Dios.

Una de las grandes preocupaciones de san Ireneo era que estos herejes se asumían a sí mismos

como cristianos. Y, en este sentido, el gran truco de Satanás es infiltrarse en las filas de los creyentes y hacerse pasar por cristiano, cuando en realidad, está sembrando la semilla de la falsedad. Desde entonces, ha prevalecido entre muchas personas que se toman en serio la idea del diablo, la preocupación de que Satanás se encuentra entre nosotros. Con frecuencia, el diablo no ha sido identificado tanto con los enemigos externos, sino más bien con los supuestos espías que se infiltran para sembrar el odio y la discordia desde dentro.

De hecho, durante esa temprana fase de intensa fragmentación del cristianismo, fue harto común la mutua demonización de los oponentes doctrinales. La I Epístola de Clemente, un documento cristiano que data del siglo II, también atribuye a Satanás la proliferación de desacuerdos doctrinales.

San Ireneo forma parte de un grupo heterogéneo de autores cristianos que han venido a ser llamados los Padres de la Iglesia. Los escritos de estos autores, no siempre concordantes entre sí, sirvieron para sentar las bases doctrinales del cristianismo. Tradicionalmente se asume que el período de la patrística abarca, desde finales del siglo I hasta el siglo VII. De los escritos de estos autores emergen las doctrinas tradicionalmente asociadas con el cristianismo pero que no tienen clara expresión en la Biblia. Y, por supuesto, en una religión que ha concedido tanta importancia al diablo, en los escritos de los Padres de la Iglesia no podía faltar algún ejercicio de imaginación respecto a la figura de Satanás.

LA CAÍDA DE LOS ÁNGELES

Justino Mártir, un autor del siglo II, es uno de los Padres de la Iglesia que más añadió a la representación de Satanás. Es posible que san Justino conociese la historia, recapitulada en el libro I de Enoc y Jubileos, según la cual, como hemos visto, los demonios son ángeles que descendieron a la Tierra para aparearse con las mujeres y, de esa unión, nació una raza de gigantes. En efecto, san Justino recapitula esta historia. Y, además, san Justino añade otros detalles respecto a la naturaleza de Satanás: luego de su caída, el diablo se propuso contaminar a los hombres con el pecado. San Justino opinaba que Satanás aún no ha sido castigado por Dios, sino que sufrirá el castigo al final de los tiempos. En el entretiem po, el diablo merodea por la Tierra tentando a la humanidad.

Otros Padres de la Iglesia también recapitularon la historia sobre la caída de Satanás y los demonios: Clemente de Alejandría y Tertuliano, ambos del siglo II. San Clemente, originario de la resplandeciente y filosófica ciudad de Alejandría, estaba bastante familiarizado con la filosofía griega y trató de racionalizar muchas doctrinas cristianas a la luz de la tradición filosófica griega. Clemente estaba particularmente influido por el platonismo, y así, interpretó al diablo a la luz de la metafísica platónica. Los platónicos habían estipulado una jerarquía de entidades que participan en diversos grados de ser. Dios, estimaban los platónicos, es la entidad más impregnada de ser. En función de eso, opinaba san Clemente, el diablo sería la total ausencia de Dios. Y, así, san Clemente dio inicio a una larga tradición de teólogos que trataban de justificar el mal en el mundo señalando su vacío ontológico. Frente a la vieja pregunta, ¿si Dios es bueno y omnipotente, por qué permite el mal?, la respuesta basada en san Clemente postula que el mal no existe propiamente como sustancia, sino sólo como vacío.

Tertuliano, por su parte, era sumamente enfático respecto a cómo Satanás ha contaminado la creación de Dios. Especialmente, a Tertuliano le preocupa la mentira como medio que Satanás emplea para apoderarse del mundo. Y, así, Tertuliano fue especialmente agudo en sus exigencias morales, hasta el punto de que se adhirió a la secta de los montanistas, un grupo de extrema rigurosidad moral que eventualmente fue considerado herético. Pues bien, en su rechazo de los vicios terrenales propios de la vida cultural romana, Tertuliano opinaba que la obra de Satanás estaba presente en los baños públicos, el circo o las carreras de caballos. Pero, hacía especial énfasis en el carácter pecaminoso del maquillaje y los vestidos elaborados, pues presentan a los seres distintos a como realmente son y, en ese sentido, es una forma de mentira; y también se oponía al teatro, pues presentaba situaciones ficticias.

Tertuliano opinaba que el rito del bautismo era fundamental en la lucha contra Satanás. De hecho, en la liturgia católica y ortodoxa, aún hoy se practica un breve exorcismo sobre los niños, pues en virtud de la doctrina del pecado original, se piensa que algún remanente del diablo hay en ellos. San Agustín opinaba que los niños que morían sin recibir el bautismo eran condenados al infierno.

En su explicación respecto a los ángeles caídos, los Padres de la Iglesia dedicaron mucha atención al uso del libre albedrío por parte de Satanás y su legión. El diablo fue una creación de Dios, pero fue libre. Y, así, abusó de su libre albedrío y eso propició su caída. Los Padres de la Iglesia también formalizaron la asociación entre Satanás y la serpiente. E hicieron mucho énfasis en

que, del mismo modo, en que Satanás cayó debido a su libre albedrío, Adán y Eva cayeron también por el abuso de su libre albedrío.

Debemos a Orígenes, un autor cristiano del siglo II, la asociación contemporánea de Satanás con Lucifer. Popularmente, se asume que Lucifer es un nombre más para referirse al diablo y que así consta en la Biblia. Pero, hasta la época de la patrística, el nombre de Lucifer no tenía ninguna vinculación con lo satánico. En la Biblia, no hay ningún pasaje que haga referencia al diablo como ángel caído. Con todo, gracias a la influencia de los textos apocalípticos judíos y los escritos de algunos Padres de la Iglesia, ganaba popularidad la historia según la cual, hubo una rebelión en el cielo y, como consecuencia, Satanás cayó desde lo alto. Pues bien, Orígenes, un autor dado a interpretar la Biblia de forma muy arbitraria, alegó haber encontrado referencias bíblicas sobre la caída de Satanás y de ahí procede el nombre Lucifer.

Isaías 14: 3-20 habla de una estrella brillante que cae del cielo. Según parece, el autor tenía en mente como inspiración poética el planeta Venus el cual, en efecto, adquiere un brillo notable en las mañanas y da la impresión de caer del cielo: «¿Cómo caíste desde el cielo, estrella brillante, hijo de la aurora?» (Is 14: 12); «mas ¡ay!, has caído en las honduras del abismo, en el lugar adonde van los muertos» (Is 14: 15).



El título de Lucifer se origina con una dudosa interpretación que Orígenes hizo del texto de Isaías 14: 3-20. Estatua de Lucifer en la Catedral de Liège, Bélgica. Mármol blanco de Guillaume Geefs.

El contexto de estos pasajes permite suponer que el autor de Isaías está haciendo referencia al rey de Babilonia, en contra de la cual, en los capítulos precedentes del mismo libro de Isaías, se lanzan algunas profecías. Y, la evocación de la estrella de la mañana es un augurio sobre el futuro del rey de Babilonia, quien por ahora disfruta del poder y la gloria, pero pronto caerá desde lo más alto.

No obstante, Orígenes consideró que estos pasajes no sólo hacían referencia al rey de Babilonia, sino también al mismísimo Satanás, a pesar de que nada en el texto original lo sugiere. En latín, se dice que la estrella de la mañana es *lucem ferre*, aquel que lleva la luz, a saber, la estrella brillante. Y, así, ese título se convirtió en Lucifer, como nombre propio. Originalmente, la referencia al personaje que, como la estrella, lleva la luz, era al rey de Babilonia. Pero, gracias a la

interpretación de Orígenes, se asumió que este personaje que lleva la luz es el mismo diablo.

En su búsqueda de referencias bíblicas a la historia de la caída de Satanás, Orígenes también pretendió encontrar un pasaje similar en Ezequiel 28: 1-19. Lo mismo que en el pasaje de Isaías, este está dirigido contra un monarca, el rey de Tiro. El pasaje en cuestión hace mención de la grandeza del rey y su ciudad, pero debido a su arrogancia, cae desde lo más alto y termina en la tumba. Orígenes no tuvo mayor dificultad en interpretar esto como una referencia a un ángel caído que se convirtió en el diablo.

SATANÁS ES BURLADO

Orígenes también fue el artífice de otra doctrina que, a lo largo de la historia del cristianismo, ha tenido suma influencia. Se trata de la doctrina de la expiación mediante el pago de rescate. Desde muy temprano, en el seno del cristianismo había prosperado la idea de que Cristo había muerto por nuestros pecados, y nos había salvado. Pero, la formulación de esta doctrina es sumamente vaga, pues los primeros cristianos naturalmente quedaban perplejos frente a semejante formulación. ¿Salvarnos de qué o de quién? ¿Cómo es esta salvación?

Pues bien, san Ireneo, y especialmente Orígenes, formularon una curiosa teoría: a consecuencia del pecado de Adán y Eva, Satanás justamente se apoderó de la humanidad. Para despojar a Satanás de su poder sobre la humanidad, Dios debió pagar un rescate. Así, entregó a su propio hijo a la muerte y a Satanás. Se lograría así un intercambio, a la manera del intercambio de rehenes: Dios ofrecería su hijo al propio diablo, y Satanás renunciaría a su control de la humanidad. Según parece, Orígenes inspiró esta teoría en un pasaje del evangelio de san Marcos: «Porque ni siquiera el hijo del hombre vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate» (Mc 10: 45). Hemos visto que Orígenes era bastante arbitrario en la interpretación de pasajes bíblicos, y en este caso, empleó la palabra «rescate» para elaborar la doctrina de que la humanidad estaba bajo el poder de Satanás, y Dios entregaría a Cristo como sustituto para la liberación. Así, el diablo aceptó a Cristo como sustituto del rescate y entregó a la humanidad.

Pero, Satanás fue burlado. Pues, él no sabía que no podría mantener a Cristo bajo su poder, en tanto Cristo no tenía pecados. Así, el diablo se quedó al final con las manos vacías. Dios ofreció a Cristo como carnada para vencer al diablo. Toda esta historia, por supuesto, resulta a la mentalidad moderna un colorido mito. Y, en efecto, parece una variante más del tema del personaje *trickster* que engaña a los otros con su astucia (algo así como el niño Hermes de la mitología griega, un personaje que se vale del engaño para triunfar). La moralidad de Dios es cuestionable acá, pues se vale del engaño. Pero, después de todo, la víctima de este engaño es el propio Satanás, la representación del mal absoluto. Y, en ese sentido, engañar al diablo no resulta tan moralmente objetable.

Hubo, en todo caso, otros intentos por moderar el engaño de Dios al diablo. Bajo la explicación de san Agustín, por ejemplo, el diablo fue vencido por su propia codicia, y no propiamente por un plan escabroso de Dios. Con su arrogancia, Satanás no comprendió que no podía mantener dominio sobre Cristo y, así, se dejó vencer.

Desde entonces, ha persistido en buena parte del folclore europeo la imagen del diablo como un imbécil que es fácilmente engañado. Quizás, detrás de toda esta fantasía, haya un componente moral alegórico que Orígenes y sus seguidores quisieron exponer: la maldad es de idiotas. Al principio, el diablo puede seducir con su aparente inteligencia, pero al final, es un imbécil y sus acciones conducen a su propio perjuicio.

Además de la enseñanza de que Dios engañó al diablo pagando el rescate de la humanidad con la entrega de su propio hijo, pronto también apareció la doctrina según la cual, entre su muerte y resurrección, Cristo descendió al infierno. Según la enseñanza tradicional, las almas de las personas que habían muerto antes de la misión salvífica de Jesús, se encontraban en el infierno, pues no habían sido aún salvadas. Al bajar al infierno, Cristo rescató a estas almas prisioneras del diablo.

Los orígenes de esta doctrina son escabrosos. Sabemos que ya en el siglo II, los autores cristianos san Melitón y Tertuliano la defendían. Pero, lo más probable es que esta tradición venga del texto apócrifo del siglo III, los Hechos de Pilatos (incluido, a su vez, en una recolección posterior titulada El evangelio de Nicodemo). Según la versión ahí narrada, Satanás trató de llevarse a Cristo al infierno, pero una vez ahí, Cristo liberó a las almas justas que estaban prisioneras. Si bien esta tradición ha sido afirmada en los credos doctrinales de la Iglesia, no ha tenido tanto peso entre teólogos cristianos, y ha sido más explorada por la imaginación popular que, como sabemos, se ha deleitado con el tema del héroe que baja al inframundo y regresa.

Orígenes también formuló otras doctrinas sobre el diablo, pero a diferencia de sus enseñanzas sobre la misión salvífica de Cristo, estas otras doctrinas fueron rechazadas, e incluso, una de ellas declarada herética. Orígenes tenía la curiosa enseñanza de que, cuando los ángeles se rebelaron contra Dios y cayeron, no todos se convirtieron en demonios. Algunos, opinaba Orígenes, se convirtieron en seres humanos. Pues, como muchos otros autores cristianos, Orígenes estipulaba una jerarquía entre ángeles, humanos y demonios. Aquellos que pecaron más gravemente se convirtieron en demonios, pero aquellos que sólo lo hicieron levemente, se convirtieron en seres humanos. Y, añadía Orígenes, los seres humanos virtuosos pueden volver a convertirse en ángeles.

Esta doctrina no ha sido aceptada por el cristianismo. La creencia convencional hoy, es que Dios creó directamente a los seres humanos y por separado creó a los ángeles. Orígenes también aceptó la doctrina de la apocatástasis, a saber, la enseñanza de que al final de los tiempos, Dios y Satanás se reconciliarían y, en el Juicio final, Dios extendería su misericordia universalmente y evitaría el castigo eterno, incluido al mismísimo diablo.



Según una tradición que se remonta a los Hechos de Pilatos, Jesús bajó a los infiernos a liberar a las almas.
Folio medieval. Autor desconocido.

La ortodoxia cristiana no aceptó esta doctrina y, al final, Orígenes fue declarado herético, durante su propia vida; y luego su doctrina de la apocatástasis fue condenada formalmente en el segundo concilio de Constantinopla en el siglo VI. Pero, la doctrina de la apocatástasis no ha dejado de tener cierto atractivo para algunos grupos de cristianos protestantes liberales durante los últimos dos siglos. Los llamados universalistas, efectivamente defienden que todas las almas serán salvadas.

SATANÁS Y EL ASCETISMO

A pesar de que desde los inicios del cristianismo siempre hubo una tradición de ascetas, especialmente en el seno de las sectas gnósticas, no fue sino hasta el siglo III cuando realmente grandes cantidades de cristianos asumieron una renuncia a los placeres materiales, y se entregaron de lleno a un ascetismo riguroso. En un principio, se concibió el ascetismo como una práctica para encontrar paz y tranquilidad, y alejarse del ajetreo de la vida urbana, con el objetivo de dedicarse enteramente a la oración y la contemplación. Pero, eventualmente, el ascetismo se impregnó de la doctrina dualista. Los ascetas asumieron la vieja dicotomía entre alma y cuerpo, y defendieron la idea de que la mortificación del cuerpo alimentaría al alma. Y, de forma similar a los gnósticos, asumieron que Dios privilegiaría el cultivo del alma y el diablo arrojaría tentaciones para alimentar los placeres del cuerpo.

Así, empezaron a migrar al desierto. Primero lo hicieron en solitario; luego se conformaron órdenes religiosas instaladas en el desierto, con el propósito de llevar una vida de renuncia, alejadas de las tentaciones urbanas. En esto, por supuesto, no sólo imitaban a Juan el Bautista, sino también al mismísimo Jesús. Según hemos visto, los evangelios narran la estadía de Jesús en el desierto durante cuarenta días y las tentaciones que recibió a manos de Satanás. Pues bien, estos ascetas acudían al desierto con el propósito explícito de someterse a las tentaciones de Satanás y resistirlas.

Las primeras generaciones de cristianos habían vivido intensamente con una conciencia de mártires. Pero, a medida que el cristianismo iba ganando espacio en el imperio romano, ya no sufría tanta persecución. Con todo, la conciencia de mártir persistía. Y, en vista de que ya en las ciudades los cristianos no eran perseguidos, muchos optaron por marcharse al desierto para sufrir el acoso, ya no de los paganos, sino de los propios demonios.

El primero en inaugurar esta tendencia fue san Antonio Abad, originario de Egipto, en el siglo III. Sus hazañas fueron recopiladas por san Atanasio, un Padre de la Iglesia originario de Alejandría (en el mismo Egipto), durante el siglo IV, en *La vida de san Antonio Abad*. Según se narra, san Antonio heredó una considerable suma de dinero, pero la entregó a los pobres y se fue a vivir al desierto.

Ahí, sufrió el acoso del diablo. Primero, lo tentó recordándole las comodidades de la vida urbana, la riqueza de la cual disfrutaba antaño, y el placer por vivir junto a sus seres queridos. Después, lo atacó con las tentaciones de la pereza, y le envió fantasmas de mujeres seductoras. También se le apareció en forma de un niño negro con la intención de atormentarlo sexualmente, pero san Antonio resistió con suma fortaleza. Se retiró a vivir en una cueva y ahí practicó intensamente ayuno, así como continua oración y alabanzas a Dios. El diablo se molestó por el éxito en las prácticas ascéticas de san Antonio y decidió atacarlo físicamente: lo golpeó severamente hasta dejarlo inconsciente, pero san Antonio aún así mantuvo su integridad. Algunos aldeanos lo ayudaron, le ofrecieron comida, y lo cobijaron.



Según la tradición cristiana, san Antonio se fue al desierto a ayunar y ahí fue tentado por demonios. Grünewald, Matthias. Las tentaciones de san Antonio (1512-1516). Museo de Unterlinden, Francia.

San Antonio se recuperó y se dirigió a una montaña. Ahí nuevamente practicó el ascetismo. En vista de eso, Satanás volvió a atacar. Esta vez, envió otros fantasmas para acosarlo, y lo atormentó con imágenes de escorpiones, leones, lobos, y otras bestias salvajes. Nuevamente, san Antonio resistió heroicamente, y no demostró temor. Frente a su valentía, las bestias desaparecieron repentinamente.

La historia de las tentaciones de san Antonio ha sido recurrentemente interpretada en el arte occidental. Fue un tema privilegiado por varios pintores medievales y renacentistas. Pero, por supuesto, también resultó inevitable que, en siglos más recientes, a fin de explorar un poco más el fetichismo sexual, se describiesen con sumo detalle las estrategias seductoras de las mujeres tentadoras en el siglo XIX, por ejemplo, Flaubert (un autor muy dado a escandalizar a sus audiencias con temas sexuales), escribió una célebre versión de la historia de san Antonio, pero en vez de hacer énfasis en la monstruosidad de los demonios y el heroísmo de san Antonio, se deleitaba en retratar la sensualidad de los demonios, y la debilidad de san Antonio.

La batalla de san Antonio en contra de los demonios pronto creció en fama. Y así, Hilarión de Gaza, un joven originario de Palestina, escuchó las historias sobre san Antonio; y en cuanto alcanzó la adolescencia, acudió a él y pasó a ser su discípulo. San Antonio no pudo acogerlo propiamente, porque estaba más ocupado curando enfermos que también acudían a él. Pero, san Hilarión, inspirado por san Antonio, regresó a Palestina y, ahí, fundó una comunidad monástica. Lo mismo que su maestro, Hilarión buscaba alejarse de los placeres de la vida urbana. En muchas ocasiones, se sometió a ayunos severos. Naturalmente, es muy probable que estos ayunos le condujeran a tener alucinaciones, pero como cabría esperar, san Hilarión los interpretó como asedios de demonios. Así, cuenta la leyenda (recopilada por san Jerónimo en *La vida de Hilarión*, en el siglo V) que los demonios se le aparecían con imágenes de comidas succulentas, mujeres voluptuosas y eventos circenses al estilo romano. Pero, san Hilarión heroicamente resistió frente a todas estas tentaciones. Quizás incluso más que en el caso de san Antonio, las tentaciones de san Hilarión han conservado cierto atractivo sensual en la tradición, y han sido motivo de representación pictórica; pero, de nuevo, la imaginación moderna, en vez de enfatizar la resistencia del asceta, más bien enfatiza la voluptuosidad de las mujeres tentadoras.

San Antonio y san Hilarión seguramente fueron personajes de gran fortaleza psicológica para soportar un ascetismo tan severo, pero probablemente el más, intelectualmente, sofisticado de los ascetas del desierto en aquella época (s. IV) fue Evagrio el Monje, originario de la provincia romana del Ponto. El enfrentamiento de san Antonio y san Hilarión con los demonios era fundamentalmente vivencial. En cambio, Evagrio se inclinó mucho más hacia la conformación de la demonología como disciplina. En su resistencia frente a las tentaciones, buscó sistematizar la clasificación de los demonios, y el modo más eficiente para resistirlos.

A juicio de Evagrio, los demonios tienen a su disposición ocho grandes vicios y con sus tentaciones, intentan que los seres humanos caigan presa de estos vicios. Estos vicios son: glotonería, avaricia, pereza, tristeza, lujuria, ira, vanidad y orgullo. Como cabrá suponer, esta lista de ocho vicios sirvió de fundamento para la posterior formulación de los siete pecados mortales en la tradición católica, formalmente establecida ya en el siglo VI por el papa Gregorio I.

Gregorio I acomodó la lista y, hasta el día de hoy, la tradición católica enumera los pecados mortales así: lujuria, gula, avaricia, pereza, ira, envidia y soberbia. Es curioso, no obstante, que para el momento en que Gregorio I formalizó esta lista, ya no se hacía tanto énfasis en sus orígenes demoniacos. En la teología gregoriana, estos pecados procedían más bien del libre albedrío del pecador. Pero, en la formulación original de Evagrio, había más espacio para hacer de los demonios unos chivos expiatorios. Si bien los pecadores tenían responsabilidad por sus actos, se estipulaba que los demonios inducían al pecador con sus tentaciones. Y, de hecho, nunca ha desaparecido la asociación entre los pecados, y la influencia externa de los demonios como tentadores de cada uno de

los siete pecados mortales. En el siglo XVI, en plena histeria colectiva en torno a las brujas, el demonólogo Peter Binsfeld especificó cada pecado mortal como la obra de un demonio en particular: Satanás con el orgullo, Mammón con la avaricia, Asmodeo con la lujuria, Leviatán con la envidia, Belzebú con la gula, Amón con la ira y Belfegor con la pereza.

La Edad Media

SURGIMIENTO DE LA IMAGEN PICTÓRICA DE SATANÁS

En términos doctrinales, el concepto del diablo quedó más o menos bien delineado durante los cinco primeros siglos de la historia del cristianismo. Satanás ya no sería meramente el adversario en la corte de Dios, sino que se habría convertido ya en el archienemigo, dispuesto a asediar a los hombres con sus tentaciones y, en fechas más tardías, cargaba con la responsabilidad de administrar los castigos en el Juicio final.

Pero, todo esto permaneció fundamentalmente en un elevado nivel de abstracción. Los teólogos discutían sobre cuál fue el pecado primordial de Satanás, cómo fue engañado por Dios en el pago del rescate, etc.; pero muy rara vez se plantearon su aspecto físico. Si bien, en especial en épocas más tardías, hubo algunos teólogos que insistían en la inmaterialidad de los demonios y ángeles y, en ese sentido, no podían ser representados pictóricamente, la inmensa mayoría de cristianos asumía que el diablo sí tenía una figura representable físicamente.

Con todo, es curioso que, hasta el siglo VI, no hubiera ninguna representación pictórica de Satanás. E, incluso, no fue sino hasta el siglo IX cuando el diablo empezó a aparecer con mayor recurrencia en el arte cristiano. Las primeras formas de representación pictórica en el arte cristiano aparecen en las catacumbas romanas, a partir del siglo II. Pero, curiosamente, no hay representaciones del diablo ahí. El historiador Luther Link supone que esta ausencia es debida a la confusión y falta de nitidez en el concepto de diablo durante los primeros siglos de cristianismo (por ejemplo, siempre fue motivo de confusión si el diablo es un castigado más en el infierno, o si más bien es el verdugo que atormenta a los condenados).

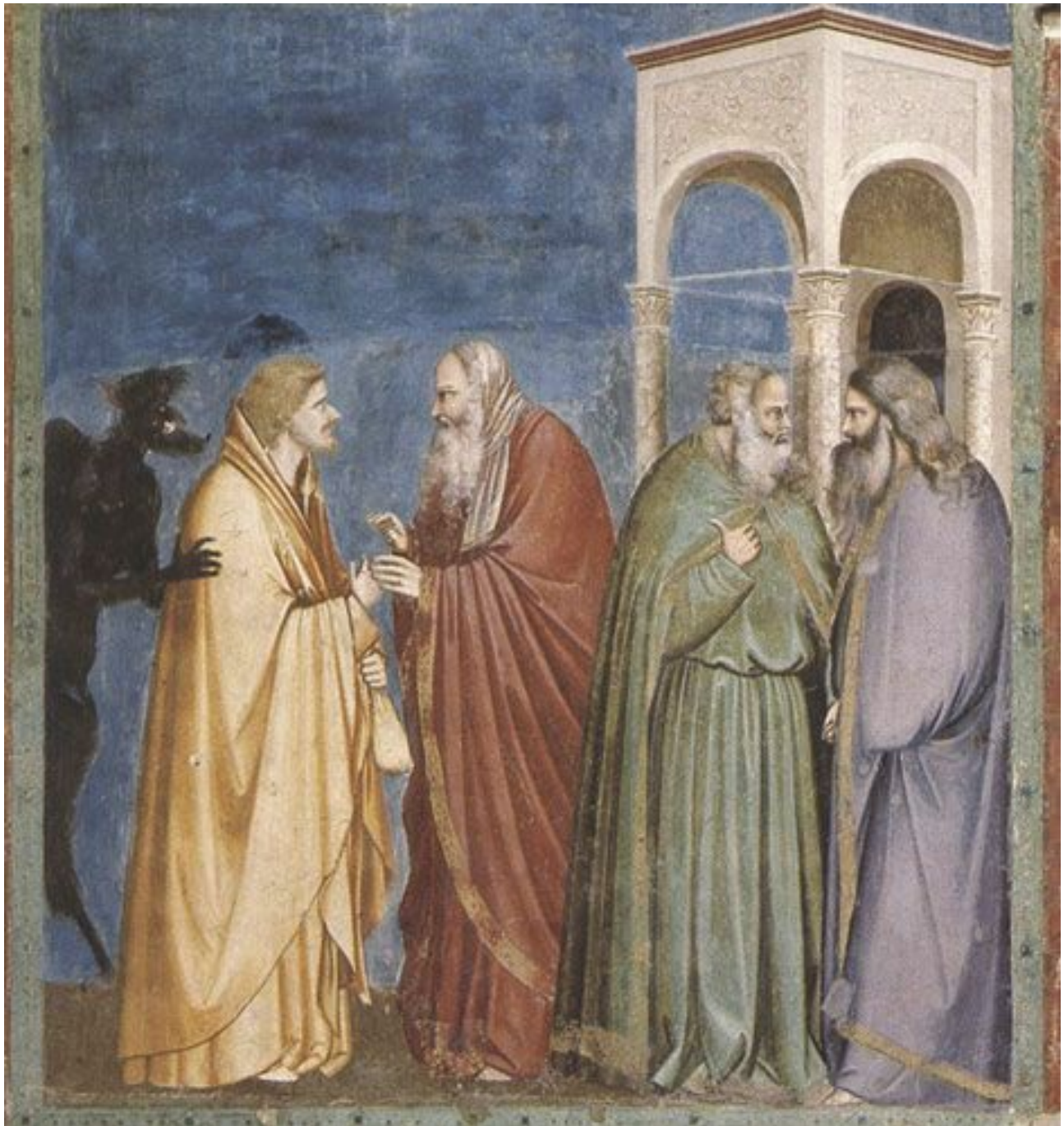
Los inicios de la Edad Media coincidieron con la expansión proselitista del cristianismo al resto de Europa. Y, en su ímpetu exclusivista, los misioneros cristianos quisieron asegurarse de que los vestigios de las antiguas religiones europeas desaparecieran, o en su defecto, que fuesen asociadas con el mal y Satanás.

Así, muy pronto, las representaciones artísticas de Satanás a partir de la edad media empezaron a asimilar al dios Pan, el cual, según hemos visto, no es propiamente un dios maligno o del Inframundo, pero su indecorosa conducta sexual, obviamente, era asimilada al mal en una religión incómoda con el libre ejercicio de la sexualidad. Pan tocaba una flauta. Pues bien, la asociación del diablo con la música ha sido también un motivo recurrente en el arte cristiano (en algunas representaciones del infierno aparecen varios instrumentos musicales), y en el siglo XX, los representantes del *heavy metal* explotarían aún más este vínculo entre Satanás y la música.

Satanás empezó a ser representado con cuernos, cola y barba de cabra; estos elementos, por supuesto, proceden de Pan. En el siglo V, el autor cristiano san Jerónimo de Estridón asumió que los sátiros (como hemos visto, figuras mitológicas asociadas con las cabras) son demonios y, así, se fortaleció el vínculo entre Satanás y las cabras. También existe la posibilidad de que la asociación del chivo con Satanás proceda de la interpretación de la parábola de los corderos y las cabras, narrada en Mateo 25: 31-46. Ahí, Jesús cuenta que el Juicio Final será como un pastor que separa a los corderos de las cabras. Los corderos son bendecidos, mientras que las cabras son arrojadas al fuego eterno.

Los historiadores del arte asumen que la primera representación del diablo precisamente recapitula esta parábola. Se trata de un mosaico del siglo VI en Rávena (Italia), en el cual aparece Cristo en el medio, un ángel rojo a su derecha con los corderos, y otro ángel azul a su izquierda con las cabras. Se ha asumido que ese ángel azul es el diablo, aunque Luther Link opina que es sencillamente otro ángel, sin connotaciones satánicas.

En todo caso, la representación del diablo tardó al menos tres siglos más (a partir del siglo IX), y se le empezó a representar con el color negro (el gran pintor del temprano Renacimiento, Giotto, por ejemplo, pinta a un Judas que vende a su maestro y es acompañado por Satanás, una figura de color negro, en claro contraste con el colorido del fresco). Probablemente, el color negro es un corolario de la idea de que el mal es vacío o ausencia y, en ese sentido, se parte de la idea de que el negro es ausencia de color. Durante la época de la persecución de brujas, se asoció continuamente el negro con Satanás y, hasta el día de hoy, persiste esa asociación.



A partir del siglo IX, Satanás empezó a ser representado con el color negro. DI BONDONE, Giotto. *Judas recibiendo el pago por su traición* (h. 1305). Capilla Scrovegni, Padua (Italia).

El rojo, como es sabido, también ha sido frecuentemente empleado para representar al diablo. Seguramente, tiene una asociación con la carnalidad y la sexualidad. Algunos pintores también optaron por el azul (por ejemplo, el propio Giotto) en su representación del diablo, quizás debido a su asociación con el combustible en las llamas del infierno.

Desde un principio, el diablo fue representado con tonalidades de bestialidad. Desde el siglo VI en adelante, en el arte, Satanás, es un híbrido entre hombre y animal, muy similar a las figuras híbridas de la mitología clásica, pero con más énfasis en su aspecto repugnante. En virtud de su asociación con Pan, recurrentemente se le representaba con pezuñas y, en la imaginación popular, este rasgo era uno de los más persistentes. Cuando un viajero se encontraba con alguna entidad extraña, esperaba poder reconocerlo como Satanás observando sus patas y verificando que tuviera pezuñas. En varias pinturas medievales y renacentistas, apareció el tema del diablo que se disfraza como una persona amigable, pero al final, siempre se le puede descubrir debido a sus patas de animal. En el siglo XVI, por ejemplo, Shakespeare hace una irónica referencia a esta idea: en *Otelo*, el esposo consumido por los celos llega a creer que Iago (el personaje que lo ha contaminado con cizaña respecto a la fidelidad de su mujer) es el diablo y, para confirmar su creencia, revisa sus patas. Por supuesto, no tiene pezuñas, pero Shakespeare magistralmente maneja la idea de que el mal no necesita venir de criaturas fantásticas; con los seres humanos es suficiente.

En las representaciones pictóricas medievales, el diablo también empieza a aparecer con alas. Probablemente se trate de una recapitulación de la tradición de que Lucifer era originalmente un ángel y, en su rebeldía, cayó. Pero, si bien conserva sus alas, los artistas no deseaban asimilarlo demasiado a los ángeles benéficos, tradicionalmente representados con alas de aves. Así, Satanás empezó a ser representado con alas de animales más repugnantes, como el murciélago.

Fue común pintar al diablo desnudo, presumiblemente para enfatizar su mundanidad e inclinación al pecado. También empezó a aparecer peludo para resaltar su aspecto bestial. En varias representaciones aparece con faldas de pieles, a la manera de los renegados o cavernícolas, presumiblemente para presentarlo como un ser alienado de la sociedad. Es común verlo con el pelo flameante, probablemente porque así lo utilizaban varias tribus bárbaras en la antigüedad.

Durante la Edad Media, el diablo no fue representado tanto en frescos o cuadros. Pero, las imágenes de Satanás sí empezaron a aparecer con mayor recurrencia en los manuscritos ilustrados, que empezaron a florecer durante la mayor parte del período medieval. Aparecieron manuscritos bestiarios, compendios de animales, algunos reales, otros imaginarios. Parte de esta imagería fue empleada en la representación de Satanás. Se produjeron, también, salterios (colecciones del libro bíblico de los Salmos y otros añadidos) y los llamados Libros de horas, a saber, documentos que servían como manuales de instrucción a la hora de orar.

A estos manuscritos se les incorporaban imágenes extensamente decoradas. En muchas de estas ilustraciones, fue recurrente la aparición de Satanás. Quizás la más famosa aparece en *Las muy ricas horas del duque de Berry*, un manuscrito muy colorido del siglo XV. Una de las ilustraciones representa a un Satanás bestial que escupe fuego hacia arriba, y en ese fuego se consumen los condenados; aparecen, además, demonios subalternos con cuernos y alas de murciélago, temas muy comunes en la representación del diablo.

Entre los historiadores del arte, predomina la opinión de que la imagen artística prototípica del diablo en la Edad Media fue tomada de las obras teatrales de misterio que se volvieron muy populares en aquella época. Estas consistían en representar escenas conocidas de la Biblia, en un

formato sencillo, y en ocasiones con un aspecto bufo. Pero, pronto, las obras teatrales fueron mucho más libres en sus representaciones y el diablo no tardó en aparecer en ellas. La doctrina del descenso de Cristo a los infiernos, por ejemplo, vino a ser extensamente popularizada a partir de las obras de misterio.

Así pues, Satanás dejó de ser meramente una preocupación doctrinal de los teólogos y el populacho empezó a tomarlo muy en serio en todos los aspectos de la vida cotidiana. Frente a cualquier infortunio, se invocaba su responsabilidad. Y, a medida que tenía más espacio en las representaciones artísticas, crecía a su vez la preocupación en torno a sus triquiñuelas.



En la Edad Media, Satanás fue asumiendo su carácter monstruoso en la pintura. Ilustración de *Las muy ricas horas del duque de Berry*.

LEYENDAS MEDIEVALES POPULARES

La literatura popular medieval se impregnó de las imágenes bestiales de Satanás. *La leyenda dorada*, un compendio de historias sobre santos recopiladas por Santiago de la Vorágine en el siglo XIII, adaptó el antiguo tema del mito de combate a un contexto cristiano. Así, en varias de las historias recopiladas en esta colección, un santo se enfrenta a un monstruo que presumiblemente es un representante de Satanás y lo vence.

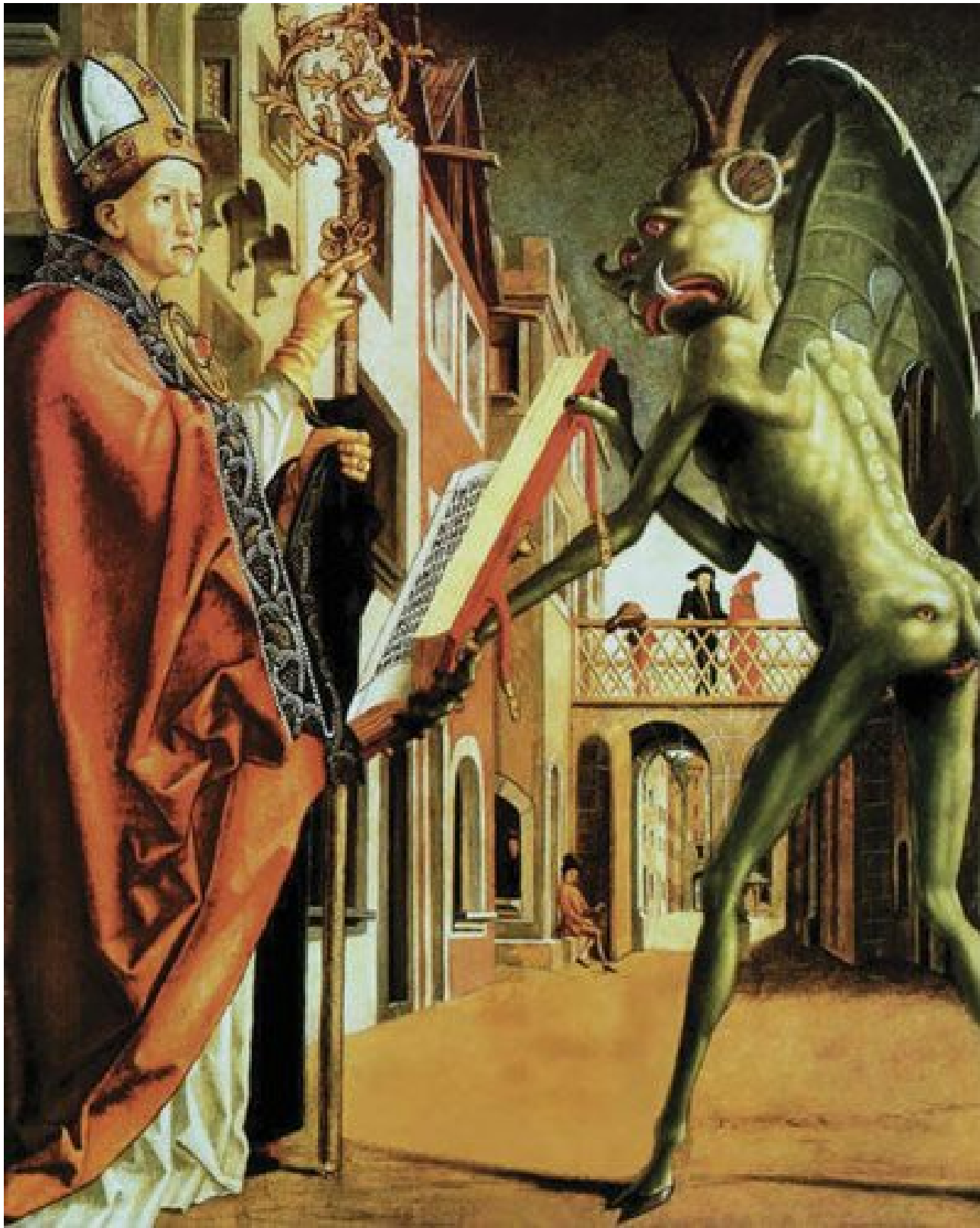
Por ejemplo, la veneración por san Jorge se hizo popular, a partir de su reseña en *La leyenda dorada*. Se narra ahí que un dragón (quizás en forma de cocodrilo) tenía un nido en un riachuelo que abastecía de agua a la ciudad de Cirene. Para distraer al dragón, los ciudadanos le ofrecían ovejas y, en su defecto, hermosas doncellas escogidas al azar. Un día, el azar estipula que la hija del rey debe ser entregada al dragón, pero repentinamente llega san Jorge. Se persigna, mata al dragón, y rescata a la princesa.

A la par del diablo en la doctrina, la teología y el arte, en la Edad Media fue prosperando el folclore popular en torno a Satanás. La imagen terrorífica del diablo continuó, pero también fue apareciendo la imagen del diablo estúpido. Ciertamente la Edad Media fue un período lúgubre y deprimente para buena parte de la población europea, pero con todo, hubo espacio para las ocasiones bufas y, en muchas de ellas, la imagen del diablo se hacía presente.

Por ejemplo, circuló la leyenda de san Dunstan, un monje inglés del siglo IX. San Dunstan se dedicaba al estudio, la artesanía, y a tocar el harpa. En una ocasión, el diablo se le apareció para molestarlo. Pero, en vez de sentir temor, san Dunstan tomó unas pinzas y sujetó la nariz del diablo con ellas. Vencido, el diablo se tuvo que marchar.

También circulaban leyendas sobre los puentes del diablo. La ingeniería medieval empezó a producir puentes sobre ríos y entre montañas. El populacho admiraba estas obras de ingeniería pero, en buena medida, debido a la falta de confianza en las capacidades humanas, se dudaba de que los seres humanos fueran capaces de producir semejantes obras. Así, se empezó a postular que el diablo habría hecho un pacto con los arquitectos: construiría el puente, pero a cambio, exigiría el alma de la primera persona que lo cruzara. No obstante, los humanos terminan siendo más astutos que el propio Satanás, pues se aseguran de que un perro o algún otro animal sea el primero en cruzar el puente. Así, a pesar de su talento para construir puentes, el diablo es al final estúpido y es burlado.

Las historias de los pactos con el diablo serían desarrolladas durante el Renacimiento, pero ya en la Edad Media empezaron a aparecer leyendas de este tipo. Quizás la pionera en este tipo de leyenda (y la cual sirvió de inspiración para la posterior leyenda de *Fausto*), es la historia sobre Teófilo. Según se narra, Teófilo era el archidícono de Adana en el siglo VI, y fue seleccionado como obispo de esa localidad, pero por humildad, rechazó esa posición. Otra persona asumió el obispado, pero removió a Teófilo de su posición como archidícono. Entonces, Teófilo buscó la ayuda de un hechicero e hizo contacto con Satanás. El diablo hizo un pacto con Teófilo: lo convertiría en obispo, pero a cambio, exigiría su alma. El pacto se firmó con sangre. Pero, al pasar los años, Teófilo se arrepintió e imploró a la Virgen María, y ayunó. La Virgen hizo que el pacto quedase impreso sobre el pecho de Teófilo, este acudió a un obispo, y se quemó públicamente el pacto. Así, Teófilo murió, pero salvó su alma.



Teófilo de Aldana inspiró las leyendas populares sobre pactos con el diablo como se ve en la obra *Teófilo renuncia a su pacto con el diablo* de Michael Pacher que aunque en algunos documentos aparece como *San Agustín y el diablo*, se trata realmente de Teófilo (1471-1475). Alte Pinakothek, Múnich (Alemania).

Eventualmente, el diablo se volvió un asunto cotidiano en la imaginación medieval. Su encuentro no era ya un evento tan extraordinario. Cualquiera podría encontrarse con Satanás en cualquier lugar y a cualquier hora y, para eso, era necesario estar prevenido. En tal momento, esta cotidianidad asumió una tonalidad sexual y surgieron así las leyendas en torno a los incubos y los súcubos.

Los incubos eran demonios que visitaban a las mujeres durante el sueño. Mientras dormían,

estos demonios yacían sobre ellas (de ahí la etimología, '*incubare*', que significa 'yacer encima de') y las violaban. Según el relato de las supuestas víctimas, sentían un peso encima, mientras dormían, y la penetración del demonio. Casi todas las mujeres narraban que los íncubos tenían el órgano sexual frío como el hielo. Para algunas, la experiencia era fundamentalmente una violación. Para otras, la experiencia era placentera, pero irónicamente, esto contribuía a su estigma, pues se esperaba un total repudio de los avances sexuales de los demonios.

No sabemos bien qué ocurría durante estos supuestos encuentros. Bien pudieron tratarse de hombres que se disfrazaban para violar a las mujeres, y empezaron a circular rumores de que los demonios acechaban. O bien pudieron tratarse de histerias colectivas, las cuales fueron típicas durante la época de caza de brujas. Hoy sabemos que hay varios tipos de trastornos del sueño; la ciencia moderna nos permite comprender mejor la llamada Parálisis del sueño, un desorden mediante el cual la víctima está a medio camino entre estar dormida y estar despierta, y siente una tremenda debilidad muscular. Estos síntomas muchas veces parecen coincidir con los relatos sobre las visitas de los íncubos. No en vano, los sueños pesados han sido reportados durante todas las épocas y a lo largo de casi todas las culturas.

La preocupación por los ataques de los íncubos es de vieja data en la historia del cristianismo. La asociación entre Satanás y la sexualidad ha sido antigua y perenne, pero salió especialmente a relucir a partir de las historias sobre los ángeles caídos que, como hemos visto, bajaron a la tierra a aparearse con las mujeres.

Entre los teólogos medievales, hubo desacuerdo respecto a las posibilidades sexuales de los demonios. En un inicio, los teólogos admitían que los íncubos tenían la capacidad de embarazar a las mujeres y, precisamente, ahí yacía su peligro. La imaginación medieval era muy proclive a interpretar los nacimientos deformes como el producto de relaciones entre íncubos y mujeres. Pero, si como se suponía, los demonios eran ángeles caídos, y por lo tanto, no eran seres con sustancia propiamente material, ¿cómo podían fertilizar a las mujeres? En el siglo XIII, santo Tomás de Aquino propuso que los demonios no tienen capacidad para reproducirse y formuló una teoría muy curiosa: los súcubos (demonios femeninos) visitan a los hombres en la noche y recogen su semen. Luego, se convierten en íncubos (demonios masculinos), e implantan en las mujeres el semen recogido previamente.

EL USO POLÍTICO DE SATANÁS EN LA EDAD MEDIA

No faltó en la Edad Media el uso político de Satanás. Entrado ya el siglo XI, el cristianismo en Europa había alcanzado un considerable grado de uniformidad y enfrentaba pocas amenazas internas. Pero, desde el siglo VII, el islam había logrado una impresionante expansión. Era inevitable que, tarde o temprano, estas dos grandes civilizaciones rivales, ambas monoteístas y expansionistas, se enfrentasen militarmente. Como suele ocurrir, la satanización fue mutua.

La confrontación más notoria fue en las cruzadas. En 1095, en el concilio de Clermont, el papa Urbano II pronunció un discurso en el cual exhortaba a los príncipes cristianos a conformar ejércitos para librar a Jerusalén de los musulmanes. Aquel discurso, impregnado de retórica apocalíptica, interpretaba la conquista de Jerusalén como una nueva batalla entre las fuerzas del mal y las fuerzas del bien. Dramáticamente, Urbano II aseguró a sus oyentes que, quien muriera como mártir durante la campaña militar, tendría la salvación asegurada y la mera participación militar serviría como indulgencia.

Se dio inicio así a una gran ola de excitación militar religiosa y se lanzó la primera cruzada. Y, por supuesto, la idea de Satanás alimentaba esta mentalidad bélica militar. Desde el inicio, la civilización islámica fue asociada con el diablo. Siempre hubo en Europa la idea de que Mahoma era un hereje en el seno del cristianismo, y no propiamente el fundador de una nueva religión. En ocasiones, Mahoma también fue identificado como el anticristo, especialmente a partir de los escritos de Álvaro de Córdoba, un fanático cristiano del siglo IX. Se empezó a postular que Mahoma había muerto el año de 666 (en realidad murió en el 632) y que muchos aspectos de su vida eran la inversa de Cristo (se casó, fue rico, no sabía leer), en vista de lo cual, era el anticristo. También se empezó a llamar a Mahoma ‘Mahound’; aparentemente, la idea detrás de este sobrenombre era que el fundador del islam fue en realidad un demonio y los musulmanes rinden culto a ese demonio.

De hecho, en las décadas previas a la Primera Cruzada, fue creciendo el espíritu de animosidad contra el islam, y en la mente de muchas personas ya estaba presente la intención de organizar una expedición para conquistar Jerusalén. Aquellos líderes civiles o religiosos que no se plantearan este proyecto, eventualmente tendrían el repudio de la población. El papa de finales del siglo X, Silvestre II, había viajado a la España musulmana, y ahí había aprendido varias artes y ciencias. La posterior leyenda popular hizo que Silvestre II, en virtud de su viaje a España, fuese un papa demoníaco. Según la leyenda, Silvestre II había aprendido magia negra, durante este viaje, y habría hecho un pacto con el diablo, gracias a lo cual logró hacerse con el papado. Entre otras cosas, Satanás le habría asegurado que nunca moriría, con tal de que nunca visitara Jerusalén. Así, eso explicaría por qué Silvestre II nunca se planteó la cruzada.

Las cruzadas fueron campañas militares atrozmente violentas. Por ello, requirieron de la movilización de grandes ejércitos y formas de organización militar con un grado que Occidente probablemente no conocía desde el Imperio romano. Los cruzados lograron capturar Jerusalén en 1099, pero la devastación de la guerra no permitió ofrecer protección a los peregrinos que nuevamente visitaban Jerusalén. Los peregrinos estaban a la espera de que surgiera una orden militar consagrada exclusivamente a ofrecerles protección. Fue bajo este contexto como surgió la Orden de

los templarios.

SATANÁS Y LOS TEMPLARIOS

En 1119, el rey Balduino II de Jerusalén accedió a las peticiones de que se creara una orden de guerreros dedicada a la protección de los peregrinos. Balduino II ofreció a esta orden las inmediaciones del antiguo templo de Salomón en Jerusalén como su sede y, así, esta orden asumió el nombre de los caballeros templarios. En un inicio, fueron una orden monástica con votos de pobreza. Pero consiguieron renombre con su efectividad y coraje militar, y muy pronto, crecieron en popularidad. Fueron ganando simpatizantes, hasta el punto de que el Vaticano promulgó protección especial para la orden.

Los templarios compraron castillos y tierras, y durante un período fueron incluso los propietarios de la isla de Chipre. No obstante, los templarios empezaron a sufrir un declive militar a partir del siglo XIII, en buena medida debido a la efectiva reorganización de los ejércitos musulmanes. Los templarios cometieron varios errores tácticos en batallas cruciales y, en vista de su ineficacia militar, ya no gozaban del mismo apoyo como en épocas pasadas.

A la par de los templarios, había otras dos órdenes menos poderosas, pero que cumplían labores similares, la Orden de Malta y la Orden teutónica. Con el declive de los templarios, en 1305 el papa Clemente V planteó la posibilidad de fusionar la orden de Malta con los templarios. Durante el proceso de negociación, el gran maestro de los templarios, Jacques de Molay, se defendió de los alegatos de un ex-templario, según los cuales, en el seno de la orden se cometían actos blasfemos.

Corrían rumores de que los templarios tenían rituales secretos en los cuales se escupía sobre la cruz y se cometían actos homosexuales. Las entrevistas de Clemente y Molay fueron en Francia, en vista de lo cual, el rey francés de aquella época, Felipe IV, aprovechó para intervenir. Felipe estaba gravemente endeudado por sus estrepitosas campañas militares contra Inglaterra, y vio una oportunidad para apoderarse de las propiedades de los templarios y mejorar su situación financiera. Así, Felipe IV se encargó de hacer crecer los rumores sobre las depravaciones de los templarios. Ya no sólo se les acusaba de escupir sobre la cruz y cometer actos homosexuales. Ahora también se les acusaba de participar en ceremonias en las cuales se besaba el ano de los superiores y se rendía culto a Satanás.

Pronto, corrió el rumor de que los templarios adoraban a un tal demonio Bafomet. Probablemente, este nombre sea una derivación de Mahomet, el nombre con el cual se denotaba a Mahoma en la Edad Media. Los templarios, como ya hemos comentado, habían tenido su sede en Jerusalén. En el imaginario del populacho, en la distante Jerusalén existía el riesgo de estar en contacto con los musulmanes e impregnarse de sus doctrinas y rituales abominables. En la Europa medieval existía también la creencia de que los musulmanes rendían culto a Mahoma, y así, fue fácil postular que los templarios hacían algo parecido, pero en vez de adorar a Mahoma, adorarían a Bafomet.

Felipe IV, fue intensificando su campaña de difamación y, en 1307, logró convencer al papa de que despojara de protección a los templarios. Finalmente, el rey ordenó el arresto simultáneo de los caballeros templarios en toda Francia. Fueron sometidos a torturas y la mayoría aceptó las acusaciones en su contra. El papa, más prudente, quiso investigar por su cuenta, y lo hizo sin aplicar tortura. En estas investigaciones, muchos templarios se retractaron de sus previas confesiones, pero

eso no fue suficiente. Felipe IV, usó su autoridad y decretó la ejecución de los implicados. Con esta brutal persecución, el papa se vio presionado a acceder a la iniciativa del rey, y la Orden de los templarios fue desmantelada en el resto de los países.



Los templarios fueron falsamente acusados de rendir culto a Satanás y muchos murieron en la hoguera. Detalle de *Grandes crónicas de Francia*.

Entre los historiadores hay consenso de que las acusaciones contra los templarios eran falsas, y que Felipe IV era un político sin escrúpulos que se valió de la ignorancia de las masas para satisfacer su propia ambición, en un brutal acto de manipulación política (es poco probable que el mismo Felipe creyese en las acusaciones que lanzaba).

LA CRUZADA CONTRA LOS ALBIGENSES

La imagen del diablo también estuvo involucrada en otro de los episodios más violentos de la Edad Media en Europa, la cruzada contra los albigenses en el siglo XIII. Durante el largo período de la Edad Media, la Iglesia ya había consolidado su posición política y había conseguido un considerable grado de uniformidad doctrinal en el cristianismo. Pero, con todo, persistieron algunas herejías y, nuevamente, las autoridades eclesiásticas satanizaron a los herejes. En los primeros siglos de cristianismo, la satanización de los herejes no pasó de ser meramente retórica. El cristianismo aún no tenía el suficiente poderío como para aplastar a los disidentes. Pero, en la Edad Media, la Iglesia ya había consolidado su posición. Y, frente a los herejes no se limitaría a sencillamente identificarlos retóricamente con Satanás. Antes bien, en una cruzada, dirigiría todos sus esfuerzos para aniquilar cualquier foco de herejía que colocara en peligro la hegemonía del poder eclesiástico.

Si bien la temprana Iglesia enfrentó varias herejías, su principal preocupación fue el conjunto de movimientos que han sido agrupados bajo el nombre de gnosticismo y que, en buena medida, recapitulan el antiguo dualismo persa que precisamente dio origen al moderno concepto de Satanás. Progresivamente, estos movimientos gnósticos fueron desapareciendo, y ya entrada la edad media, eran casi inexistentes. Pero, en el siglo X reaparecieron en algunas regiones de Europa, y su influencia se hizo sentir en ellas.

En Bulgaria, surgió la secta de los bogomilos. En un inicio, se conformó como un movimiento político campesino que repudiaba el opresivo orden social impuesto por los zares búlgaros, en alianza con la Iglesia bizantina. Pero los bogomilos fueron mucho más que un movimiento político. Empezaron a recapitular las antiguas creencias gnósticas y enseñaron que el mundo material es obra del dios maligno, mientras que el mundo espiritual es obra del verdadero Dios. Es necesario escapar de la creación del dios maligno, mediante la renuncia del mundo material.

Los bogomilos fueron poco constantes en su expansión por Europa. En ocasiones desaparecen de las crónicas, sólo para reaparecer algunas décadas después y volver a desaparecer. Aun así, los bogomilos tuvieron mucha influencia en su expansión hacia el oeste. Pues, a partir del siglo XI, sus enseñanzas fueron asimiladas por un nuevo grupo religioso en el sur de Francia, los cátaros. Es probable que, al regresar de la segunda cruzada, en el siglo XII, los guerreros franceses hubiesen importado las ideas bogomilas y las hubiesen divulgado en Francia.

Los cátaros fueron cobrando prominencia, en buena medida debido a su disciplina y capacidad de organización. Como los bogomilos y los gnósticos de siglos anteriores, enseñaban una doctrina marcadamente dualista, bajo la cual, el mundo material es malo, y el mundo espiritual es bueno. Pero a diferencia de los gnósticos de otras épocas, los cátaros no predicaban una total renuncia del mundo. Ciertamente, opinaban que era necesario escapar de la prisión del mundo material mediante la renuncia, pero eso no les impidió tomar acciones para sobrevivir como grupo y alcanzar altos niveles de organización. Con todo, tenían prácticas ascéticas severas: no podían comer carne, tenían ayunos intensos, y estaban prohibidas las relaciones sexuales. El nombre «cátaro» proviene del griego *'kataros'*, que significa 'puro'. La idea de este movimiento era que el resto del cristianismo no era lo suficientemente puro, pues estaba contaminado por su apego al mundo material. Para alcanzar la pureza, era necesaria la renuncia a este mundo.

Como los gnósticos, los cátaros interpretaban que Satanás era precisamente el creador del mundo y, en función de ello, era urgente la renuncia mundana. Veían con desprecio al resto de los cristianos, pues asumían que, al no renunciar al mundo material, en cierto sentido daban continuidad a la obra del diablo. En particular, asumían que la Iglesia era la obra de Satanás, pues interpretaban que en tanto era una institución afincada en el mundo material, era la creación del diablo.

Pero, como suele ocurrir, la acusación de ser partidarios del diablo fue mutua. Pues, la Iglesia, ya consolidada en su poder, no iba a permitir, como sí lo hizo durante los primeros siglos de cristianismo, la proliferación de herejías. Así, no se tardó en considerar a los cátaros aliados de Satanás y se invocó una cruzada para poner fin a la expansión de este movimiento. Además de las diferencias doctrinales, por supuesto, había en aquel conflicto un trasfondo político. En la administración de los sacramentos, los cátaros actuaban con independencia de la Iglesia y esto, por supuesto, perjudicaba las ambiciones financieras eclesiásticas. Los cátaros, además, crearon una iglesia paralela, con los *perfect* (una suerte de clérigos cátaros) como nuevos sacerdotes. Los cátaros habían ganado el favor de los príncipes y la población del sur de Francia, y la Iglesia no estaba preparada para ceder su poder en aquella región.

Inocencio III, el papa de aquella época, intentó poner fin al movimiento enviando algunos delegados para convencer a los cátaros de que abandonaran sus creencias, asumieran la versión ortodoxa del cristianismo, y se sometieran a la autoridad del papa. El delegado enviado por el papa fue asesinado en 1208, probablemente bajo la orden de Raimundo VI, conde de Toulouse, quien ofrecía protección a los cátaros. En vista de este asesinato, en 1209 Inocencio III organizó una cruzada para suprimir, de una vez por todas, la herejía de los cátaros en la región de Languedoc, su bastión más prominente.

La campaña militar fue especialmente violenta, pero efectiva. Los cruzados arrasaron las aldeas cátaras, ejecutando a mansalva a las poblaciones. Un cronista de la época narró que, cuando a Arnaldo Amalric (legado papal durante la cruzada), se le acercó un soldado en el asedio de Béziers para preguntarle cómo podrían distinguirse los católicos de los cátaros, Arnaldo respondió: «¡Matadlos a todos! El Señor sabrá cuáles son los suyos». Como ha ocurrido recurrentemente, la satanización de los adversarios propicia estos niveles atroces de fanatismo.

GILLES DE RAIS, SATANISTA

Podemos estar bastantes seguros de que tanto los templarios como los cátaros eran inocentes de haber practicado alguna forma de satanismo, y ambos casos históricos son emblemáticos de cómo el concepto del diablo fue empleado cínicamente en la Edad Media para deshumanizar a los adversarios, inventando acusaciones fantásticas. Pero hay otra experiencia histórica de supuesto culto a Satanás, en torno a la cual no hay pleno consenso entre los historiadores. Se trata del caso de Gilles de Rais.

Gilles de Rais fue un noble y militar francés del siglo XV, que participó junto a Juana de Arco en la guerra de los cien años contra los ingleses. En las batallas, Rais demostró extrema valentía, coraje y habilidades marciales y, por ello, alcanzó altos niveles de popularidad, especialmente a partir de su heroica intervención en la célebre batalla de Orleans, en 1429. No obstante, aparentemente Rais tenía un gusto morboso por la violencia, hasta el punto de que en las batallas se mostraba implacable frente al enemigo.

Luego de que Juana de Arco fuera capturada y sometida a juicio, Rais se retiró en sus propiedades de Bretaña. Rais, procedente de familias nobles, heredó considerables extensiones de tierra y castillos. A partir de entonces, empezó a desarrollar un estilo de vida rimbombante. Tenía a su servicio a un gran número de sirvientes y financió varios proyectos artísticos y teatrales, todo para su deleite. Varios historiadores han señalado que la fastuosidad en el estilo de vida de Rais superaba a la del propio rey de Francia.

No obstante, su familia se empezó a preocupar por el gasto desenfrenado, y se aseguró una protección del rey: se le colocaron restricciones para seguir vendiendo sus propiedades (las cuales usaba para financiar sus obras de teatro y demás excentricidades). Rais empezó a frustrarse, pues no estaba dispuesto a abandonar la opulencia en la que vivía.

Así, empezó a solicitar la ayuda de alquimistas que le permitieran producir oro. Los alquimistas, por supuesto, resultaron ser charlatanes. Con todo, Rais siguió confiando en ellos, hasta el punto de que a uno le pagó una cuantiosa suma de dinero para emprender un viaje con la promesa de regresar con secretos mágicos que finalmente le produciría los resultados esperados. Como era de sospechar, Rais fue estafado.

En vista de todos estos fracasos con la alquimia, Rais decidió tomar medidas más radicales. Según las crónicas, Francois Prelati, un mago a quien Rais consultaba, invocó a unos demonios, y comunicó a Rais que los demonios estaban dispuestos a cumplir con sus exigencias, pero a cambio debía ofrecerles el sacrificio ritual de unos niños. Aparentemente, Rais cumplió con la exigencia.

Misteriosamente, varios niños en las regiones circunvecinas a sus castillos empezaron a desaparecer, y corrieron rumores de que Rais los había matado. En 1440, Rais tuvo una disputa con un clérigo, a quien raptó. Esto suscitó una investigación ordenada por el obispo de Nantes, y esta investigación condujo al hallazgo de los crímenes de Rais.

Rais fue arrestado y se dio inicio a su juicio. Según las confesiones de varios testigos, Rais había sido un asesino en serie de niños. Se estima que mató a más de ciento cincuenta niños. Según las crónicas, Rais, se masturbaba frente a ellos y eyaculaba sobre sus barrigas, luego los decapitaba, y sentía sumo placer mientras realizaba estas masacres. La leyenda de Barba Azul, compuesta por

Charles Perrault en 1697, está inspirada en Gilles de Rais: Barba Azul es un aristócrata que se casa con una joven muchacha; Barba Azul se va de viaje, pero le advierte a su esposa que nunca debe abrir la puerta de un sótano; la esposa sospecha de que Barba Azul ha matado a sus previas esposas, abre la puerta del sótano y encuentra ahí los cadáveres; Barba Azul regresa del viaje, se dispone a matarla, pero en el último momento, los hermanos de la esposa la rescatan y matan a Barba Azul.

Rais confesó estos crímenes y fue ejecutado en 1440. Pero los historiadores no están del todo seguros si estas confesiones fueron obtenidas por medio de la tortura. De forma parecida al caso de los templarios, hubo algunos personajes que promovieron las acusaciones, pero que a la vez tenían intereses financieros. El duque de Bretaña, el principal divulgador de los rumores en torno a Gilles de Rais y uno de los colaboradores con las autoridades seculares para su arresto, parecía especialmente interesado en apoderarse de las propiedades de Rais.

No obstante, el caso de Rais es más difícil de decidir. Pues, a diferencia del caso de los templarios, en el de Rais hay evidencias de mayor peso. No está en duda que Rais hubiera tenido interés en la alquimia y la invocación de demonios; pero con todo, sí queda alguna duda de que haya sido un asesino. Hoy, los entusiastas del ocultismo enarbolan a Rais como el emblema de la víctima de la paranoia y la persecución inquisitorial frente a todo aquel que sencillamente sienta inclinación por creencias y prácticas religiosas heterodoxas.

Ciertamente, en la época de la cacería de brujas se inventaron acusaciones fantásticas y se ejecutó a mucha gente inocente. Pero, debemos tener más cautela. Pues, no es descartable que, a pesar de que la vasta mayoría de las acusaciones sobre crímenes satánicos fueran fantasías, algunos individuos aislados sí hubieran participado en estos actos abominables. En el juicio de Rais se cometieron muchas irregularidades, pero con todo, hay evidencia contundente en su contra. Por ello, hasta el día de hoy, su culpabilidad sigue siendo un asunto muy debatido entre los historiadores.



Gilles de Rais fue un general francés que, aparentemente, mató a decenas de niños mediante prácticas satánicas. Fue juzgado y ejecutado. Miniatura que representa su juicio. *Ejecución de Gilles de Rais*. Biblioteca Nacional de Francia.

SATANÁS EN LA *DIVINA COMEDIA*

La Edad Media vio un renacer de la literatura apocalíptica. El género literario más popular era probablemente la historia de santos y sus hazañas, en muchas de las cuales los protagonistas se enfrentan a dragones y demonios. Pero, también el público medieval estaba ávido de historias sobre viajes a otros mundos. Y, así, prosperaron leyendas sobre visiones del infierno y, en algunos casos, encuentros con Satanás.

El poeta que perfeccionó el género de la literatura visionaria del infierno y otros lugares de ultratumba, fue el italiano Dante Alighieri, en los siglos XIII y XIV. Dante procedía de una familia relativamente acomodada de Florencia. Logró tener alguna participación en la vida política florentina. Por aquella época, había en Florencia una disputa política entre los güelfos y los gibelinos, partidarios del poder papal e imperial, respectivamente. Dante apoyaba a los güelfos, pero en el seno de estos hubo una división, y se formaron dos facciones: los blancos y los negros. Dante se ubicó en la facción antipapal de los blancos, pero en la lucha política, estos perdieron frente a los negros. En 1301, los negros asumieron el poder de Florencia y exiliaron a Dante.

Dante se vio obligado a recorrer varias ciudades italianas en busca de refugio. Con esta amarga experiencia de trasfondo, Dante compuso su obra maestra, *Divina comedia*, entre 1308 y 1321. Se trata de un poema épico que narra el viaje de Dante por el infierno, el purgatorio y el cielo.

La primera porción del poema es el *Inferno*. A los treinta y cinco años de edad (a medio camino de la vida, pues se asumía que el promedio de vida era los setenta años), Dante se encuentra perdido en un bosque lúgubre, y tiene ante sí tres bestias temibles: un león, un leopardo y una loba. Pero, aparece como su guía el poeta romano Virgilio, cuya obra, la *Eneida*, había descrito también cómo el héroe Eneas había hecho un viaje al Inframundo. Virgilio ha sido enviado por Beatriz, la amada de Dante que lo espera en el Cielo (Beatriz había sido la esposa de Dante, quien había muerto unos años atrás). Con la guía de Virgilio, ambos poetas se disponen a recorrer el infierno y, al final, encontrarse con Satanás.

En la imaginación de Dante, el infierno es una suerte de cono invertido, con la Tierra encima como superficie. Dante y Virgilio van descendiendo sobre sucesivos círculos concéntricos que se van haciendo cada vez más pequeños y, a medida que descienden, se van castigando pecados más graves, con suplicios cada vez más severos. Dante es célebre, entre otras cosas, por representar la doctrina del *contrapasso*: en la ultratumba, los pecadores serán castigados con un suplicio parecido a sus propios pecados.

Al llegar al último círculo, en lo más profundo, encuentran a Satanás. A diferencia de las posteriores representaciones artísticas durante el Renacimiento, Satanás es mucho más víctima del castigo, que verdugo propiamente. Es una bestia gigante, cuyo cuerpo está atrapado de la cintura para abajo, en un río congelado. Tiene alas de murciélago que agita para intentar escapar, pero el viento que procede de la agitación de las alas, no hace más que contribuir al frío, lo cual propicia que el río siga congelado. Satanás tiene tres caras, cada una con una boca. Con las dos caras laterales, mastica a Bruto y Casio, los traidores de Julio César. La cara central, mastica a Judas Iscariote, el traidor de Cristo. A diferencia de sucesivas representaciones de Satanás (como la de Milton, sobre la cual volveremos en el capítulo 8), este Satanás no habla.

La *Divina comedia* es una extraña combinación de poesía, aleccionamiento moral y sadismo. Dante, no cabe duda, es una de las figuras más relevantes de la literatura occidental. Pero, no por ello desaprovechó su arte para cumplir sus fantasías de resentimiento y venganza hacia sus adversarios políticos en Florencia, pues muchos de ellos aparecen retratados como pecadores a través de su viaje por el infierno. Desde que apareció como la representación absoluta del mal en la religión zoroastriana, la figura del diablo, así como su morada (el infierno), han servido como recursos artísticos para degradar a los adversarios de los artistas.

SATANÁS EN EL ISLAM

Si bien la literatura visionaria fue bastante popular en la edad media europea, existe entre los historiadores la hipótesis de que Dante también pudo haber recibido influencia de un libro llamado *Kitab Al Miraj*. Este libro, original del siglo X, fue escrito originalmente en árabe y narra de forma poética el viaje que, según la tradición islámica, Mahoma hizo al cielo. El libro fue traducido al latín y al castellano, y probablemente, Dante partió de él para organizar su *Divina comedia*. Pues, en el *Kitab Al Miraj*, se narra cómo Mahoma transcurre por varios niveles en el cielo y, según hemos visto, Dante también imaginó el cielo como una sucesión de círculos concéntricos. Irónicamente, Dante ubicó a Mahoma en el octavo círculo del infierno, entre los fraudulentos y charlatanes y, en el siglo XV, el pintor Giovanni Mòdena plasmó gráficamente esta imagen en los frescos que representan el infierno, en la basílica de san Petronio. Vale recordar la satanización del islam durante la Edad Media.

La relación del islam con el cristianismo, y con la civilización occidental en general, siempre ha sido ambivalente. Si bien hoy no se considera propiamente parte de la civilización occidental, plenitud de historiadores han recordado que tiene mucho más sentido estudiar al islam como una civilización hermana de occidente. Y, en efecto, lo mismo que el cristianismo en Occidente, la imagen de Satanás ha tenido mucha presencia en el islam.

La historia sobre los orígenes del islam es de sobra conocida, pero amerita recapitularla brevemente. Mahoma, un comerciante árabe de La Meca, alegó recibir revelaciones divinas a partir del año 610, hasta su muerte, en el 632. Estas revelaciones eran recitadas a sus seguidores, y luego serían compiladas en el texto que hoy conocemos como el Corán. Mahoma empezó a predicar una forma estricta de monoteísmo, a partir de las revelaciones que recibía, y fue ganando audiencia. Mahoma también empezó a denunciar la explotación y la injusticia social y esto, molestó a las tribus de La Meca.

Mahoma era iletrado, pero es bastante obvio que tuvo influencias de ideas judías y cristianas en su recitación del Corán. Así pues, los versos recitados sobre Satanás son en buena medida recapitulaciones de historias judías y cristianas. El Corán contiene una versión de la historia según la cual, el pecado de Satanás fue el orgullo. Según hemos visto, en el siglo III, el texto La vida de Adán y Eva narraba que Satanás fue arrojado del cielo, pues rehusó inclinarse frente a Adán. Pues bien, el Corán narra una historia similar: «Entonces dijimos a los ángeles: "Postraos ante Adán", y se postraron, excepto Iblis, que rehusó, se enorgulleció y fue uno de los infieles» (2: 34). Iblis, por supuesto, es el nombre que los musulmanes usan para referirse al diablo, lo mismo que Shaitán. En otro pasaje del Corán se narra que el motivo por el cual Iblis rehúsa inclinarse es que Adán fue hecho de barro, en cambio Iblis fue hecho de luz (7: 12).

El Corán no deja claro si Iblis era originalmente un genio o un ángel, pero cabe sospechar que, a partir de su mensaje monoteísta, Mahoma reinterpretó el folclore sobre los genios y asumió que estos eran seres malignos, y que Iblis ya no era moralmente ambiguo, sino la representación del mal absoluto. Iblis, en su orgullo, pecó y cayó en desgracia. Desde entonces, mortifica a la humanidad con sus suspiros y tentaciones, y será castigado al final de los tiempos.

No obstante, no han faltado en el seno del islam, algunas voces disidentes en torno a la

interpretación de estos pasajes. Mansur Al Jalay, un famoso místico mártir del siglo x, enseñaba que Iblis en realidad estaba dando cumplimiento al estricto monoteísmo y, por eso, rehusó inclinarse ante algo que no fuese Dios. Otro sufí del siglo xi, Ajmed Al Gazali (hermano del famoso filósofo Abū hāmid Muhammad al-Ghazālī), tenía una opinión similar. Estas opiniones no han sido favorecidas por los teólogos musulmanes tradicionales, pero son testimonio de que, lo mismo que en el seno de la civilización cristiana, en el islam ha habido algunos grupos de personas que, a contracorriente, han tenido alguna visión favorable sobre Satanás.

El Corán también incorpora otra narrativa sobre el diablo, procedente de las historias judías y cristianas. A diferencia del relato del Génesis, el diablo aparece explícitamente para inducir a Eva a comer del fruto prohibido, en la historia sobre la expulsión de Adán y Eva del paraíso (7: 19-25). Y, a partir de esa historia, el islam ha representado recurrentemente al diablo como aquel personaje seductor que susurra en los oídos para apartar a la humanidad del bien. En la retórica islámica, Satanás está íntimamente asociado a los juegos de apuesta, el alcohol y la carne de cerdo; el diablo está deseoso de que la humanidad incurra en estos vicios.

La animosidad contra Satanás está también presente en uno de los ritos más importantes de la religión islámica. El *Jayy* es el ritual de peregrinaje a La Meca y Medina, que todo musulmán debe cumplir al menos una vez en la vida. Durante este peregrinaje, los musulmanes se detienen en la localidad de Mina, para arrojar piedrecitas a tres grandes rocas que simbolizan al diablo. Según la tradición, en ese lugar, Abraham se dispuso a sacrificar a su hijo (en la tradición islámica, este hijo es Ismael, no Isaac), pero se le apareció el diablo para tratar de convencerlo de que no lo hiciera; Abraham resistió esta tentación y alejó al diablo lanzándole unas piedrecitas. Los peregrinos participan en este ritual como conmemoración de aquella historia.

Como muchos otros predicadores que han explotado la retórica apocalíptica, Mahoma no tardó en satanizar a sus adversarios y plantear disputas terrenales en términos de una batalla cósmica entre el bien y el mal, Dios y el diablo. Típico de la mentalidad apocalíptica, no hay medias tintas. Así, por ejemplo, el Corán tiene plenitud de pasajes como este: «Quienes creen, combaten en la senda de Dios. Quienes no creen, combaten en la senda de Tagut [rebeldes]: combatid a los amigos del diablo. Realmente, la treta del diablo es débil» (4: 76).

Desde entonces, el diablo como recurso retórico ha sido sumamente recurrente en la historia de los liderazgos en el mundo musulmán. A partir de 1979, el ayatolá Jomeini popularizó el tropo de El gran Satán para referirse a Estados Unidos, como el promotor de la inmoralidad sexual, el materialismo, la idolatría, el consumismo y la corrupción de los valores tradicionales musulmanes. Jomeini era chiita, pero su imagen del Gran Satán ha perdurado en el discurso de varios líderes musulmanes.

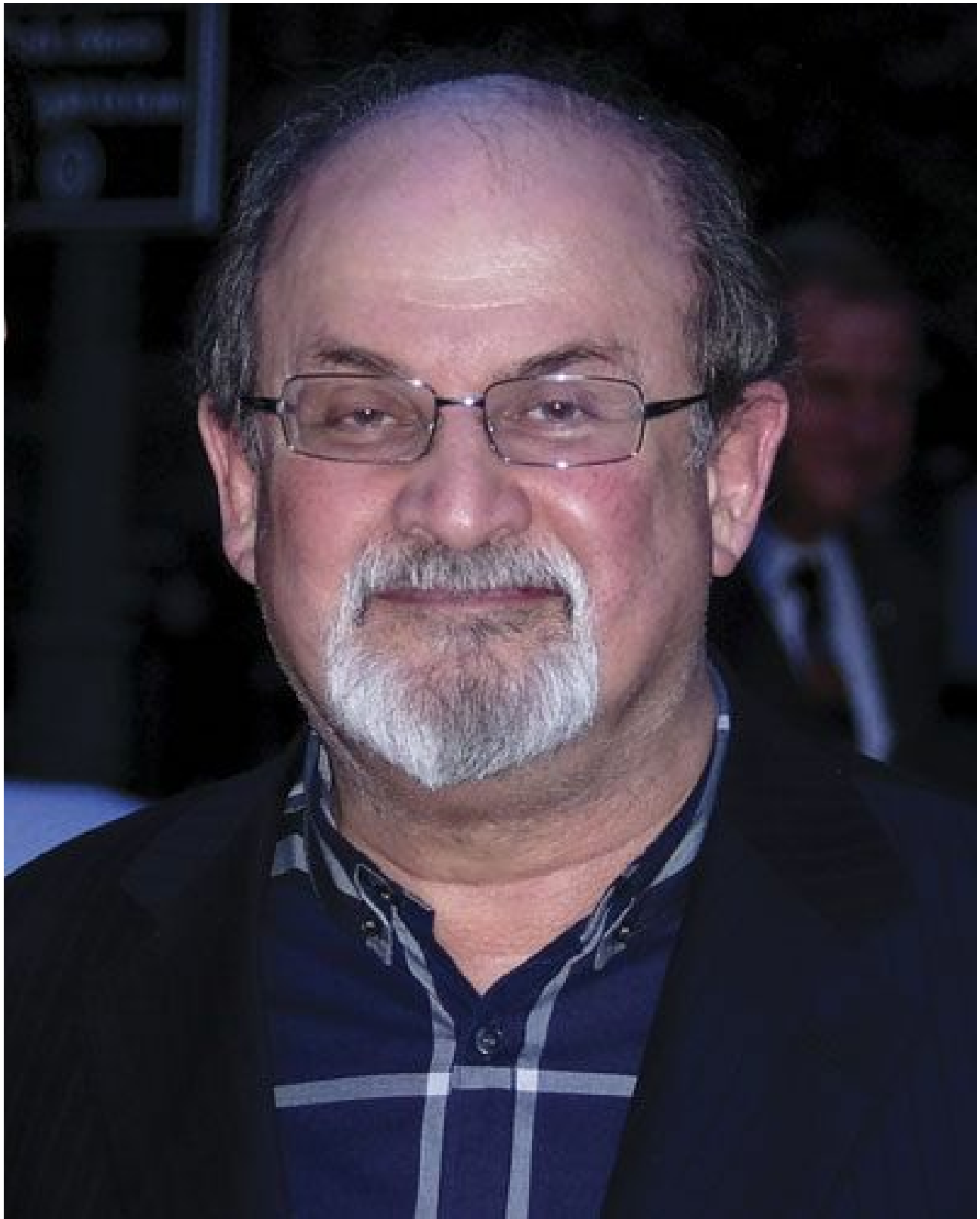
Desde muy temprano, Mahoma asoció al diablo con el pecado más grave en el islam: la idolatría. Bajo el entendimiento tradicional del islam, cada vez que alguien rinde culto a algo o alguien que no sea Dios, la obra del diablo se hace presente. Pero, una leyenda, procedente de las mismas fuentes islámicas, agrega un toque de ironía probablemente indeseada (como varias veces ha ocurrido en la historia del islam).

Varios biógrafos de Mahoma (en especial la biografía escrita por Ibn Ishac, sobre la cual depende la mayor parte de los datos para reconstruir su vida) narran que, cuando Mahoma estuvo predicando a los habitantes de La Meca, recitó el verso del Corán (53: 19-20): «¿Habéis visto a Lat, Uzza y Manna, la otra tercera?». Estos tres nombres se refieren a unas diosas que formaban parte del

panteón politeísta de los árabes. Según estas biografías, después de recitar estos versos, Mahoma añadió: «Ellas son la exaltadas, y su intercesión es deseada». Los adversarios de Mahoma en La Meca quedaron complacidos con estos versos, pues según parecía, Mahoma ya no era tan intransigente en su monoteísmo y admitía que estas diosas eran dignas de culto. No obstante, Mahoma después se retractó de su inicial declaración y recibió una nueva revelación que abrogó la anterior, y es actualmente la continuidad de los versos que Mahoma recitó nombrando a las diosas. Los pasajes del Corán han quedado así: «¿Habéis visto a Lat, Uzza y Manna, la otra tercera? ¿Tenéis el varón y Él la hembra? Eso no son más que nombres que, vosotros y vuestros padres, les habéis dado. Dios no ha hecho descender poder ninguno en ellas» (53: 19-23). En su forma actual, el Corán repudia el culto a esas diosas. Pero, la leyenda postula que, originalmente, Mahoma recitó unos versos que aprobaban el culto a esas diosas, pero estos versos fueron suplantados por aquellos que él recitó después.

En la tradición islámica, estos versos han venido a ser conocidos como los Versos satánicos, pues se presume que no fue Dios, sino el mismo diablo, quien los recitó a Mahoma. La mayor parte de los teólogos musulmanes opina que esa leyenda no es digna de credibilidad, pues en tanto Mahoma fue un profeta elegido por Dios, no pudo haber cometido ese desliz. Pero, siempre ha habido atracción por esta leyenda en el mismo mundo musulmán y se ha jugado con la idea de que, así como Mahoma tuvo ese desliz, pudo haber tenido muchos otros y, quizás, algunas partes del Corán actual no han sido dictadas por Dios, sino por el diablo.

En la década de los ochenta del siglo pasado, el novelista indio-británico Salman Rushdie jugó con esta idea, en su novela *Los versos satánicos*. La novela no dedica demasiada atención a Mahoma, pero sí contempla la leyenda de los Versos satánicos, y satiriza muchas doctrinas y prácticas del islam, a partir del retrato de un Mahoma mortificado por las dudas. La novela no hizo gracia a los sectores más radicales del islam. El libro fue prohibido en varios países y en Inglaterra se quemaron públicamente sus ejemplares. En 1989, el ayatolá Jomeini emitió una orden de asesinato contra Rushdie y este tuvo que vivir escondido por una década.



Tras publicar *Los versos satánicos*, una novela que recapitula una antigua leyenda islámica sobre un encuentro entre Mahoma y el diablo, Salman Rushdie tuvo que vivir en la clandestinidad. Foto de David Shankbone.

Las brujas

SABBATS: REUNIONES SATÁNICAS

La era dorada del diablo, por así decirlo, fueron los siglos XV, XVI y XVII. Probablemente más que durante cualquier otro período, esos siglos vieron surgir en Europa las más morbosas preocupaciones respecto al acoso de Satanás en la vida cotidiana. Ya el diablo no estaría reservado para las mortificaciones de ultratumba (este es el papel que desempeñó fundamentalmente en los siglos anteriores), sino que se le empezaría a atribuir un papel protagónico en el *hic et nunc*, el aquí y el ahora. Y, para ello, se valdría de las brujas.

En la imaginación moderna, las brujas son las socias del diablo por excelencia. Hoy el diablo es más un personaje cómico, pero seguramente la época durante la cual Satanás apareció en su aspecto más terrorífico y generó la mayor preocupación entre la gente común, fue durante la era de la gran histeria colectiva en torno a las brujas, en los inicios de la edad moderna. Las tradiciones respecto a hechicería son muy antiguas en Occidente. Pero, fue a partir de finales de la Edad Media cuando las hechiceras fueron interpretadas como representantes del diablo.

Ya, en el siglo XVIII antes de nuestra era, tenemos noticia de las preocupaciones generadas por las brujas. El célebre Código de Hammurabi, quizás la primera legislación escrita que conocemos, incluye una sección en la cual se prevén castigos contra toda aquella persona que haya recurrido a la brujería. Pero siempre ha habido una ambigüedad respecto a qué es exactamente la brujería.

La manipulación de fuerzas sobrenaturales no siempre ha sido mal vista por los sistemas religiosos en Occidente. Ha habido plenitud de magos que, con mucha honra, han alegado invocar fuerzas místicas para hacer prodigios. Pero esos individuos también han corrido el riesgo de ser acusados de usar las fuerzas con propósitos maléficos. Para los griegos, por ejemplo, Medea era una hechicera que no contaba con la aprobación del común de la gente. Y, así, el paso entre la magia y la brujería tradicionalmente ha sido muy estrecho. Pues, si generalmente la magia es la realización de prodigios sin pretensiones maléficas, fácilmente los magos se convierten en brujos en la opinión de la gente común.

Los israelitas tampoco tenían grandes simpatías por aquellos que manejasen las fuerzas sobrenaturales. En la Biblia hebrea, Saúl es duramente censurado por acudir a la bruja de Endor, a fin de contactar el espíritu del ya fallecido Samuel (I Sm 28: 3-25). Pero, para los israelitas, no toda demostración de poderes sobrenaturales es censurable. Si se invoca el poder de Yahvé, es aceptable. Por ejemplo, Moisés y Aarón se enfrentan a los magos del faraón, en una suerte de concurso de prodigios (Ex 7: 8-12). Con todo, la desconfianza respecto a aquellos que intentaran hacer hechicería se mantuvo, hasta el punto de que los códigos jurídicos de los israelitas condenaban a muerte a las hechiceras (Ex 22: 18), a partir de lo cual los cristianos de siglos posteriores justificaban la persecución de mujeres que consideraban brujas.

El común de la gente imagina que la mayor obsesión con las brujas se vivió durante la Edad Media. Después de todo, ese es uno de los períodos de mayor oscuridad en la historia de Occidente, una retraída al feudalismo y la ignorancia que perduró por más de mil años. Pero, curiosamente, la Edad Media fue relativamente tolerante con las supuestas hechiceras, y la brujería no estuvo en el tope de sus obsesiones. Hubo, por supuesto, persecuciones de brujas, pero en menor escala, al menos si las comparamos con los primeros siglos de la edad moderna. Una de las grandes ironías de la

historia de la modernidad es precisamente que, el inicio de la ciencia y la racionalidad moderna coincide con la época de mayor histeria colectiva en torno a las creencias sobre las brujas.

El cristianismo tardó en expandirse por toda Europa y no logró hacerlo a plenitud, sino hasta la Edad Media. En este proceso de expansión, las autoridades clericales tenían más preocupación por combatir a los no cristianos y herejes que a las brujas y sus supuestos maleficios.

Muy emblemático de esta actitud tolerante ha sido un documento del siglo X, el *Canon episcopi*. Este texto, recogido por un tal Regino de Prüm como fundamento legal, exhortaba a los obispos a combatir a las brujas. El *Canon episcopi* advertía que algunas mujeres se sometían a un pacto con el diablo y los demonios, mediante el cual, adquirirían poderes para generar maleficios. En esto, el *Canon episcopi* repetía los temas paranoicos de san Agustín. Pero, al mismo tiempo, el texto en cuestión advertía que no eran creíbles las historias, según las cuales, las mujeres hacían vuelos nocturnos para asistir a reuniones en las que rendirían culto a Satanás. A juicio del *Canon episcopi*, estas creencias absurdas proceden del mismo diablo, quien busca engañar y confundir.

El *Canon episcopi* también se manifiesta en contra de la creencia, aparentemente divulgada en el siglo X, de que las brujas habían organizado un culto a Diana, la diosa romana asociada a la caza y la luna. En el imaginario de los perseguidores de brujas, estas se reunían en los bosques a cometer todo tipo de abominaciones. Y, según parece, estas reuniones en el bosque giraban en torno a Diana, precisamente una diosa silvestre (debido a su vínculo con la caza) y la noche (debido a su vínculo con la luna).

Si bien el *Canon episcopi* era enfático en que estos alegatos eran absurdos y que no tenían ninguna credibilidad, son testimonios de que, ya en la Edad Media, se estaban formando las imágenes típicas que el común de la gente tendría en torno a las brujas y su asociación con el diablo. El *Canon episcopi* no duda de que las brujas existan, ni tampoco de que estas hayan realizado pactos con Satanás. Lo único de lo que duda es sobre el vuelo nocturno, y el culto a Diana. Pero, si bien insistió en que esas creencias eran absurdas, no pudo evitar que perduraran en la imaginación colectiva y se expandieran siglos después en la época cuando más brujas se persiguieron.

Eventualmente, ya hacia el siglo XV, en el imaginario popular, hubo algún consenso respecto a las brujas y sus actividades. Se alegaba que las brujas estaban organizadas en una gigantesca conspiración que consistía en rendirle culto al diablo para, a cambio, conseguir poderes malignos. Empezó a prosperar la idea de que las brujas acudían a reuniones en la noche, llamadas sabbats. Como se sabe, *sabbat* es la palabra hebrea para el día de descanso (de ahí viene nuestro «sábado»). La imaginación popular, inclinada hacia el desprecio por los judíos, empleaba esta palabra para referirse a las supuestas conglomeraciones de brujas; de hecho, también las llamaban sinagogas.

Quizás, la acusación de que las brujas volaban por las noches procede de las antiguas tradiciones chamánicas que, en la Europa precristiana, incorporaban la idea de que los curanderos abandonaban sus cuerpos y hacían un viaje místico. Quizás, también, las brujas vinieron a estar asociadas con la lechuza, pues ya desde tiempos romanos, este animal nocturno tenía un papel terrorífico en el folclore y, eventualmente, vino a ser asimilado a la hechicería. Esta asociación de la brujería con la lechuza, entonces, habría aportado a la imagen de la bruja voladora.

Sea como fuere, la imagen del vuelo sobre la escoba persistió. Probablemente, la imagen de la escoba proceda del hecho de que la mayor parte de los acusados de brujería eran mujeres y estas estaban asociadas con las labores domésticas, entre ellas, barrer. Hay varios motivos históricos que permiten explicar por qué las mujeres ocuparon un lugar protagónico como víctimas de la

persecución. En primer lugar, las acusaciones de brujería recaían típicamente sobre individuos desamparados y socialmente marginados, de forma tal que fuera posible que las turbas se volcaran en su contra. La Edad Media y los inicios de la era moderna fueron épocas notablemente misóginas, y las mujeres se convirtieron en blanco fácil de la agresión colectiva.

En los sabbats, las brujas supuestamente rendían culto a Satanás. Este culto incorporaba varios elementos. En primer lugar, se propiciaba una profanación y parodia de la misa católica, en un rito llamado la misa negra. Desde hacía tiempo, existía la noción de que el diablo busca parodiar los elementos sagrados de la religión cristiana. Así, habría organizado para sí un culto en el cual se profanaran deliberadamente los elementos sagrados del cristianismo. El punto cumbre de la celebración de la misa negra consistía en la profanación de la hostia sagrada, a pesar de que no conocemos bien los detalles sobre cómo pudo haberse emprendido tal profanación.

Había también, en los sabbats, celebraciones orgiásticas. Hombres y mujeres copulaban bajo la luz de la luna en un frenesí no muy distinto de la bacanal que, en tiempos clásicos, se realizaba en honor a Dionisio. Vale recordar la asociación que, desde sus propios inicios, el diablo ha tenido con la sexualidad.

Los animales también tenían participación en estas fiestas abominables. El gato negro se convirtió en el acompañante por excelencia de las brujas y, de hecho, en muchos de los juicios en contra de las brujas se invocó la presencia de gatos como evidencia de participación en reuniones satánicas. El gato resultó ser especialmente relevante, pues apareció pronto la creencia de que las brujas se rodeaban de familiares, a saber, demonios subordinados del diablo. Estos familiares ayudaban a las brujas en sus hechizos y, a cambio, las brujas atendían a los demonios (bajo la forma de animales). Así pues, una mujer que fuese caritativa con un gato, podría ser fácilmente acusada de recibir la ayuda de los familiares demoniacos.

Sin embargo, el animal más habitual en los sabbats era la cabra. Hemos visto que, por vía de su asimilación al dios griego Pan, Satanás fue asociado al chivo en la representación pictórica y, por extensión, en el imaginario popular del mundo cristiano. Pues bien, se tenía la creencia de que, en los sabbats, Satanás asumía la forma de cabra. Las brujas le rendían culto con el *osculum infame*, el beso infame en el ano del chivo. Con eso, quedaba sellada la alianza entre el diablo y las brujas. Las brujas recibirían poderes de Satanás. Estos poderes les permitían matar animales, generar pestes, causar sequías, provocar enfermedades, en fin, toda suerte de maleficios.

También, se imaginaba que las brujas podrían convertirse en animales. A la par de las brujas, prosperaron creencias en torno a los licántropos. Supuestamente, las brujas podrían transformarse en lobos. Siempre hubo alguna dosis de escepticismo en torno a estos alegatos, pero recurrentemente se recurría a la idea de que el diablo puede jugar malas pasadas, de forma tal que se mantuvo la creencia de que, quizás, los demonios sí podrían convertir a las brujas en animales.

Había, además, otros actos abominables en los sabbats. Se alegaba que las brujas raptaban niños y los llevaban a estas infames reuniones. Ahí, los ofrecían en el culto a Satanás como víctimas de sacrificio, y se los comían. Además, con la grasa de los bebés sacrificados, fabricaban ungüentos que rociaban en su cuerpo, y esto les permitía volar. También, utilizaban estos ungüentos para fabricar pociones que, al aplicarse a otras personas, generaran maleficios. En los juicios en contra de las brujas, algunas admitieron que volaban. Estas admisiones probablemente se debían a torturas, pero existe la posibilidad de que las brujas emplearan drogas alucinógenas en los ungüentos que se aplicaban y esto produjese en ellas la sensación de volar, cuestión que reportaban como un vuelo

genuino.



Según la imaginación popular, las brujas acudían a aquelarres (o sabbats), reuniones en las cuales copulaban con bestias y hacían pactos con Satanás. GOYA, Francisco de. *El aquelarre* (1797-1798) Museo Lázaro Galdiano, Madrid.

El sentido común nos dicta que todas estas acusaciones son fantasías, procedentes de la obsesión paranoica de aquellos que perseguían a las brujas. Nadie, por supuesto, pudo ver volar a las brujas. Por ello, los redactores del *Canon episcopi*, aun si aceptaban la existencia de las brujas y sus pactos con el diablo, no aceptaban una acusación tan fantástica como el vuelo de las brujas. Pero, ¿son creíbles las acusaciones que no violan ninguna ley de la física, a saber, las reuniones en sabbat, la misa negra, el beso infame, el infanticidio y el canibalismo? En otras palabras, ¿hubo mujeres que genuinamente (es decir, sin la presión de los inquisidores y sin torturas) creían que ellas eran brujas y participaban en reuniones satánicas?

Quizás, hubo algunas mujeres que, aisladamente, sí rindieron culto al diablo e, incluso, pudieron cometer algunas de las atrocidades que se le atribuían. Pero, es muy dudoso que hubiera una conspiración o un culto satánico de las dimensiones imaginadas. Lo absurdo de las acusaciones hace pensar que todo aquello era una farsa que residía en la imaginación paranoide de quienes perseguían a las brujas. Yo me inclino por la hipótesis de que, en los siglos XV, XVI y XVII casi no hubo casos de sabbat, infanticidio satánico o incluso misa negra. Mi opinión (y la de la mayoría de los historiadores contemporáneos) es que muy pocas personas se creyeron, a sí mismas, brujas.

LAS FANTASÍAS DE MARGARET MURRAY

En el siglo XIX, no obstante, apareció una hipótesis que, desafortunadamente, ganó popularidad entre algunos historiadores. En 1862, el eminente Jules Michelet escribió un libro muy popular en su momento, *La bruja*. Ahí, defendía la teoría de que las brujas surgieron como una organización clandestina, rebelde frente a la opresión del feudalismo y la Iglesia católica. Las brujas habrían acudido a los sabbats, pero no con la intención de rendir culto a Satanás, sino más bien para incorporar festividades paganas heredadas desde la antigüedad.

En el siglo XX, la egiptóloga Margaret Murray también se propuso defender la idea de que las brujas sí existieron como culto organizado. Pero, en vez de participar en un culto al diablo con infanticidio y canibalismo en los sabbats, este culto en realidad era una continuidad de los antiguos cultos de fertilidad de origen romano. Así, las brujas habrían mantenido vivo un culto clandestino dirigido a la diosa Diana, pero que debido a su carácter críptico, el resto de la población europea lo interpretó en clave paranoica y le atribuyó la adoración a Satanás. En realidad, alegaba Murray, el culto a Diana se fue disipando, pero las brujas rendían culto a dioses paganos con cuernos (Pan o el dios celta Cernunnos), y eso facilitó aún más la confusión con Satanás. Las brujas, alegaba Murray, nunca participaron de los actos abominables que se le atribuían, pero sí dieron continuidad a un antiguo culto de fertilidad, en el cual pudo haber mayor licencia sexual.

No obstante, la hipótesis de Murray es un mito. Murray nunca presentó evidencia contundente como respaldo (de hecho, añadió aún más a sus especulaciones, al postular que los reyes de Inglaterra desde el siglo XVII participaron en este culto). Hoy, el consenso entre historiadores es que, si acaso hubo mujeres que se creyeron brujas, nada tuvieron que ver con los cultos de fertilidad europeos de la era precristiana. En todo caso, como prudentemente ha señalado el historiador de las brujas Julio Caro Baroja, es mucho más pertinente conocer lo que la gente común creía sobre las brujas, que lo que algunas desdichadas mujeres podrían creer sobre ellas mismas. Pues, el grueso de la población europea creía en la existencia de las brujas, pero poquísima gente se creía a sí misma con la capacidad para generar maleficios.

LAS CACERÍAS DE BRUJAS

Las ideas fantásticas sobre las brujas se fueron conformando durante la Edad Media y encontraron su máxima expresión en los inicios de la era moderna. Podemos explorar por qué la Edad Media, una época de ignorancia y oscurantismo entre la mayor parte de la población europea, irónicamente resultó ser mucho más tolerante que las épocas posteriores, respecto a la persecución de brujas.

Hasta el siglo XIII, la administración de justicia en Europa seguía el llamado Procedimiento acusatorio. Este consistía en que, frente a un agravio, la víctima perjudicada debía presentar las acusaciones. Este procedimiento regía las acusaciones de realización de hechizos y maleficios. Si una persona creía que alguna bruja lo había perjudicado, debía ella misma presentar la denuncia y las pruebas.

Obviamente, en asuntos brujeriles, las pruebas son demasiado débiles, de forma tal que las acusaciones nunca eran contundentes. Además, los Estados, fragmentados en el sistema feudal, no tenían la capacidad de investigar por cuenta propia los alegatos de las víctimas de brujería. Al final, en ausencia de evidencia contundente, las acusaciones de brujería se resolvían con instituciones jurídicas que, vistas hoy, resultan absurdas. Generalmente, se acudía al llamado juicio de Dios. Cuando una bruja era acusada, la forma de decidir si era o no culpable, consistía en obligarla a colocar sus manos en algún hierro caliente; esta práctica vino a ser conocida como la ordalía. Obviamente, sus manos se quemarían, pero si sanaban pronto, entonces sería señal de que la acusada era inocente, pues Dios habría intervenido para sanar sus heridas^[3].

También, se practicaba otra curiosa prueba. Las personas acusadas de ser brujas eran arrojadas a algún río o lago. Si, inmediatamente subía a la superficie, entonces se concluía que la persona acusada sí era culpable, pues el agua habría rechazado su sustancia brujeril. Si, en cambio, la persona acusada permanecía sumergida por alguna cantidad de tiempo, entonces se concluía que era inocente, pues el agua habría tolerado a la persona. Es de sospechar que, en muchos de estas pruebas, las personas acusadas morían ahogadas (e irónicamente, los ahogados habrían resultado ser inocentes, pues el agua los habría tolerado).

Aún otra forma pintoresca de decidir las acusaciones consistía en que el acusador y el acusado seleccionaban paladines de combate. Estos se enfrentaban entre sí en un típico torneo medieval y en función de quién resultase ganador, se decidía quién tenía la razón.

No obstante, el recurso de estas instituciones fue pocas veces empleado. Pues, el lanzar falsas acusaciones tenía un castigo severo. Si, tras la ordalía, o el juicio por combate, se declaraba que la persona acusada era inocente, entonces el acusador recibiría un castigo ejemplar. Así, sólo aquellas personas que estaban muy seguras de ser víctimas de maleficios tomaban la iniciativa de acusar a otras de brujería. Y esto, como cabe esperar, frenaba las acusaciones y las persecuciones a brujas.

Estas costumbres judiciales procedían de las leyes germanas, y se aplicaron fundamentalmente en los territorios alemanes. Pero, en el año 1215, hubo una importante reforma judicial. En el IV Concilio de Letrán, el Papa Inocencio III promovió un rescate del derecho romano en detrimento de las costumbres germánicas, y exhortó adoptar un procedimiento inquisitorio. A diferencia del procedimiento acusatorio, el cual dependía de la moción de las partes afectadas en el lanzamiento de acusaciones, el procedimiento inquisitorio prescindía de la necesidad de que los afectados lanzasen

acusaciones y concedía esa prerrogativa a las autoridades eclesiásticas y seculares. De ese modo, aun si ninguna víctima lanzase ninguna acusación, las autoridades podrían abrir una investigación por cuenta propia.

A simple vista, esto constituyó una reforma más racional de los procedimientos. A partir de entonces, las autoridades intervendrían para colocar más orden en las persecuciones, y así se evitarían las turbas espontáneas que, alguna vez, podrían haber acosado a las supuestas brujas. Pero, irónicamente, este procedimiento potenció aún más las persecuciones. Pues, ahora, era más fácil que se lanzaran acusaciones, en tanto no había riesgo de que, en caso de que fuesen falsas, hubiese castigo. Además, los investigadores contaban con la autoridad y la coerción para amedrentar a los acusados de forma mucho más agresiva.

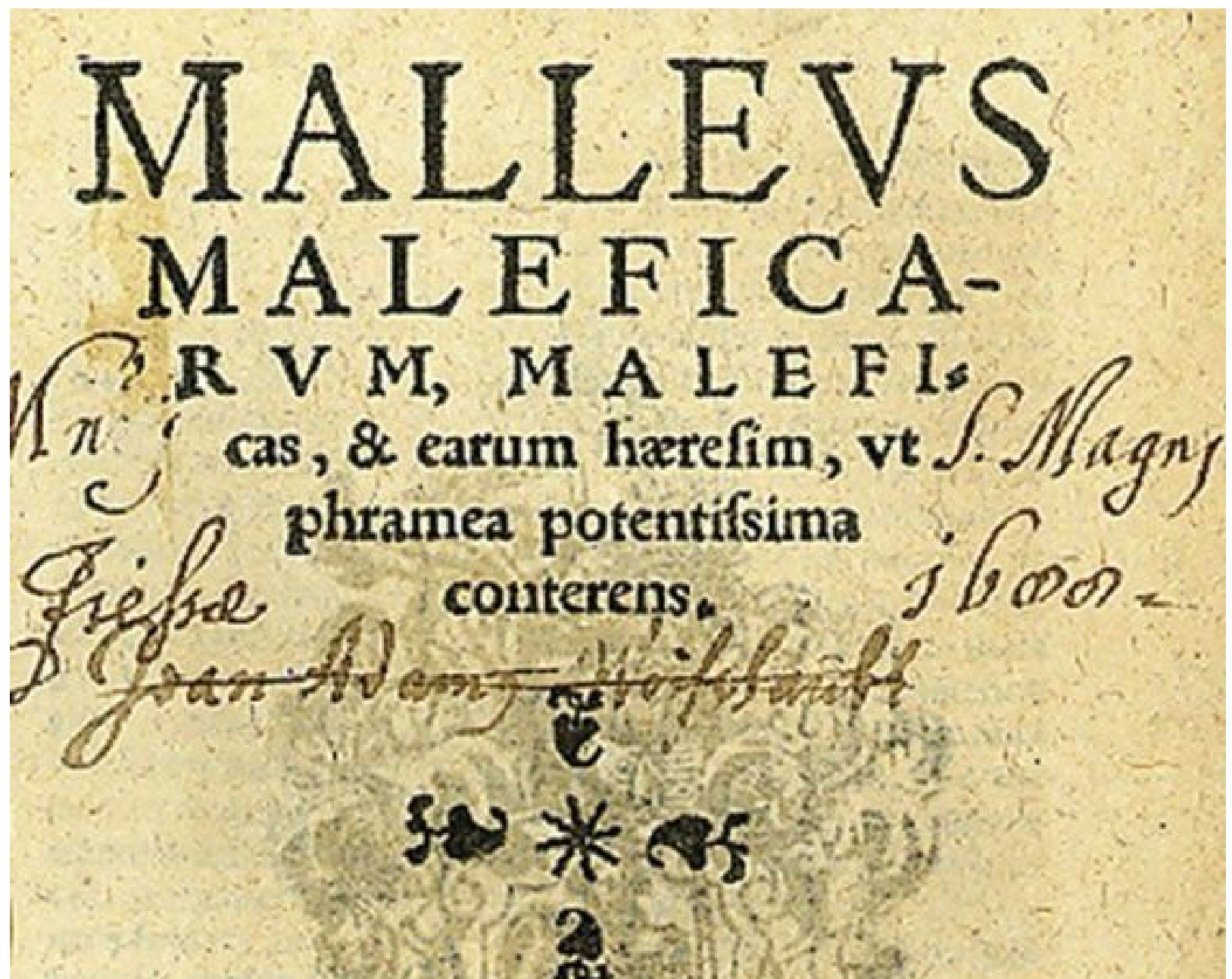
El mismo siglo XIII vio nacer también los tribunales de la Inquisición bajo la autoridad papal, en varias regiones de Europa. La Inquisición estuvo más avocada a la persecución de herejes, pero ocasionalmente también acusó a brujas y las procesó. No obstante, eventualmente la Inquisición dejó de ocuparse de la persecución de brujas, en buena medida gracias a la exhortación del papa Alejandro IV, quien exigía investigar brujas, sólo si había evidencia sobrecogedora. Con todo, la labor de investigar brujas quedó en manos de las autoridades civiles. Aun así, algunos papas, como Juan XXII, exhortaron a investigar y castigar a partícipes en supuestas reuniones dedicadas a rendir culto a los demonios. Así, en los siguientes siglos, la investigación de asuntos brujeriles se alternó entre las autoridades civiles y las eclesiásticas.

Progresivamente, fue creciendo en la Europa septentrional, la obsesión con las brujas. Y, hacia la mitad del siglo XV, empezó la fase que los historiadores han venido a llamar la cacería de brujas. Se conformó una suerte de histeria colectiva a lo largo de Europa (con mayor preponderancia en los territorios alemanes, y con menor en España y Portugal), y el número de juicios por brujería aumentó significativamente. Margaret Murray postuló que, durante las cacerías de brujas, murieron cerca de nueve millones de mujeres. Esta cifra está absolutamente distorsionada y seguramente fue arrojada con fines propagandísticos (los nazis, por ejemplo, opinaban que esos nueve millones de mujeres eran arias y que los inquisidores tenían algún vínculo judío). Mucho más creíble es que la cifra de personas ejecutadas merodease los cincuenta mil. Se trata de una cifra abismalmente menor, pero con todo, por supuesto, bochornosa como dice Bailey en *The A to Z of witchcraft*.

Hacia finales del siglo XV, dos inquisidores alemanes, Heinrich Kramer y Jakob Sprenger, compusieron un libro que sistematizó y divulgó las fantasías generales sobre las brujas. El libro, uno de los más infames de toda la historia, *El martillo de las brujas*, consistía en un manual de torturas para los perseguidores de brujas. Ahí, se daba crédito a las fantasías sobre los sabbats, los pactos con el diablo, el beso infame, etc. Estaba dirigido no propiamente a los académicos o las autoridades encargadas de investigar casos de brujería, sino más bien al público común. Su habilidad retórica y estilística permitió difundir aún más las fantasías en torno a las brujas. El texto es deliberadamente misógino, haciendo énfasis sobre la naturaleza perversa de las mujeres y el modo en que se entregan sexualmente a los demonios.

Las persecuciones de brujas operaban bajo un mismo patrón. Habitualmente, frente a algún infortunio, se sospechaba que alguna bruja habría lanzado un maleficio. Los investigadores buscaban posibles culpables e interrogaban a las personas acusadas. En vista de que, para este tipo de acusaciones, nunca hay pruebas contundentes, los investigadores daban especial importancia a la confesión. Quizás por encima de cualquier otro proceso judicial, los cazadores de brujas exaltaron la

locución latina, *confessio est regina probatonium*, ‘la confesión es la reina de las pruebas’. No obstante, de antemano, los investigadores sabían que casi nadie admitiría practicar la brujería. Pero, precisamente, en anticipo, recurrían a la tortura.



El martillo de las brujas fue un texto del siglo xv, que sirvió como manual para identificar a las brujas. Edición de 1520. Biblioteca de la Universidad de Sydney.

Bajo tortura, las personas acusadas confesaban haber participado en todo aquello que se les implicaba. Se conformaba así un proceso de alimentación mutua. Los investigadores tenían la tenue idea de qué hacían las brujas, pero no estaban seguros de ello. Al torturarlas, estas confesaban y eso reafirmaba su convicción de que, en efecto, estas cometían actos abominables. Hubo confesiones sobre el vuelo nocturno, los besos al ano del chivo, y comerse a niños. Rara vez se les ocurrió a los investigadores que la tortura produciría confesiones falsas.

Había, en todo caso, supuestas pruebas adicionales de brujería. En los juicios de brujas, los investigadores estaban muy atentos a supuestas marcas en la piel, las cuales servirían de señal de que la persona en cuestión practica la brujería. La marca más conocida era el tercer pezón entre las

mujeres. Cualquier mujer desafortunada que tuviera esta marca, corría el gravísimo riesgo de ser acusada de brujería. Según la creencia, las brujas usaban ese tercer pezón para amamantar a los familiares que, vale recordar, supuestamente asumían forma de gato o algún otro animal. Cualquier hematoma producto de la tortura podría ser interpretado como una de las marcas del diablo. O, incluso, una leve rasgadura podría interpretarse como un intento por disimular la marca del diablo, en vista de lo cual, también servía como prueba de brujería.

Puesto que tenían la creencia de que tras la brujería existía una gran conspiración, pues las brujas se reunían en sabbats y rara vez actuaban aisladas, se exigía a las personas torturadas que ofrecieran los nombres de sus supuestos asociados en las reuniones de culto a Satanás. Naturalmente, para evitar la tortura, los acusados proveían nombres. Así, las acusaciones se multiplicaban y la histeria en torno a las brujas crecía sin control. La época de la cacería de brujas dejó un impacto, mucho más que por el número de ejecutados (el cual, como he mencionado, ha sido frecuentemente exagerado), por el deterioro psicosocial de los ciudadanos de aldeas, comarcas y ciudades europeas. La paranoia alcanzó niveles alarmantes; los vecinos ya no confiaban entre sí, pues había un miedo doble: o bien el vecino podría lanzar un maleficio, o bien el vecino podría lanzar acusaciones de que se practica la brujería.

Se vivía en un continuo pánico moral. Pues, ya no sólo se temía que las brujas realizaran hechizos que resultaran perjudiciales como: sequías o la muerte del ganado. Antes bien, se temía la configuración de una gigantesca conspiración, con la ayuda de Satanás, para destruir al cristianismo.

Por regla general, los personajes prominentes de los siglos XV, XVI y XVII no figuraban en las persecuciones de brujas. La cacería estaba más bien a cargo de jurisdicciones provincianas en el campo, pues precisamente ahí, en torno a comunidades pequeñas y cerradas, prosperan más las acusaciones de brujería. Si bien las ciudades no estaban exentas de preocupaciones por la brujería, era en los centros urbanos donde mayor escepticismo había en torno a su existencia.

No obstante, ni siquiera los reyes escaparon a obsesiones con las brujas. Probablemente el caso más prominente de un monarca consumido por el pánico en torno a las brujas fue Jacobo I de Inglaterra y VI de Escocia (el mismo que encargó la famosa Biblia en inglés, que lleva su nombre). Este monarca viajó a Dinamarca a casarse con la princesa Ana, hermana del rey de ese país. En el viaje, el navío de Jacobo enfrentó tormentas muy adversas. La nave tuvo que desviarse a Noruega y quedarse ahí por algunas semanas. La tripulación creció en paranoia, pues el capitán de una de las naves escoltas, postuló que seguramente el tiempo adverso se debía a algún hechizo. A su regreso a Escocia en 1590, en Jacobo creció la idea de que había una conspiración que empleaba maleficios en su contra y promovió la persecución de supuestas brujas en el pueblo de North Berwick. Se dio inicio así a un ciclo típico de cacería de brujas: las mujeres más marginadas e indefensas fueron acusadas de formar parte de una conspiración en asociación con el diablo para perjudicar al rey. Bajo tortura, las imputadas confesaron frente a acusaciones sumamente absurdas e involucraron a otras mujeres, dando así la apariencia de estar frente a una gran conspiración. La primera mujer acusada en este lamentable episodio tenía una marca en su cuello, la cual, como era habitual en estos procedimientos, fue interpretada como la marca del diablo.

El grueso de las persecuciones de brujas ocurrió en los territorios alemanes y suizos. En la península ibérica no hubo tanta preocupación por las brujas, presumiblemente porque la Inquisición dirigía su atención más a la persecución de herejes. Con todo, hubo un infame incidente en el País Vasco. En 1609, Pierre de Lancre, un fanático juez de origen francés, fue asignado a la jurisdicción

vasca y pronto se obsesionó con la idea de que aquellos territorios estaban infestados de brujas. Supuestamente, en las cuevas de la localidad de Zugarramurdi, las brujas se congregaban para sellar su pacto con Satanás. En euskera, estas reuniones eran llamadas *akelarres*, y en función de eso, es habitual que en la lengua castellana, «aquelarre» se emplee como sinónimo de sabbat. En ese proceso, alrededor de cien mujeres acusadas de ser brujas fueron ejecutadas.

Si bien la persecución de brujas creció a partir de una paranoia generalizada, los alegatos de los acusadores no fueron aceptados sin más por toda la población europea. A la par de las fantasías delirantes de investigadores, hubo también personas íntegras (incluidos varios inquisidores, como Alonso de Salazar Frías, en el caso de Zugarramurdi) que aplicaron una buena dosis de escepticismo a aquella histeria colectiva. Hubo diversos grados de escepticismo: algunas personas rechazaban el mero concepto de brujería (por ejemplo, Balthasar Bekker, cuya obra *El mundo encantado* contribuyó mucho al fin de las cacerías de brujas), otras rechazaban algunas de las acusaciones que se lanzaban. Como cabría esperar, el principal punto de incredulidad era el alegato de que las brujas volaban por los cielos. Pero, también se cuestionaba que existieran aquellas reuniones masivas de brujas y que practicaran actos abominables como el infanticidio o la bestialidad. Incluso, algunos llegaron a postular que la tortura no es una fuente confiable de información y que bajo estas condiciones, cualquier persona confesaría cualquier cosa. Muchos de estos escépticos eran incluso autoridades eclesiales: el jesuita alemán Friedrich Spee, en el siglo XVII, fue uno de los más notables.

Durante este período, casi ningún escéptico llegó tan lejos como para negar la existencia del diablo. Pero, hubo demonólogos que asumían que, si bien Satanás sí existe, no intervenía en los asuntos cotidianos, y no tenía la capacidad de hacer pactos con las brujas. De hecho, algunos de los textos sobre magia de la época, como *Sobre las ilusiones de los demonios, y sobre los hechizos y las pociones* (publicado en 1563), del demonólogo Johann Weyer, contenía sendas listas de los demonios que existen pero, a la vez, advertía que el pacto con las brujas es ilusorio. Más aún, se publicaron textos que parcialmente explicaban cómo pueden emplearse técnicas para engañar a la gente y dar la apariencia de realizar prodigios: *El descubrimiento de la hechicería* (publicado en 1584), de Reginald Scot, en parte sirvió como contribución escéptica para contraponer la credulidad popular en torno a las brujas.

SATANÁS Y LAS BRUJAS DE SALEM

En 1692, en la localidad de Salem (actual EE. UU.), unas niñas jugaban a invocar fuerzas ocultas para adivinar con quiénes se casarían. Tiempo después, las niñas empezaron a comportarse de forma extraña, exhibiendo alto nerviosismo. Otras niñas también se contagiaron de estos síntomas y creció preocupación en el pueblo, pues una de las primeras niñas afectadas era hija del ministro local. Se interrogó a las niñas, y estas alegaron que habían sido hechizadas por tres mujeres. Una de esas mujeres era una esclava cuyo esposo, previamente, había preparado una poción que incluía orina de perro, a fin de descubrir quién había hechizado a las niñas.

De las tres mujeres, dos negaron las acusaciones, pero la esclava admitió haber pactado con el diablo. No hubo tortura en aquel procedimiento. Pero, hay muchas formas de presión psicológica que pueden propiciar que las personas inocentes pronuncien falsas confesiones, incluso frente a acusaciones absurdas. En todo caso, esta confesión sirvió de plataforma para que los habitantes de aquella deprimida comunidad rural, se obsesionasen con la idea de que había una conspiración de brujas. Con esto de fondo, se produjo un efecto bola de nieve (como solía ocurrir en las cacerías de brujas) y, ahora, otras niñas se contagiaban de la histeria y lanzaban acusaciones de brujería contra otras mujeres. Las acusaciones se esparcieron más allá de Salem, y llegaron a comunidades vecinas.

Se organizaron así varios juicios que procesaron a más de cien personas, diecinueve de las cuales fueron ejecutadas. Los juicios fueron particularmente infames, pues se incorporó un nuevo tipo de evidencia. Así como en Europa se utilizaba la marca del diablo en los cuerpos de las brujas como prueba del pacto satánico, en los juicios de Salem se aceptaron como prueba las apariciones fantasmales.

Puesto que la brujería era supuestamente una práctica secreta, rara vez aparecían testigos que pudieran declarar haber visto a las brujas realizar sus actos abominables. Pero, en los juicios de Salem, se alegó que las brujas aparecían como fantasmas en los sueños de las víctimas y, que de ese modo, realizaban los hechizos. Así pues, los ataques de las brujas sólo ocurrían en los sueños, pero insólitamente, eso se aceptaba como evidencia.

A pesar de que el juicio de las brujas de Salem dejó diecinueve ejecutadas (una cifra muy inferior a muchas de las atrocidades durante la época de la persecución de brujas), ha tenido un impacto considerable en la cultura norteamericana. Pues, Estados Unidos fue un país fundado por puritanos perseguidos en Inglaterra y, desde un inicio, se intentaron sentar las bases de la tolerancia religiosa. No obstante, una de las lecciones de los juicios de Salem es que, en tiempos de crisis, resulta demasiado fácil que la histeria se apodere del pueblo y los marginados sufran la persecución a manos de la mayoría.



En la localidad de Salem, (EE. UU., s. xvii) se desarrolló uno de los juicios más infames por brujería. Litografía de Joseph Baker. Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos.

A mediados del siglo XX, el gran dramaturgo Arthur Miller escribió *Las brujas de Salem*, una obra de teatro inspirada en los lamentables sucesos de esta región. El contexto de Miller, no obstante, era la persecución de supuestos comunistas norteamericanos por parte del senador Joseph McCarthy. La obra de Miller era una clara denuncia de los excesos de McCarthy. Hay muchas formas de montar cacerías de brujas. Hoy no se acusa a las mujeres de volar por los cielos, pero muchas de las acusaciones que lanzaba McCarthy tienen el mismo calibre irracional. De hecho, como veremos en el capítulo 10, en una nación industrializada y moderna, como lo era Estados Unidos a finales del siglo XX, una nueva cacería de brujas empezó, mucho más parecida a los juicios de Salem que incluso las persecuciones de McCarthy.

En todo caso, valga insistir en que las brujas existieron más en la imaginación de los perseguidores, que en la realidad. Quizás, hubo algunas mujeres que sí creyeron ser brujas. Pero, aun en el caso de estas mujeres, las acusaciones lanzadas en su contra son muy improbables. Los psicólogos que estudian los procesos de persecución han documentado extensamente que, en la histeria colectiva impregnada de paranoia, es muy fácil inventar historias de crímenes para exacerbar a las masas y aglutinarlas en contra de los acusados. Por eso, siempre existe un fuerte motivo de sospecha frente a las supuestas sectas satánicas que practican rituales violentos.

La Voisin

El caso más conocido de una hechicera que realmente participó en crímenes durante rituales satánicos fue el de una mujer llamada La Voisin, en la Francia del siglo XVII. El caso en cuestión tuvo implicaciones políticas que incluso colocaron en jaque la estabilidad política del reino de Luis XIV.

La Voisin era una huérfana que, como mendiga en las calles de París, pretendió practicar la hechicería y las artes de la adivinación. Tomó su sobrenombre (su verdadero nombre era Catherine Deshayes) de Antoine Montvoisin, el hombre con quien se casó a los veinte años de edad. Según parece, La Voisin tenía un talento para convencer a sus clientes de que tenía poderes adivinatorios (plenitud de escépticos han advertido que estos adivinos en realidad no hacen más que leer el lenguaje corporal de sus clientes y sobre esa base hacen conjeturas que dan la apariencia de ser predicciones correctas). Así, fue creciendo su fama.

Pero, el negocio de La Voisin creció más cuando dejó de lado las artes adivinatorias y se volcó en la manufactura de pociones mágicas y venenos. Pronto, su reputación creció como una hechicera que tenía a su disposición todo tipo de hierbas para realizar conjuros y eliminar personajes indeseados con venenos. También, supuestamente, practicaba abortos.

La voz se corrió. Algunos curas confesores escucharon estas historias y notificaron a la policía de que en París, operaba una red de curanderos y hechiceros que preparaban venenos. A diferencia de las investigaciones de brujas en las comarcas, la investigación parisina fue mucho más rigurosa y guiada por criterios racionales (como cabría esperar del departamento policial en la ciudad luz del siglo XVII). Pero, la policía descubrió que el caso era mucho más complejo de lo que aparentaba en un inicio.

Pues, tras infiltrarse en la red de comerciantes de venenos, se descubrió que La Voisin tenía una amplia red de clientes miembros de la aristocracia francesa, con importante presencia en la corte de Luis XIV. Una de las clientas de La Voisin era la marquesa de Brinvilliers. Con su amante, planificó el envenenamiento de su propio padre y dos de sus hermanos, a fin de cobrar la herencia. La marquesa fue perseguida por la justicia francesa y sus declaraciones abrieron la sena para la investigación de las actividades de La Voisin.

La investigación condujo también a la marquesa de Montespan. Esta era una de las amantes de Luis XIV. Pero, preocupada por el desinterés de Luis XIV y su acercamiento a otras mujeres, la marquesa de Montespan acudió a La Voisin a partir de 1673. No obstante, los servicios solicitados a La Voisin no eran ya meramente la fabricación de venenos. La marquesa de Montespan quería que La Voisin realizara un hechizo para asegurar que Luis XIV mantuviera el interés en la marquesa.

Según la investigación, La Voisin realizaba ritos de culto a Satanás como parte de sus hechizos. Hasta ese momento, la misa negra que supuestamente realizaban las brujas era bastante misteriosa. Pero, a partir del caso de La Voisin, se pudieron conocer mejor los detalles de estas celebraciones. Como hemos visto, la misa negra consistía fundamentalmente en una parodia de la misa cristiana. La Voisin contaba con la ayuda de un sacerdote católico, el abad Guilbord, quien, según parece, a la par de su oficio de sacerdote, llevaba una vida clandestina como oficiante del culto satánico. Además del abad Guilbord, La Voisin tenía a su disposición a decenas más de sacerdotes satánicos.

Las descripciones contemporáneas de la misa negra proceden en buena medida de la

imaginación de novelistas y cineastas, pero sus bases históricas proceden del caso de La Voisin. Cuando la marquesa de Montespan solicitaba los servicios de La Voisin, era sometida a la misa negra. La marquesa se acostaba desnuda encima del altar, de forma tal que su cuerpo desnudo era el altar de la misa negra. Sobre sus palmas, se colocaban dos velas, y sobre su vientre se colocaba el cáliz. Cada vez que, según el ritual tridentino, es decir, según el Concilio ecuménico del año 1545, al sacerdote le correspondía besar el altar, el abad Guildbord besaba el cuerpo de la marquesa. Para realizar los hechizos que favorecieran a la marquesa de Montespan, se conjuraban a tres demonios: Belzebú, el demonio por el cual, según hemos visto en el capítulo 4, Jesús era acusado de hacer exorcismos con la ayuda de demonios; Asmodeo, del demonio que, según hemos visto en el capítulo 3, aparecía en el libro de Tobías como acosador de Sara; y Astaroth, un demonio particularmente apestoso, que forma parte del grupo de demonios al mando de Salomón y ocupa una alta posición jerárquica en el infierno.

Como reemplazo de la hostia, se empleaba una rana (por supuesto, se besaba), o una hostia consagrada robada y que estuviera sucia para poder profanarla. Como reemplazo de la sangre en el cáliz, se cortaba la garganta a un niño, y su sangre servía como ofrenda en la misa negra. Según parece, con las ganancias de su negocio de adivinación, La Voisin había organizado una suerte de refugio a madres jóvenes abandonadas. En ese refugio criaba a los niños y, de ahí, tenía una reserva de crías para sus rituales macabros.

La policía parisina fue bastante eficiente en dismantelar esta red que, en un inicio, parecía limitada a traficar venenos, pero que pronto quedó revelado que organizaban rituales abominables. No obstante, el alto número de aristócratas involucrados en este caso hizo que el propio rey Luis XIV interviniera. Los consejeros del monarca le habían advertido que, si este caso salía a la luz, se corría el riesgo de una rebelión popular, pues el descontento frente a una aristocracia decadente podría propiciar la caída del régimen monárquico.

Luis XIV tomó cautela, y ordenó juzgar en secreto a los arrestados, y exiliarlos. La marquesa de Brinvilliers fue ejecutada en 1676, pero la marquesa de Montespan fue exiliada y perdió, definitivamente, el favor de Luis XIV. La Voisin fue también arrestada en 1679 y confesó todos los crímenes que realizó (aparentemente sin tortura). En total, La Voisin confesó haber ejecutado a más de cien niños, en sus espantosos rituales satánicos. Fue condenada a muerte y murió en la hoguera, en París, en 1680. Luis XIV, deseoso de mantener todo esto en secreto, ordenó el exilio o el encierro de los involucrados, de forma tal que tuvieron que pasar varios años para que se diera a conocer el escándalo.



Se creía popularmente que las brujas podían volar para asistir a los aquelarres, en los cuales se entregaban al demonio. Goya, Francisco de. Vuelo de brujas. Museo del Prado, Madrid.

LOS DIABLOS DE LOUDUN

Si bien las personas perseguidas en las cacerías de brujas eran en su mayoría mujeres, hubo algunos casos prominentes de hombres acusados de practicar hechizos y de tener pactos con el diablo que fueron ejecutados como consecuencia. Referiré uno de los más conocidos, procedente de la Francia del siglo XVII. Urbain Grandier, un sacerdote muy atractivo y elocuente, fue hecho párroco en la localidad de Loudun. Grandier tuvo la osadía de escribir un tratado en contra del celibato clerical y esto levantó la sospecha de que Grandier estaba sexualmente activo.

El atractivo de Grandier propició la envidia de otros miembros del clero y generó especialmente la animadversión del obispo de Poitiers. Grandier fue arrestado por inmoralidad, pero aparentemente, una de sus amantes tenía conexiones con el alto gobierno, y logró que lo colocaran en libertad.

No está muy claro qué pasó después. Pero, según una versión, el obispo de Poitiers ideó un plan para que unas monjas del convento de ursulinas fingieran estar poseídas, y le atribuyeran a Grandier la responsabilidad. Otra versión sostiene que la monja superiora, Jeanne, empezó a tener visiones de Grandier en sueños y, en esas visiones, este la invitaba a tener relaciones sexuales.

Sea como fuere, el caso es que varias monjas empezaron a exhibir rasgos de posesión demoniaca: contorsiones, gritos blasfemos, etc. Se procedió a realizarles exorcismos. Durante estos procedimientos, la monja Jeanne alegó que Grandier le había enviado rosas, pero que estas en realidad traían consigo dos demonios que se apoderaron de ella: Asmodeo y Zabulón.

Grandier apreció el peligro en que se encontraba y tomó previsiones al respecto. Solicitó al arzobispo de Burdeos que enviara una comisión para investigar el caso. La comisión llegó, examinó a las monjas, y no encontraron evidencia de posesión demoniaca. Pero, la conspiración contra Grandier no se detuvo ahí. Un familiar de la monja Jeanne, Jean de Laubardemont, gozaba del favor del cardenal de Richelieu (el ministro de Luis XIII). Previamente, Grandier había publicado un panfleto satírico contra Richelieu, y Laubardemont aprovechó esta coyuntura para solicitar la ayuda del cardenal en la persecución de Grandier. En efecto, desde las altas esferas del poder se ordenó su arresto.

En el entretiempo, se continuaba con los exorcismos públicos de las monjas poseídas. Estas lanzaban acusaciones marcadamente sexuales en contra de Grandier. Esto enardeció a las multitudes, y empezó a crecer aún más la oposición contra Grandier. Jeanne sostenía que Grandier se le aparecía en sueños con invitaciones sexuales e, incluso, la desdichada monja desarrolló un embarazo psicossomático.

Desesperado por su situación, Grandier intentó él mismo exorcizar a las monjas, sin éxito. Existía la creencia de que los demonios podían comunicarse en lenguas antiguas, de forma tal que Grandier les daba órdenes en griego. Las monjas no obedecían y no parecían entender lo que se les decía. Pero, convenientemente se sostenía que los demonios que poseían a las monjas no sabían hablar otras lenguas.

El punto cumbre de toda esta locura fue cuando, durante el juicio, se presentó como evidencia un pacto firmado en sangre, entre Asmodeo y otros demonios, y Grandier. Hoy quedamos estupefactos ante la ingenuidad de las autoridades, pues asumieron que este pacto era genuino, en

tanto llevaba la firma de Grandier, ¡y de los propios demonios! (sospecho que no se plantearon cómo una entidad etérea, cómo un demonio, podría haber sostenido una pluma y firmar el documento). Todo indica que ese documento procedía de la caligrafía de la misma monja Jeanne. Pero, insólitamente, cuando ya era evidente que sobre Grandier pesaría una condena de muerte, la monja Jeanne aparecería en la Corte retractándose de sus anteriores acusaciones y suplicando que liberaran a Grandier.

Fue en vano. En 1634, Grandier fue sentenciado a muerte y previamente torturado. Jamás confesó. A medida que el fuego consumía su cuerpo, gritaba desesperadamente. Cuando finalmente murió, una mosca voló sobre su cuerpo. Se interpretó aquello como la presencia de Belzebú, el demonio de las moscas. Obviamente, cuando de las masas se apodera un delirio, el hecho más trivial sirve como confirmación de las creencias más irracionales.

Más de tres siglos nos separan de esta historia pero, con todo, no sabemos bien qué fue lo que exactamente ocurrió. ¿Fue la posesión de Jeanne fingida para armar una perversa conspiración, o más bien obedeció a algún desorden psiquiátrico y a partir de eso se aprovecharon los enemigos de Grandier para deshacerse de él? La dificultad principal de este asunto está en que, incluso hasta el día de hoy, los psiquiatras no comprenden a plenitud el fenómeno de la posesión demoniaca.

Muchos de los síntomas que aparecen en los supuestos casos de posesión demoniaca son fácilmente reconocibles por los psiquiatras e, incluso, pueden ser inducidos mediante sustancias bioquímicas o la estimulación de algunas regiones del cerebro. Por ejemplo, las contorsiones que tanto impactan a quienes las presencian, podrían deberse al llamado síndrome de Tourette. El consenso entre los investigadores es que este síndrome tiene un origen cerebral, a pesar de que los neurocientíficos no han logrado estipular con precisión en qué región del cerebro está su origen; se presume que se debe a desajustes en la región cortical y subcortical. Además de las contorsiones, el síndrome de Tourette puede ocasionar tics nerviosos y gritos violentos y profanos. Una vez más, las posesiones demoniacas parecen coincidir con esta sintomatología.

Los arrebatos de furia podrían también deberse a las fases maniacas del trastorno bipolar. La idea de que algún demonio está al acecho, o que una persona conocida lance algún maleficio para perjudicar, también tiene fuertes resonancias con otros desórdenes psiquiátricos. El delirio es, a saber, una creencia claramente irracional y sostenida aún frente a evidencia contraria, podría estar presente en muchas personas que se sienten perseguidas y acechadas por los demonios. La psiquiatría ha documentado delirios que desembocan en psicosis (como pérdida de contacto con la realidad), y muchos casos de posesión podrían ser instancias de psicosis.

El supuesto poseído también renuncia a su personalidad y permite que una personalidad foránea se apodere de su cuerpo. Si bien esto ha sido motivo de controversia entre los psiquiatras, algunos han postulado la existencia del trastorno de identidad disociativa, en el cual en la persona residen dos o más personalidades desconectadas entre sí. Si este trastorno efectivamente existe (y vale advertir que algunos psiquiatras consideran que más bien ha sido inducido por los medios de comunicación), podría explicar algunas instancias de posesiones demoniacas, en las que la persona de repente asume la personalidad del demonio.

También hay en la posesión demoniaca algunos elementos de histeria. Como es sabido, tradicionalmente los psiquiatras opinaban que la histeria era una condición exclusivamente femenina y, en vista de esto, algunos colocan en tela de juicio la validez de este diagnóstico. Con todo, hoy se llama histeria a un desorden psiquiátrico que implica una ausencia de control de las emociones y, en

ocasiones, la aparición de síntomas psicosomáticos.

Las posesiones de Loudun parecieron ser un caso de histeria. Me inclino por la hipótesis de que la monja Jeanne desarrolló una histeria, y los enemigos de Grandier se aprovecharon de esta coyuntura para eliminarlo de la escena. Si bien los psiquiatras de antaño malinterpretaron la histeria al atribuirle como causa exclusiva la insatisfacción sexual de las mujeres, no deja de ser cierto que una severa represión sexual puede conducir a una pérdida de control de las emociones. Y todo indica que esto ocurría en el caso de las posesiones de Loudun. La monja Jeanne estaba obviamente atraída hacia el buen mozo Grandier, pero la severa represión no le permitía manejar bien las emociones.

La psiquiatría ha documentado también que la histeria puede llegar a ser colectiva. Ha habido plenitud de casos en los cuales, ante algún temor o ansiedad, un paciente puede exhibir síntomas psicosomáticos. Eventualmente, las personas a su alrededor pueden también contagiarse, de estos síntomas, y empezar a exhibirlos. Por supuesto, esto ocurre mayoritariamente en comunidades pequeñas y cerradas, en las cuales la colectividad ejerce un gran control sobre los individuos. De hecho, buena parte de la historia de las brujas está marcada por este fenómeno. Tanto en Loudun como en Salem, el temor de una persona ante la intervención de Satanás propició que quienes estuvieran a su alrededor también perdieran el control de sus emociones, y dieran síntomas de histeria.

Hay, además, un componente de sugestión en las posesiones demoniacas. Una persona altamente sugestionable puede ser convencida por el exorcista de que, en efecto, está poseída por un demonio. Y, así, el endemoniado, en realidad, está desempeñando un rol para complacer las sugestiones del exorcista. Este es precisamente el motivo por el cual varios psiquiatras dudan de que el trastorno de identidad disociativo exista como tal. Nick Spanos, por ejemplo, es de la opinión de que los casos de personalidad múltiple en realidad obedecen a procesos de sugestión, en los cuales el terapeuta (probablemente de forma inadvertida) implanta sobre el paciente la idea de que hay dos personalidades en él; y el paciente, ya bajo los efectos de la sugestión, así lo asume.

Con todo, vale mantener presente una recomendación ofrecida por plenitud de psiquiatras: ninguno de estos desórdenes por sí solos son suficientes para explicar la experiencia de posesión, pues de hecho, hay muchas personas supuestamente endemoniadas que no exhiben los otros rasgos del síndrome de Tourette, el trastorno bipolar, los trastornos delirantes o la histeria. Sería necesario también tomar en consideración el añadido de condicionamiento cultural en cada una de estas instancias.

[3] BEAR, Manuel. *Las brujas ¡vaya timo!* Pamplona: Laetoli, 2011.

El Renacimiento,
la Reforma, la Ilustración
y el Romanticismo

SATANÁS EN LA PINTURA RENACENTISTA

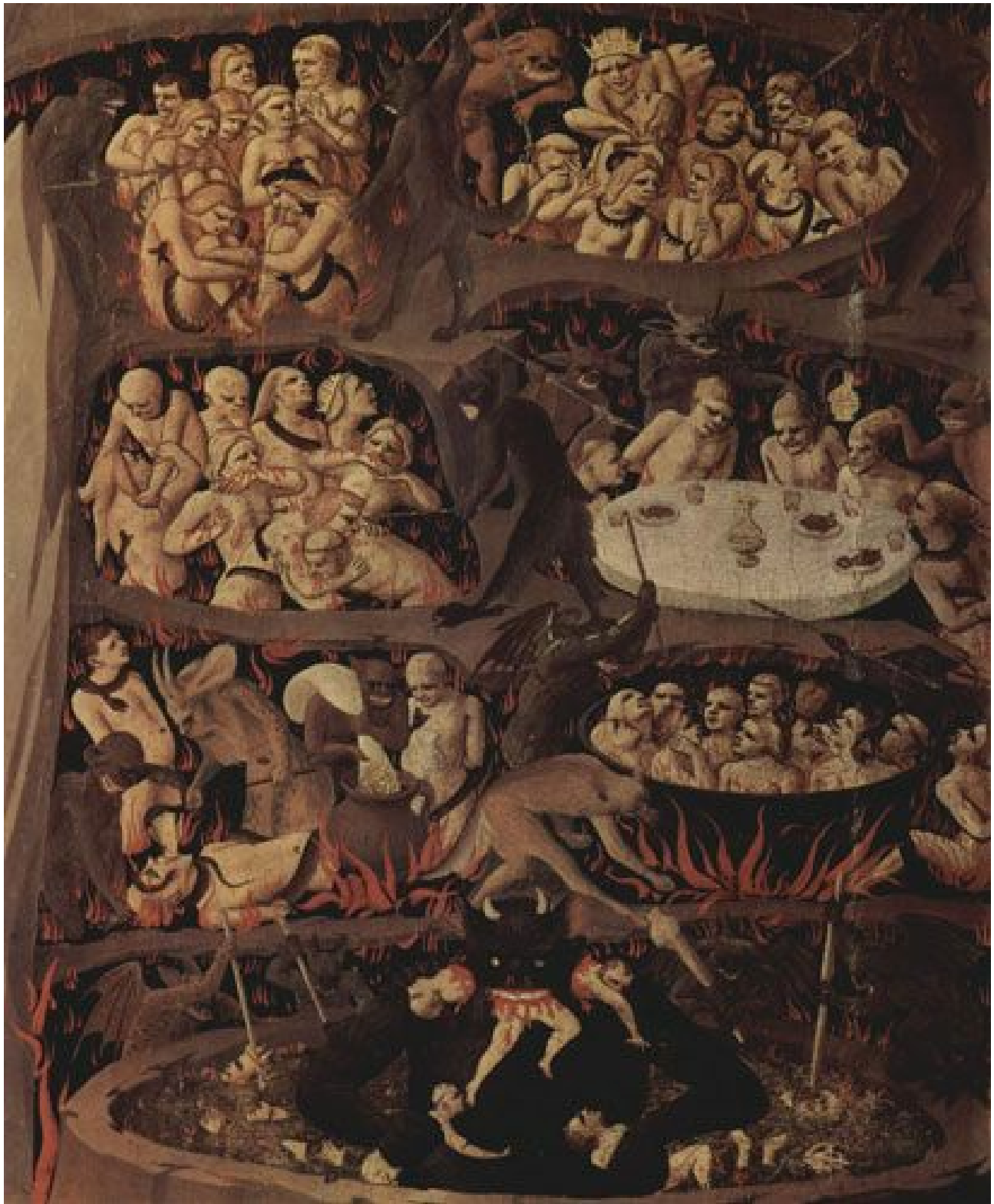
Muchas veces se olvida que hubo dos grandes variantes del Renacimiento. El llamado Renacimiento del sur coincide con la imagen popularizada de este movimiento artístico: humanismo, rescate de la antigüedad clásica, etc. Pero, hubo también un Renacimiento del norte. En vez de desarrollarse en la península itálica, se desarrolló principalmente en la actual Holanda y Alemania. Y, este Renacimiento del norte, mantuvo mucha más continuidad con las tendencias artísticas de la Edad Media.

En estas representaciones artísticas del Renacimiento del norte, Satanás empezó a ocupar una posición protagónica. Hacia el final de la Edad Media, se hizo popular en la pintura europea, especialmente en la escuela holandesa, la representación del Juicio Final. Casi todas estas obras constan de tres segmentos: a la izquierda alguna escena representando la vida en el paraíso para los salvados; en el centro Dios y su corte y el dramatismo de la resurrección, y a la derecha el infierno. Naturalmente, el diablo aparecería en las imágenes infernales.

Ya en el siglo XIV, por ejemplo, el pintor italiano Giotto pintó en la capilla de la arena, en Padua, una representación del Juicio Final. Abajo a la derecha está Satanás, una bestia azul celeste que devora inclementemente a los condenados. En un toque de sutil sadismo y morbosidad, Giotto representa a un Satanás que, a medida que va devorando a los condenados, los evacúa por el ano, sólo para volvérselos a comer. Giovanni da Modena representa un tema similar: en el *Inferno*, los demonios someten a tortura a los pecadores (les hacen beber oro fundido, son devorados por ratas gigantes), y en el medio de la escena, está un Satanás gigante que devora a los pecadores, a la vez que los evacúa por su ano, representado como una boca menor.

En el mismo siglo XV, otro pintor italiano, Fra Angelico, producía una de sus obras maestras, *El juicio final*. En el centro está Cristo sentado sobre su trono, rodeado de ángeles y santos. Debajo están los resucitados. Los salvados se dirigen a la derecha de Cristo (a la izquierda del espectador), y entran a la ciudad celestial. Los condenados se dirigen a la izquierda de Cristo, y entran al infierno. Los detalles infernales son bastante elaborados. Los condenados están desnudos, abrasados en llamas; de hecho, hay pailas colectivas. Algunos demonios con aspecto de bestia salvaje, cuerno y cola, mortifican a los condenados y preparan el fuego. Al fondo, está Satanás, una gran bestia negra cornuda que devora a algunos condenados.

Stephan Lochner, otro artista del siglo XV, también produjo una obra maestra con este tema. Se trata de un fondo de altar, con la misma estructura: Cristo en el medio, acompañado por la Virgen María y san Juan; a su derecha los salvados hacen una fila para entrar a la ciudad celestial; a su izquierda los condenados sufren toda clase de suplicios y son atormentados por demonios, criaturas de aspecto espantoso, con cierto aire de jabalí o cerdo, pero también demonios típicos con cuernos y tenedores.



Los pintores renacentistas tuvieron mucho interés en la representación de Satanás y el infierno y fue común imaginar a un diablo que consume cuerpos humanos. *El Juicio final* (h. 1450). Fra Angelico. Museo Convento de San Marcos, Florencia (Italia).

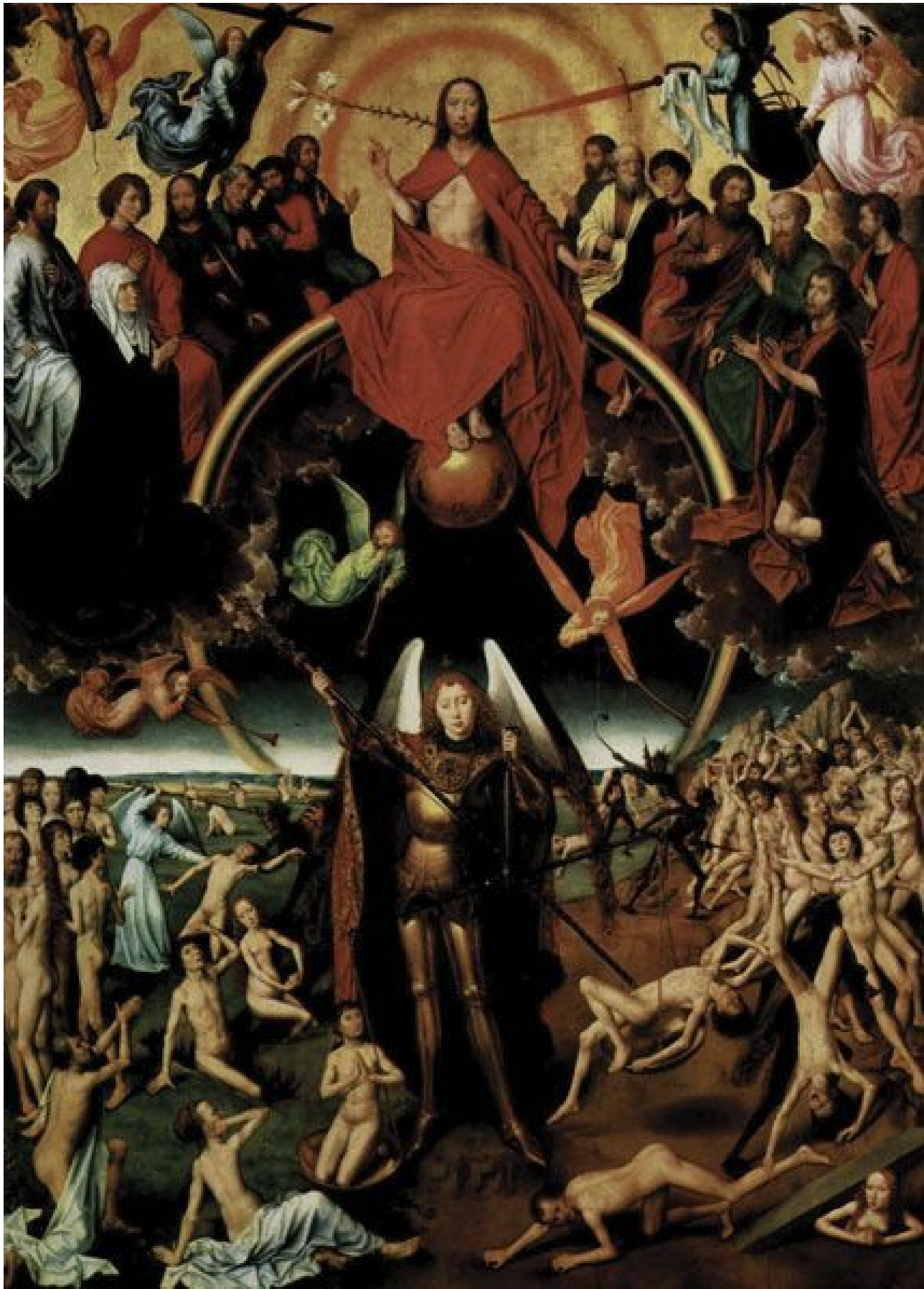
Curiosamente, en la pintura de Lochner, algunos ángeles voladores cooperan con los demonios en el castigo infernal. Y, precisamente, este es un tema que se repite más en el arte que en la teología. Como hemos visto, en un inicio el diablo era sencillamente el acusador en la corte celestial. Luego, se convirtió en el archienemigo de Dios y será vencido en la batalla final. Pero, a la hora de imaginarse el castigo infernal, no queda claro si el diablo sufrirá también. Y, al menos en el arte, Satanás no parece sufrir; es más bien una gran bestia que hace sufrir a los condenados. En otras palabras, hace el trabajo sucio que Dios no quiere hacer; se convierte más en el verdugo, que

propriadamente en el archienemigo de Dios.

En la versión del Juicio Final de otro gran artista renacentista también del siglo xv, Hans Memling, se representa nuevamente lo mismo. Cristo se sienta arriba en su trono; a su alrededor hay ángeles y santos. Debajo, san Miguel tiene una balanza con la cual mide los méritos de los resucitados (este elemento simbólico procede seguramente de la tradición egipcia, en la cual se pesan las virtudes con una pluma como contrapeso). Tiene también una vara, con la cual mantiene a distancia a los condenados. Los cuerpos desnudos salvados acuden a la ciudad celestial; los cuerpos desnudos condenados son empujados por san Miguel y otros ángeles al infierno. Los demonios, figuras negras con cuernos y alas, toman a los condenados. En la parte derecha de la pintura, se representa el infierno. Los detalles de la tortura son impresionantemente realistas y dramáticos. Los cuerpos se consumen en llamas con expresiones faciales sumamente afligidas. Los demonios exhiben sadismo.

Jan Van Eyck, también del siglo xv, presenta en su versión del Juicio Final, una imagen de Cristo en su majestuosidad, los cuerpos resucitando, san Miguel enviando cuerpos al infierno, y un gigantesco esqueleto (representativo de la muerte) abrazando a los condenados que son atormentados por demonios. El mismo tema de la muerte abrazando a los condenados y demonios aparece en la versión de Petrus Christus, también del siglo xv. Otro pintor del siglo xv, Jean Bellegambe, también elaboró un impresionante tríptico con el mismo tema del Juicio Final, y Dirck Bouts, del mismo período, presenta a unos demonios con forma de murciélagos que atormentan a los condenados en el infierno. En casi todas estas obras, hay poca imaginación respecto a cómo es la vida en el paraíso. Sencillamente, los salvados hacen fila para entrar a la ciudad celestial, pero no se nos ofrece detalles respecto a qué ocurre ahí. En cambio, las imágenes del infierno son ricas en detalles. Ha resultado mucho más fructífera la imaginación en torno al sufrimiento que en torno a la felicidad. Y, por supuesto, el género cinematográfico del horror se inspira significativamente en estas representaciones pictóricas del infierno.

En *El Juicio Final* de Memling hay demonios, pero no aparece Satanás como figura específica. Sí, aparece, en cambio, en otra de sus grandes obras, *La vanidad terrenal y la salvación eterna*. Por aquella época, era común en la pintura europea el tema del *memento mori*, el recuerdo de la muerte. Se solían representar calaveras, como medio recordatorio a la audiencia de que todos moriremos algún día y la vanidad se acabará. *La vanidad terrenal y la salvación eterna* es un tríptico que tiene en el ala izquierda una calavera, en el centro a una mujer vanidosa, y en el ala derecha a Satanás. El diablo tiene un aspecto bestial, típicamente con cuernos, pero además, tiene grabada una cara sobre su torso. Como ha sido frecuente, el arte cristiano suele recurrir a figuras mitológicas griegas para representar a Satanás; esta vez, se trata de los *blemmies*, criaturas que tenían la cara en el torso.



En la imaginación renacentista, los demonios infligen terribles castigos durante el Juicio final. MEMLING, Hans. *El Juicio final* (1466-1473). Museo Nacional de Gdansk, Polonia.

Además, con sus garras Satanás empuja a los pecadores hacia el infierno. Y, curiosamente, el infierno se representa como una gran bestia de cuya boca emergen llamas y, ahí, dentro se consumen los cuerpos condenados. De hecho, el tema del infierno como la boca de una bestia es relativamente

común en el arte medieval y renacentista, y en parte recapitula la creencia de que el infierno es un lugar físico al cual se puede acceder mediante algunos portales en la Tierra, especialmente los volcanes.

Probablemente el pintor renacentista que más exploró los temas satánicos e infernales en el siglo xv fue el enigmático Hieronymus Bosch, conocido como el Bosco. Su obra cumbre, *El jardín de las delicias*, representa emblemáticamente su estilo pictórico y sus preocupaciones religiosas y morales, así como el detalle de sus figuras imaginarias. Se trata de un tríptico. En el ala izquierda, están Adán y Eva en el jardín del Edén. En el centro, está la humanidad corrompida, realizando toda suerte de abominaciones sexuales. En el ala derecha, se representa el infierno con símbolos sumamente enigmáticos (muchísimo más que en sus otras obras).

Si bien el Bosco no tuvo tantas inclinaciones a pintar a Satanás como personaje propiamente, su representación de seres demoniacos y del infierno como una ciudad ardiente en la lejanía, en medio del caos apocalíptico, ciertamente lo convierten en uno de los máximos representantes de la pintura flamenca renacentista. Y, de hecho, su estilo marcó precedente para que otros grandes artistas flamencos se inspiraran en su estilo y representaran nuevamente otras versiones del infierno y los demonios.

Hay una obra renacentista del sur que merece mención como parte de la representación de temas satánicos: el conjunto de frescos de la catedral de Orvieto. Estos frescos, pintados por Luca Signorelli a inicios del siglo xvi, representan varias escenas apocalípticas inspiradas, por supuesto, en el libro del Apocalipsis. De estos frescos, la escena que ha quedado inmortalizada es *El sermón y las obras del anticristo*. La escena representa una plaza pública, en la cual, sobre un podio, un personaje fácilmente confundible con Cristo, predica su sermón. Pero, crucialmente, este predicador tiene a su lado al diablo, un humanoide con cuernos, quien le va dictando lo que debe predicar. Por supuesto, el predicador no es Cristo, sino el anticristo, del cual, en ocasiones se ha dicho que es un símil de Cristo, pues lo imita imperfectamente. En el fresco, el anticristo parece tener un enorme poder de persuasión, pues su audiencia consta de individuos muy bien vestidos, y debajo del anticristo reposan tesoros y riquezas que han sido ofrecidas por sus oyentes.

En el arte cristiano, Satanás ha tenido muchísima más representación que el anticristo. Y, si bien desde la Edad Media ha persistido la preocupación en torno al anticristo, a excepción de la magistral obra de Luca Signorelli, no se le prestó mucha atención en el Renacimiento. Con todo, el siglo xvi vio renacer la gran preocupación por el anticristo, a raíz de la Reforma protestante.

SATANÁS Y LA REFORMA PROTESTANTE

En medio de aquella explosión artística, el Vaticano tenía la ambición de recaudar fondos para construir el majestuoso templo que hoy es la basílica de San Pedro. Una forma bastante eficiente de recaudar los fondos fue mediante la venta de indulgencias: a partir de la creencia en el purgatorio como lugar post mortem, la Iglesia vendía certificados que, se creía, podían sacar a las almas del purgatorio.

El vulgo aceptaba la legitimidad de esta práctica, pero naturalmente, una élite intelectual se sentía indignada, pues, se trataba de una burda muestra de estafa religiosa. Pero, no fue sino hasta el siglo XVI cuando un monje agustino, Martín Lutero, cansado ya de tantos abusos clericales, decidió rebelarse y dar pie al movimiento que vino a llamarse la ‘Reforma protestante. En una célebre escena (pero de dudosa historicidad), se narra que Lutero en 1517, clavó sobre las puertas de la catedral de Wittenberg sus famosas *Noventa y cinco tesis*. Como los reformadores previos, Lutero denunciaba la venta de indulgencias, pero lo hacía con mayor vehemencia y habilidad retórica.

El clero, opinaba Lutero, es innecesario para la salvación. Pues, la relación entre Dios y el individuo sería directa. Y, así, Lutero empezó a demostrar animadversión al clero católico. Pero, por supuesto, su máxima animadversión estuvo dirigida al Vaticano. Lutero había viajado a Roma en peregrinaje, precisamente como parte del sacramento de penitencia. Al llegar a Roma, vio de cerca la corrupción de muchos miembros del clero. Lutero intentó mantenerse en el seno del catolicismo. Pero, fue excomulgado por el propio papa en 1520. Luego, en 1521, fue convocado a la Dieta de Worms (una federación de príncipes alemanes), y se le exigió que se retractara de sus publicaciones. Lutero rehusó hacerlo.

Todas estas experiencias se fueron acumulando y su animadversión al catolicismo se empapó de la retórica apocalíptica. Desde la Edad Media se había empleado al anticristo como figura retórica para degradar a los adversarios. Lutero llevó a un límite más extremo esta tendencia. Empezó a promover la idea de que, no algún papa en específico, sino la propia institución del papado, era el anticristo.

No está del todo claro si la sugerencia de Lutero sobre el papado era una mera estrategia retórica, o si en realidad Lutero creía que estaba viviendo la era apocalíptica y el papado era realmente el anticristo. La segunda opción parece tener mucho más sustento. A lo largo de su vida, la preocupación de Lutero con Satanás, los demonios y el anticristo fue persistente y genuina. Lutero era una persona cuyos estados de ánimo se alteraban continuamente y, muchas veces, achacaba a los demonios estas alteraciones.

De hecho, frente a la negativa de retractarse de sus escritos, la Dieta de Worms emitió una orden de captura en contra de Lutero. No obstante, el príncipe Federico el Sabio le ofreció protección, y lo alojó por varios meses en el castillo de Wartburg. Durante ese tiempo, Lutero tradujo el Nuevo Testamento al alemán. Según una leyenda, en ese proceso, Lutero se sintió acosado por el diablo. Se intercambiaron insultos e incluso flatulencias, y en un arrebato, Lutero lanzó al diablo un pote de tinta negra, la cual aún está hoy impregnada en una de las paredes del castillo. Otra leyenda narra que Satanás, vestido de monje, una vez fue a consultarle sobre los errores papales; Lutero dio una explicación, pero el monje siguió interrogándolo, hasta que perdió la paciencia; Lutero vio que las

manos del monje eran garras de ave y al descubrir que era el diablo, le ordenó que se fuera; Satanás así lo hizo, no sin antes dejar una flatulencia.



Martín Lutero tenía una obsesión con Satanás. Según la leyenda, tuvo un encuentro agresivo con el diablo en el castillo de Wartburg.
CRANACH EL VIEJO, Lucas. *Retrato de Martín Lutero* (h. 1543). Germanisches Nationalmuseum, Núremberg (Alemania).

Por supuesto, Lutero no hizo más que dar inicio a un ciclo de mutuas acusaciones sobre los vínculos con Satanás. Pues, así como Lutero acusaba al papado de ser el anticristo, muy pronto las autoridades católicas divulgaron la creencia de que el diablo se había disfrazado de comerciante de joyas y había visitado Wittenberg; ahí se encontró con la madre de Lutero y la sedujo, y de esa unión nació Lutero. Durante su infancia y juventud, Satanás le ofreció consejos sobre cómo triunfar académicamente. Cuando Lutero fue a Roma, no recibió un buen trato por parte de las autoridades clericales y, en su resentimiento, empezó a publicar panfletos en contra de la Iglesia, con la ayuda de su padre, el diablo.

Este intercambio de acusaciones diabólicas pronto dejó de ser meramente verbal y la sangre corrió. En Francia en el siglo XVI se desarrollaron las llamadas guerras de religión entre protestantes y católicos y, por supuesto, como parte de la campaña propagandística, la demonización de los enemigos se empleó como recurso retórico. La identificación del diablo como el enemigo también fue prominente durante la guerra civil inglesa en el siglo XVII, otro conflicto con tonalidad religiosa, derivado de las rupturas de la Reforma protestante.

LOS PACTOS DEMONIACOS

La demonología como disciplina prosperó especialmente durante el Renacimiento. El despertar del interés por el conocimiento sistematizado propició la organización de los elementos que fueron objeto de estudio y esto se extendió a los demonios. Durante la Edad Media hubo grandes discusiones académicas por los incubos y demás demonios, pero el Renacimiento procuró más un análisis cuantitativo y sistematizado de estas cuestiones. Y, así, a la par de los grimorios como manuales de magia para el pueblo, se publicaron textos de demonología con un perfil más académico, dirigidos más bien al público culto.

Hubo un mago renacentista que supuestamente tuvo alguna vinculación con Satanás y suscitó una leyenda negra: Johann Georg Faust, al que conocemos como Fausto. No es mucho lo que podemos conocer sobre este misterioso personaje, pero como los otros magos renacentistas, Fausto, mantuvo un sumo interés en el arte de la necromancia y buscó establecer contactos con espíritus y demonios. Esto generó suspicacia en la opinión popular respecto a su figura y su imagen se vio aún más deteriorada por sus actos homosexuales. Fausto era alquimista y en uno de sus experimentos mezclando sustancias, según parece, hubo una explosión que acabó con su vida en 1540.

En el folclore alemán, pronto apareció la leyenda de que Fausto había hecho un pacto con el diablo, y eso explica su muerte tan aparatosa: Satanás habría ido a buscar su alma, y por ello, mutiló severamente su cuerpo. Según se narraba, Fausto estaba inconforme con su vida y pretendía conseguir mayores conocimientos. Así, conjuró al diablo. Este se le apareció y selló con Fausto un pacto demoníaco: el diablo le entregaría conocimientos y otras ventajas, pero después de algunos años, el diablo se llevaría el alma de Fausto.

Esta historia, que ya relatamos en el capítulo 6, parece ser que tuvo también antecedentes en la leyenda medieval de Teófilo de Adana, en el siglo VII. Según hemos visto, es la historia de un archidiácono que hizo un pacto con el diablo para convertirse en obispo, pero luego se arrepintió e imploró a la Virgen María. En aquel contexto renacentista, había gran preocupación por los peligros de la magia. Pues, aun si no se pretendía usar deliberadamente como maleficio, existía el temor de que, por algún accidente mágico, pudiera ocurrir una catástrofe.

Pues bien, la leyenda de Fausto en un inicio pretendió ser una historia moralizante sobre los peligros de la magia y las terribles consecuencias derivadas de la invocación de demonios. En 1587 apareció en Alemania una versión anónima de la leyenda, impresa en formato de folleto. Ahí, por primera vez aparece el nombre Mefistófeles, el cual desde entonces, ha estado vinculado con la historia de Fausto. *Mefitz*, en hebreo, significa ‘destructor’, y *tofel* significa ‘mentiroso’ también en hebreo. Así, se conjugaron estas dos palabras, y apareció en el folclore alemán Mefistófeles como nombre propio del diablo en su aparición a Fausto.

Mefistófeles ya no es como las antiguas representaciones bestiales del diablo. En las distintas versiones de la leyenda de Fausto, empieza a ser retratado como un personaje mucho más persuasivo y cercano a la humanidad. De hecho, su aspecto animalesco desaparece casi del todo y es retratado más como una persona con todas las complejidades de la condición humana. A partir de las leyendas de Fausto, el diablo se va impregnando de más simpatía, y sus obras, si bien moralmente reprochables, van asumiendo un perfil menos tenebroso e, incluso, más cómico y noble.

MILTON: UN ANTES Y UN DESPUÉS

EN LA HISTORIA CULTURAL DE SATANÁS

A partir del mismo siglo XVII en Inglaterra, se abrió la puerta para la representación literaria de un Lucifer distinto, alejado de la monstruosidad con que tradicionalmente se le representa. Probablemente ningún otro poeta o teólogo ha contribuido tanto (y quizás de forma inadvertida) a la reivindicación de Satanás, como el gran John Milton.

Milton tenía firmes convicciones protestantes. De hecho, participó activamente en el partido de los puritanos durante la guerra civil inglesa, fue funcionario bajo el gobierno de Oliver Cromwell y cuando regresó la monarquía a Inglaterra, sufrió alguna persecución leve.

La guerra civil inglesa fue una variante de las guerras religiosas surgidas en Europa como consecuencia de la Reforma protestante (aunque esta guerra, en vez de enfrentar a católicos y protestantes, enfrentó a anglicanos y puritanos, el primer grupo más cercano al catolicismo, el segundo más radicalizado en contra de los vestigios católicos). Durante estos conflictos, la retórica que satanizaba al enemigo fue bastante común y Milton no escapó a esta tendencia.

Pero, Milton fue un poeta de grandes talentos e innovación. Y, en vez de conformarse con representar a un Satanás bestial y monstruoso identificado con sus enemigos y asociado con brujas, Milton dio un giro revolucionario al retrato artístico del diablo. Milton, inmerso en una época de gran agitación social y política, y miembro de un movimiento revolucionario, optó por retratar un héroe rebelde que se alza contra la tiranía del orden establecido y, que si bien falla en el intento, al menos tiene la osadía de hacerlo. Es esta la temática que conduce el gran poema épico de Milton, *El paraíso perdido*, publicado en 1667. No es una exageración postular que, en la historia cultural del diablo, hay un antes y un después, y esa separación está marcada por la aparición de *El paraíso perdido*.

Como base de su poema, Milton parte de la antigua tradición, remontada al libro de los Vigilantes, según la cual, el diablo era originalmente un ángel que, en rebeldía contra Dios, cayó en desgracia. El poema de Milton, cargado de emoción, empieza con Lucifer y otros demonios: estos se dan cuenta de que están en el infierno, encadenados e inmersos en el lago de fuego, una típica imagen infernal que, como hemos visto, se remonta al libro del Apocalipsis. Milton postula que el nombre original del diablo era Lucifer, antes de su rebelión. Después de su caída, asumió el nombre de Satanás.

Según parece, ha habido una batalla entre ángeles y demonios, y estos han perdido. Presumiblemente, los demonios están desmoralizados, pero Satanás se levanta y se dirige a su audiencia de demonios. Con gran entusiasmo y poder persuasivo, trata de convencer a los demonios de que la guerra contra Dios y los ángeles no está perdida. Entre sus razones, Satanás expone aquella que ha pasado a la posteridad: «mejor gobernar en el infierno, que ser gobernado en el cielo». Con esa retórica, el ejército de demonios se entusiasma.

Los demonios parecen desarrollar entre sí lazos de hermandad bajo el liderazgo de Satanás y cooperan para construir la capital del infierno, Pandemonio, bajo las directrices del demonio arquitecto, Mulciber. La ciudad infernal no es meramente un lugar de sufrimientos. Hay también explanadas y colinas de considerable belleza; una descripción muy alejada, por supuesto, del terror

infernado auspiciado por Dante.

La asamblea de demonios se reúne para decidir cuál es la mejor estrategia para enfrentarse a Dios en una nueva batalla. En un modo propio del parlamentarismo (vale destacar, la forma política defendida por el partido de los puritanos durante la guerra civil inglesa), varios demonios ocupan el estrado y ofrecen sus estrategias. *El paraíso perdido* obviamente se inspira en los grandes poemas épicos del pasado, en los cuales grandes asambleas de guerreros se reúnen para exponer estrategias y, en esa exposición, revelan parte sustancial de su personalidad.

No ha sido del todo claro en la historia cultural del diablo si los nombres alternativos hacen referencia al mismo Satanás, o más bien a sus subordinados. En algunas tradiciones, se asumía que nombres como Belzebú son otros nombres para el mismo Satanás, pero en otras tradiciones, entre las cuales se incluye *El paraíso perdido*, se asume que cada uno de esos nombres hacen referencia a los subordinados del diablo como personas aparte.

Así, en esa asamblea de demonios, Moloch propone combatir directamente a Dios; Beliar el demonio de la pereza, propone dejar todo como está y no hacer nada; Mammón propone quedarse en el infierno y trabajar para convertirlo en un lugar agradable, sobre todo si se refinan los minerales y metales preciosos que se encuentran en él (Mammón, por supuesto, es el demonio de la codicia; esta tradición procede de la mención de Mammón, el falso dios del dinero, en Lc 16: 13 y Mt 6: 2). Belzebú, el demonio privilegiado por Satanás, propone que la mejor forma de vengarse de Dios es atacando a la nueva creación divina, el hombre. La asamblea de demonios favorece la alternativa de Belzebú y, entonces, Satanás se propone viajar a la tierra para tentar a Adán.

En *El paraíso perdido*, Satanás tiene dos hijos: el pecado –una mujer hermosa, pero la parte inferior de su cuerpo tiene forma de serpiente–, y la muerte –un joven que nació como producto de la unión incestuosa de Satanás y el pecado–. En el poema, Satanás pide a sus hijos que abran las puertas del infierno, para acudir a la tierra e intentar dar cumplimiento a su empresa.





El paraíso perdido, de Milton, marca un hito en la historia cultural de Satanás, pues por primera vez se empieza a retratar a un diablo carismático e, inclusive, heroico. Ilustración de Gustave Doré.

Satanás empieza su viaje, pero en el camino, se encuentra con el arcángel Uriel. Para evitar una confrontación, Satanás, se disfraza de querubín y Uriel le permite el paso. Pero, eventualmente Uriel se da cuenta de que se trata en realidad de un falso querubín y advierte a los otros ángeles de que hay un intruso. Con todo, Satanás se propone tentar a Adán y Eva, y asume la forma de un renacuajo. Bajo esta forma, suspira en el oído de Eva, pero el ángel Gabriel detecta la presencia de Satanás y lo expulsa.

Dios se preocupa por el futuro de Adán y Eva (a pesar de que, en el mismo poema, de antemano ya Dios sabe que Adán y Eva pecarán, y Milton presenta así, en términos poéticos, la vieja preocupación filosófica: si Dios es omnisciente y sabe de antemano cuáles serán nuestras decisiones, ¿cómo podemos considerarnos libres?). En vista de esta preocupación, envía al ángel Rafael a advertir a Adán y Eva sobre los peligros que les acechan.

Rafael cuenta a Adán y Eva cómo fue que Lucifer se sublevó en contra de Dios. Milton recapitula la vieja tradición de que la envidia fue el principal motivo para la sublevación de Lucifer. Dios presentó al Hijo (Cristo) como el rey de los ángeles en el cielo y los ángeles se regocijaron. Pero, Satanás estuvo molesto por ello. Satanás pensaba que él mismo sería el comandante más cercano de Dios y, por eso, rehusó reconocer al Hijo como su superior. Así, Satanás empleó argumentos pomposos para persuadir a un tercio de los ángeles de que lo acompañaran en su

rebelión. Uno de los ángeles, Abdiel, en un inicio siguió a Satanás, pero al escuchar sus argumentos, recapacitó y permaneció fiel a Dios.

Abdiel regresó a los ejércitos de Dios y sus ángeles. A pesar de que Dios tenía ventaja numérica, organizó un ejército del mismo tamaño que el de Satanás, para hacer la lucha menos desigual. Con los arcángeles Miguel y Gabriel al frente, la batalla duró dos días. En un inicio la lucha fue dura pero, finalmente, los ángeles leales lograron arrinconar a los rebeldes y arrojarlos al infierno. A medida que la batalla se fue desarrollando, los ángeles rebeldes fueron encontrando que Dios y sus ángeles eran demasiado poderosos y no había forma en que puedan vencerlos. Pero, de forma testaruda, persistieron en su batalla, hasta que finalmente fueron derrotados.

Después de que Rafael cuenta esta historia, Satanás regresa al paraíso, para tentar nuevamente a Adán y Eva. Se convierte en una serpiente y la piropea. Eva se sorprende de que un animal pueda hablar, y Satanás le informa que él aprendió a hablar después de haber comido del fruto del árbol del conocimiento. Con sus argumentos sofisticados, Satanás trata de convencer a Eva de que, en realidad, Dios quiere que ella coma del fruto del árbol prohibido. Eva cae en la tentación y come.

En vista de la desobediencia, Dios se enfurece. Castiga a Satanás a arrastrarse, para lo que le convierte en serpiente. Satanás ha cumplido la hazaña que se había propuesto y regresa al infierno, en espera de ser recibido como un héroe por su legión de demonios. Pero, cuando llega, no es recibido como él esperaba. Los demonios también se han convertido en serpientes y la escena se vuelve decadente, pues los demonios no encuentran satisfacción en la hazaña de Satanás.

El Satanás retratado por Milton es revolucionario en dos sentidos. En un primer sentido, porque rompe con la monstruosidad de representaciones anteriores. Pero también, es revolucionario en un segundo sentido, porque se convierte en la figura emblemática del antihéroe que tiene cualidades atractivas, pero que al final, comete alguna falta grave que sella su propia destrucción.

El Satanás de *El paraíso perdido* ha sido sumamente atractivo para los espíritus rebeldes. En él se representa la soledad del antihéroe incomprendido que, con todo, nada contra la corriente y, a pesar de que fracasa en su intento, se gana la simpatía de la audiencia. No en vano, veremos más adelante que este Satanás fue precisamente exaltado por varios poetas románticos, pues veían en él a la figura valiente y trágica que se atreve a defender las causas perdidas y rebelarse contra el orden establecido. Muchos revolucionarios han tenido semejanzas con este Satanás rebelde, pero heroico. Este Satanás ya no es la representación absoluta del mal, sino aquello que precisamente fue cuando apareció la figura del diablo: el adversario. Si Satanás es un rebelde en contra de un orden tiránico, entonces este Satanás no es malo, sino bueno y digno de admiración. Veremos en el capítulo siguiente que este perfil de Satanás ha sido retomado por la mayoría de los grupos satánicos contemporáneos.

El retrato que Milton elabora ha dejado perplejos a los críticos literarios desde entonces. No podemos estar del todo seguros de si Milton era o no un genuino cristiano, pues pareció tener demasiadas simpatías por el Satanás rebelde. Ciertamente los primeros dos libros de *El paraíso perdido* (aquellos en los que se presenta a Satanás dirigiéndose a la asamblea de demonios) presentan a un Satanás heroico. Pero, a medida que progresa el poema, se va revelando que Satanás no es el héroe que aparentaba ser al inicio; antes bien, es un embaucador de gran inmoralidad.

Si bien su espíritu rebelde y democrático frente a la aparente tiranía de Dios es atractivo, Satanás se vale de la estrategia indecorosa. En vez de enfrentarse directamente a Dios (como había propuesto Moloch en la asamblea), opta más bien por atacar al más vulnerable, a saber, el propio Adán. Y, en el relato de Rafael sobre los orígenes de la rebelión, se revela un Satanás mucho más

cobarde: en la rebelión, en vez de enfrentarse y combatir directamente con Dios, huyó durante la noche.

Más aún, a medida que progresa la narrativa, se hace más evidente que los verdaderos motivos para la rebeldía de Satanás no son la lucha contra el orden tiránico de Dios, sino únicamente su propia vanidad. De hecho, después de lograr su hazaña con Adán y Eva, Satanás queda decepcionado de que los demonios no lo aplaudan, y más bien se hayan convertido en serpientes. Así pues, el poema de Milton pretende ser en buena medida una historia moralizante. Satanás, para Milton, es peligrosamente persuasivo, pero al final, seguir sus pasos conduce al fracaso y la condena.

LA ILUSTRACIÓN Y SATANÁS

El siglo XVIII es tradicionalmente llamado el Siglo de las luces. El movimiento de la Ilustración, originario de ese siglo, en buena medida era una exhortación a abrazar la racionalidad en todas las esferas de la vida y no dejarse frenar por los límites de los dogmas.

Con esta actitud, se hace muy difícil aceptar la existencia del diablo. Los ilustrados explotaron continuamente el tema de que, en épocas pasadas, la humanidad vivía aterrada por un universo que no comprendía y que la base de la religión es el miedo. Una vez que, mediante el uso de la racionalidad y el examen de la experiencia, se va descubriendo el universo, ese temor se va mitigando. Es cuestionable si todas las creencias religiosas reposan sobre el miedo, pero al menos podemos admitir que, hasta el siglo XVIII, Satanás es una de las figuras que mayor temor ha generado en los feligreses de las religiones de Occidente. Y, así, opinaban los ilustrados, una de las primeras prioridades en el vencimiento del temor religioso es, precisamente, sobreponer la creencia en Satanás. Todo cuanto se dice de Satanás procede del dogma y la aceptación de la autoridad religiosa. Los ilustrados plantearon su movimiento precisamente como una reacción en contra del dogma y la autoridad religiosa; naturalmente, en esta visión del mundo, no había espacio para contemplar la existencia de Satanás.

Quizás el ilustrado que con mayor extensión argumentó en contra de la existencia del diablo fue Balthasar Bekker, en el siglo XVII. Su libro, *El mundo encantado* (publicado en 1691) es un alegato en contra de las creencias sobre brujas y Satanás. Pero, a diferencia de muchos de sus colegas ilustrados, Bekker defendía la existencia de Dios y otras sustancias inmateriales. Bekker era un tenue seguidor de René Descartes, quien defendía la doctrina dualista según la cual, la realidad consta de dos tipos de sustancias: materiales e inmateriales. Pero, Descartes opinaba que, salvo en el caso del alma humana, las sustancias inmateriales no interactúan con las sustancias materiales y que, de hecho, el mundo material funciona mecánicamente, como una gran máquina con leyes fijas. Bekker asimiló esta doctrina y postuló que si bien sustancias inmateriales como el diablo y los demonios pueden existir, estas no tienen incidencia sobre el mundo material. Así, quizás, el diablo existe pero no debemos esperar encontrarnos con él en este mundo.

Con todo, había eminentes autores de aquella época que seguían tomando muy en serio al diablo y su conspiración con el anticristo para apoderarse del mundo mediante el control de los gobernantes. Así, por ejemplo, en 1726 Daniel Defoe (el mismo autor de la célebre *Robinson Crusoe*) publicó la *Historia política del diablo*, un texto crítico del retrato de Milton, mucho más apegado a la representación tradicional de Satanás. En este texto, Defoe adelantaba la idea de que algunos políticos de la época estaban inspirados por el demonio.

Pero, el escepticismo en torno al diablo seguía creciendo. Voltaire, el más emblemático de los ilustrados, no formaba parte del ala radical de la Ilustración. No obstante, tuvo poca paciencia para aceptar la existencia del diablo. Voltaire, fue conocido por hacer un uso muy refinado de la burla y la sátira, y promovió la imagen del diablo como parte de su programa satírico para criticar las irracionalidades religiosas europeas. Voltaire veía en Satanás el típico ejemplo de una figura tenebrosa que los sacerdotes empleaban para aterrorizar a las masas ignorantes y, así, manipularlas a su antojo y sacar provecho. El remedio era precisamente burlarse de la imagen del diablo.

De hecho, según una crónica, inclusive en su lecho de muerte, Voltaire mantuvo una actitud burlesca frente a Satanás. Llegó un confesor a intentar administrarle los sacramentos y lo exhortó a que abandonase a Satanás, a lo que Voltaire respondió: «este no es el momento para hacer nuevos enemigos» como comenta Matthews.

SATANÁS EN EL ROMANTICISMO

Pero, a la par que los ilustrados se empapaban de racionalismo y se burlaban de la imagen del diablo como un emblema de la superstición de épocas pasadas, en el mismo siglo XVIII surgieron en Europa los gérmenes del movimiento que vino a llamarse el Romanticismo, y que en buena medida pretendió ser una reacción en contra de la exaltación ilustrada de la razón. Frente al desencantamiento del mundo promovido por los ilustrados, los románticos buscaron revitalizar las emociones de épocas pasadas.

En vez de razonar fríamente, los románticos proponían sentir intensamente; frente al optimismo de los ilustrados, los románticos más bien tuvieron una visión pesimista del mundo. Y, en tanto el diablo ha tenido un gran potencial emocional, bien sea por su capacidad para inspirar asombro, angustia, temor e incluso admiración; algunos movimientos literarios buscaron incorporar a Satanás en sus narrativas. Pero, ya no lo hacían al modo medieval. Antes bien, aprovechaban la imagen del diablo para manifestar su desdén por el estado de la sociedad y atacar incluso a la misma Iglesia.

En este contexto surgió la literatura gótica en la segunda mitad del siglo XIX, como germen del movimiento romántico. Sus exponentes empezaron a explorar temas macabros, personajes desfigurados y misteriosos, castillos abandonados y tenebrosos, pasadizos y túneles secretos, desenfreno sexual, apariciones fantasmales y tierras distantes. Claramente, la novela gótica es una antecesora del contemporáneo género de terror, pero además, incorporaba historias de amoríos desafortunados para añadirle aspectos más desconsoladores.

En la representación de temas lúgubres, resultaba inevitable que apareciera Satanás. Comienza a aparecer el tema de los amores no correspondidos con finales trágicos, en tierras lúgubres y tenebrosas. La España católica, fanática en siglos anteriores, se convirtió en escenario favorito de varias de estas novelas en las que aparece el diablo. Así, por ejemplo, apareció en 1772 *El diablo enamorado*, de Jacques Cazotte. Su trama es sencilla: Álvaro, un joven noble español, encuentra amistades que mantienen un interés en la invocación de fuerzas ocultas. Conjura un espíritu y aparece Biondetta, una bella doncella. Pero, a medida que progresa la novela, se va revelando que Biondetta no es propiamente una doncella; antes bien, es el propio diablo y se ha enamorado de Álvaro. Biondetta hace varios intentos por seducir a Álvaro, pero este resiste, menos por motivos morales y más por motivos del honor de nobleza. Finalmente, Álvaro cae en la tentación, pero queda aterrorizado ante la idea de haberse acostado con el mismísimo diablo. No obstante, repentinamente, despierta y no está seguro de si su experiencia fue un sueño.

Más impacto tuvo *El monje*, novela publicada en 1796 por Matthew Gregory Lewis y hoy considerada una de las más emblemáticas obras de la literatura gótica. La mayoría de los exponentes de la literatura gótica, originarios de Inglaterra, tenían repulsión por el catolicismo. Y, así, lo mismo que *El diablo enamorado*, *El monje* se desarrolla en España. En *El monje*, Ambrosio, un talentoso predicador cae presa de las triquiñuelas de Matilde, una mujer disfrazada de monje en el monasterio. Hasta ese momento, Ambrosio ha sido muy devoto pero, desde entonces, empieza a transcurrir por un camino de suma inmoralidad. A pesar de que Ambrosio pierde el interés por Matilde, esta conjura pactos demoniacos y ayuda a Ambrosio a acercarse a Antonia, una joven por la cual siente lujuria. Hacen contacto con el diablo, quien aparece en forma de joven, y a partir de entonces se le abre el

camino para conquistar a Antonia. Pero, en su determinación, Ambrosio mata a Elvira, la madre de Antonia, y termina por violar a la misma Antonia. La Inquisición apresa a Ambrosio y lo condena a muerte, pero Matilde aparece en su calabozo y le deja un libro para invocar al diablo y pedirle que lo ayude a escapar. A cambio del alma de Ambrosio, Lucifer lo ayuda a escapar. Pero, entonces, el diablo lleva a Ambrosio al borde de un precipicio donde le revela que Matilde era el mismísimo diablo, Elvira es la madre de Ambrosio, y Antonia su propia hermana. El diablo termina por arrojar a Antonio por el precipicio y este muere.

Clásica en el género de la novela gótica también es *Melmoth, el errabundo*, publicada por Charles Maturin en 1820. La historia recopila el viejo tema del pacto demoniaco. Melmoth hace un trato con el diablo: a cambio de su alma, Satanás le ofrece una longevidad de ciento cincuenta años. Pero, durante ese tiempo, Melmoth se arrepiente y deambula por la tierra buscando a alguien que lo reemplace voluntariamente en ese pacto, para así liberarse del compromiso de entregar su alma. Esto presenta una ligera innovación en las leyendas de pactos con el diablo, pues tradicionalmente se había asumido que el pacto era intransferible. Pero, en su novela, Maturin permite la posibilidad de encontrar un sustituto para Melmoth. Melmoth es, hasta cierto punto, una recapitulación del arquetipo del judío errante, una figura de la literatura medieval, a quien Jesús habría condenado a deambular por la tierra, por haber rehusado darle agua en el camino de Jesús a la crucifixión.

Puesto que pocas personas son tan tontas como para hacer un pacto con el diablo, Melmoth busca a individuos que atraviesen intenso sufrimiento, pues en virtud de su desesperación, quizás acepten el pacto demoniaco. En su marcha por el mundo, Melmoth encuentra todo tipo de atrocidades y, como era típico entre los novelistas góticos, no desaprovecha la oportunidad para representar a la España ultracatólica de épocas pasadas, y en especial la Inquisición, como la cumbre de los horrores humanos. Al final, nadie acepta las ofertas de Melmoth (ni siquiera aquellos que sufren más intensamente en la novela), y el diablo se lleva su alma.

En algunos otros autores de ficción del siglo XIX, aparece el diablo para escandalizar y generar horror en los lectores. Edgar Allan Poe, por ejemplo, narra en *Nunca apuestes tu cabeza al diablo* (escrita en 1841), la historia de un joven que apuesta su cabeza con el diablo en un puente, pero falla en el intento y queda decapitado. Mark Twain narra en *En el forastero misterioso* (publicada en 1824), una variante de la leyenda de Fausto, pero con temas horribles: un hombre avaro hace un pacto con el diablo. Este le ofrece habilidad en la usura para conseguir riquezas, pero por supuesto, a cambio exige su alma. Para escapar del trato, Tom abraza una vida religiosa y cree estar protegido por unas copias de la Biblia que lleva consigo, pero un día las olvida y el diablo aprovecha esa oportunidad para llevárselo en medio de una terrible conmoción.

Mas, si bien el Romanticismo abrió las puertas al uso de la imagen del diablo para manipular emociones y sentimientos de terror, los románticos fueron mucho más propensos a apropiarse de Satanás, no para horrorizar a sus audiencias, sino para expresar, por boca de Lucifer, el espíritu de inconformidad y emotividad característico de aquel movimiento. Así, a partir de finales del siglo XVIII, el Satanás rebelde originalmente retratado por Milton pasó a ocupar un lugar central en la escena literaria. Milton se convirtió así en el inspirador de una nueva ola de poetas que desarrollarían los detalles del diablo romántico.

Probablemente el poeta romántico que más influencia recibió de Milton fue William Blake. En un inicio, Blake fue un pintor que perfeccionó la técnica del grabado a colores. Y, entre sus múltiples grabados, hay una colección de ilustraciones de varias escenas de *El paraíso perdido*. Fue de hecho

Blake quien acuñó la célebre observación de que Milton era del partido del diablo, sin percatarse de ello.

Pero, además de artista plástico, Blake fue poeta. En su poesía, Blake exalta a Satanás precisamente como el héroe romántico que trata de reivindicar como virtudes, aquellos valores que tradicionalmente son considerados vicios. Dios es un personaje moralmente cuestionable, pues constantemente reprime la emotividad de los seres humanos. Satanás, en cambio, con su espíritu rebelde frente a este orden rígido frío, es digno de admiración, pues pretende revitalizar la creatividad, la sensualidad y la emoción. Y, así, para Blake, el adjetivo satánico se convierte en motivo de elogio, y no de insulto. El propio Jesús es satánico, pues enseñó a los hombres a cultivar sentimientos sublimes y actuó más sobre las bases de la emoción que sobre las bases de la razón. Y, en el contexto de Blake, todo esto tenía un componente político considerable. Pues, Blake fue contemporáneo de la revolución francesa, y aquella empresa, emblemáticamente rebelde, fue interpretada por Blake y sus seguidores como la viva manifestación del espíritu romántico de Satanás.

LORD BYRON Y GOETHE

Otro gran poeta del Romanticismo, George Gordon Byron, no sólo buscó desarrollar muchos de estos rasgos románticos en el retrato de sus personajes literarios, sino que su propia vida fue en buena medida una escenificación de esta actitud. Lord Byron nació con el defecto de pie retorcido. Desde su más temprana infancia estuvo muy consciente de esto, y vivió con ese complejo toda su vida, pero en vez de avergonzarlo, generó más bien cierto orgullo. Se fue cultivando en él un sentimiento de soledad respecto al mundo. Pero, lord Byron era también muy elegante y bien parecido, además de que heredó una significativa fortuna. Así, a lo largo de su vida tuvo varios amoríos escandalosos (uno de ellos incestuoso), y terminó por ser víctima del desprecio en la aristocracia inglesa. Pero, lo mismo que el Satanás de Milton, lord Byron se fue conformando como el antihéroe en aquella sociedad: se enorgullecía de ser rechazado por los otros y, con una nobleza de corazón, asumió la causa de los desamparados. Así, viajó por Europa y asumió como propia la causa del pueblo griego en su lucha frente al poder turco. No obstante, en pleno esplendor de su vida, lord Byron murió en Grecia, en 1824, víctima de la malaria. Su final trágico, el cual conmocionó a Inglaterra, fue el cierre de una vida emblemáticamente satánica (en el sentido romántico): lord Byron era ese héroe solitario; audaz, libre y rebelde; orgulloso y noble pero insolente, que tiene un final trágico debido a una falta de sentido de prudencia.

Los héroes que lord Byron retrata en sus poemas son semiautobiográficos y, en ese sentido, repiten algunas de las características del Satanás romántico. Estos personajes son tan arquetípicos de la personalidad de lord Byron, que eventualmente los críticos literarios llaman héroes byronianos a aquellos que son precisamente carismáticos pero imperfectos. Lucifer es uno de estos héroes byronianos: aparece en *La visión del Juicio*, una sátira sobre la disputa entre Dios y el diablo respecto al destino del alma del recién fallecido monarca inglés Jorge III. En este poema, Lucifer aparece representado como el amante de la libertad y la sinceridad frente a la hipocresía de la moral convencional.

Tanta prominencia cobró lord Byron en su representación de los temas satánicos desde una perspectiva romántica, que pronto fue etiquetado, por el crítico literario Robert Southey como los fundador de la escuela satánica de poesía.

El Romanticismo en Alemania también tuvo interés en la figura del diablo, a pesar de que no fue asumida con la misma simpatía como lo hicieron los románticos ingleses. Una de las máximas figuras del Romanticismo, Johann Wolfgang von Goethe, reinterpretó la leyenda de Fausto, y produjo su versión más famosa en *Fausto*, una obra teatral publicada en dos partes: sólo la primera, publicada en 1806, incorpora al diablo como personaje.

Goethe se había hecho renombre como uno de los poetas que más había explorado la intensidad de las emociones frente a la fría racionalidad promovida por los ilustrados. Y, en este sentido, la historia de Fausto le resultó muy atractiva pues serviría para reiterar el tema romántico de que el predominio de la racionalidad y la obsesiva búsqueda del conocimiento pueden conducir a consecuencias trágicas. En ese sentido, el *Fausto* de Goethe no es tanto un llamado a rechazar pactos demoniacos (es dudoso que Goethe creyese en la existencia real del diablo), sino más bien, una palabra de advertencia a la civilización occidental frente a su confianza en resolver todos los

problemas por vía del conocimiento.

A la manera del libro de Job, *Fausto* comienza con una suerte de apuesta entre Dios y el diablo en la corte celestial. Mefistófeles apuesta que él podrá hacer que Fausto venda su alma y se entregue al pecado. Fausto, por su parte, ya no es estrictamente un mago como en la versión de Marlowe, sino un académico (una representación del prototipo de la Ilustración) que está aburrido con su conocimiento, pues desea conocer cosas nuevas y ocultas. En su desesperación, se dispone a suicidarse, pero se da cuenta que es Domingo de Pascua y sale a la calle. A su regreso a casa, sigue a Fausto un perro negro. Este perro se convierte en Mefistófeles, y Fausto y Mefistófeles conversan filosóficamente sobre la búsqueda del conocimiento. Fausto manifiesta su insatisfacción con todo aquello que ha estudiado durante su vida y, en vista de ello, Mefistófeles le ofrece ser su sirviente. Pero, si Fausto logra un momento de felicidad, hasta el punto de que desea que este momento no cese, Mefistófeles se llevará su alma. Fausto acepta.

Así, Fausto y Mefistófeles empiezan una serie de aventuras. El Mefistófeles de Goethe ya está muy lejos de ser el vulgar diablo de épocas pasadas. Lleva a Fausto a una taberna en la cual unos campesinos disfrutan entre sí, pero Fausto encuentra eso muy insatisfactorio. Luego, visitan a una bruja: esta le ofrece una poción mágica a Fausto. Con esta bebida, Fausto se convertirá en un hombre muy atractivo y hará que él se enamore de la primera muchacha que vea.

En efecto, así ocurre. Ve a la joven Gretchen y se enamora de ella. Pero, pronto se da cuenta de que no siente sólo amor, sino también deseo sexual. Fausto secretamente le regala joyas, pero la madre de Gretchen le recomienda no aceptarlas. Mefistófeles empieza a diseñar varios planes malévolos para conquistar a Gretchen y, si bien Fausto no es el artífice de estos planes, los sigue. Así, por ejemplo, Mefistófeles engaña a una amiga de Gretchen, Martha, y le informa falsamente de que su marido ha muerto en la guerra. Con esto, Mefistófeles y Fausto podrán acercarse a Gretchen y Martha. Finalmente se encuentran y Fausto empieza a derrochar sus encantos sobre Gretchen, hasta lograr enamorarla.

Pero, Fausto se empieza a preocupar por sus sentimientos lujuriosos y teme hacer daño a Gretchen. Por ello, se retira un tiempo al bosque. No obstante, Mefistófeles lo busca y lo incita a regresar con Gretchen. Fausto se deja influir, siguiendo la sugerencia de Mefistófeles. La madre de Gretchen es muy cuidadosa de su hija, pero Mefistófeles ofrece a Fausto una poción para hacer dormir a la madre de Gretchen y tener libre el camino para el romance. La madre de Gretchen toma la poción, pero en vez de dormir, muere. Fausto no conocía el verdadero contenido de la poción, pero se empieza a dar cuenta de que el seguir los planes seductores de Mefistófeles es mucho más peligroso de lo que pensaba en un inicio.

Con la madre fuera del camino, Fausto y Gretchen consuman su relación sexual. Gretchen queda embarazada y oye historias sobre la vida tan difícil de muchachas embarazadas abandonadas, y empieza a sentir temor. El hermano de Gretchen llega a su casa y enfrenta a Fausto en un duelo por el honor de su hermana. El hermano de Gretchen muere en el duelo y, en vista del crimen, Fausto escapa y abandona a Gretchen embarazada. Fausto participa en una suerte de sabbat la noche de Walpurgis (según el folclore alemán, la noche primaveral cuando las brujas tienen su gran fiesta).

Pero, durante la fiesta, Fausto tiene una visión en la que se entera de que Gretchen ha matado a su propio bebé y está prisionera en la cárcel, condenada a muerte. Aun en contra de los esfuerzos sofisticados de Mefistófeles, Fausto se ve invadido por la culpa y queda consternado. Ordena a Mefistófeles que lo lleve a la prisión de Gretchen, para intentar salvarla. Llega a la prisión, y le

propone a Gretchen escapar con él. Pero, Gretchen rehúsa. Ella prefiere quedarse en la celda para enfrentar su castigo, pues sabe que si escapa, vivirá atormentada.

En esta primera parte de *Fausto*, la más leída, Gretchen encuentra la redención frente a su crimen. Pero Fausto, si bien después de una vida de pecado, siente perturbaciones por sus excesos, no logra redimirse del todo. Quedaría para la segunda parte de *Fausto*, escrita veinticinco años después, la redención final de este personaje.

LOS ROMÁNTICOS FRANCESES Y SATANÁS

En la Francia decimonónica, hubo también una exaltación romántica de Satanás. Charles Baudelaire fue probablemente el más escandaloso de todos los poetas que trataron de hacer un perfil amable de Satanás. Desde su infancia, Baudelaire desarrolló sentimientos de incomodidad y alienación respecto al mundo. Después de la muerte de su padre, su madre se casó con un general que tenía altas conexiones en la monarquía de Luis Felipe de Orleans. Baudelaire mantuvo un resentimiento en contra de su padrastro por mucho tiempo y, además, en contra del orden monárquico del cual formaba parte. Este resentimiento se materializó en conductas rebeldes desde su propia adolescencia. Heredó fortunas, pero las malgastó en un estilo de vida escandalosamente vanidoso. Con todo, participó en la revuelta francesa de 1848 que derrocó a la monarquía de Luis Felipe, pero se desencantó de la actividad política cuando Luis Napoleón Bonaparte llegó al poder mediante un golpe de estado en 1851.

Baudelaire vio en aquel golpe de estado un profundo gesto hipócrita: una acción inicialmente republicana, luego se convierte en un régimen imperial. Y, desde entonces, Baudelaire sintió una profunda repugnancia por la hipocresía que, a su juicio, cubría a la sociedad burguesa de su entorno. Baudelaire hizo célebre la consigna «épater le bourgeois», es decir, «escandalizar a la burguesía». Y, como sus antecesores románticos, vio en Satanás el héroe rebelde que se levanta en contra de un mundo hipócrita, cruel y autoritario.

Las flores del mal, la obra cumbre de Baudelaire, es una colección de poemas publicada en 1857. Su contenido resultó sumamente escandaloso debido a su contenido sexual y perceptiblemente obsceno, y Baudelaire fue llevado a juicio. Tuvo que pagar una multa y la obra sufrió cortes de censura a manos de las autoridades. Pero, si bien fue un duro golpe, Baudelaire, siempre rebelde, mantuvo su integridad. Como Lord Byron, su actitud rebelde no sólo se manifestó en su poesía. También tuvo una vida escandalosa. Tuvo una relación turbulenta con una amante originaria de Haití y desarrolló una grave adicción por el hachís y el opio. Era, como muchos de sus antecesores románticos, un renegado, un adversario social por antonomasia. Vale recordar que, etimológicamente, Satanás es precisamente el adversario.

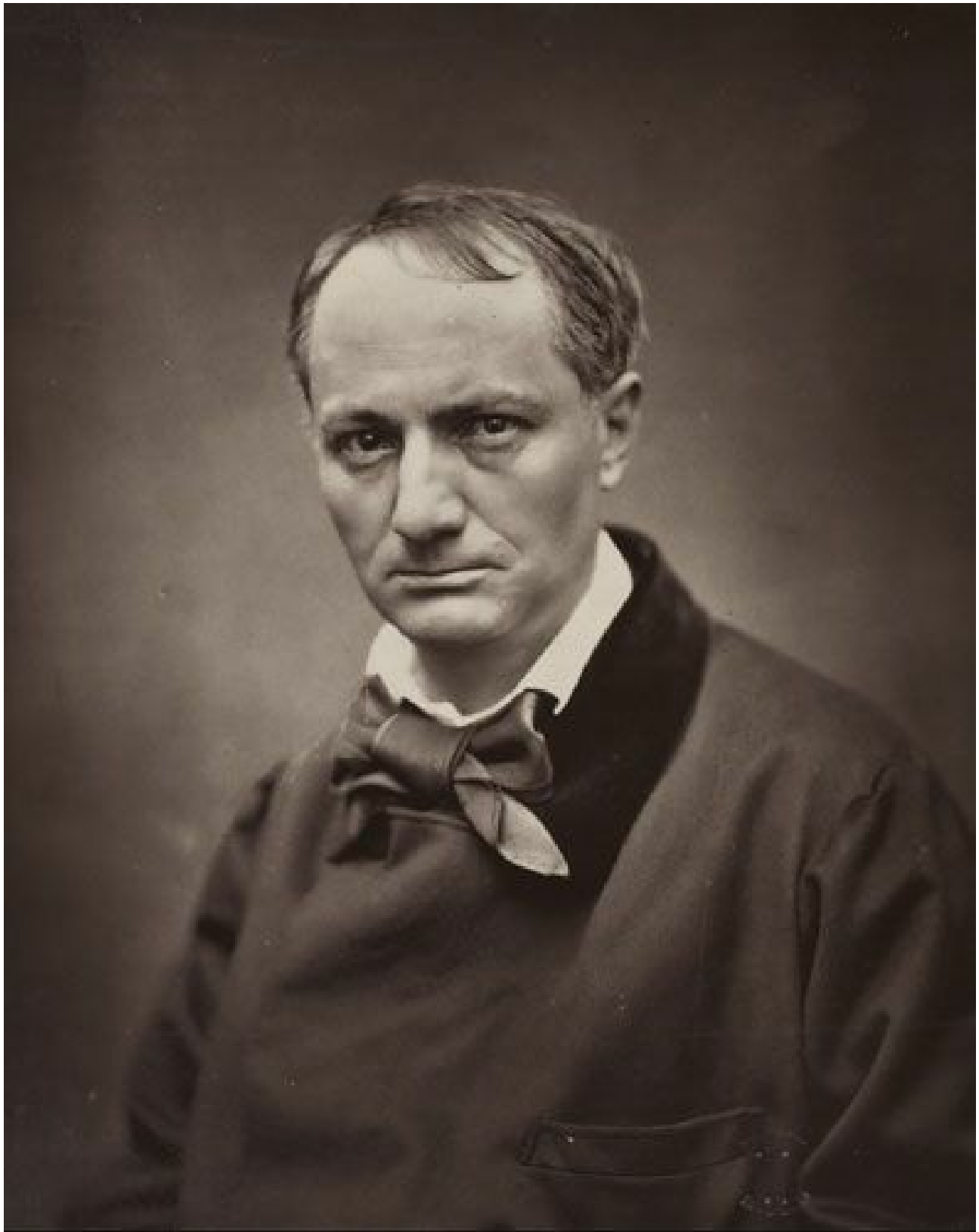
No fue casual, entonces, que Baudelaire incluyera unas «Letanías a Satán» en *Las flores del mal*. Son breves, pero de alto impacto. Por ejemplo:

[Satanás] Príncipe del exilio, a quien perjudicaron,
y que, vencido, aún te alzas con más fuerza

A partir de estas letanías ha sido lamentablemente común atribuir a Baudelaire el culto a Satanás como principio absoluto del mal. Esta lectura de Baudelaire es errónea. El Satanás de Baudelaire es más bien muy afín al retratado por Milton y Blake: un héroe que arremete en contra del orden tiránico e hipócrita. A lo largo de la poesía de Baudelaire hay un acusado pesimismo, y se manifiesta en ella una suma preocupación por el mal en el mundo. Pero, Baudelaire está muy lejos de adorar al mal. Más bien, considera que Satanás es una suerte de chivo expiatorio del cual se valen los verdaderos hipócritas artífices del mal para liberarse de responsabilidad y atribuírsela al diablo. Su reivindicación de Satanás es más bien una exaltación de la autenticidad frente a tanta hipocresía.

burguesa.

Víctor Hugo, el otro gran poeta y novelista romántico francés de la época, también coqueteó con el retrato del Satanás noble. Trabajó varios años en *El fin de Satán* (entre 1854 y 1862), pero sólo fue publicado póstumamente y está incompleto. Es un poema narrativo que incorpora, entre otras historias, la narrativa sobre la caída de Satanás. Como el de Milton, el Satanás de Hugo tiene un aspecto de nobleza y coraje. Hugo vivió el exilio durante el régimen de Napoleón III. Así, como tantos otros poetas románticos, sin caer propiamente en la blasfemia, retrata a un Dios tiránico y exalta a un Satanás cuya rebeldía es heroica. En *El fin de Satán*, narra la caída del diablo a causa de su rebelión; pero en el fondo, Satanás ama a Dios. Nuevamente aparece el matiz romántico frente al dualismo persa: Dios no es tan bueno y el diablo no es tan malo. Dios guarda cierto rencor frente a la sublevación del diablo y Satanás tiene una admiración secreta por Dios. Con todo, luego de su caída, Isis-Lilit (una combinación de una diosa egipcia con la demonio mencionada en la Biblia) rescata las armas con las cuales Caín mató a Abel, y estas son extendidas a la humanidad, para propagar el mal. Pero, Satanás encuentra su redención: lo visita el ángel de la libertad y lo intenta convencer de que abandone su odio a Dios. Satanás accede. Pero, precisamente, este ángel de la libertad representa el espíritu revolucionario frente al orden tiránico que Víctor Hugo identifica en Napoleón III. Y, así como Satanás se redime, Hugo tiene la expectativa de que en algún momento, Satanás y Dios harán las paces, y el mal cesará en el mundo.



Charles Baudelaire escandalizó al público burgués con sus «Letanías a Satán». Foto producida por Étienne Carjat.

La conexión con el ocultismo

MAGIA Y SATANISMO

Hemos visto en el capítulo 7 que las acusaciones lanzadas contra las brujas durante los siglos XV, XVI y XVII fueron, en su mayoría, producto de la imaginación de los acusadores. La histeria colectiva causó pánicos sociales en las poblaciones europeas, y las desdichadas mujeres marginadas fueron objeto de persecuciones. Por eso, es probable que muy pocas personas en realidad se consideraran brujas y, aquellas que sí lo hacían, probablemente era debido al uso de la tortura.

Pero, al mismo tiempo, ha habido en Occidente una extensa tradición de personas que pretenden manipular a su antojo las fuerzas de la naturaleza, mediante hechizos y conjuros, muchas veces con la ayuda de seres sobrenaturales. Por regla general, estas personas no consideran que sus prácticas sean propiamente brujería, sino sencillamente magia. La diferencia entre la brujería y la magia reside, según documentan los historiadores y antropólogos, en los objetivos que persiguen las prácticas. La llamada magia blanca, ha sido tradicionalmente asociada con hechizos que buscan consecuencias positivas: buena suerte, longevidad, enamoramiento de un amante, etc. En cambio, la llamada magia negra, tradicionalmente asociada con la brujería, busca generar maleficios sobre otras personas.

No fue sino hasta los inicios de la Ilustración, en el siglo XVIII, cuando surgió una actitud verdaderamente escéptica frente a los poderes de la magia. Antaño, se aceptaba su eficacia. Pero, aun si se aceptaba el poder de los magos, por lo general era visto con sospecha. Pues, aun si los magos advertían que sus poderes se empleaban para efectos beneficiosos, siempre existía el temor de que en realidad fuesen hechiceros que realizaran maleficios. Además, parte de este temor viene mediado por la idea de que los hechiceros no sólo conjuran seres divinos y angelicales, sino también demonios y seres infernales, decididos a obrar malignamente. Así pues, en Occidente, la magia ha sido, por regla general, una actividad clandestina y socialmente peligrosa.

Por eso, toda la actividad en torno a la transmisión de supuestos conocimientos sobre magia, ha sido aglutinada bajo el nombre de ocultismo. Además del saber público o exotérico, se alega, existe un saber oculto o esotérico. Vale insistir, la tradición ocultista habitualmente no se ha considerado a sí misma antisocial, o que tenga algún vínculo con Satanás, pero la percepción pública tradicional sí ha hecho ese juicio recurrente.

El conjunto de tradiciones que han venido a ser aglutinadas bajo el nombre de ocultismo es vasto, pero podemos delinear sus principales elementos. La principal fuente del ocultismo procede de la tradición que ha venido a llamarse el hermetismo. Hacia el siglo II de nuestra era, en Egipto, un conglomerado de influencias platónicas, gnósticas, judías, cristianas y antiguas tradiciones egipcias, hizo surgir un conjunto de textos que, eventualmente, vinieron a ser conocidos como el *Cuerpo hermético*. Estos textos fueron atribuidos a Hermes Trismegisto (de ahí el nombre hermetismo), aparentemente un personaje semidivino del antiguo Egipto (según algunas tradiciones, habría sido contemporáneo de Moisés). En estos textos, Hermes va instruyendo a un discípulo sobre las ciencias y artes ocultas.

A partir de esos textos, se elaboró una tradición de autores que expandieron las distintas artes y ciencias ocultas. La alquimia (el intento por adquirir la piedra filosofal para conseguir la inmortalidad, y otros propósitos), la astrología (la influencia de los astros sobre eventos naturales), la teúrgia (la invocación de seres sobrenaturales), la numerología (la asociación de patrones

numéricos con efectos mágicos), y la adivinación, entre otras, se fueron desarrollando. La relación de las autoridades con el hermetismo fue ambivalente. En el seno del cristianismo, hubo plenitud de autores que buscaron una síntesis entre la tradición hermética y la tradición cristiana. No obstante, la posición dominante siguió siendo que el hermetismo invocaba fuerzas malignas y ocultas y, por eso, es reprochable. Igualmente, las autoridades civiles eran ambivalentes: muchas desconfiaban de la magia por sus supuestos efectos nocivos, pero varios reyes se rodearon de magos, astrólogos y alquimistas.

El avance de la racionalidad y el refinamiento de la ciencia, a partir del siglo XVIII, hizo menguar el interés por lo oculto. La Ilustración denunció el ocultismo como lo que realmente es: una pérdida de tiempo y charlatanería. Con todo, el siglo XVIII vio también el nacimiento de algunas sociedades secretas que, eventualmente, abrieron paso a un resurgimiento del interés por el ocultismo.

En un clima autoritario aún dominado por las autoridades vinculadas al clero, los librepensadores no deseaban correr el riesgo de congregarse abiertamente. De ese modo, formaron hermandades y sociedades con membresía secreta y reconocimiento de miembros mediante rituales codificados, a fin de asegurarse de que no hubiera una vigilancia externa. Y así, por ejemplo, nacieron los masones. Originalmente, los masones fueron una asociación de personas con inclinaciones científicas, que se reunían secretamente a compartir opiniones anticlericales. Un perfil similar tenían los *illuminati*, una sociedad secreta surgida en el siglo XVIII, aún más inclinada hacia el ateísmo y la racionalidad, y el desdén por la religión organizada.

Pero, surgieron otras sociedades secretas alejadas del espíritu racionalista y secularizado. Si bien muchas de estas sociedades secretas buscaban practicar alguna forma de magia, no tenían vínculos con el satanismo. Estas sociedades participaban de la idea de que la magia no es necesariamente perjudicial, y que para practicarla, no es necesario invocar fuerzas demoniacas. De hecho, algunas sociedades incluso llegaron a sostener que, en los siglos anteriores, sí había existido una organización de brujas que participaban en sabbats. Pero, en vez de rendir culto a Satanás y cometer actos abominables, estas brujas en realidad tenían continuidad con antiguos cultos paganos, y sólo acudían a los ritos para realizar hechizos beneficiosos.

En efecto, hemos visto que la egiptóloga Margaret Murray trató de darle un cariz académico a esta hipótesis. Y, de esto se valió un ocultista, Gerald Gardner, para fundar la religión llamada Wicca. Esta religión abiertamente invoca la brujería pero, en vez de entenderla como una práctica antisocial, la interpreta sencillamente como hechicería benéfica, que guarda continuidad con los antiguos cultos paganos y con las brujas perseguidas hasta el siglo XVIII. Los practicantes de Wicca niegan rotundamente alguna asociación con Satanás.

Por supuesto, ha sido inevitable que estos grupos sean acusados de practicar ritos satánicos, por personas ignorantes que no conocen bien el contenido de estas doctrinas, pero que participan de la misma histeria colectiva que se apoderó de los inquisidores de antaño. Wicca, por ejemplo, a veces es erróneamente considerada una variante del satanismo, en tanto proclama continuidad con las brujas de épocas pasadas (consideradas también satánicas).

Con todo, hubo algunos ocultistas que sí buscaron ambiguamente alguna asociación con el diablo, y formularon símbolos que, más adelante, serían asimilados al culto a Satanás. Así como tradicionalmente los ocultistas han establecido una distinción entre la magia blanca y la magia negra, también se ha establecido una diferencia entre los llamados camino de la mano derecha y camino de

la mano izquierda. En virtud de la preferencia por la mano derecha en muchísimas culturas, el camino de la mano derecha está asociado a la invocación de espíritus benignos y seres angelicales. En cambio, el camino de la mano izquierda está asociado a los conjuros de demonios, y fórmulas rituales firmemente atacadas por las autoridades civiles y eclesiásticas. La mayor parte de los grupos satánicos alegan ser continuadores del camino de la mano izquierda.

ELIPHAS LÉVI Y BAFOMET

Muy notorio en el coqueteo ocultista con Satanás, fue Alphonse Louis Constant, alias Eliphas Lévi, nacido en 1810. Originalmente tuvo la intención de ser sacerdote católico, pero abandonó el seminario y entró de lleno en el mundo del ocultismo. Lévi fue el principal promotor del resurgimiento del interés por el ocultismo, e introdujo al público francófono y luego al público occidental en general, los principios de la magia, que bajo su interpretación, ya habían sido adelantados desde la tradición hermética.

Lévi ocasionalmente promovió la eficacia de la magia mediante actos sexuales. Naturalmente, entre los detractores de la magia, esto hacía resonar la imaginación de orgías de las brujas durante los sabbats, y eventualmente, el nombre de Eliphas Lévi se fue asociando con el satanismo. Pero, el vínculo de Lévi con el culto a Satanás se hizo aún más pronunciado debido al diseño de un símbolo que sería asimilado por grupos formalmente satánicos.

En la Edad Media, los templarios fueron acusados de rendir culto al diablo y a una misteriosa figura que vino a ser llamada Bafomet. Pues bien, Lévi decidió darle forma gráfica a este Bafomet, y lo plasmó en una imagen, que hasta el día de hoy, tiene bastante difusión entre los círculos satánicos. La imagen presenta a una figura con cuerpo humano, pero cabeza de cabra, y alas de pájaro. No ha resultado demasiado difícil establecer el vínculo entre este Bafomet y Satanás. Vale recordar que las cabras fueron imaginadas como animales satánicos, y que la representación artística de Satanás le atribuía alas. Levi también asimiló esta figura al chivo de Mendes, una antigua deidad egipcia que, se alegaba, fornicaba con las mujeres que le rendían culto. Es obvia la resonancia con la imaginación respecto a las brujas. Hoy, la imagen de Bafomet, junto a otros símbolos misteriosos también reformulados por Levi (fundamentalmente, el pentagrama), han sido asimilados por los grupos satánicos, hasta el punto de que en muchos contextos han perdido su significado original, y se han convertido en una señal inequívoca de la identidad satánica.



Originalmente, Bafomet era supuestamente un dios al cual le rendían culto los templarios. Luego, en el siglo XIX, el ocultista Eliphas Lévi diseñó una imagen para representarlo y hoy esta imagen es a veces asociada con ritos satánicos.
Fotografía de Leopold Stocker Verlag.

ALEISTER CROWLEY: EL HOMBRE MÁS PERVERSO DEL MUNDO

Probablemente el ocultista más conocido y el que más contribuyó por voluntad propia a la asociación popular entre el ocultismo y el satanismo, fue el inglés Aleister Crowley. Edward Alexander (luego se cambiaría el nombre) Crowley, era un aristócrata inglés que procedía de una familia conservadora cristiana de finales del siglo XIX. Desde su infancia, Crowley dio muestras de poseer una personalidad difícil. Según parece, su madre no le brindó mucho cariño y frecuentemente lo llamaba la bestia, en clara alusión a la bestia del Apocalipsis, debido a su comportamiento desobediente. Presumiblemente, esto contribuyó a la futura excentricidad (y posiblemente inestabilidad mental de Crowley), pero extrañamente, en vez de resentirse por el apodo, Crowley lo asumió con orgullo.

Entre 1894 y 1897 estudió en la Universidad de Cambridge. Durante ese período, hizo varias excursiones de montañismo (plenitud de testimonios confirman que era talentoso en esta actividad), y se fue interesando en el mundo del ocultismo. Desde muy joven, Crowley se involucró en relaciones bisexuales y, en muchas de ellas, practicó sadomasoquismo. Según parece, Crowley se convirtió en un maniaco sexual. Además, abusó continuamente de narcóticos. La sexualidad desenfrenada y la drogadicción lo fueron convirtiendo, a los ojos de la opinión pública, en un satánico emblemático.

Su constante agitación sexual lo condujo a explorar, durante sus años como estudiante, la relación entre la magia y el sexo. Crowley empezó a leer los tratados ocultistas de magia ritual, pero decidió formar su propio sistema de magia ceremonial, cargada con muchos más elementos sexuales. Crowley creía firmemente en el poder de la magia, pero para diferenciarla de la magia de escenarios, optó por deletrearla a su manera. En inglés, la palabra es *magic*, pero Crowley prefirió llamarla *magick*.

Crowley se fue convirtiendo en un personaje enigmático, conocido por sus excentricidades y temido por vecinos y amigos debido a sus escaramuzas en el mundo del ocultismo. En 1898, tras haber cultivado algunas amistades en círculos ocultistas, Crowley ingresó en la Orden hermética de la aurora dorada, un grupo activo de ocultistas que alegaban continuidad con el movimiento hermético procedente del antiguo Egipto.

No obstante, la permanencia de Crowley en esta orden no fue duradera. Sus actividades homosexuales (ilegales, en aquella época) le ganaron la antipatía de los otros miembros de la orden. Además, en el seno de la orden hubo otras rencillas y Crowley se vio salpicado por ellas. En vista de todo esto, Crowley abandonó la orden y continuó sus actividades ocultistas por cuenta propia.

En 1904, Crowley se casó con Rose Kelly y viajaron a El Cairo durante la luna de miel. Según el alegato de Crowley, durante su estadía en El Cairo, recibió la visita de una entidad espiritual llamada Aiwass. Este personaje supuestamente reveló a Crowley un libro, El libro de la ley. Este libro consta fundamentalmente de fórmulas mágicas supuestamente heredadas de los antiguos hechiceros egipcios.

A partir de entonces, Crowley se propuso crear una nueva religión que consistía en invocar fuerzas ocultas, algunas de ellas malignas, y en la cual la sexualidad desenfrenada desempeña una parte importante de los rituales. Crowley le dio el nombre de Thelema a su nueva religión. Luego de su salida de la Orden hermética del aurora dorada, fue admitido en la *Ordo templis orientis*, una

orden que alegaba continuidad con los templarios. Una vez admitido, Crowley tomó el liderazgo de la organización y la condujo hacia sus principios de Thelema.

En el siglo XVI, François Rabelais había escrito una serie de novelas sobre dos gigantes: Gargantúa, y su hijo Pantagruel. En una de esas novelas, *Gargantúa*, se narra la vida en una abadía en la cual las reglas sencillamente no existen. El nombre de la abadía es Thelema, que refleja la etimología griega para referirse a «voluntad». Pues bien, en la novela de Rabelais, hay una consigna en la abadía que reza: «Haz tu voluntad, es toda la ley». Crowley asumió el nombre de esta abadía ficticia, para fundar su nueva religión, pues a su juicio, recapitulaba muy bien su enseñanza ética. Para Crowley, el único imperativo ético era satisfacer la voluntad y asumir un hedonismo a ultranza.

Crowley siguió esta tendencia y, semejante libertinaje, se vio reflejado en su propia vida. Era un desenfrenado sexual y eso, naturalmente, le causó problemas con sus esposas y amantes. Insultaba a sus compañeras sexuales y las degradaba; afiló sus dientes para morder y hacer sangrar a las prostitutas que lo acompañaban; abusó continuamente del consumo de drogas. Y al final, murió en la ruina.

Crowley generó escándalo y los medios de comunicación, en vena sensacionalista, llegaron a llamarlo el hombre más perverso del mundo, atribuyéndole muchas prácticas abominables. Pero, Crowley no fue un satánico en pleno sentido. Ciertamente asumía que, en sus rituales, se invocaban espíritus malignos ocultos. Y, la tradición ocultista, en su invocación de las llamadas fuerzas ocultas, incorporaba símbolos e imágenes que la imaginación popular ha asociado con Satanás.

Mas, Crowley no promovía explícitamente un culto a Satanás. Y, si bien participaba de excentricidades (muchas de ellas sexuales) en sus ritos, rara vez se denunció que cometiera actos criminales (salvo la homosexualidad, pero por supuesto, esta está despenalizada hoy; y también los sacrificios de animales, pero estos no están penalizados en muchas jurisdicciones), y nunca fue imputado por las autoridades. Si bien Crowley asumió gustosamente los títulos satánicos, su asociación con el satanismo estaba más en la imaginación de sus detractores, que en la realidad.

Con todo, el nihilismo moral y el libertinaje que caracterizaron la vida e ideas de Crowley sí sentaron una base para la aparición de posteriores movimientos satánicos. Pues, como veremos, si bien la mayor parte del movimiento satánico contemporáneo no contempla la existencia real del diablo o de las fuerzas ocultas, sí tiene sumo interés en la figura de Satanás como representante de la adversidad frente a la moral cristiana y la promoción de un estilo de vida hedonista. Y, en esto, Crowley sirvió como antecesor del satanismo contemporáneo.

EL SATANISMO LAVEYANO

Si bien ya había algunos antecedentes, fue a partir de la segunda mitad del siglo XX, cuando surgió un movimiento abiertamente satánico, el cual perdura hasta el día de hoy, con moderada presencia en los medios de comunicación. Su forjador fue el enigmático y sensacionalista Anton LaVey.

LaVey, nacido en 1930 en Chicago, era un joven procedente de una familia norteamericana de clase media. Su familia se mudó a San Francisco durante su adolescencia. Por aquella época, San Francisco se empezaba a convertir en una ciudad vanguardista y pronto sería la cuna del movimiento de contracultura de cuyo seno emergería la secta excéntrica de LaVey. Desde temprana edad, LaVey demostró talentos musicales y sus padres le brindaron apoyo desde un principio.

LaVey eventualmente vino a dominar varios tipos de órganos y pronto se valió de sus talentos en sus actividades laborales. Según parece, empezó a formar parte de un circo. Al principio, domaba leones y otros felinos; luego, tocaba el órgano durante las presentaciones de otros artistas circenses.

La personalidad excéntrica de LaVey se fue desarrollando en aquel ambiente carnavalesco. Y, ya después crecido en fama, disfrutaba adornando los detalles de sus primeras experiencias con historias que no son del todo creíbles. Por ejemplo, LaVey alegaba que, durante sus días en el circo, había tenido un romance con la jovencita Marilyn Monroe, desconocida por aquel entonces. Esto ha sido disputado por posteriores biógrafos, pues no hay ningún dato que permita confirmar el alegato de LaVey.

Con todo, no queda duda de que, en San Francisco, LaVey se fue convirtiendo en un personaje prominente, debido a su carisma y habilidades sociales. Era, como Crowley, un personaje excéntrico, pero al mismo tiempo, tenía mejores habilidades para aglutinar seguidores y relacionarse con personas incluso ajenas a su círculo social. Y, así, fue acumulando conexiones y amistades, atraídas por aquel ambiente de contracultura, de la excéntrica personalidad de LaVey. Pronto, empezó a organizar conferencias sobre magia y lanzaba fiestas en las que recibía a personajes prominentes.

En torno a LaVey fue creciendo un grupo de seguidores y, en 1966, decidió que contaba con suficientes recursos para lanzar una nueva religión. Así, fundó la Iglesia de Satanás el 1 de mayo, una fecha durante la cual, en la imaginación europea, las brujas acudían al sabbat. Desde el inicio, aquello generó un gran impacto mediático. LaVey ya venía perfeccionando sus técnicas publicitarias desde sus días como músico y se valió de ellas para causar escándalo, ya no sólo en San Francisco, sino en el mundo entero.

Su estrategia sensacionalista le dio resultado. Se afeitó la cabeza y se proclamó sacerdote de la nueva religión satánica. Invitó a periodistas a presenciar ritos satánicos que imitaban aquello que estaba en la imaginación de tantas personas durante los siglos previos. Las mujeres desnudas servían como altar para sus ritos que pretendían emular aspectos de la misa negra, pero no incorporaban todos los momentos repugnantes que le atribuían los inquisidores. Presidió una boda satánica para una pareja de seguidores y también ofició un bautizo y un funeral. Inauguró un nuevo calendario, tomando el año de la fundación de su iglesia como el año 1, el año de Satanás. Usaba cuernos para parecerse más al diablo y asumía una mirada seductora y enigmática. Deambulaba con un gran león amarrado con unas cadenas. Asumió el título de papa negro.

Aquello fue un gigantesco carnaval mediático. Y, la respuesta de la opinión pública fue

típicamente carnalesca. La mayoría sentía curiosidad y jocosidad frente a la nueva religión. La nueva iglesia de Satanás era más un movimiento estético que religioso. No importaba tanto las creencias de sus miembros, como el impacto de sus manifestaciones estéticas. La atracción era generada por sus coloridos rituales (todos en el marco de la ley), sus escandalosas vestimentas y, por supuesto, el arretrato de contracultura que marcaba pauta en aquella época de inestabilidad juvenil.

Además, LaVey incorporó una serie de símbolos que hoy frecuentemente están asociados a los grupos satánicos. Así, por ejemplo, LaVey se apropió del pentagrama. El pentagrama ha sido usado en muchas tradiciones religiosas que valoran el número cinco. Incluso el cristianismo, en alguna época, empleó el pentagrama para enumerar conjuntos significativos que constan de cinco elementos. El pentagrama tradicional tiene un pico arriba y dos abajo. LaVey, en cambio, para escandalizar, recurrió a la frecuente parodia atribuida a las brujas: invirtió el pentagrama y lo asumió con dos picos arriba y uno abajo.

LaVey también se apropió de la imagen de Bafomet, originalmente diseñada por Eliphas Lévi, pero la modificó ligeramente, incorporándole el pentagrama invertido, con una inscripción en hebreo que denota el nombre de Leviatán, un monstruo bíblico que fue en ocasiones imaginado como un demonio. Más aún, contra todo criterio histórico serio, LaVey alegaba que había tenido plenitud de antecesores en el culto a Satanás: según su versión de la historia, cuando los templarios rendían culto a Bafomet, practicaban una forma de religión satánica.

Durante la época de persecución de brujas, los inquisidores imaginaban que, como parte de la misa negra, en los sabbats se recitaba el padrenuestro al revés. Esto, supuestamente, sería una estrategia de la cual se valía el diablo para profanar, mediante la parodia, los elementos más sagrados del rito cristiano. Pues bien, LaVey, una vez más con el propósito de escandalizar, empleó un elemento sagrado del cristianismo y lo invirtió. Ahora, en vez de invertir el padrenuestro, LaVey propuso invertir la cruz, y así, la cruz invertida es hoy asumida como un símbolo satánico.

Pero, si bien LaVey disfrutaba la publicidad y el despliegue de símbolos, no quería conformarse con ser un payaso satánico. LaVey pretendía que el satanismo fuese algo más que fiestas y rituales sensacionalistas. Tenía más bien una agenda filosófica, y quería que sus ideas fuesen tomadas en serio. Así pues, desarrolló una suerte de filosofía satánica que recogía buena parte del legado romántico. Con todo, si bien fue un genio publicitario, no tenía el mismo talento literario o filosófico de sus antecesores románticos.

Desde un inicio, LaVey aclaró que su nueva religión satánica era atea y materialista (y, supuestamente, por eso invirtió el pentagrama; a saber, con la intención de que el pentagrama apuntara hacia abajo y enfatizara las cosas terrenales). En otras palabras, LaVey no aceptaba la existencia del diablo como ente sobrenatural. Si bien, en un inicio, LaVey tuvo inclinaciones por la magia y el ocultismo, eventualmente trató de desvincularse de ello y asumió con mayor consistencia un materialismo que niega la existencia de fuerzas espirituales que inciden sobre la naturaleza.

Para LaVey, Satanás no es una entidad propiamente existente, sino apenas un símbolo que representa el conjunto de valores que él estaba dispuesto a defender y promover. Recordemos que, dada su etimología hebrea, Satanás en realidad es un título que denota ‘el adversario’. LaVey estaba en busca del símbolo que mejor representase a la contracultura, que fuese el adversario del sistema. Y, por supuesto, a la manera de los románticos, lo encontró en Satanás.

El culto a Satanás no está dirigido propiamente a una entidad metafísica responsable del mal en el mundo; ni siquiera está dirigido al principio del mal absoluto. Más bien, LaVey buscaba

homenajear la ideología de adversidad, el enfrentamiento a cualquier forma de sistema u orden colectivo establecido. El homenaje a Satanás no consiste en cometer actos deliberadamente malignos, sino más bien en asumir una actitud de rebeldía frente a un sistema opresor. En esto, el diablo de LaVey se parece mucho más al Satanás de Milton, que al Maligno que hace pactos con las brujas.

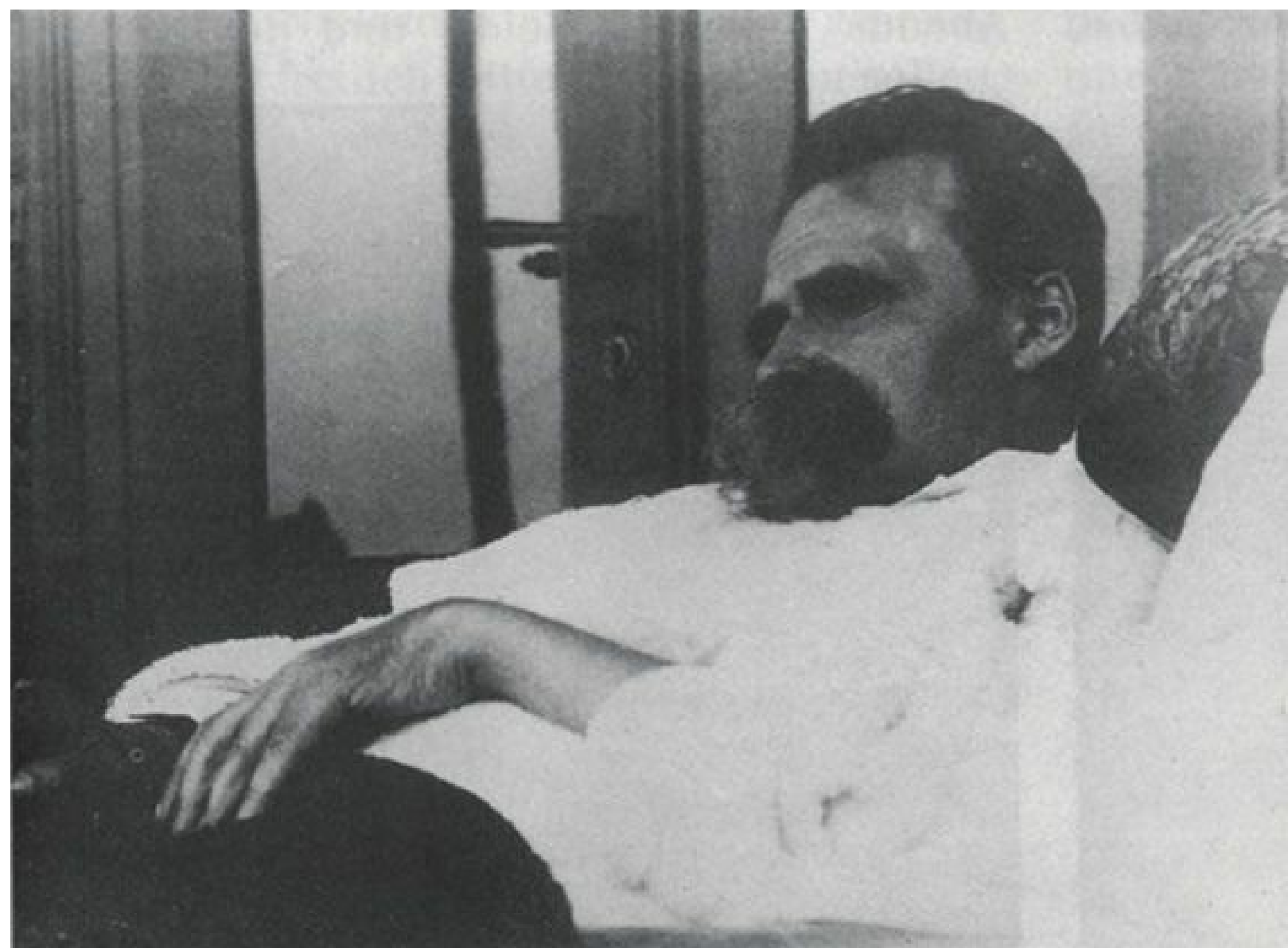
Una primera influencia considerable sobre las ideas de LaVey fue el filósofo Friederich Nietzsche. Como LaVey, Nietzsche sentía un inmenso desprecio por el cristianismo. Pero, en vez de dirigir formalmente sus críticas, Nietzsche acudió al recurso literario de promover el culto a algunos dioses griegos como sustituto del culto al Dios cristiano. En especial, Nietzsche concentró su atención en Dionisio, el dios del vino.

Dionisio representa el frenesí y la desinhibición hedonista frente a las restricciones morales del cristianismo. Pues bien, Nietzsche admiraba precisamente aquello que Dionisio representaba. Nietzsche no creía propiamente en la existencia literal de un dios Dionisio, al cual habría que rendir culto. Pero, sí afirmaba los valores dionisiacos. Algo muy parecido intentaba LaVey, pero en vez de seleccionar al Dionisio de la mitología griega, prefirió al Satanás del folclore cristiano.

Con todo, los valores que LaVey destacaba en la figura de Satanás tenían bastante vínculo con los valores que Nietzsche destacaba en Dionisio y, así, la filosofía nietzscheana y las creencias de LaVey tienen destacados paralelismos. Nietzsche opinaba que la distinción tradicional entre lo bueno y lo malo en realidad obedecía a una distorsión impuesta por los primeros cristianos. Nietzsche consideraba que el sistema ético cristiano que hace énfasis en la misericordia, la caridad, el socorro a los débiles, etc., forma parte de aquello que él llamaba una moralidad de esclavos.

El cristianismo, postulaba Nietzsche, había colocado un límite a las potencialidades de autorrealización de los seres humanos. Al hacer énfasis en la misericordia y, al empequeñecer los goces de esta vida frente a la gloria de la vida después de la muerte, la moral cristiana había perjudicado severamente la vitalidad humana. El hombre tiene un instinto animal hacia el dominio, pero la moral cristiana, impregnada de resentimiento, continuamente le coloca freno y lo reprime. El cristianismo ha impuesto un ideal ascético de renuncia a los placeres de la vida, así como la potenciación de la acción y afirmación de la vida de los hombres. El cristianismo es, fundamentalmente, la religión del hombre mediocre, acorralado por las masas. La liberación, manifiesta en el símbolo de Dionisio, consiste en reafirmar las virtudes aristocráticas que permiten a los individuos resistir a las masas y tomar iniciativas propias, en busca del placer y la autorrealización.

Nietzsche no proclamaba tanto la muerte de los valores morales (como habitualmente se supone), sino más bien el auge de unos nuevos valores que permitieran revertir el daño hecho por la moral de esclavos promovida por el cristianismo. Estos nuevos valores formarían parte de una moral de amos, que afirmaría los goces de la vida, la dominación, el desprecio a la mediocridad, la vitalidad no reprimida y la creatividad.



Anton LaVey tomó varias ideas del filósofo Friedrich Nietzsche para redactar la Biblia satánica. Fotografía de Hans Olde.

LaVey se tomaba muy en serio estas observaciones filosóficas y las asumió como base para redactar la *Biblia satánica*, algo así como la inspiración doctrinal de la nueva religión. Así, por ejemplo, en esta obra se propuso invertir las bienaventuranzas típicas de los evangelios y, en vez de elogiar a los pobres y débiles, exaltó a los fuertes y poderosos, siguiendo las enseñanzas de Nietzsche: «Bienaventurados los poderosos, porque de ellos será la tierra; malditos sean los débiles, porque heredarán el yugo []; bienaventurados los de mano de hierro, pues los débiles tendrán que huir frente a ellos; malditos los pobres de espíritu, pues sobre ellos se escupirá».

Además, como Nietzsche, no proponía la muerte de la moral, sino el auge de una nueva moral. Y, frente a los diez mandamientos cristianos, propuso en su *biblia* once reglas satánicas:

1. No des tu opinión o consejo a menos que te sea pedido.
2. No cuentes tus problemas a otros a menos que estés seguro de que quieran oírlos.
3. Cuando estés en el hábitat de otra persona, muestra respeto o mejor no vayas allá.
4. Si un invitado en tu hogar te enfada, trátalo cruelmente y sin piedad.
5. No hagas avances sexuales a menos que te sea dada una señal de apareamiento.
6. No tomes lo que no te pertenece a menos que sea una carga para la otra persona y esté clamando

por ser liberada.

7. Reconoce el poder de la magia si la has empleado exitosamente para obtener algo deseado. Si niegas el poder de la magia después de haber acudido a ella con éxito, perderás todo lo conseguido.
8. No te preocupes por algo que no tenga que ver contigo.
9. No hieras niños pequeños.
10. No mates animales no humanos a menos que seas atacado, o para alimento.
11. Cuando estés en territorio abierto, no molestes a nadie. Si alguien te molesta, pídele que pare. Si no lo hace, ¡destrúyelo!

Obviamente, este nuevo código moral no es tan despreciable. Contrario a la imagen del satanismo promovida por los inquisidores de antaño, acá no hay un llamado explícito a cometer actos abominables; ni siquiera vivir estrictamente bajo este código conduciría a actividades criminales. LaVey, explícitamente, exige el respeto a los niños y censura cualquier intento de violación sexual, contrario a las acusaciones que, como veremos, en las últimas décadas se han lanzado en contra de algunos supuestos grupos satánicos.

Una de las virtudes que más exaltaba LaVey era el rechazo a la mentalidad de rebaño. LaVey detestaba cualquier intento colectivista de imponer y regular la vida de los individuos. Satanás es un héroe que, lo mismo que Prometeo, reta la conformidad y se enfrenta al establishment, aun si esto lo hará impopular. Al verdadero hombre virtuoso no le importa lo que los demás piensen de él: toma la iniciativa de su conciencia, asume las consecuencias y no evade responsabilidades. Pocos historiadores de las ideas han explorado los vínculos de la ideología de LaVey con el existencialismo, pero ciertamente hay paralelismos.

No obstante, LaVey defiende una versión cruda de la retribución, el ojo por ojo. LaVey ni siquiera se hace eco de la llamada regla dorada de la vasta mayoría de los sistemas éticos, la cual ordena dar a los demás el mismo trato que gustaría recibir. LaVey propone más bien tratar a los demás como estos nos tratan a nosotros. Obviamente, el sistema ético de LaVey tiene pocas contemplaciones por las segundas oportunidades y la negociación. Exige más bien una respuesta inmediata y contundente.

LaVey era una persona inteligente y tenía una formación filosófica por encima del promedio de la gente común. Pero no era, propiamente, un académico. Y, en vista de que tras su movimiento había expectativa por parte de publicistas, la redacción de la Biblia satánica fue más un ejercicio mediático que el resultado de una firme convicción filosófica. Por ello, LaVey apresuró su redacción y, para hacerlo más expedito, plagió masivamente un texto que, según su apreciación, recapitulaba muy bien sus ideas.

Si no fuera por ese plagio, seguramente este texto habría quedado ya en el olvido. Se trata de *Might is right* (no ha sido traducido al castellano, pero una traducción sería *La fuerza hace la virtud*), de un autor bajo el pseudónimo de Ragnar Redbeard. El libro es una crudísima exposición de la filosofía del darwinismo social, típico de finales del siglo XIX. Ahí, se expone la idea de que, en virtud de su falta de aptitud biológica, los pobres y débiles deben sencillamente desaparecer y, cuanto antes, mejor. El texto está además impregnado de una ideología racista, en tanto considera que las razas inferiores deben desaparecer, una vez más, en virtud de su falta de aptitud biológica. Defiende la idea de que la esclavitud debe reinstaurarse, pues las razas inferiores no pueden

gobernarse a sí mismas, y recomienda que no haya mezcla entre las razas.

LaVey fue cuidadoso de modificar aquellos pasajes que fueran demasiado gruesos para tragar y no hay propiamente comentarios racistas en la Biblia satánica. Pero, el plagio fue aun así masivo. De hecho, aun si el satanismo de LaVey no era explícitamente racista, y se incorporó gente de color (entre ellos el cantante Sammy Davis), el satanismo de LaVey sirvió de inspiración para el auge de grupos neofascistas que explícitamente asumen una ideología de odio racial.

Frente al satanismo filosófico de LaVey, surge la pregunta: si Satanás no existe, ¿para qué perder tiempo rindiéndole culto? En un inicio, LaVey incorporó muchos elementos de magia y ocultismo en sus rituales e, incluso, el séptimo de sus mandamientos exigía reconocer el poder de la magia. Pero, en función de su visión materialista del mundo, pareció inclinarse por la idea de que la magia no genera ningún efecto. Así pues, puede entenderse que se asumiera a Satanás como un símbolo y no como un ente real pero, ¿para qué ir tan lejos con rituales tan elaborados que incorporan símbolos de épocas pasadas durante las cuales sí se creía en un Satanás literal? LaVey respondía que esos ritos con símbolos satánicos en realidad cumplían una función catártica en una suerte de terapia de psicodrama. Frente a la represión colectivista de la sociedad, la exaltación de la mediocridad y la restricción de lo placentero y lo mundano, la persona que quiera liberarse puede acudir a los rituales. Satanás es apenas el símbolo contracultural que permite arremeter contra la opresión colectivista del sistema.



En su despliegue publicitario, Anton LaVey buscó reproducir rituales de misa negra que supuestamente se realizaban en épocas pasadas, con mujeres desnudas como sustitución del altar. Grabado del siglo XVI.

LaVey siempre fue tan crítico de los monoteístas convencionales, como de aquellos grupos marginales satánicos que, según parece, sí creen en la existencia real del diablo. Y LaVey prestó otro gran servicio al desencanto racionalista frente a la obsesión contra lo satánico. LaVey demostró que el concepto de diablo ha sido variante durante los últimos veinticinco siglos, y que la representación de Satanás como la personificación del mal absoluto ha sido apenas una entre muchas

representaciones, y ni siquiera es la original. Satanás no es la inmoralidad, es sencillamente la adversidad. Y así, cualquiera que se siente oprimido por un sistema inmoral, puede encontrar inspiración en la figura del diablo.

LaVey no hizo más que llevar a un nivel más extremo aquello que Milton y los románticos ya habían planteado. La rebeldía frente al déspota puede ser heroica. Y, lejos de conformarnos con obedecer las reglas, seguir al rebaño y permitir que la colectividad imponga su voluntad sobre nosotros, conviene que haya individuos que, en emulación de Satanás, retomen ese sentido de autonomía individual, atrevimiento, e iniciativa propia.

Los crímenes satánicos

CRÍMENES SATÁNICOS EN EL SIGLO XIX

Anton LaVey era una mezcla de payaso mediático y aprendiz de filósofo. Su satanismo estaba a medio camino entre la mofa sensacionalista, propia de una fiesta contemporánea de Halloween, y el uso filosófico del símbolo de Satanás, propio de los románticos. Sea como fuere, el caso es que, aun si la filosofía moral de LaVey puede ser cuestionable, su satanismo nunca tuvo vinculaciones criminales. Cuando LaVey organizaba rituales satánicos, lo hacía, entre otras cosas, con la explícita intención de escandalizar y ridiculizar a aquellos fanáticos religiosos que creían que las brujas de antaño cometían todo tipo de atrocidades.

Los grupos religiosos más conservadores obviamente se han sentido ofendidos por el la aparición del satanismo inaugurado por LaVey, pero muy pocos atribuyen a este cometer actos criminales. Pues, el registro de LaVey es bastante limpio: siempre se aseguró de impedir el consumo de drogas en sus rituales, así como el sacrificio de animales. En el satanismo de LaVey participan sólo adultos por vía del consenso, y no se obliga a nadie a hacer algo que no desea.

Pero, con todo, un sector de la opinión pública sigue considerando que el satanismo no es meramente una mofa. Existe la creencia divulgada de que hay sectas satánicas que, lo mismo que las brujas de antaño, participan en rituales en los cuales se cometen terribles actos criminales. A juicio de este sector de la opinión pública, las sectas satánicas no rinden culto al diablo meramente como un símbolo de la adversidad (así era como lo había entendido LaVey); antes bien, rinden culto a Satanás como representante del mal absoluto y, además, como una entidad real, no meramente simbólica. Y, para rendir culto al Maligno, es necesario cometer actos rituales malignos.

Hemos visto que la gran conspiración de brujas asociadas al diablo, quienes acuden en masa a los sabbats y hacen cosas abominables es, probablemente, una fantasía inventada por los propios inquisidores. Aquellas brujas que confesaban frente a estas acusaciones probablemente habían sido torturadas, o sencillamente eran enajenadas mentales.

Pero, con todo, ha habido algunos casos de grupos satánicos que, según parece, sí incurrieron en actos criminales. Hemos visto en el capítulo 6 que, en el siglo xv, Gilles de Rais probablemente sí fue un adorador del diablo que asesinó a decenas de niños. Y, también hemos visto en el capítulo 7 que en el París del siglo xvii, hubo una red considerable de hechiceras, encabezadas por La Voisin, las cuales sacrificaban niños en sus misas negras.

No obstante, estos han sido casos aislados y han estado muy lejos de constituir una conspiración de gran alcance. Pero el renovado interés por el ocultismo durante el siglo xix, propició un ambiente de misterio y rumor en torno a supuestos grupos satánicos, especialmente en Francia. París, la ciudad luz, era el centro de la atracción con sus cafés y sus círculos literarios, artísticos y filosóficos. Pero al mismo tiempo, se rumoreaba fuertemente que había un submundo de grupos satánicos que realizaban misas negras, y ofrecían niños en sacrificio.

El caso más escandaloso fue el de los sacerdotes católicos Eugène Vintras y Joseph Antoine Boullan. Vintras fundó la llamada Iglesia del Carmelo. Como se sabe, el Carmelo era un monte en el cual, según el relato bíblico, el profeta Elías se enfrentó a los sacerdotes del dios Baal. Pues bien, en 1839, Vintras alegaba haber recibido una carta del arcángel Miguel y luego tuvo visiones de este ángel, José, María y el Espíritu Santo. Estos informaron a Vintras de que él era la reencarnación del

profeta Elías.

Además, en todo esto había un componente político. Pues, por aquella época, existía el rumor de que el hijo del guillotinado rey Luis XVI no había muerto como oficialmente se creía, sino que había escapado y estaba vivo. Hubo varios personajes que alegaron ser Luis XVII (el hijo de Luis XVI), pero el más célebre era un tal Charles Naundorf. Vintras alegaba que parte de la revelación recibida le exigía brindar apoyo a Naundorf y restituirlo en el trono. Y, a partir de entonces, fundó su iglesia y recorrió toda Francia ganando adeptos.

Vintras oficiaba misas en las cuales ocurrían milagros como, por ejemplo, hostias sangrantes. Pero, supuestamente también incorporaba prácticas que la imaginación popular asociaba con el satanismo: homosexualidad, masturbación frente al altar, misas negras, etc. La notoriedad del movimiento llegó incluso hasta el Vaticano y, en 1848, el propio papa lo condenó públicamente. Pero, no por ello el movimiento desapareció. Joseph Antoine Boullan era uno de los adeptos de la Iglesia del Carmelo y, a la muerte de Vintras, asumió su liderazgo.

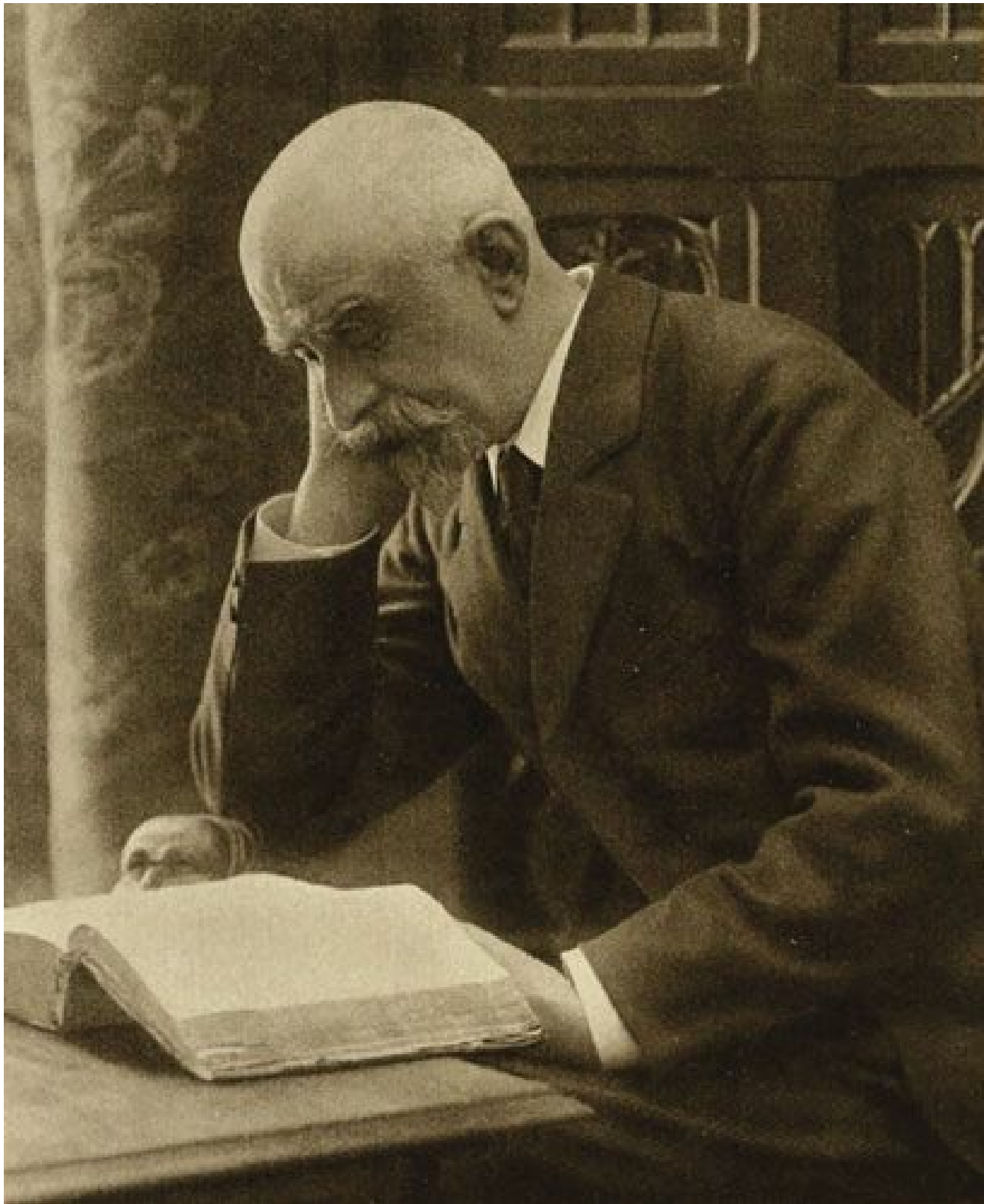
Así como Vintras se creía la reencarnación de Elías, Boullan alegaba ser la reencarnación de Juan el Bautista. En un inicio, Boullan tuvo una carrera eclesiástica convencional. Pero, eventualmente, asumió la tutela espiritual de una monja, Adele Chevalier, de la cual se hizo amante. Desde entonces, Chevalier y Boullan participaban en ritos que, según se alega, eran satánicos. Boullan realizaba exorcismos obligando a los poseídos a recibir la hostia sagrada mezclada con estiércol. También ofició algunas misas negras y buscó realizar conjuros y hechizos mediante sexo ritualizado. Enseñaba a las mujeres poseídas a liberarse de los demonios, imaginándose que tenían sexo con Jesús. Además, desarrolló la curiosa doctrina, según la cual, algunas personas tenían que pecar desenfrenadamente para que otras no tuvieran que pecar y, así, pudieran salvarse. Boullan y Chevalier tuvieron dos hijos y, según se alega, sacrificaron a un bebé propio en una misa negra.

Boullan, no obstante, nunca aceptó estos rumores. Boullan fue apresado por las autoridades, pero no por el crimen de matar a su propio hijo en un rito satánico. El motivo fue las quejas de fraude que algunos de sus seguidores formularon. Uno de los seguidores del movimiento de Boullan fue el poeta Stanislas de Guaita. En realidad, era un miembro de la sociedad de rosacruces que se había infiltrado para vivir de cerca los rituales de Boullan, y los dio a conocer para escandalizar al público. Esto generó una rivalidad entre Boullan y Guaita y, según su testimonio, tuvieron por varios años un combate de despliegue de prodigios mágicos.

HUYSMANS Y EL RETRATO NOVELÍSTICO DEL SATANISMO

En medio de todo esto, apareció un personaje prominente del siglo XIX, el novelista J. K. Huysmans. En un inicio, Huysmans estaba asociado al novelista Émile Zola y su estilo naturalista de literatura, el cual hacía énfasis en el retrato realista de situaciones y la evocación de temas modernistas. Pero, Huysmans eventualmente rompió con Zola, y pasó a formar parte de la corriente estética que, hacia finales del siglo XIX, vino a ser conocida como el movimiento decadente. En buena medida, el movimiento pretendía exaltar rebeldía frente a las estrictas reglas de la moralidad burguesa y, sobre todo, la acusada industrialización de la sociedad moderna. Así, exploraban la sexualidad laxa, el exotismo, lo misterioso y lo extravagante.

Los decadentes tenían especial interés por la figura de Gilles de Rais pues, en efecto, representaba lo grotesco que ellos buscaban explorar. Huysmans se introdujo en el submundo de los grupos satánicos de París, y así, logró contactar a Boullan, con quien estableció una relación de amistad. Durante la rivalidad hechicera entre Boullan y Guaita, Huysmans entusiastamente defendió a su amigo y, cuando Boullan murió de un ataque cardíaco, Huysmans asumió que se trataba de un maleficio realizado por Guaita.



J. K. Huysmans escribió *Allá lejos*, una controvertida novela en la cual se explora en cierto detalle los ritos de sectas satánicas.

Las conexiones satánicas de Huysmans eventualmente lo condujeron a encontrarse en Brujas con Louis Von Haeckel, un sacerdote católico belga, de quien se rumoreaba que también practicaba ritos satánicos. Supuestamente, tenía tatuada la cruz en las plantas de sus pies, para no desaprovechar la oportunidad de profanar el símbolo sagrado cristiano cada vez que caminaba.

Tras su inmersión en el submundo satánico de Francia y Bélgica, Huysmans publicó *Allá lejos* en 1891, una novela que documenta las actividades satánicas de finales del siglo XIX. El protagonista de la novela, Durtal, es en buena medida una proyección autobiográfica de Huysmans. Durtal siente aburrimiento por la vida moderna industrializada, y queda fascinado con la figura de Gilles de Rais.

A medida que empieza a investigar sobre esta enigmática figura, se da cuenta de que el satanismo ha seguido ininterrumpidamente desde la Edad Media, y asiste a los ritos satánicos.

Allá lejos tiene una descripción bastante detallada de la misa negra. No estamos en posición de saber con certeza si Huysmans realmente presencié estos rituales, o si proceden de su talento literario, el cual, obviamente, se habría alimentado de la imaginación de los perseguidores de brujas en los siglos anteriores. Según la crónica, estos rituales son elaborados en casas privadas, en habitaciones alumbradas muy tenuemente. Hay un altar y, encima de él, una imagen de Cristo, pero con una cara bestial. Sobre el altar hay candelabros negros e inciensos a los que se han añadido sustancias narcóticas. El sacerdote está vestido con una ropa de color escarlata oscura y usa un sombrero con cuernos. Hay un coro conformado por homosexuales. El sacerdote recita al revés el padrenuestro, invoca alabanzas a Satanás y maldiciones contra Cristo, y los coristas responden. Va creciendo el frenesí y los coristas empiezan a gritar. El sacerdote mastica hostias consagradas, pero no las traga. Las escupe, las mujeres se tiran al suelo a comerlas. Al final, hay una gran orgía.

La novela obviamente causó escándalo. Poco tiempo después de su publicación, Huysmans había regresado a la fe católica, y muchos interpretaron la novela más bien como la crónica de un exsatanista que advertía sobre la amenaza de las sectas satánicas clandestinas. En esto, Allá lejos se parece a algunos libros de supuestos exsatanistas que, como veremos, a finales del siglo xx lanzaron una histeria colectiva en torno a la supuesta proliferación de sectas satánicas. Allá lejos tiene un indiscutible valor literario pero, probablemente, no sea confiable como una crónica respecto al alcance de los grupos satánicos y sus actividades criminales. Es más afín al texto de periodístico sensacionalista.

Pero Huysmans no hizo más que añadir leña al fuego. Pues, por aquella misma época, ya había en Francia una considerable preocupación en torno a la supuesta proliferación de sectas satánicas que incurrieran en actos criminales. Y la paranoia colectiva se dirigía especialmente en contra de la proliferación de sociedades secretas, en especial los masones.

LOS MASONES Y LA BROMA DE TAXIL

Originalmente, los masones eran un grupo secular. Quizás los masones tengan su origen en los gremios de artesanos que surgieron en torno a las ciudades, hacia finales de la Edad Media. Pero, su origen más probable está en el siglo XVIII, cuando en el contexto de la Ilustración, surgieron asociaciones de librepensadores relativamente hostiles a las autoridades clericales pero que, con todo, mantenían la creencia deísta en un Dios arquitecto creador del universo.

Obviamente, no hay nada en las prácticas o creencias masónicas que permita suponer racionalmente, que esta sociedad secreta tiene algún vínculo con el culto a Satanás. Pero, en vista de que originalmente atrajo a intelectuales hostiles a las autoridades eclesiásticas, desde muy temprano la Iglesia católica ha manifestado desdén por esta sociedad secreta. Además, toda sociedad secreta corre el riesgo de que, en la medida en que mantengan ocultas sus prácticas, se abra el compás de sospecha para todo tipo de especulaciones. Y, puesto que sus rituales son secretos, no están en buena posición para refutar a quienes lanzan acusaciones en su contra.

Pues bien, hacia finales del siglo XIX, se empezó a correr el rumor, especialmente auspiciado por la Iglesia católica, de que los masones adoraban al diablo. Por aquella época, un escritor francés llamado Léo Taxil (su nombre real era Marie Joseph Gabriel Antoine Jogand-Páges), había pertenecido a la sociedad de los masones. Pero Taxil sólo había alcanzado los primeros niveles en la compleja jerarquía de iniciación en esa sociedad y, debido a algunas disputas, fue expulsado.

Taxil decidió, entonces, orquestar una broma. Hasta ese momento, Taxil había sido autor de textos pornográficos y varios panfletos en contra de la Iglesia católica, especialmente durante su época de membresía en la sociedad de los masones. Pero, repentinamente, en 1885 anunció su conversión al catolicismo y censuró públicamente sus panfletos anteriores.

Desde 1890, Taxil empezó a alegar mediante publicaciones periódicas que, durante su vinculación con los masones, tuvo noticias sobre toda suerte de ritos abominables. Pues, alegaba Taxil, una secta surgida en el seno de los masones había organizado un culto a Lucifer. Según los testimonios de Taxil, esta secta satánica practicaba decapitaciones y sacrificios de niños. Su informante, sostenía Taxil, era una mujer llamada Diana Vaughan.

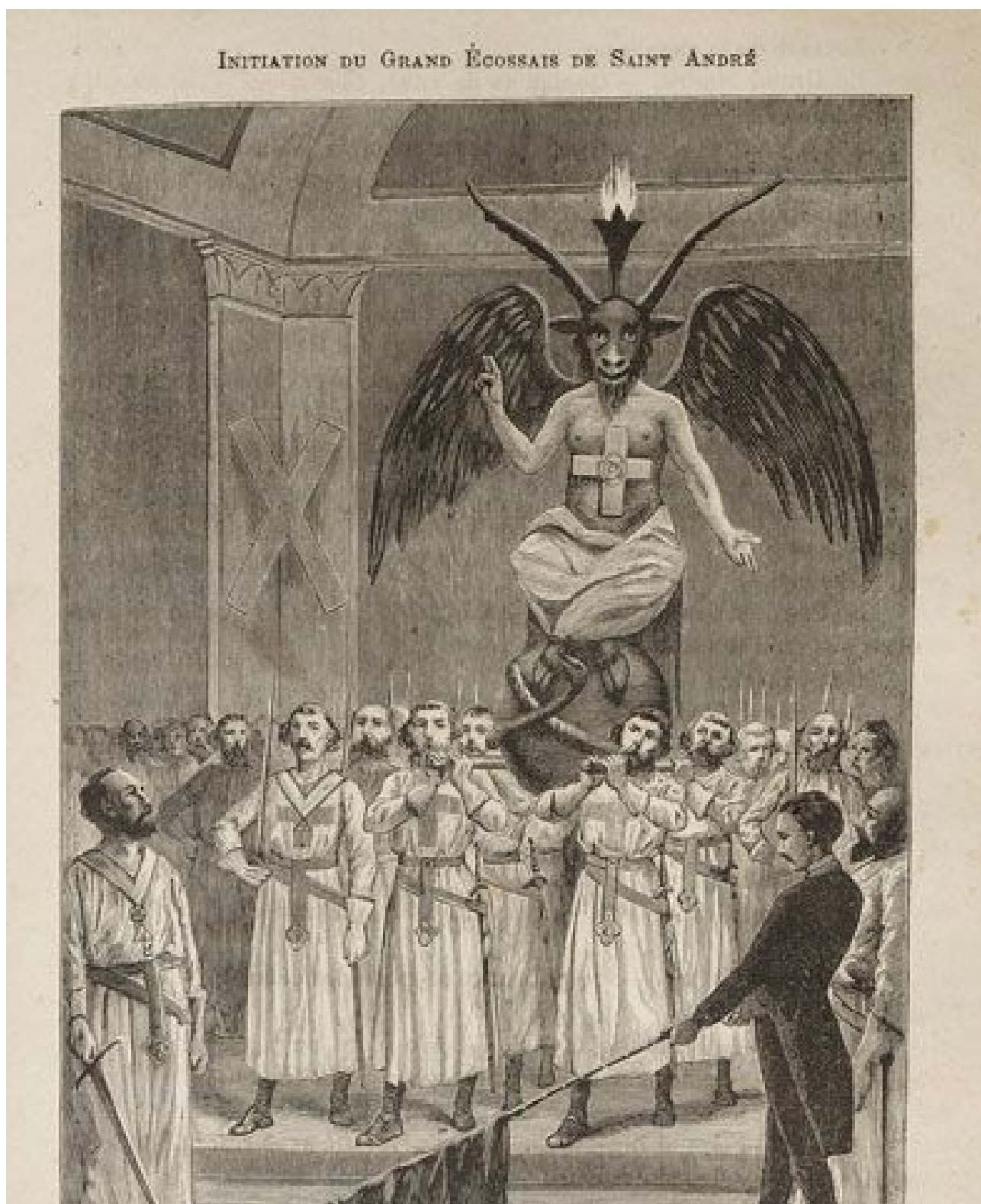
Taxil alegaba que Vaughan había sido una participante en el culto a Lucifer, pero que logró escapar para contar los detalles a Taxil. El nombre de la secta satánica en cuestión era los paladianos. Esta secta había sido fundada por el oficial norteamericano Albert Pike, un personaje histórico que, en efecto, había sido masón, pero que ya había muerto en 1890. Pike habría organizado el culto satánico desde Charleston, en Carolina del sur, y el culto habría cruzado el océano para asentarse en el continente europeo.

Las publicaciones de Taxil denunciando las atrocidades masónicas en su culto a Lucifer se hicieron cada vez más numerosas, y contó con el apoyo irrestricto de la Iglesia católica. De hecho, Taxil llegó a reunirse con el papa León XIII, un pontífice notorio por su oposición a los masones y firme creyente en la conspiración masónica y su culto a Lucifer.

Pero los alegatos de Taxil cada vez se volvían más extravagantes. Empezaba a incorporar elementos sobrenaturales, como por ejemplo, que los demonios combatían con Diana Vaughan y escribían textos proféticos sobre su espalda. El grueso de los católicos en Francia aceptaba sin más

estos alegatos, pero surgió un grupo escéptico que exigía pruebas como respaldo.

En 1897, Taxil prometió presentar al público a Diana Vaughan, para que ella misma contara los detalles de su historia. Así, convocó una rueda de prensa con muchas personalidades célebres de la Francia de finales de siglo. En la rueda de prensa, Taxil proclamó que todo aquello había sido una broma. Diana Vaughan era en realidad la secretaria de Taxil y los testimonios sobre la conspiración satánica eran falsos. Los paladianos no existían; eran un invento de Taxil. Si bien Albert Pike sí había formado parte de los masones, no tuvo nada que ver con ningún culto al diablo. Y, en tanto Pike ya había muerto cuando Taxil empezó a publicar sus alegatos, no había forma de que se defendiera. Los masones, además, en tanto eran una sociedad secreta, no estaban en posición de rechazar los alegatos de Taxil, pues cualquier pronunciamiento habría violado los códigos ocultos.





Le Baphomet, idole des Templiers, est alors porté processionnellement dans la salle de la Grande Loge.

Bajo el seudónimo Léo Taxil, Marie Joseph Gabriel Antoine Jogand-Pâges escribió reportes en los cuales se alegaba que los masones adoraban a Satanás, y empleaban el símbolo de Bafomet. Al final, reveló que todo era una broma. Ilustración de su libro Los misterios de la masonería. Grabado de Pierre Mejanel y François Pannemaker.

La broma de Taxil tenía dos objetivos. Por una parte, quería vengarse de los masones, pues Taxil había sido expulsado de esa sociedad. Así, durante varios años, Taxil se deleitó difundiendo el rumor de que los masones rendían culto a Lucifer. Pero, el objetivo de la broma de Taxil era más bien someter al escarnio público la mentalidad tan crédula que promovía la Iglesia católica. Taxil era cada vez más osado en presentar acusaciones monstruosas en contra de los masones y la Iglesia católica, en vez de mostrar una dosis saludable de escepticismo, en su histeria colectiva daba aval a las denuncias de Taxil.

Taxil ofreció una lección de sentido crítico. Pero, como veremos, la lección de Taxil no ha sido asimilada del todo. Pues, hacia finales del siglo xx, surgió nuevamente una histeria colectiva (esta vez mucha más grave que la vivida en Francia a finales del siglo xix en torno a los masones) en torno a la supuesta proliferación de sectas satánicas y sus crímenes abominables. E, insólitamente, hasta el día de hoy, algunos personajes religiosos públicos que encabezan la cruzada en contra de los masones, siguen apelando a los textos de Taxil, a pesar de que, como hemos visto, ¡este mismo reconoció que todo se trataba de una broma!

CRÍMENES AISLADOS

La gran conspiración de mujeres que asistían a los sabbats, es, como he insistido, producto de la imaginación paranoica de los inquisidores durante la época de la cacería de brujas. Pero, por supuesto, hubo algún cisne negro. Quizás Gilles de Rais sí fue culpable de los crímenes que se le atribuían. Y, con bastante seguridad, La Voisin sí había organizado una red de satanistas que cometían actos abominables.

Pues bien, como hemos visto, a finales del siglo XIX se fue conformando una nueva histeria colectiva en torno a una supuesta conspiración internacional de satanistas. Como la de los siglos anteriores, esta conspiración fue imaginaria. Pero, así como en los siglos anteriores hubo contadas excepciones de personas que sí rendían culto a Satanás como principio absoluto del mal y unas poquísimas personas cometieron crímenes en su nombre, así también en los siglos XX y XXI ha habido algunos individuos mentalmente inestables que han cometido crímenes, los cuales, aparentemente, tienen alguna vinculación con el culto al diablo.

Uno de los más notorios fue Richard Ramírez, un criminal que perpetró una serie de asesinatos en la década de 1980. Ramírez se consideraba a sí mismo un adorador del diablo y postulaba que sus crímenes respondían a las exigencias rituales de Satanás; de hecho, dibujaba símbolos satánicos en las escenas de sus crímenes. Pero, es urgente apreciar que el compromiso satánico de Ramírez es un efecto, y no una causa, de su conducta antisocial. Desde su infancia, Ramírez había sido sometido a maltratos y un primo que había sido soldado en Vietnam, continuamente le mostraba fotos de personas que él mismo había ejecutado en combate y además, el propio Ramírez, presenció cuando su primo mató a su esposa.

Con estos antecedentes, no resultó tan difícil que Ramírez llegara a tal nivel de psicopatología. El satanismo es apenas una excusa de la cual se valen estas personas mentalmente inestables para cometer atrocidades. La responsabilidad del satanismo en estos crímenes es análoga a la responsabilidad de los tatuajes en el crimen. Ciertamente, buena parte de la población penal tiene tatuajes. Pero, sería torpe sostener que el hacerse tatuajes impulsa a las personas al crimen. Es, más bien, al revés: las personas inclinadas hacia el crimen terminan por asumir el tatuaje como una forma de rebelión. Con todo, la mayoría de las personas que usan tatuajes son obedientes de la ley. Del mismo modo, algunos criminales sienten interés por el satanismo, pero el grueso de los satanistas no participan en crímenes.

Hay casos que conmocionan, en buena medida por la dosis de sensacionalismo que le aplican los medios de comunicación. Pero, estadísticamente, son insignificantes al compararlos con los otros crímenes de los cuales se ocupan los cuerpos policiales. Los crímenes satánicos han sido muy esporádicos y han sido perpetrados por individuos aislados, o por grupos de muy corto alcance. No hay nada cercano a una gran conspiración satánica internacional, tal como lo imaginaban los inquisidores de antaño. Con todo, la misma mentalidad de los perseguidores de brujas reapareció a finales del siglo XX, cuando desde Estados Unidos se extendió por todo el mundo occidental, la creencia de que existía una gran organización satánica que cometía toda suerte de crímenes y abominaciones en su culto al diablo.

SUPUESTOS ABUSOS RITUALES SATÁNICOS

En las dos últimas décadas del siglo XX, surgió nuevamente una obsesión colectiva en torno a las supuestas sectas satánicas. Todo empezó, según parece, con una mujer canadiense mentalmente inestable llamada Michelle Smith. El psiquiatra (y luego su esposo) que trataba a Smith, Lawrence Pazder, publicó en 1980 un libro en el cual relataba las experiencias vividas por Michelle. Este libro, con el título *Michelle recuerda*, narraba cómo Smith, en sesiones hipnóticas dirigidas por Pazder, sacaba a flote experiencias que, en estado consciente, no recordaba.

Estas experiencias eran espantosas. Michelle recordaba cómo, desde su infancia, fue sometida a ritos satánicos por su madre. Los participantes en los ritos satánicos la forzaban sexualmente. Le obligaron a comer gusanos, la encerraron en una jaula llena de serpientes y presencié el canibalismo de niños pequeños. Michelle no sabía nada de esto, pero las sesiones hipnóticas le permitieron sacar a flote recuerdos reprimidos a los cuales ella no tenía acceso.

La familia de Michelle negó rotundamente estos alegatos. Pero, el sensacionalismo del libro fue suficiente para activar la mecha de la paranoia entre los lectores. Se empezaba a postular que, así como la secta satánica de la familia de Michelle había logrado reprimir sus recuerdos cuando ella era aún una niña, cualquier persona pudo haber sido víctima de ritos satánicos, sin siquiera ser consciente de ello, pues sus recuerdos habrían sido reprimidos. Y, así, empezó la preocupación de que, cualquier persona pudo haber sido en el pasado víctima de abusos satánicos y no recordarlo.

El libro en cuestión fue sometido a una investigación más rigurosa y resultó ser un fraude. Pazder había viajado previamente a algunos países africanos y había oído rumores de sociedades secretas que practicaban ritos abominables. Ninguno de los alegatos de Michelle encontró corroboración de fuentes secundarias. Y, además, en los recuerdos de Michelle, había incluso elementos sobrenaturales, como por ejemplo, encuentros con el mismo Satanás.

Quizás el libro no sea un fraude deliberado, sino más bien el producto de un uso irresponsable de la hipnosis. La hipnosis puede servir para algún propósito en intentos de reforma de algunas conductas como, por ejemplo, los hábitos de fumadores. En estado hipnótico, el terapeuta puede transmitir al paciente, mediante la sugestión, la inclinación a dejar de fumar. Pero, la hipnosis como método para recuperar memorias perdidas es muy cuestionable. Pues, en tanto se desarrolla en un estado de sugestión, es muy fácil que el terapeuta (muchas veces incluso inadvertidamente), implante sobre el paciente falsos recuerdos mediante preguntas sugerentes. El paciente, a fin de complacer al terapeuta, puede hacer aparecer recuerdos que, en realidad, son historias fantasiosas pero que, en un proceso de retroalimentación, tanto el terapeuta como el paciente terminan por creer que son verdaderos.

Por ello, es muy improbable que Michelle recordara historias de abusos en ritos satánicos. Más bien, es más probable que Pazder, al conducir la hipnosis, quizás inadvertidamente, implantó falsos recuerdos en la mente de Michelle (por ejemplo al sugerir levemente algún abuso, y a partir de eso la paciente desarrolló la historia), y ambos terminaron por creer que, en efecto, desde su infancia había sido sometida a toda suerte de atrocidades.

Con todo, el desenmascaramiento del libro en cuestión fue demasiado tarde. Pues, el libro de Pazder tuvo amplia acogida entre los lectores, y eso sirvió para que se activara una nueva ola de

paranoia respecto a la existencia de una gran conspiración internacional e intergeneracional de grupos satánicos que raptan niños, los someten a toda suerte de abusos y, finalmente, se los comen.

Con todo, quienes promovían la veracidad de la conspiración satánica, tenían que explicar por qué, frente a la magnitud de las redes satánicas que supuestamente existían, la evidencia era tan escasa y las víctimas no recordaban nada en estado consciente. Naturalmente, se formularon toda suerte de hipótesis ad hoc. Se empezó a alegar, en primer lugar, que los grupos satánicos habían logrado ejercer técnicas de control mental, a fin de inducir en sus víctimas una personalidad alterna que les impidiese recordar los abusos presenciados.

Es cierto que, desde la guerra de Corea en los años cincuenta del siglo xx, se manejó la hipótesis de que, mediante algunas técnicas de manipulación y tortura mental, podría quebrarse la estabilidad mental de las víctimas, hasta el punto de implantar en ellos otra personalidad sumisa a las órdenes de sus superiores. Esto sería beneficioso para misiones militares, pues un soldado podría cumplir una misión, y en caso de ser capturado, no ofrecería ninguna información, pues estaría bajo otra personalidad controlada por sus superiores. De hecho, por muchos años, la CIA intentó implantar el programa MK-Ultra, el cual perseguía este objetivo.

Pero, si bien hay diversos grados de manipulación y control (dependiendo en buena medida de cuán sugestionables sean los individuos), los psicólogos desconfían de que exista un control mental abrumador que logre implantar una personalidad alternativa en las víctimas, aún en detrimento de su consentimiento. En efecto, el programa MK-Ultra de la CIA fue desmantelado, precisamente porque no generó los resultados esperados. Por ello, son muy débiles los alegatos de que las sectas satánicas someten a abusos a los niños, pero a la vez les aplican técnicas de control mental para inducir en ellos una personalidad alterna, a fin de que no recuerden esas experiencias y no acudan a las autoridades para formular denuncias.

Con todo, desde la década de los setenta del siglo pasado, se venían dando otras circunstancias que hacían que la opinión pública, especialmente en Estados Unidos, se aferrara a la idea de que las sectas satánicas programaban a sus miembros para que olvidasen las atrocidades presenciadas durante los ritos satánicos. Frente a esto, se invocó como explicación que estos y otros grupos religiosos, llamados peyorativamente cultos, empleaban técnicas de control mental. Los miembros estaban ahí en contra de su voluntad, víctimas del lavado de cerebro aplicado por los líderes de los cultos. En un inicio, estos cultos no constituyeron una gran amenaza a la opinión pública norteamericana. Pero, el suicidio colectivo del grupo religioso Jonestown en 1978, hicieron que surgiera un movimiento de cruzada en contra de los cultos. Estos movimientos anticulto eran tanto religiosos como seculares. La vertiente religiosa anunciaba el peligro de que estos nuevos movimientos religiosos divulgaran creencias y prácticas heréticas. La vertiente secular advertía que los cultos suprimían el libre albedrío de sus miembros y los programaban para cometer atrocidades. Con esto, se abrió aún más espacio para la paranoia en torno a la existencia de una conspiración mundial satánica que, como el resto de los cultos, operaba con técnicas de control mental.

Hubo, además, otras circunstancias sociales que fueron alimentando la histeria colectiva respecto a la supuesta proliferación de sectas satánicas y sus crímenes. A partir de la década de los ochenta del siglo xx, ganó impulso político la derecha evangélica fundamentalista en Estados Unidos. Esta derecha evangélica extendía la preocupación apocalíptica de los propios reformadores protestantes del siglo xvi: el diablo acecha a la humanidad y, ahora, ha logrado acumular seguidores que, en su honor, realizan actos rituales abominables. Y, así, los pastores que antaño estaban

confinados a las iglesias, empezaron a ocupar posiciones políticas. Y, desde el poder, empezaron a divulgar la idea de que existía una conspiración satánica que resultaba urgente dismantelar.

Aunado a eso, los medios de comunicación norteamericanos empezaron a explorar el traslado de la representación de la ficción a lo real. Ya no era suficiente con presentar historias ficticias sobre conspiraciones satánicas, como El bebé de Rosemary (titulada La semilla del diablo en España). Se ganaba más audiencia si se daba crédito a historias como las de Michelle y se afirmaba la existencia de una gigantesca red de sectas satánicas que cometían toda clase de crímenes. Así pues, los medios se empezaron a interesar en historias sensacionalistas sobre cultos satánicos y exageraron ampliamente la extensión de estos grupos.

Además, los cuerpos policiales norteamericanos de bajo rango no tenían un sentido lo suficientemente crítico como para evaluar adecuadamente las historias sobre ritos satánicos e, influidos por los medios de comunicación, aceptaron casi incondicionalmente las denuncias de las supuestas víctimas. La mesa estaba servida para que, a finales del siglo xx, empezara una nueva histeria, ya no en torno a brujas como las de antaño, pero sí en torno a grupos satánicos que abusan de niños.

Así, después de la publicación del libro sobre los supuestos abusos contra Michelle, empezaron a aparecer otras denuncias similares en Estados Unidos. Se empezó a alegar que, en varias guarderías de niños, los infantes eran usados en ritos satánicos. Los padres los dejaban en la mañana y durante su estancia en las guarderías, participaban en toda suerte de actos abominables. El caso de este tipo que despertó la histeria, fue el tristemente célebre caso McMartin, en California.

En 1983, en una guardería propiedad de la familia McMartin en el estado de California, la madre de un niño denunció que su hijo había sido maltratado severamente. Supuestamente, al niño le habían introducido unas tijeras en los ojos, le habían engrapado las orejas y lo habían obligado a beber sangre de un bebé que habían matado en su presencia. La madre de este niño tenía un historial de inestabilidad mental, pero con todo, la policía tomó en serio sus denuncias e investigó a la familia McMartin.

Los oficiales de policía encontraron en la casa de la familia una toga de graduación y la interpretaron como una capa satánica. Encontraron revistas de Playboy y las asumieron como prueba de que su propietario era pederasta. Como medida preventiva, las autoridades enviaron un mensaje a la comunidad de padres de la escuela, anunciando que había una alarma de que los niños podrían haber sido abusados, y los exhortaba a denunciar si observaban en sus niños algún comportamiento inusual. No sorpresivamente, hubo una inundación de nuevas denuncias.

Frente a un tema tan sensible como el abuso sexual infantil, las autoridades asumieron la posición de no admitir tolerancia. Y exhortaron a creer el testimonio de los niños, pues por aquella época, estaba de moda la postura según la cual, el testimonio de las víctimas es la principal pieza de evidencia y debe ser suficiente para imputar. El problema, no obstante, es que el testimonio de los niños no era contundente. Los oficiales emplearon técnicas de interrogación coercitivas y empleaban su autoridad para conducir a los niños a afirmar que habían sido víctimas de abuso sexual (por ejemplo, si un niño negaba ser víctima, el policía o trabajador social le decía que no se estaba portando bien). De hecho, muchos niños alegaron ser víctimas de abusos, sólo después de que los trabajadores sociales los entrevistaron.

Además, los testimonios de los niños eran sumamente extravagantes. Alegaban haber visto volar a las brujas (es impresionante cómo las autoridades policiales pudieron seguir tomando en serio

estos alegatos, después de escuchar semejante historia ampliamente influida por las imágenes de siglos anteriores). Cuando se les mostraba fotos de sospechosos, algunos niños identificaron al actor Chuck Norris como uno de los participaban en los ritos. Decían que los llevaban a volar en globos de aire caliente para acudir a los ritos y que los conducían a unos túneles debajo de la guardería, donde presenciaban ritos satánicos. Se investigó, pero nunca se encontraron esos túneles.

Se empezó a alegar, también, que además del control mental y la inducción de múltiples personalidades, los grupos satánicos tenían una red de mujeres embarazadas para dar a luz a niños sin que nunca fueran registrados y así poder comérselos sin dejar rastro. Y, frente a la cuestión de por qué no aparecían los huesos de los bebés devorados, se alegaba que los grupos satánicos habían logrado controlar crematorios para hacer desaparecer los huesos.

Los medios hicieron un festín sensacionalista con estas historias y, naturalmente, la histeria se esparció fugazmente. Muy pronto, a lo largo y ancho de Estados Unidos, y luego en otros países europeos y anglófonos, aparecieron denuncias de guarderías que abusaban de los niños en ritos satánicos. Como en el caso McMartin, los cuerpos de investigación en la mayoría de estos casos ya tenían la idea preconcebida de que los niños sí eran abusados por sectas satánicas y, mediante técnicas coercitivas de interrogación, conducían a los niños a testificar que, en efecto, habían sufrido tales abusos. Lo mismo que en el caso de McMartin, empezaron a surgir alegatos extravagantes. Hombres vestidos de payasos los obligaban a beber orina y enanos que bebían sangre humana. Los satánicos mataban a elefantes, jirafas y conejos, y se bebían la sangre frente a los niños.

No puede negarse, por supuesto, que el abuso sexual de niños existe y que, de vez en cuando, aparecen redes de prostitución y pornografía infantil. Pero, la evidencia para estos alegatos es bastante contundente. El problema con el supuesto abuso de niños en ritos satánicos es que nunca apareció evidencia que permitiera suponer que, en efecto, había una conspiración de gran alcance. No había evidencia física de ningún tipo. Las únicas piezas de evidencia eran los testimonios de los niños (inducidos por los investigadores), y las memorias de las supuestas víctimas, ya adultas.

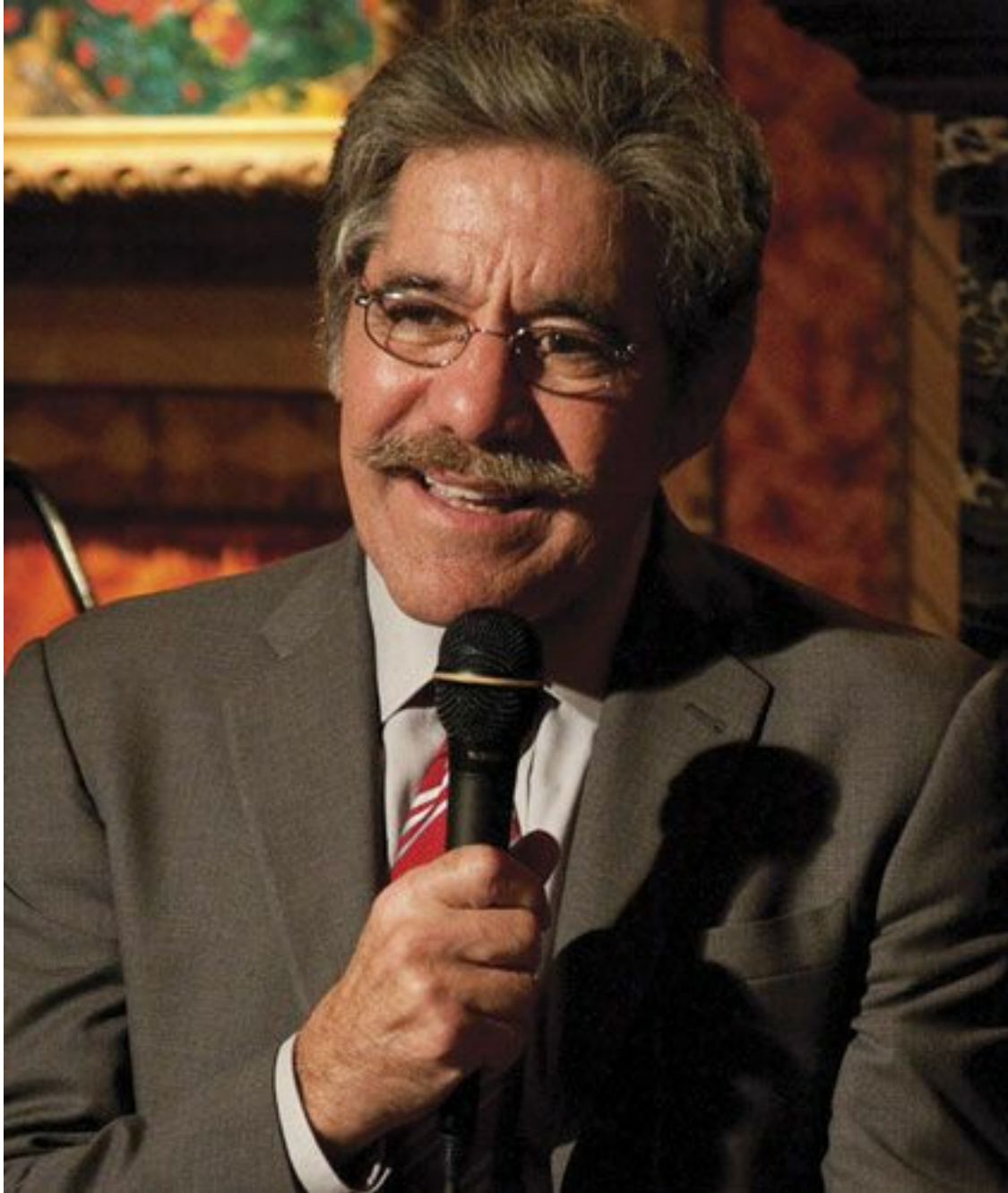
Todo esto resultó doblemente lamentable. Por una parte, se creó una histeria colectiva en torno a abusos inexistentes. Por la otra, se desvió la atención respecto a casos de abuso sexual infantil que sí eran muy reales. Con todo, el sensacionalismo en torno al satanismo hizo que muchos abusos sexuales reales quedaran impunes, en buena medida porque los investigadores policiales estaban más ocupados investigando los alegatos de las víctimas del satanismo.

La cumbre del festín sensacionalista vino en 1988, cuando el animador de televisión norteamericano, Geraldo Rivera, presentó un documental en el cual advertía sobre la magnitud de la amenaza satánica en los Estados Unidos; este documental batió récords de sintonía entre el público norteamericano. Rivera daba crédito a los alegatos de supuestas víctimas de satanismo que habían recuperado recuerdos de su infancia. El documental manipulaba a la audiencia, asociando imágenes de Charles Manson, Anton LaVey, actos vandálicos y casos aislados de asesinos. Rivera llegó a asegurar que, según cálculos policiales, en Estados Unidos había más de dos millones de satánicos, dispuestos a realizar actos rituales atroces. Curiosamente, años después, cuando ya la histeria colectiva menguó, Rivera se retractó de las posturas defendidas en su programa y reconoció que el documental había transmitido información falsa.

A medida que las denuncias se multiplicaban, se detenía a más personas supuestamente vinculadas con el satanismo y sus crímenes. La abrumadora mayoría de los imputados negaban rotundamente participar en estos ritos. Pero, lo mismo que durante la época de la caza de brujas,

hubo algunos imputados que sí confesaron haber formado parte de grupos satánicos y de haber cometido crímenes espantosos como parte de la religión satánica.

El problema, no obstante, es que estas confesiones parecen ser del mismo tipo que aquellas obtenidas por los inquisidores de antaño. A diferencia de los procedimientos inquisitoriales de los siglos anteriores, durante las investigaciones policiales de casos de crímenes satánicos no se empleaba la tortura física. Si bien es vergonzosa la reaparición de la tortura en cárceles como la de Guantánamo en estos últimos años, el gobierno de Estados Unidos ha logrado minimizar los abusos policiales y las torturas, al menos al compararlos con épocas pasadas. Pero, durante la histeria colectiva en torno al satanismo, se llegó a emplear algo parecido a una forma de tortura psicológica que produjo algunas confesiones falsas.



El periodista norteamericano Gerald Rivera hizo programas televisivos sensacionalistas en los cuales advertía sobre la existencia de una masiva conspiración de sectas satánicas y generó tremenda angustia en el público norteamericano. Luego, se retractó de sus posturas.

Fotografía tomada por Justin Hoch.

En muchos departamentos policiales de Estados Unidos se emplea la llamada técnica Reid. Esta

consiste en crear presión psicológica severa, a fin de que los sospechosos confiesen. Al imputado se le presentan las pruebas que lo imputan, pero a la vez se le hace creer que su crimen es comprensible y que es mejor que confiese, pues de lo contrario, habrá consecuencias mucho más graves. Esta técnica es bastante exitosa en lograr confesiones. Pero, también genera confesiones falsas en individuos inocentes sugestionables que, frente a la presión, terminan por convencerse a sí mismos de que son culpables. Quizás sea exagerado postular que la técnica Reid es una forma de tortura, pero no deja de ser cierto que genera confesiones falsas.

Quizás la confesión falsa más infame en medio de la histeria colectiva en torno al satanismo, fue la del policía norteamericano Paul Ingram en 1996. Ingram y su familia asistían a una iglesia evangélica que enseñaba a sus jóvenes que los grupos satánicos reprimen los recuerdos de sus víctimas y que Dios no permitiría que surgieran recuerdos falsos. Las hijas de Ingram asistieron a sesiones para recuperar recuerdos reprimidos y alegaron que él las abusaba sexualmente como parte de los rituales satánicos, en los cuales además había asesinatos de niños. Ingram lo negó en un inicio, pero frente a la presión de los interrogatorios policiales, confesó.

Fue sentenciado. El problema, no obstante, es que Ingram daba muestras de ser una persona sumamente sugestionable, e investigadores independientes empezaron a sospechar que su confesión era falsa. Frente a la presión de algunos de estos investigadores, Ingram terminó por confesar crímenes de los cuales sus hijas nunca lo acusaron (como, por ejemplo, que obligaba a sus hijos a tener sexo entre sí). Con esto, los investigadores querían demostrar que, así como Ingram confesó falsamente estos crímenes, seguramente las otras confesiones eran falsas. Además, una de las hijas de Ingram alegó que la habían obligado a abortar, pero los exámenes determinaron que nunca había estado embarazada.

Aquella histeria pronto salpicó a muchos sectores de la vida social norteamericana y de algunos países europeos. Y, así, se empezaron a vincular con el satanismo muchos hechos que, antes de esta histeria, no habrían tenido ninguna conexión. Por ejemplo, desde inicios de los años ochenta, empezaron a aparecer en las campañas norteamericanas, algunos animales muertos. Estos animales presentaban algunas particularidades. Su sangre se había disecado, tenían cortes que aparentemente tenían precisión quirúrgica y a muchos les faltaban los labios, los genitales y el ano.

Los grupos ávidos de explicaciones sensacionalistas primero invocaron a los extraterrestres como responsables. Pero, también se señaló a los grupos satánicos. Bajo esta hipótesis, la mutilación de los animales habría formado parte de un ritual. Pues, en efecto, muchas religiones no convencionales (e, incluso, algunas religiones convencionales) incorporan sacrificios animales.

Pero, como era de esperar, no había ninguna evidencia que respaldara esta hipótesis. Y, además, los científicos formularon hipótesis muy plausibles para explicar la aparición de los animales mutilados. Los colmillos de depredadores pueden dejar marcas parecidas a las incisiones quirúrgicas. Los animales carroñeros, después de devorar la carcasa, pueden dejar al ganado en condiciones similares a las que se encontraban. En especial, se sabe que las moscas carroñeras son particularmente voraces y que suelen atacar primero las partes más blandas del tejido, entre ellas, los genitales, el ano y los labios.

HEAVY METAL Y SATANISMO

Más intensa fue la paranoia respecto a la música del género *heavy metal*. Richard Ramírez, el asesino en serie que dibujaba símbolos satánicos en las escenas de crimen, era aficionado al grupo de *rock* AC/DC, y según se alegaba, algunas canciones de ese grupo inspiraron la conducta antisocial de Ramírez (vale recordar que esto es muy improbable, dado el historial de inestabilidad mental que presentaba Ramírez).

Desde sus propios inicios, la música *rock* ha estado imbuida de controversias. Originalmente el *rock* surgió como un movimiento contracultural. Pero, a partir de los años setenta del siglo xx, surgió la vertiente *heavy metal* que pretendía explotar al máximo la insatisfacción con el sistema y el espíritu de rebeldía adolescente. Los músicos de *heavy metal* empezaron a incorporar más desorden en sus presentaciones. Empleaban el llamado tritono, una técnica musical que, en la Edad Media, fue llamada *diabolus in musica*, ‘el diablo en la música’, pues se consideraba ajeno a las convenciones musicales tradicionales y que rayaba en el ruido. Los músicos de *heavy metal* prolongaban las improvisaciones y potenciaban las distorsiones, hasta el punto de generar ruido en vez de melodía. En los escenarios destrozaban guitarras y gritaban desenfrenadamente. Ir a una de estas presentaciones puede ser una experiencia desconcertante y confusa.

El perfil contracultural del *heavy metal*, abrió el compás de la sospecha de que sus promotores tenían asociaciones satánicas. Siempre ha habido leyendas sobre músicos que hacen un pacto con Satanás para adquirir talentos. El violinista del siglo xix, Niccolò Paganini, por ejemplo, supuestamente vendió su alma al diablo a cambio de su extraordinaria capacidad musical. Se decía lo mismo del cantante de *blues*, Robert Johnson.

Pero, a diferencia de Paganini y Johnson, muchos de los músicos de *heavy metal* sí coqueteaban de forma mucho más consciente con el despliegue de símbolos satánicos. Con todo, no es fácil precisar si aquello se trataba de un mero truco publicitario, o de una genuina vinculación con el culto a Satanás, o al menos, la adhesión a los ideales satánicos al estilo de LaVey.

Al principio, resultó bastante obvio que el satanismo del *heavy metal* era más publicitario que filosófico. Un público ávido de rebeldía compraría más discos si en las canciones se exaltaba al gran rebelde de todos los tiempos. Así, por ejemplo, los Rolling Stones escribieron una célebre canción sobre el diablo. No obstante, en un concierto en 1969, unos pandilleros blancos encargados de la seguridad, mataron a golpes a un muchacho negro mientras tocaban esa canción. En vista de la controversia, los Rolling Stones prefirieron desvincularse de las imágenes satánicas.

En los años setenta, surgió Led Zeppelin, una banda con interés en la vida y obra de Aleister Crowley. Naturalmente, su interés por el llamado ‘hombre más perverso del mundo’ hizo inevitable que los grupos religiosos más conservadores los etiquetasen de satánicos. Por aquella misma época, Black Sabbath también surgió con algunas canciones que explícitamente hacían referencia a Satanás, a pesar de que nunca se hacía una invitación a rendirle culto.



Según una leyenda, el maravilloso talento musical de Niccolò Paganini era debido a un pacto que hizo con Satanás. Dibujo de C. Sawyer

El principal miembro de Black Sabbath, Ozzy Osbourne, explotó constantemente la puesta en escena satánica. En su caso, era bastante obvio que se trataba de un truco publicitario con la mera intención de vender su imagen. No obstante, Osbourne ha sido llevado varias veces a los tribunales,

pues algunos padres de adolescentes que se han suicidado han acusado a Osbourne de promover suicidios entre adolescentes con sus canciones. Las líricas no promueven propiamente el culto satánico pero sí hacen referencia al suicidio como una solución. Vale recordar que, en muchos de estos casos, el satanismo es más una consecuencia que una causa de las conductas antisociales; el juez así lo entendió y desestimó la acusación contra Osbourne.

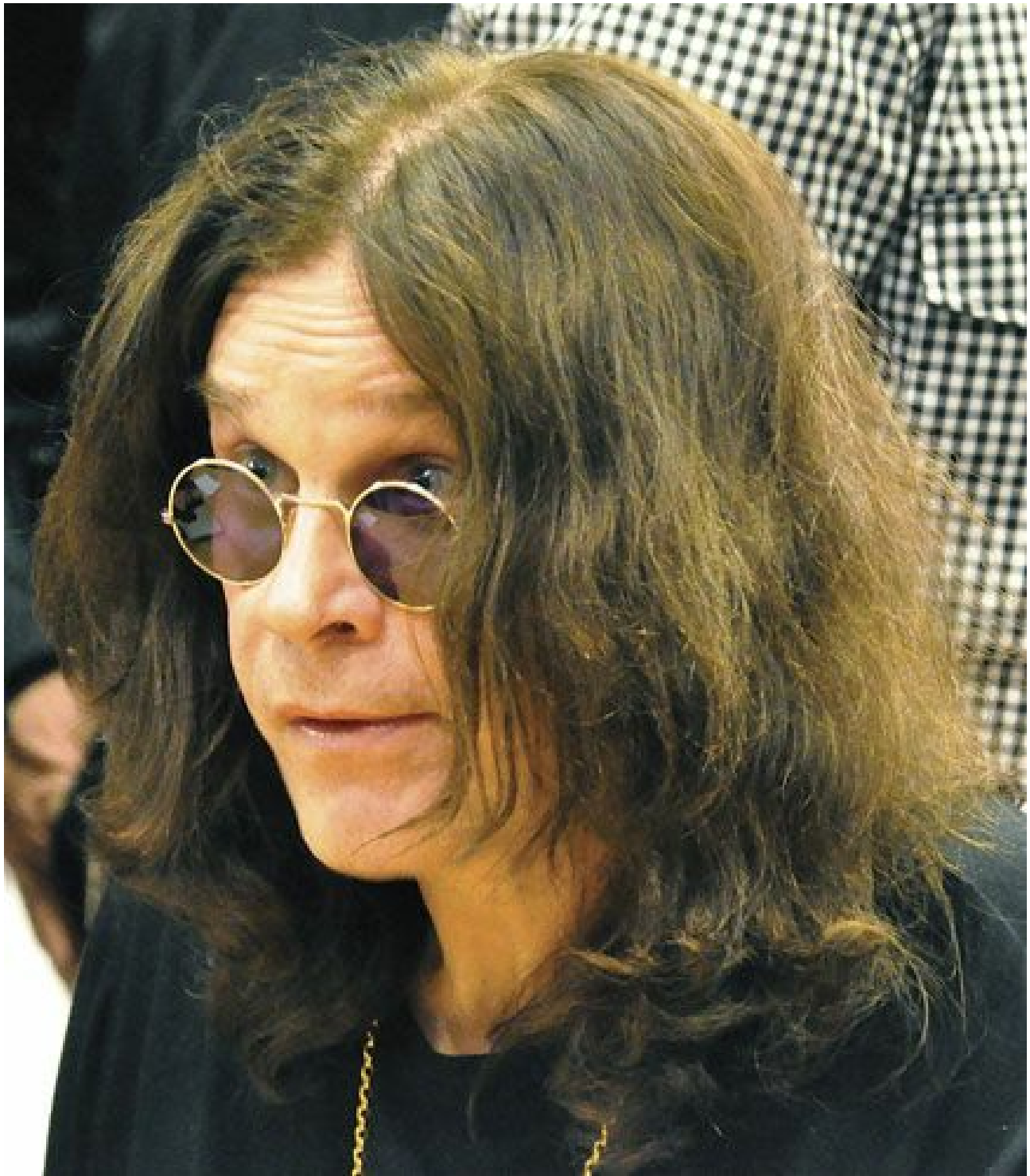
Muy vagas celebraciones del suicidio también las han hecho la banda Judas Priest. Más explícitamente satánica es la banda AC/DC; pero lo mismo que muchos movimientos satánicos inspirados en LaVey, hay más referencia a Satanás como símbolo de rebeldía que como objeto de culto o la representación del mal absoluto.

Hay, por otra parte, algunas bandas que han llevado el género metal a variantes más extremas y, según parece, han asumido el satanismo con mayor convicción, y no meramente como un mero truco publicitario. Marilyn Manson, por ejemplo, es un artista en cuyas líricas predominan mensajes anticristianos y nihilistas. Otras bandas han formado el género *black metal* (una versión más extrema del *heavy metal*), el cual incorpora muchas imágenes del folclore escandinavo y coquetea con las ideas darwinistas sociales que, según hemos visto, resultaron atractivas para LaVey. De hecho, uno de los máximos representantes del *black metal*, Varg Vikernes, era firme militante del neonazismo con algunas imágenes satánicas incorporadas y mató a un compañero músico.

Obviamente, el mensaje divulgado por muchas de estas bandas es destructivo. En pocas de las canciones hay un llamado explícito a consumir drogas, ejecutar violencia atroz o rendir culto formal a Satanás mediante ritos abominables. Con todo, el ejemplo ofrecido por los miembros de estas bandas no es muy positivo, pues muchos de ellos han incurrido en drogadicción y problemas legales (aunque, por supuesto, esto no es exclusivo del *heavy metal*, pues problemas de drogas existen en bandas musicales de todo género). Además, el mensaje de rebeldía es muchas veces nihilista, pues no se ofrecen motivos claros que justifiquen la rebelión y los recursos extremistas de los músicos también transmiten un mensaje de confusión y distorsión.

Pero, es muy dudoso que estas bandas formen parte de un complot para cometer crímenes satánicos. Y, si bien su influencia no es positiva, la histeria colectiva en torno a las sectas satánicas ha exagerado el peligro que estas bandas representan. Ninguna de estas bandas tiene el potencial de conducir a sus oyentes a hacer algo para lo cual no tienen ya una fuerte inclinación. Aquellos adolescentes que se han suicidado escuchando las canciones de Ozzy Osbourne ya traían serios problemas psicológicos que nada tienen que ver con el satanismo o la música *heavy metal*.

El satanismo del *heavy metal* es, como buena parte del satanismo en el siglo xx, una bufonada. Quienes más se ven atraídos por las alabanzas a Satanás son adolescentes que, durante esa fase difícil en la vida de los seres humanos, abrazan muchos de los símbolos e imágenes satánicas para escandalizar a los adultos, especialmente a los propios padres. Es extremadamente raro que estos adolescentes lleven el satanismo fuera de las fronteras de lo legal; a lo sumo, se reportan actos vandálicos con símbolos satánicos, pero casi nunca asesinatos o abusos sexuales inspirados en el diablo.



El cantante de *rock* Ozzy Osbourne ha sido acusado de incorporar líricas satánicas a sus canciones. Fotografía de Kevin Burkett.

Con todo, en medio de la histeria colectiva en torno a los supuestos ritos satánicos en las guarderías, se siguió acusando a las bandas de *heavy metal* de promover el culto a Satanás. Pero, en vista de que en las canciones no era tan explícito el llamado a rendir culto al diablo, se postuló la hipótesis de que, mediante el *backmasking*, los grupos satánicos lograban doblegar la voluntad de los jóvenes y los iniciaban en sectas satánicas. *Backmasking* es una técnica que se empleaba para, supuestamente, ofrecer mensajes ocultos. Los discos eran girados en la dirección contraria y en el sonido que esto generaba, supuestamente, había mensajes ocultos.

La técnica del *backmasking* sí fue empleada por algunos artistas a partir de los años sesenta del siglo xx, pero con el propósito de experimentar con nuevos sonidos. No obstante, la paranoia según Andy Bennett se empezó a apoderar de quienes denunciaban el *heavy metal* como un género satánico

y se alegaba que estas bandas incluían mensajes satánicos en el *backmasking*.

Como suele ocurrir en estos casos, se dio un giro irónico, pues los grupos paranoicos ofrecieron a las bandas de metal una idea que, hasta ese momento, no se les había ocurrido: en efecto, para explotar la publicidad, algunas bandas sí incluyeron mensajes en el *backmasking*. Por ejemplo, el álbum *Stained Class*, de la banda Judas Priest, supuestamente enunciaba: «¡Hazlo!» (Do it!). Esto se interpretó como un aliento al suicidio. Otro mensaje que escandalizaba (este del álbum *Hell Awaits*, de la banda Slayer), era: «Únete a nosotros» (Join us); esto se interpretó como una exhortación a unirse a una secta satánica. La paranoia ya se estaba desbordando.

Para la mayoría de la gente, resultaba bastante evidente que estos mensajes eran inofensivos. Pero, se empezó a alegar que estos mensajes, en tanto estaban ocultos, eran subliminales y que, por ende, podían doblegar la voluntad de quienes los escuchaban y los podían conducir a cometer actos antisociales. Desde mediados del siglo xx, corría el rumor de que algunas empresas se habían valido de técnicas ilícitas para ganar consumidores. Se alegaba que, si se introducían muy brevemente algunas imágenes publicitarias en algunas películas, serían imperceptibles conscientemente por el espectador, pero serían inconscientemente retenidas y, así, lo conduciría a consumir el producto publicitado. Estos eran los llamados mensajes subliminales. De hecho, existía la leyenda urbana de que esto se puso a prueba en un cine: a los espectadores se les mostraba fugazmente imágenes de coca-cola. Los espectadores no recordaban haber visto la imagen, pero cuando salieron, fueron a comprar la bebida en cuestión.

Pues bien, los opositores al satanismo divulgaron la idea de que los mensajes del *backmasking* tenían el mismo impacto subliminal: invadirían la mente de las audiencias y conducirían a los jóvenes a cometer actos criminales, aun sin que estos fuesen conscientes de cuál era la fuente de sus deseos.

Con todo, el publicista que divulgó la historia sobre los efectos de la publicidad subliminal de coca-cola, luego admitió que era falsa. Y, hoy se sabe que la publicidad subliminal no tiene efectos significativos. Un mensaje corto, al derecho o al revés, que haga mención de Satanás, o que invite a alguna inmoralidad, no tiene un efecto contundente sobre su receptor. Ningún mensaje subliminal tiene el poder de conducir a alguien para hacer algo para lo cual ya no tenga una firme tendencia. La conspiración satánica para conducir a los jóvenes a actos antisociales, mediante los mensajes subliminales en los discos de *heavy metal*, es otra de las fantasías del pánico frente a Satanás, del mismo calibre que las acusaciones durante la época de la cacería de brujas.

Hacia mediados de los años noventa del siglo pasado, la histeria colectiva en torno a los ritos satánicos menguó. En un inicio, los mismos policías, psicólogos y trabajadores sociales fueron los responsables de potenciar la paranoia, en buena medida debido a su torpeza en las investigaciones y sus técnicas impositivas de interrogación. Pero, una vez que la histeria alcanzó proporciones nacionales en Estados Unidos, se elevaron las investigaciones a instancias superiores. El FBI, un cuerpo policial muchísimo más eficiente, condujo una investigación rigurosa y, al final, llegó a una conclusión categórica: no hay la menor evidencia de que existan redes de grupos satánicos que incorporen crímenes en sus rituales.

Bibliografía

- ABDULLAH, Naeem. *Concepts of Islam*. Estados Unidos: Xlibris Corporation, 2011.
- BAILEY, Michael David. *The A to Z of witchcraft*. Nueva York: Scarecrow Press, 2009.
- BARNES, Timothy David. *Constantine and Eusebius*. Cambridge (Massachusetts): Harvard University Press, 1981.
- BARRERAS David; Durán, Cristina. *Breve historia de los cátaros*. Madrid: Ediciones Nowtilus, 2012.
- BEAR, Manuel. *Las brujas ¡vaya timo! Pamplona: Laetoli, 2011.*
- BERLIN, Andrea. *The first Jewish Revolt: archaeology, history and ideology*. Nueva York: Routledge, 2002.
- BERNARD, R. W. *Dead Sea Scrolls and the life of the Ancient Essene*. Nueva York: Health Research Books, 1990.
- BERNSTEIN, Allan. *The formation of hell: death and retribution in the ancient and early Christian worlds*. Nueva York: Cornell University Press, 1996.
- BOOTH, Martin. *A magick life: the biography of Aleister Crowley*. Londres: Hodder Paperback, 2001.
- CAMPO, Juan Eduardo. *Encyclopedia of Islam*. Nueva York: Facts on File, 2009.
- CARO BAROJA, Julio. *Las brujas y su mundo*. Madrid: Alianza, 2006.
- CARUS, Paul. *The history of the devil and the idea of evil from the earliest times to the present day*. Estados Unidos: NuVision Publications, 2008.
- CASANUEVA, Gloria; Soto, Hernán (trads.). *La epopeya de Gilgamesh*. Santiago de Chile: LOM Ediciones. 2007.
- CASTELLANO DE ZUBIRÍA, Susana. *Mujeres perversas de la historia*. Barcelona: Norma, 2009.
- CHALAMET, Christophe. *Dialectical theologians: Wilhelm Herrmann, Karl Barth and Rudolf Bultmann*. Zürich: Theologischer Verlag Zürich, 2005.

- CHANAN BRICHTO, Herbert. *The names of God: poetic readings in biblical beginnings*. Estados Unidos: Oxford University Press, 1998.
- CLARK, Peter. *Zoroastrianism: an introduction to an ancient faith*. Brighton: Sussex Academic Press, 1998.
- COLLINS, Joseph John. *The apocalyptic imagination: an introduction to Jewish apocalyptic literature*. Michigan: Wm. B. Eerdmans Publishing, 1998.
- COYLE, John Kevin. *Manichaeism and its legacy*. Leiden: Brill, 2009.
- CRAMPTON, R. J. *Historia de Bulgaria*. Madrid: Akal, 2007.
- CRISAFULLI, Chuck; THOMPSON, Kyra. *Go to hell: A heated history of the underworld*. Nueva York: Simon and Schuster, 2005.
- CROSSAN, John Dominic. *Jesus: a revolutionary biography*. Nueva York: HarperCollins, 2009.
- DALLEY, Stephanie. *Myths from Mesopotamia: creation, the flood, Gilgamesh, and others*. Oxford: Oxford University Press, 1998.
- DAMER, T. Edward. *Attacking faulty reasoning: a practical guide to fallacy-free arguments*. Boston (Massachusetts): Cengage Learning, 2012.
- DELBANCO, Andrew. *The death of Satan: How Americans have lost the sense of evil*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 1995.
- DUNN, Marilyn. *Emergence of monasticism: from the desert fathers to the early Middle Ages*. Malden (Massachusetts): Wiley-Blackwell, 2003.
- EBELING, Florian. *The secret history of Hermes Trismegistus: hermeticism from ancient to modern times*. Nueva York: Cornell University Press, 2007.
- EHRMAN, Bart. *Lost christianities: the battles for scripture and the faiths we never knew*. Londres: Oxford University Press, 2005.
- EVANS-PRITCHARD, Edward E. *Witchcraft, oracles and magic among the Azande*. Oxford: Clarendon Press, 1963.
- FINKELSTEIN, Israel; SILBERMAN, Neil Asher. *La Biblia desenterrada: una nueva visión arqueológica del antiguo Israel y de los orígenes de sus textos sagrados*. Madrid: Siglo XXI, 2005.
- FINLAND, Stephen. *Problems with atonement: the origins of, and controversy about, the atonement doctrine*. Collegeville (Minnesota): Liturgical Press, 2005.

FORSYTH, Neil. *The satanic epic*. New Jersey: Princeton University Press, 2002.

FOUBISTER, Linda. *Goddess in the grass: serpentine mythology and the great goddess*. Victoria (British Columbia): Eccenova Editions, 2003.

FRAZER, James George. *La rama dorada: magia y religión*. México: FCE, 1991.

FREEMAN, Phillip. *Alexander the Great*. Nueva York: Simon and Schuster, 2011.

GARCÍA GUAL, Carlos. *La mitología: interpretaciones del pensamiento mítico*. Barcelona: Montesinos, 1997.

GASKILL, Malcolm. *Witchcraft: a very short introduction*. Oxford: Oxford University Press, 2010.

GIRARD, René. *El misterio de nuestro mundo*. Salamanca: Sígueme, 1982.

—, *Veo a Satán caer como el relámpago*. Barcelona: Anagrama, 2002.

GRAY, Madeleine. *The protestant reformation: belief, practice, and tradition*. Toronto: Sussex Academic Press, 2003.

GUILEY, Rosemary. *The encyclopedia of angels*. Nueva York: Infobase Publishing, 2004.

—, *The encyclopedia of demons and demonology*. Nueva York: Infobase Publishing, 2009.

HEAD, Tom (ed.). *Conversations with Carl Sagan*. Jackson (Mississippi): University Press of Mississippi, 2006.

JAMES, William. *The will to believe and other essays in popular Philosophy*. Nueva York: Cosimo Inc., 2007.

JEFFREY, David Lyle. *A dictionary of biblical tradition in English literature*. Michigan: William B. Eerdmans, 1992.

JUNG, Carl Gustav. *El hombre y sus símbolos*. Barcelona: Paidós. 1995

KUNZENDORF, Robert; SPANOS, Nick P.; WALLACE, Benjamin (ed.). *Hypnosis and imagination*. Nueva York: Baywood Publishing, 1996.

LARA PEINADO, Federico. *Enûma Elish. Poema babilónico de la Creación*. Madrid: Editorial Trotta, 1994.

LAVEY, Anton. *La Biblia satánica*. Barcelona: Ediciones Martínez Roca, 2008.

LEWIS, C. S. *The problem of pain*. Nueva York: HarperCollins, 2009.

- LINK, Luther. *Devil: a mask without a Face*. Londres: Reaktion Books, 2004.
- LUDEMANN, Gerd. *The unholy in Holy Scripture*. Louisville (Kentucky): Westminster John Knox Press, 1997.
- MACKLEY, Jude S. *The legend of St. Brendan: A comparative study of the Latin and Anglo-Norman versions*. Leiden: Brill, 2008.
- MATHEWS, Chris. *Modern satanism: anatomy of a radical subculture*. Westport (Connecticut): Praeger, 2009.
- MCGINN, Bernard. *Antichrist: two thousand years of the human fascination with Evil*. Nueva York: Columbia University Press, 2000.
- McNAMARA, Patrick. *Spirit possession and exorcism: History, Psychology and Neurobiology*. Santa Barbara (California): ABC-CLIO, 2011.
- MESSADIE, Gerald. *A History of the devil*. Nueva York: Kodansha International, 1996.
- METZGER, Bruce. *The canon of the New Testament: Its origin, development, and significance*. Oxford: Oxford University Press, 1997.
- MICHELET, Jules. *La bruja*. Madrid: Akal, 2004.
- MILANI, Abbas. *The myth of the great Satan: a new look at America's relations with Iran*. Stanford (California): Hoover Institution Press, 2010.
- MURRAY, Margaret Alice. *The witch-cult in Western Europe*. Londres: Forgotten Books, 1967.
- NATHAN, Debbie; SNEDEKER, Michael. *Satan's silence: ritual abuse and the making of a modern American witch hunt*. Bloomington (Indiana): iUniverse, 2001.
- NOLL, K.L. *Canaan and Israel in Antiquity: an introduction*. Nueva York: Continuum International Publishing Group, 2002.
- OSBORNE, Eric. *Tertullian, first theologian of the West*. Cambridge: Cambridge University Press, 2003.
- OUTRAM, Dorinda. *La Ilustración*. Madrid: Siglo XXI editores, 2009.
- PAGELS, Elaine. *The origin of Satan: How christians demonized Jews, pagans, and heretics*. Nueva York: Knopf Doubleday Publishing Group, 2011.
- PERNOUD, Régine. *The templars: knights of Christ*. San Francisco (California): Ignatius Press, 2009.

- PROPP, Vladimir. *Las raíces históricas del cuento*. Madrid: Editorial Fundamentos, 1974.
- RÄISÄNEN, Heikki. *Challenges to Biblical interpretation: collected essays, 1991-2000*. Leiden, Boston, Köln: Brill, 2001.
- RÁMILA, Janire. *Depredadores humanos: El oscuro universo de los asesinos en serie*. Madrid: Ediciones Nowtilus, 2011.
- RANDI, James. *The mask of Nostradamus: the prophecies of the world's most famous seer*. Nueva York: Prometheus Books, 1993
- ROACH, Marilynne K. *In the days of the Salem witchcraft trials*. Nueva York: Houghton Mifflin, 2003.
- RUDOLPH, Kurt. *Gnosis: the nature and history of gnosticism*. Edimburgo: T&T Clark, 1998.
- RUSSELL, Jeffrey Burton. *Lucifer: the devil in the Middle Ages*. Ithaca (Nueva York): Cornell University Press, 1986.
- , *Satan: the early christian tradition*. Ithaca (Nueva York): Cornell University Press, 1987.
- , *Mephistopheles: the devil in the modern world*. Ithaca (Nueva York): Cornell University Press, 1990.
- , *The prince of darkness: radical evil and the power of good in History*. Ithaca (Nueva York): Cornell University Press, 1992.
- RUTHVEN, K. K. *Myth*. Londres: Methuen, 1976.
- SABRINA, Lady. *Exploring Wicca: the beliefs, rites, and rituals of the wiccan religion*. Franklin Lakes (New Jersey): Career Press, 2006.
- SCHWEITZER, Albert. *The quest of the historical Jesus*. Nueva York: Dover Publications, 2005.
- STANFORD, Peter. *The devil: a biography*. Random House, 2010.
- STEPHENS, Walter. *Demon lovers: witchcraft, sex, and the crisis of belief*. Chicago: University of Chicago Press, 2003
- SZPEK, Heidi. *Re-Imagining Eve and Adam: and other brief essays*. Lincoln (Nebraska): iUniverse, 2002.
- TALBERT, Charles. *The Apocalypse: a reading of the Revelation of John*. Louisville (Kentucky): Westminster John Knox Press, 1994.
- TÉLLEZ, Freddy. *Mitos: filosofía y práctica*. (Manizales) Colombia: Universidad de Caldas, 2002.

- TOBIN, Paul. *The rejection of Pascal's Wager*. Bedfordshire: Authors OnLine, 2009.
- TOMB, David A. *Psychiatry*. Philadelphia: Lippincott Williams & Wilkins, 2007.
- UDO, Tommy. *Charles Manson: music, mayhem, murder*. Londres: Sanctuary Publishing Limited, 2002.
- WELLHAUSEN, Julius. *The Pharisees and the Sadducees: an examination of internal Jewish History*. Macon (Georgia): Mercer University Press, 2001.
- WELLS, G. A. *Can we trust the New Testament?: thoughts on the reliability of early christian testimony*. Chicago: Open Court Publishing, 2003.
- WRAY, T. J.; MOBLEY, Gregory. *The birth of Satan*. Nueva York: Palgrave Macmillan, 2005.
- ZAMBELLI, Paola. *White magic, black magic in the European renaissance*. Leiden: Brill, 2007.
- ZIEGLER, Robert. *Satanism, magic and mysticism in fin-de-siècle France*. Nueva York: Palgrave Macmillan, 2012.
- ZIRPOLO, Lilian. *Historical dictionary of Renaissance Art*. Lanham (Maryland): Scarecrow Press, 2008.
- WILKINSON, Tracy. «Italy's "beasts of Satan" face murder trial». En: *Los Angeles Times*, 30-1-2005.
- «The well to hell». Disponible en: <http://www.snopes.com/religion/wellhell.asp> Última fecha de consulta: 24-09-2012.

BREVE HISTORIA de...

SATANÁS

Gabriel Andrade

Sectas satánicas, cacería de brujas, incubos, satanismo filosófico, aquelarres, profecías y exorcismos. Las leyendas y mitos de Satanás, Lucifer, Belzebú... Un recorrido por la historia cultural de este apasionante personaje.

El diablo, el demonio, Satanás, Lucifer, Belzebú, Mefistófeles... Tiene muchos nombres, pero todos sabemos de quién se trata. Gabriel Andrade hace un recorrido por la historia cultural de este apasionante personaje, desde sus oscuros orígenes en las civilizaciones antiguas (Egipto, Israel, Persia, Grecia), hasta la reciente histeria colectiva en torno a los supuestos casos de abuso ritual satánico en EE. UU. durante la década de los ochenta del siglo xx, pasando por las tentaciones de Jesús en el desierto, las cacerías de brujas y *El paraíso perdido* de Milton, entre muchas otras manifestaciones culturales.

Este título de la colección Breve Historia tiene alusiones tanto a la cultura pop contemporánea, como a la cultura clásica (tradicionalmente, los biógrafos del diablo suelen reseñar el desarrollo de esta figura hasta el siglo xx, sin tener presente los acontecimientos de la música rock, y las investigaciones policiales sobre supuestos crímenes satánicos). Ante un tema que tradicionalmente ha estado reservado a eruditos, *Breve historia de Satanás* es lectura indispensable para todo aquel lector, creyente o escéptico, que quiera introducirse de forma amena en la historia del príncipe de las tinieblas.

BREVE HISTORIAwww.BreveHistoria.comSíguenos en Facebook
www.facebook.com/brevehistoria

Visite la web y descargue fragmentos gratuitos de los libros, participe en los foros de debate temáticos y mucho más.